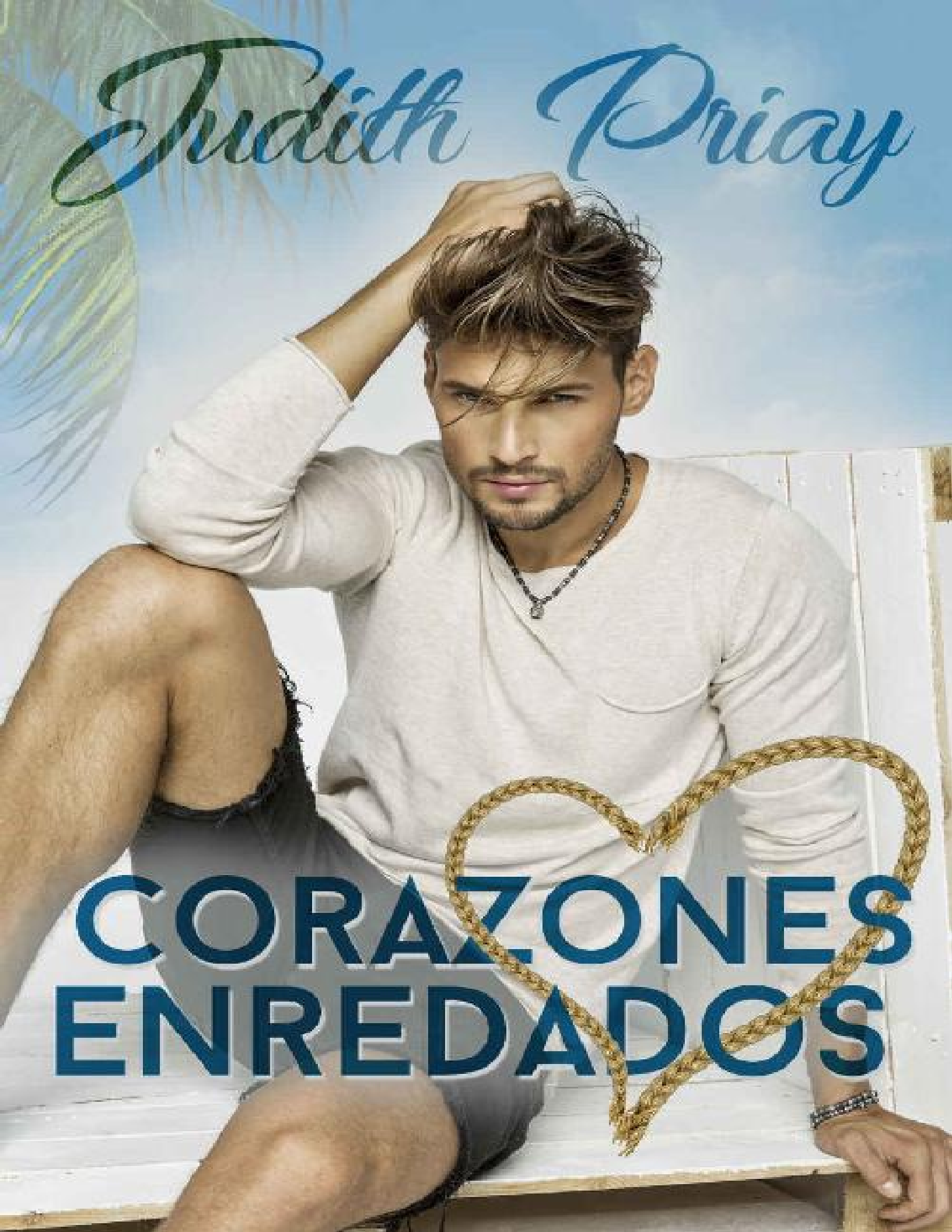


Judith Priay

CORAZONES
ENREDADOS



Corazones enredados

JUDITH PRIAY

Copyright © 2017 Judith P. A.

© Texto: Judith P. A., 2017 (Todos los derechos reservados)

© Portada: Judith P. A., 2018 (Todos los derechos reservados)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

DEDICATORIA

A mi querida sobrina Claudia, un precioso y único rayo de sol.

DEDICATORIA

PRÓLOGO

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

GABRIELA

DEAN

Acerca de Judith Priay

PRÓLOGO

«Dean siempre ha sido el chico al que no debía desear. Es rebelde, complicado y las chicas no le duran más de un día. Lo único que ve cuando me mira es a su antítesis, la chica a la que nunca ha querido a su lado; y solo nos hemos mantenido unidos por una alianza que creamos para no decepcionar a nuestros padres. Pero una noche cambió nuestra relación por completo y ahora no sé si salir corriendo o arriesgarlo todo para conseguir lo que quiero; incluso si eso significa que mis secretos salgan a la luz.»

GABRIELA

«Desde que Gabriela se convirtió en mi hermanastra me convencí que solo la toleraba por el bien de mi padre, pero aquella noche en la que bajé la guardia sacudió mi mundo y trastocó para el resto de mi vida lo que pensaba y sentía por ella. No se supone que debamos estar juntos, pero cada vez que la veo no me importa que ella sea un ángel y yo el chico malo, solo quiero fundir mi alma con ella y encontrar la forma de no perderla ante Brian, mi ex mejor amigo y su antiguo novio, en el intento.»

DEAN

GABRIELA

5 años antes

Es tarde y camino por la solitaria carretera que hay entre el instituto y mi casa. Cuando he salido de la biblioteca la rueda de mi bicicleta estaba pinchada y mi madre está trabajando, así que no tengo más remedio que volver a casa caminando. Trato de ir de prisa, no hay nadie y eso debería tranquilizarme, pero de pronto escucho un coche detenerse a mi lado en uno de los recodos amplios que tiene la carretera. Giro mi cabeza, asustada, y me aterro aún más cuando el que desciende es Wilson. Siento deseos de echar a correr, pero me atraparía en un par de zancadas. Tengo que comportarme con naturalidad.

—Hola, nena. ¿Qué haces caminando por aquí sola?

—Mi bicicleta se averió.

—Deberías tener un coche —se burla.

No es el primero que me hace ese comentario tan estúpido como inapropiado. No tengo dinero para un coche, mucho menos para la gasolina o el seguro.

—¿Te llevo a algún sitio?

Su tono es amable, pero hay algo en sus ojos que me aterra.

—No es necesario.

Su gesto se tuerce.

—¿Prefieres caminar que ir cómodamente en mi coche?

Respiro hondo. Quizá Tom y Every tienen razón y Wilson no representa un peligro, pero estar sola con él en mitad de la noche no es una situación a la

que me guste enfrentarme. Y no me subiré al coche del mismo chico que intentó violarme en una fiesta. A diferencia de mis compañeros, no le excuso porque estuviera bebido y me infunde el mismo temor sobrio.

—Me gusta caminar.

—¿No te gusta bailar, pero sí caminar?

Aspiro con fuerza y la opresión en mi garganta se hace más fuerte. Esta mañana Wilson me ha pedido que le acompañara al baile de mi primavera. Le he dicho que no y, dado que teníamos de testigos a media cafetería, mi negativa le ha parecido una burla y ahora puedo notar la ira creciendo en sus ojos a medida que me habla. Trato de suavizar la situación.

—Cualquier chica estará encantada de ir contigo a ese baile.

—Cualquiera menos tú. ¿Qué pasa contigo, Gabriela? ¿Te crees demasiado buena para mí?

Doy un paso atrás, su enojo no le permite controlar sus emociones; lo que reafirma mi teoría de que la bebida no es la culpable de lo que hizo la noche de la fiesta, sino su forma de ser. Necesito alejarme de él.

—Es tarde, debo irme.

—Eso lo decido yo.

Su voz suena profunda, con una claridad que me angustia. Se acerca a mí:

—Vienes a mi fiesta y te enfadas porque soy atento contigo. No tienes ni una pizca de cariño por mí, solo me miras con desprecio cuando me acerco a ti en el instituto. Y hoy has rechazado ser mi pareja en el baile delante de todos en lugar de darte cuenta de que es el honor que todas quieren recibir. Eso ha sido muy grosero por tu parte, ¿no te parece? Y si no fuera porque he pinchado la rueda de tu bicicleta ni siquiera tendría la oportunidad de estar ahora a solas contigo.

Le miro aterrorizada. ¿Es él quien ha pinchado la rueda de mi bicicleta? ¿Por eso me ha seguido hasta aquí? En un susurro pregunto:

—¿Por qué has hecho eso?

—Siempre huyes o te rodeas de gente cuando me acerco a ti. Y necesitamos estar a solas.

Comienzo a temblar. A pesar de lo que dicen mis compañeros, su presencia aquí confirma que todo lo que ha pasado desde que me intentara violar en aquella fiesta ha sido un acoso que debería haber denunciado.

Nerviosa, suplico:

—Wilson, deja que me vaya.

—No.

Se acerca a mí y sostiene mi cara con sus manos con tanta fuerza que no puedo deshacerme de ellas. Trato de sacar fuerzas.

—Suéltame o te denunciaré —le advierto.

Su risa se expande.

—No lo harás, porque cuando termine contigo no podrás decir ni una sola palabra.

Su boca se posa sobre la mía con tanta fuerza que me hace daño y luego, con el mismo impulso, me empuja brutalmente contra el coche. Golpeo mi cabeza contra la puerta y por unos segundos todo se ve borroso y apenas puedo moverme. Él abre el maletero y saca un bate de béisbol. El terror toma mis ojos y él se ríe:

—Te lo pedí por las buenas, pero va a ser divertido probar por las malas.

—Déjame ir, te lo ruego.

—Muy bien, nena, suplicame. Eso es lo que quiero —declara mientras me da el primer golpe.

El crujido del hueso al romperse es casi tan fuerte como mi grito. Leo en sus ojos el placer que le provoca mi dolor. Sin miramientos, me agarra del pelo y de una mano y me arrastra por el suelo hasta la zona de matorrales cercanos. Una vez allí, se sienta a mi lado, me agarra de nuevo de la cara y

me obliga a mirarle.

—Esto es lo que va a pasar, Gabriela. Te golpearé hasta que el deseo me vuelva loco y luego haré contigo todo lo que no me dejaste hacerte en la fiesta y lo que me has negado cada vez que me he acercado a ti. Y esta vez nada va a impedírmelo porque nadie pasa a estas horas por esta carretera y si lo hacen solo verán un coche parado, los matorrales nos mantienen ocultos. Va a ser una noche muy larga y provechosa.

Sus labios se posan de nuevo sobre los míos con fuerza y la sangre al morderme el labio se entremezcla con mis lágrimas. No puedo moverme por la fractura de mi pierna, y trato de gritar, pero él me da un puñetazo. Pero yo sigo intentándolo mientras él me golpea, y le arañó su rostro. La sangre corre por su mejilla. Su mirada sádica se clava en mí y con el puño aprieta con fuerza la herida de la pierna mientras susurra:

—No deberías haber hecho eso, nena.

Su odio es tan palpable como su enfermiza necesidad de mí. Ahora lo entiendo todo. Mis compañeros dijeron que podía tener a cualquiera chica que quisiera y por eso se olvidaría de mí. Pero no es cuestión de deseo, sino de posesión. Me quiere precisamente porque no puede tenerme. Y se va a vengar de lo que él cree que han sido humillaciones contra su poder. Sus manos se aferran a mi falda que comienza a romper, y vuelvo a gritar con todas las fuerzas que me quedan. Alguien tiene que escucharme, alguien tiene que hacerlo antes de que Wilson me viole y me mate.

DEAN

En la actualidad

Me despierta el aroma de su perfume entremezclado con el del café que me trae.

Podría haber sido un comentario romántico si no fuera porque esta chica, la que me despierta con su olor y el ruido de sus zapatos mientras se acerca a mi cama mirándome reprobadoramente, no ha dormido conmigo ni se parece —ni por asomo— a cualquiera de las chicas que lo han hecho antes, y que se despiertan a mi lado con el maquillaje corrido y la voz resacosa. Como todas las mañanas que siguen a una noche de fiesta con mis amigos, mi cabeza martillea y mi cerebro trata de recordar por qué Gabriela está en mi habitación. Ella adivina mis pensamientos y resume sin miramientos:

—Cumpleaños de mi madre. Barbacoa con nuestros amigos.

Me muerdo el labio para no decir que son “sus amigos”, no los míos. A decir verdad, no imagino en ninguna de las barbacoas familiares a mi colección de amigos surfistas o que trabajan en las tiendas de la zona playera. Menos en la fiesta de mi madrastra, que es la versión adulta y todavía más edulcorada de Gabriela. Pero no puedo zafarme de ir. Gabriela y yo hemos sobrevivido a cuatro años de ser hermanastros gracias a numerosos acuerdos. Uno de ellos tiene que ver con los eventos familiares. Si fuera por mí, no acudiría a ninguno. Las comidas llenas de parientes, vecinos en general y Gabriela en particular convirtiéndose en el alma de la fiesta mientras se clavan en mí las miradas reprobadoras de todos me producen dolor de cabeza. No obstante, es lo único que mi hago por mi padre desde que me

independicé. Por ello acepto que, cada vez que se organiza un evento, Gabriela venga a mi apartamento, me ayude a mejorar mi aspecto hasta parecer un chico presentable y no un borracho resacoso, y me lleve en coche hasta casa de nuestros padres fingiendo ser un hijo tan perfecto como ella. No obstante, perder un día de playa por esa clase de obligación me fastidia y me hace desear que Gabriela se sienta igual de molesta que yo, así que trato de provocarla.

—¿Lo de no llamar a la puerta es porque aspiras a encontrarme desnudo?

—No tengo ningún interés en verte desnudo —asegura, aunque no sé si creérmelo—. Si no llamo a la puerta es porque no contestas cuando lo hago. Y dado que tenemos prisa, esperar a que te despiertes por ti solo no es un lujo que pueda permitirme.

Una sonrisa asoma a mi rostro. Tengo que reconocérselo. Puede tener rostro angelical, pero sabe defenderse de cualquiera de mis groserías. Cuando vivíamos juntos era amable en sus réplicas y a veces incluso las evitaba; desde que nos independizamos se ha vuelto irresistiblemente irónica. Lo cual normalmente recuerdo, pero no cuando apenas tengo las neuronas despiertas. Gabriela es consciente de ello porque me da el café sin decir nada más. Me incorporo para dar un sorbo e incido:

—¿Y qué hubiera pasado si hubiera estado con una chica?

—Si he entrado en tu habitación es porque Ethan me ha informado que tu acompañante nocturna salió hace una hora gritando porque no recordabas su nombre, fuiste muy antipático con ella al despertaros y solo pensabas en volver a dormirte.

Esbozo una mueca. La desconocida me montó un pequeño drama, se vistió con rapidez y salió al pasillo, donde supongo que se encontró con Ethan; que no debió explicárselo a Gabriela, porque ahora esta me mira con un aire todavía más reprobador.

—Tu comportamiento con las chicas es pésimo.

—La encontré en un bar y aceptó venir conmigo a la media hora de hora de conocerme. No le di pie a nada más que una noche de sexo sin ataduras y le pareció bien. No tengo la culpa que por la mañana espere algo más.

Se encoje de hombros y sé que mi alegato no cambiará lo que piensa de mí. Yo tampoco lo que opino de ella. Es demasiado recatada y controladora, como ahora que mira su reloj y protesta:

—Vamos con retraso. Tienes cinco minutos para ponerte presentable.

Me paso la mano por mi cabello desordenado. Huelo a alcohol y a sexo, y protesto:

—Necesito mucho más que eso.

—Si hubieras recordado que venía, algo muy fácil porque te envié varios mensajes anoche, ahora no tendrías que correr.

—Mi teléfono se quedó sin batería —me defiendo.

—Ese no es mi problema y, si sigues discutiendo, te quedará menos tiempo... Te espero fuera —incide con ironía.

—¿No quieres asegurarte de que me ducho a conciencia?

Arquea una ceja. Cuando la conocí no se me hubiera ocurrido lanzarle indirectas de contenido sexual, estaba demasiado ocupado ignorándola. Además, no quería que su perfecto novio, alias mi ex mejor amigo, me diera un puñetazo. Pero desde que está soltera y vivimos lejos de nuestros padres, encuentro un curioso placer en tratar de ponerla nerviosa. Me funcionó las primeras veces, pero ahora parece inmune a nada que yo le diga al respecto. Lo cual es inconvenientemente excitante, sobre todo cuando me mira con ese aire recriminatorio y me pregunto qué pasaría si estirara una mano y la acercara a mí, a mi cama, bajo las sábanas en las que estoy desnudo. Aunque trato de no observar a Gabriela más allá de lo imprescindible, tengo que admitir que siempre gana en las comparaciones con las desconocidas que

visitan mi cama. No obstante, no la escogería en un bar para intentar seducirla, es ese tipo de chicas que irradia tanta belleza como inaccesibilidad. Tiene el cabello largo, castaño y rizado en suaves ondas, con las puntas aclaradas por el sol y el agua salada. Su piel está tostada por el tiempo al aire libre y en su rostro destacan unos ojos almendrados de un color oscuro tan intenso como el océano en un día de tormenta. No es muy alta ni tiene cuerpo de modelo, pero eso es lo que más me gusta, sus curvas exuberantes hacen que la ropa le marque su cuerpo tentadoramente; nunca me han gustado las mujeres delgadas. Sin embargo, hay algo en ella que me hace pensar que no tendría ninguna posibilidad, es el tipo de chica que solo acepta que se acerquen a ella chicos como Brian, perfectos capitanes del equipo de fútbol y con excelentes calificaciones. Aun así, no puedo dejar de fijarme en su atractivo y en que cuando sonrío lo hace con todo su rostro, de una forma contagiosa. Aunque ahora no está sonriendo, tampoco lo estaba la desconocida que me ha gritado y que parecía desquiciada con el cabello despeinado, el maquillaje corrido y la voz de pito. Hoy he conseguido hacer enfadar a dos chicas en menos de una hora. Todo un record. Agotado, la observo salir de la habitación, me dirijo desnudo a la ducha y allí trato de eliminar en escasos minutos de agua y jabón una noche de desenfreno. Cuando lo consigo y vuelvo a la habitación, esbozo una mueca al ver que Gabriela me ha dejado sobre la cama un pantalón corto y un polo blanco que no he utilizado nunca. Sin embargo, Gabriela no aceptará un no por respuesta y tengo demasiada resaca para discutir. Como si no tuviera bastante con memorizar leyes hasta conseguir matrícula de honor en todas sus asignaturas, Gabriela recuerda lo que cada uno ha regalado a quién en cada momento. Y luego lo utiliza para lo que ella llama: “hacer que todo el mundo esté contento”. Intuyo que el polo fue un regalo de Pam y ahora quiere que yo lo utilice en su cumpleaños. Me lo pongo con desidia, termino de vestirme y

salgo de la habitación tratando de domar mis ondas con las yemas de los dedos.

Ethan y Gabriela conversan animadamente en el salón, lo cual me hastía. Él es mi mejor amigo desde que Brian decidiera que yo no estaba más en su línea de interés. Somos tal para cual: caóticos, desordenados, adictos a la fiesta y a las mujeres fáciles que encontramos en los bares; y no perdemos el tiempo con las chicas sensatas, ordenadas e inteligentes que jamás se acostarían con nosotros. En el instituto, Ethan ignoraba a Gabriela como hacía yo, pero desde que nos mudamos a la ciudad y ella comenzó a aparecer en el apartamento café en mano y sonrisa en los labios, la mira como si fuera un caramelo. Maldigo en silencio y me prometo hablar con él de esto más tarde o temprano. Ya tuve bastante con Brian, no quiero a ningún otro amigo mío cayendo en las redes de mi hermanastra.

Gabriela protesta:

—Has tardado más de cinco minutos.

—Te dije que necesitaba más tiempo.

—Llegaremos tarde —insiste con ese tono de institutriz que me saca de quicio.

—Pues pisa el acelerador. No te matará una multa.

Me arrepiento en seguida de mis palabras y Ethan me fulmina con la mirada. Mis ojos se desvían a Gabriela, que tiene el rostro alterado como siempre que mi estúpida boca toca el tema prohibido. Con voz cortante me dice:

—Debemos irnos ya.

—Que os divirtáis. Yo tengo trabajo, he quedado con un cliente y su tatuaje me llevará varias horas.

Gabriela se gira hacia él y su rostro vuelve a ser amable.

—Algún día que estés libre puedes venir con nosotros de barbacoa, a

nuestros padres les gustará volver a verte.

La idea se me antoja extraña. Aunque mi padre y Pam eran amables con mis amigos del instituto, ahora que Ethan trabaja en una tienda de tatuajes y tiene más parte de piel tatuada que blanca, podría no ser de su agrado. Menos si le invita Gabriela, a la que mi padre tiene la obsesión de proteger como si fuera una niña de diez años. Brian es el único al que nunca le puso pegamento de que se acercara a ella, pero eso es porque es la perfecta versión masculina de Gabriela.

Ethan esboza una sonrisa y responde.

—Me apetece mucho, buscaré un día. Nos vemos pronto.

Gabriela se despide de él con un beso en la mejilla y yo la sigo, aunque antes de cerrar la puerta hago un gesto obsceno con la mano a Ethan que espero le sirva para entender que bajo ningún concepto le quiero cerca de ella.

Cuando llegamos al coche y comenzamos la marcha, a pesar de que está impaciente por llegar puntual, conduce a la velocidad establecida. Quizá sea lo mejor. Con mi estómago vacío y la resaca siento que voy a vomitar. Ella comenta:

—En la guantera hay una manzana. Te irá bien para las náuseas.

—¿Cómo sabes...?

Me interrumpo antes de terminar la pregunta. Gabriela me conoce demasiado bien en este estado. De hecho, me conoce mucho más de lo que me gustaría en muchos de mis estados. Tiene una gran capacidad de observación innata, y a veces creo que tiene catalogadas todas mis manías y peculiaridades como si yo fuera uno de sus temas de estudio. Me estiro en el asiento. Parte de mi pacto con Gabriela consiste en que vayamos juntos en su coche. Cuando ambos nos mudamos a vivir a Los Ángeles, ella para ir a la

universidad y yo para trabajar como profesor en una escuela de surf, mi padre insistió mucho en que debíamos permanecer unidos. Pero teniendo en cuenta nuestro historial eso no era muy factible, así que Gabriela creó una tapadera perfecta. Y ahora nuestros padres creen, gracias al hábil hilo de mentiras tejido por Gabriela y que yo secundo, que ella y yo nos llevamos muy bien y tenemos un frecuente contacto en la ciudad. De ahí que compartamos vehículo.

La primera parte del viaje transcurre en silencio, lo cual agradece mi cabeza. Pero cuando Gabriela cree que ya estoy suficientemente despierto para escucharla, propone:

—Deberíamos repasar la lista.

Inclino la cabeza sobre mis manos. La lista es algo que me molesta muchísimo, pero reconozco que es necesaria. Dado que solo coincidimos en los eventos familiares, es necesario que nos pongamos al día de lo más importante que nos ha sucedido el resto del tiempo para mantener nuestra tapadera. No debería alterarme, pero una parte de mí se siente molesta por tener que mentir. Observo a Gabriela de reojo mientras lanza su retahíla de información básica. Yo no suelo explicar demasiado, mis padres saben que mi vida se resume al surf y las chicas, así que no hay preguntas complicadas. Gabriela es justo lo contrario. Para empezar porque nuestros padres prefieren su conversación a la mía. En el caso de Pam es normal, en el de mi padre debería fastidiarme, pero ya lo he asumido. Mi padre es policía. Conoció a Pam y a Gabriela tras un accidente de tráfico en el que Gabriela fue brutalmente atropellada; y cuando él y Pam comenzaron a salir se hizo patente que sentía una gran debilidad por Gabriela. Ella se convirtió en la hija que siempre había querido. No debería culparle. Mientras yo estaba metiéndome en problemas en el instituto, emborrachándome y suspendiendo asignaturas; Gabriela se convirtió pronto en la alumna más brillante, la novia

del capitán del equipo de fútbol y la flamante reina del baile. Yo soy una tormenta impredecible, ella es la calma en la que todos quieren refugiarse. Dicen que los opuestos se atraen, yo lo tuve en forma de amistad con Brian, nuestro vecino, desde que éramos niños. Pero cuando conoció a Gabriela fue como si su alma gemela hubiera aparecido y ya solo hubo calma para ellos, mientras yo lidiaba con que había perdido la intimidad de mi casa, gran parte de mi relación con mi padre y por completo con mi mejor amigo.

—Dean, ¿me estás escuchando?

Suspiro. Me cuesta mantener la atención en lo que Gabriela me cuenta, sobre todo si se trata de su vida académica. Dos años de instituto a la sombra de la alumna más brillante fueron suficientes como para no querer saber el éxito que tiene en la universidad.

—Solo tengo que asentir mientras alardeas de lo lista que eres. No hace falta que lo memorice —replico con fastidio.

Esboza una mueca de desagrado, pero trata de mantener un tono tranquilo mientras incide:

—Yo no alardeo. Pero es un sacrificio para nuestros padres que yo vaya a la universidad, y si puedo devolvérselo haciendo que estén orgullosos de mí, no sé por qué tengo que omitirlo.

Me muerdo el labio. Protestaría, pero tiene razón. Como casi siempre, lo cual no ayuda a que alivie la tensión que siento cada vez que ella está cerca. Vuelvo la cabeza hacia el lado de la ventanilla y ella añade:

—Podrías contarles tus logros con el surf. Leí en una revista que ganaste el último torneo.

Me giro con rapidez.

—¿Tú lees revistas de surf?

Mi tono de incredulidad le molesta.

—Que no pueda practicarle no quiere decir que no me guste verlo o saber

de él. Es un deporte increíble y me alegra que puedas disfrutarlo. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Un silencio helado toma el coche y Gabriela aprieta con fuerza las manos al volante. De pronto, me siento un desconsiderado absoluto, mucho más que cuando he echado a la desconocida de mi cama. A veces, muchas más de las que desearía, olvido todo a lo que Gabriela tuvo que renunciar después del accidente y a las limitaciones físicas que este le dejó, como practicar casi cualquier tipo de deporte. Y eso es otra cosa que nos diferencia y que hace que la relación con mi padre empeore. Cuando solo me tenía a mí, su hijo imperfecto y cabeza loca que nunca se acordaba de preguntarle cómo le había ido el turno o si estaba bien; lo aceptaba como algo natural. Pero entonces llegó Gabriela, que es toda consideración mientras que yo no hago más que meter la pata. Incluso las cosas buenas que mi padre cree de mí surgen de que ella me arrastre a estos eventos o me recuerde con mensajes cuando tengo que llamar para felicitar cumpleaños u otras onomásticas. Debería sentir agradecimiento, pero en su lugar suelo terminar crispado. De hecho, Gabriela también debería estar enfadada conmigo. De que la ignore excepto cuando nos vemos para ir a casa de nuestros padres, de que tenga un interés cero en su vida, no conteste sus mensajes y la haga esperar deliberadamente cuando pasa a recogerme. Pero me acepta con la misma naturalidad con la que asume todo. La primera vez que la vi pensé que parecía una niña indefensa y asustada a pesar de que tenía dieciséis años, pero ahora me la imagino en un futuro no muy lejano en una sala del tribunal, ganando un juicio tras otro mientras sus oponentes se sorprenden que la chica con aspecto angelical tiene una capacidad oratoria y una inteligencia invencibles.

Gabriela me saca de mis cavilaciones al decir:

—Brian me llamó. Me dijo que te había llamado a ti y que no respondiste.

—He estado ocupado —miento. No hay nada que Brian pueda decirme

que me interese.

Gabriela suspira con pesar.

—Le envié tu artículo del concurso de surf y quería felicitarte.

Me incorporo con rapidez y la miro frustrado:

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque a Brian le encantaba verte surfear y se alegra de tus éxitos.

—Yo no me alegro de los suyos —mascullo en el tono más hiriente que puedo. Una cosa es que me obligue a fingir delante de mis padres y otra muy distinta que pretenda que me acerque a Brian después de tanto tiempo.

Ella suspira con frustración.

—Algún día tendrás que perdonarle que saliera conmigo. Yo no te lo robé, podrías haber seguido siendo su amigo —Mi mirada se endurece y cierro los ojos, ese tema no sale en la lista y no quiero tratarlo. La tensión vuelve a instalarse entre nosotros y después de un largo silencio ella susurra—: Hay una última cosa de la que quiero hablarte.

—Si es de Brian no quiero escucharla.

—¿Te das cuenta de lo inmaduro que suena eso?

Suelto un bufido.

—Alguien tiene que ser joven por los dos.

—Que estudie en la universidad y no acabe cada noche con un chico diferente no quiere decir que no disfrute de la vida —replica con rapidez.

—Pues nadie lo diría, atada a ese reloj...

—Aspiro a ser abogada de prestigio. Mis clientes me pagarán muy caro por mi tiempo, así que debo saber controlarlo y gestionarlo correctamente. Eso no significa que no disfrute de mis horas libres.

Arqueo una ceja, curioso.

—¿Y qué haces en ellas?

—Nada que te incumba. No está en la lista.

—O sea que tú puedes aparecer en mi habitación cuando te place, pero yo no puedo saber nada de tu vida social... —protesto.

—Entro en tu habitación por obligación, ya que no estás preparado para irnos como deberías. Y yo tampoco te pregunto por las chicas a las que echas de tu cama sin contemplaciones.

Aunque tiene razón, su tono de superioridad me molesta y le recuerdo:

—La de hoy se fue ella sola...

—Porque no sabías ni su nombre. Dean, yo no sé nada de tu vida privada ni tú de la mía y eso está bien, solo tenemos que saber lo justo para que nuestros padres estén felices y contentos. ¿Entendido?

Tuerzo el gesto y comienzo a recordar por qué prefiero ignorarla a discutirme con ella: siempre gana. En la universidad asiste a clases de oratoria, mientras que mi idea de argumentar es lanzar un par de gritos y largarme. Malhumorado, trato de cambiar de tema:

—¿Cuál es el último punto de la lista?

—El regalo de mi madre. He escogido un libro de fotografías del océano de parte tuya y un vestido de parte mía.

Brillante. Mi vida es el mar, así que Pam supondrá que quiero compartir mi pasión con ella.

—Te haré una transferencia con mi parte.

—No es necesario, no quería hacerle ningún regalo y no lo he comprado para dejarte bien a ti, sino porque le hará mucha ilusión a mi madre creer que te has acordado de ella, por lo que corre de mi cuenta.

No me molesto en contestar, básicamente porque tiene razón, y volvemos a ignorarnos por el resto del camino, hasta que su móvil, que ha dejado sobre el posavasos, tiembla y un mensaje emergente aparece en pantalla. Es de Ethan, y Gabriela lo retira con rapidez antes de que pueda leer nada más. Clavo mi mirada en ella y casi grito:

—¿No tienes suficientes clones de Brian en la universidad que otra vez pretendes enredarte con mi mejor amigo?

—No es lo que crees. Solo somos...

Se interrumpe. No quiere decirme que son amigos y tampoco me confesaría si hubiera pasado algo entre ellos, o si quisiera que pasara. Algo que no solo me saca de quicio, sino que me resulta incomprendible. La futura gran abogada está destinada a casarse con algún chico inteligente, elegante, con un buen trabajo y que usará polos por decisión propia y no por obligación como hago yo hoy. Siempre he pensado que sería Brian, pero si no es él será un tipo adinerado, con mocasines, pantalones de pinzas y modales exquisitos. Nada más alejado de Ethan, así que solo puedo pensar que está jugando con él para fastidiarme.

—¿Por qué no me dices lo que sois exactamente?

Respira hondo.

—Estamos llegando a casa. Te lo explicaré allí.

—¿Delante de nuestros padres?

—No salgo con Ethan y no voy a hacerlo. Es lo único que necesitas saber.

—Bien. Porque no me apetece ver cómo te acuestas con él mientras esperas que Brian regrese triunfante de Harvard.

Sus manos se crispan al volante.

—Como ya te dije, Brian y yo rompimos definitivamente.

—Inseparables durante dos años y luego cada uno por su lado en universidades distintas. Y seguís hablando como si fuerais los mejores amigos del mundo. Eso no hay quien lo entienda.

—¿El chico que no sabe qué hacer con una chica más de una noche pretende darme lecciones sobre cómo llevar mis relaciones?

—No me gusta el compromiso. Pero tú parecías adorarlo cuando estabas con Brian.

Su voz tiembla y repite como en una letanía la explicación que nunca me ha convencido.

—Tomamos la decisión más acertada. Ambos estaremos los próximos años muy ocupados con nuestros estudios para mantener una relación a distancia.

—Si yo hubiera estado tan enamorado de alguien no me sería tan fácil separarme.

Se muerde el labio y termina la conversación en tono seco:

—Antes no has querido hablar de Brian, ahora no quiero yo. En cuanto llegamos a casa te explicaré por qué Ethan me ha escrito. Y te prometo que no tiene nada que ver con una relación romántica, puedes estar tranquilo.

Parece convencida de lo que me dice, pero no puedo evitar apostillar:

—Puede que en tu caso no, pero si sigues hablando con él como lo haces te aseguro que él va a querer eso. Y no me apetece encontrarte por las mañanas saliendo de su cama.

—No todos los chicos son como tú. Algunos pueden hablar con una chica sin pensar en el sexo.

Mis carcajadas resuenan en el coche y aceleran mi dolor de cabeza. Pero vale la pena por ver el rostro alterado de Gabriela.

—Que yo lo diga en voz alta no significa que los demás no lo piensen. Así que mantente alejado de Ethan o de cualquiera de mis amigos y todo irá bien.

Aprieta los labios.

—¿Ahora me das órdenes?

—Tú lo haces todo el tiempo, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Porque mis “órdenes” son para hacer felices a nuestros padres y las tuyas para fastidiarme —incide.

Futura abogada uno, surfista cero. Cierro mi boca antes de que me dé otra lección y ella mira hacia delante tratando de controlar su enfado.

Diez minutos más tarde Gabriela estaciona el coche delante de un supermercado y comenta.

—Pararemos un momento a comprar las bebidas.

A pesar de que me apetece de estirar las piernas, protesto:

—¿La chica previsora se ha olvidado de hacer la compra?

—No me he olvidado, prefiero hacerla aquí, así tengo la ocasión de saludar a Alice y darle negocio.

—¿Quién es Alice?

Suspira con frustración.

—Estudiaba con nosotros en el instituto y fue tu compañera de prácticas de laboratorio el último año.

Lo dice con hastío y deduzco que está pensando que, como no me acosté con ella no la recuerdo. Seguramente tiene razón, pero para ser honesto hay chicas con las que estuve de las que tampoco recuerdo el nombre. Simplemente, las olvido con demasiada facilidad. Algo que no me apetece comentar con Gabriela, por lo que llevo la conversación a mi terreno.

—No era consciente de que en el instituto te fijaras en alguien que no fuera Brian.

Me abraza con la mirada.

—Alice, Brian y yo compartimos varios trabajos en grupo y le di algunas clases de apoyo. Y ahora se ha quedado con el supermercado, ya que su tío se ha jubilado, por lo que a partir de ahora compraremos aquí.

—¿Por qué nunca me das opción a elegir? —protesto

—Porque ambos sabemos que te olvidarías de comprarlo si te lo encargara.

Me muerdo el labio para no replicar. Soy un desastre, pero Gabriela recordándomelo es bastante fastidioso. Entro con ella en el supermercado y

voy metiendo en el carrito las botellas que elige, sintiéndome como un porteador detrás de su esclavista ama. Cuando llegamos a la caja, Gabriela saluda con efusividad a Alice, mientras yo dejo que la otra cajera, una exuberante pelirroja, me examine de pies a cabeza y no precisamente en el tono recriminatorio de mi hermanastra esta mañana. Debería tener menos ego, pero me encanta lo que provocho en las chicas. Le sonrío y pienso en pedirle el teléfono, pero antes de poder hacerlo Gabriela me toma del brazo y me recuerda:

—Barbacoa, prisa...

La sigo a regañadientes y protesto:

—¿Por qué no me has dejado hablar con ella?

—Porque no me apetece ver como otra ilusa cae a tus pies. Además, llegamos tarde.

Tengo la sensación de que si vuelve a meterme prisa una vez más gritaré. Tomo asiento y vuelve el forzado silencio hasta que nos acercamos a la casa. Reconozco varios coches de amigos y Gabriela estaciona detrás de ellos. Me dispongo a bajar cuando algo sucede y me deja paralizado por la sorpresa: Gabriela me toma del brazo. Podría ser un gesto normal, pero no lo es porque ella y yo nunca mantenemos contacto físico. Es un pacto tácito, y ni siquiera en Navidades o Acción de Gracias nos damos un beso en la mejilla o un apretón de manos. Como nuestros padres no nos ven despedirnos porque nos vamos juntos en coche, no hay necesidad. Pero ahora estamos solos y su mano suave y delicada está sobre mi antebrazo y no parece querer dejarme marchar. La interrogo con la mirada y ella susurra:

—Necesito que hoy seas muy amable con papá. Lo está pasando mal con el cambio de puesto de trabajo y necesita tu apoyo.

Contengo el aliento. Aunque sigo la farsa orquestada por Gabriela todo lo que puedo, mi carácter suele jugarme malas pasadas. Quiero a mi padre y,

objetivamente hablando, Pam no ha hecho nunca nada para molestarme, pero cuando estoy con ellos siento que soy solo una sombra de lo que quieren que sea, lo cual hace que esté susceptible a cualquier comentario. Como que Gabriela llame “papá” a mi padre. Yo no llamaría ni en sueños “mamá” a Pam, de hecho, jamás la aceptaría como tal. Pero Gabriela trata a mi padre como si fuera el suyo y eso es algo que me choca y me disgusta a partes iguales. Aun así, entiendo por qué me está haciendo esta petición. Han destinado a mi padre a trabajos de oficina. Algo que él, *sheriff* vocacional a quién le encanta patrullar, tiene que estar llevando muy mal. No es que él haya hablado mucho del tema conmigo, nuestras conversaciones por teléfono son bastante limitadas, pero a juzgar por el rostro de preocupación de Gabriela sí lo ha hecho con ella. Eso hace que la llama de los celos suba por mi interior y salga de mi boca con furia:

—Lo haré. Pero te recuerdo que no es tu padre, deberías dejar de actuar como si lo fuera.

Sus ojos se tiñen de tristeza y suelta mi brazo.

—Yo lo considero como tal. Trataría de explicártelo, pero no lo entenderías.

La observo abrir la puerta del conductor y, antes de que salga, mascullo:

—La frase favorita de Brian cada vez que hablaba conmigo: “no lo entenderías”. Hicisteis frente común en la creencia de que soy idiota.

Se gira y su mirada se hiela sobre la mía.

—No eres idiota, pero estás tan ofuscado pensando en ti mismo que no puedes entender a los demás. Es diferente.

Se marcha habiendo dicho la última palabra, como ha sucedido en estos cuatro años en los que todo cambió porque mi padre se casó con Pam. No le culpo por eso, llevaba catorce años viudo y es lógico que rehiciera su vida. Pero sí porque ella y Gabriela lo cambiaron todo y yo perdí a mi mejor

amigo. Brian... Ignoro sus llamadas como él me ignoró a mí. Era mi mitad. Yo era rebelde e inconsciente. Él era tranquilo, estudioso y amable con todo el mundo. Éramos completamente distintos y aun así formamos el dúo perfecto durante dieciséis años. Más que un vecino o un amigo lo consideraba mi hermano; pero Gabriela lo convirtió en un desconocido. Yo quería que Brian fuera como yo, que saliera con todas las chicas posibles, que fuera mi compañero de fiestas como lo había sido de juegos en la infancia. Pero él prefirió una sola chica a tener a todas las que quisiera. Nunca lo entendí. ¿Se enamoró de ella a primera vista? ¿Fue porque Gabriela es todo lo que los chicos como Brian buscan? Intenté preguntárselo, pero su frase fue la misma que Gabriela acaba de decir “No lo entenderías”. Eso fue lo último que me dijo como amigo, después de eso solo fuimos dos alumnos más que apenas si se hablaban en el instituto. Al principio él intentó hacer acercamientos, pero yo estaba demasiado enfadado. Monté un nuevo grupo con Ethan y otros chicos rebeldes de la clase y le dejé atrás como él había hecho conmigo. Por eso me fastidia tanto que intente llamarme y que lo haya hecho en otras ocasiones, como si quisiera recordarme que soy yo quien rompió nuestra amistad, aunque fuera al contrario. Suspiro, abro la puerta y la figura alta e imponente de mi padre se acerca a recibirnos. Gabriela le abraza con fuerza y él besa su mejilla con suavidad. Intercambian una de sus miradas cómplices que no sé descifrar y ella se adentra en la casa en busca de su madre. Mi padre se acerca, me palmea la espalda y yo le observo preocupado. Su cabello, que comienza a blanquear, está mucho más disminuido. También ha perdido peso y su piel, usualmente tostada por el sol, está pálida y mortecina.

—¿Te encuentras bien? Tienes mal aspecto.

—Estoy bien, es que he pasado por una gripe recientemente.

Respiro aliviado. Mi padre nunca se ha puesto enfermo que yo recuerde, pero supongo que la edad le pasa factura. Sus ojos brillan cuando me mira:

—Me alegra mucho que hayas podido venir, a Pam le hace mucha ilusión.

—No me lo perdería por nada del mundo —miento según las instrucciones de Gabriela.

—Bien, entremos entonces. La barbacoa casi está lista.

—Hemos traído unas bebidas.

—Perfecto, te ayudaré a llevarlas adentro. Es un detalle que siempre te acuerdes de traer tantas cosas.

Me muerdo el labio. Parte de mi pacto con Gabriela es fingir que la idea de traer algo cuando venimos a comer es idea tanto mía como suya, al igual que sucede con los regalos de Navidad o de cumpleaños que nunca recordaría sin ella. Sería infinitivamente más fácil detestarla si intentara hacerme quedar mal, pero está empeñada en que sea el hijo perfecto ante los ojos de todos. Dice que lo hace por nuestros padres, pero a veces creo que lo hace por mí, aunque yo no se lo haya pedido y no esté seguro de merecerlo.

GABRIELA

En la actualidad

Cierro la puerta de mi habitación y con manos temblorosas me quito el vestido y comienzo a cambiarme de ropa. No temo la reacción de mis padres, sí la de Dean. Sé lo que sentirá, que le he traicionado de nuevo, puede que incluso crea que Ethan lo ha hecho. Es tan complicado... En el instituto, con Brian a mi lado, era más fácil resistir a lo que mi corazón se empeñaba en sentir por Dean en contra de mi lógica. Pero ahora tengo que ir a su apartamento y ver en su cama a esas mujeres por las que siento una mezcla de pena y odio; y fingir que me cae tan mal como yo a él cuando es todo lo contrario. Solo espero que, cuando vea lo que he hecho, recuerde lo que le he pedido sobre ser amable con papá. Mi padre es una de las personas más observadoras que he conocido. Desde que llegué a esta casa y me adoptó como su hija, me ha tratado como si lo fuera de verdad; y ahora somos tan íntimos que a veces tengo miedo que descubra la verdad de mis pactos con Dean. Pactos... La abogada que hay en mi interior encontró en ellos la forma de que la familia funcionara. Pero no sirvió para evitar que el torbellino que Dean provoca en mi interior desapareciera. Él es complicado e irreflexivo, pero también es divertido, interesante y está comprometido con su pasión: el mar. No solo como profesor de surf, sino como parte de un grupo ecologista que trabaja en la protección del océano. Él no sabe que conozco su colaboración, de hecho, ignora que lo sé casi todo de él. A veces por

observación, otras a través de las redes sociales y, últimamente, a través de Ethan. Suspiro... Dean cree que Ethan y yo nos hablamos solo desde que le recojo en su apartamento para ir a casa de nuestros padres, pero nuestra conexión viene de lejos, de una tarde en el instituto. Hasta ese día, Ethan y apenas nos habíamos intercambiado un saludo. Dado que Dean y yo manteníamos una relación distante, ninguno de sus amigos consideraba acercarse a mí. A Brian le molestaba la forma de tratarme de Dean, pero yo trataba de comprenderle. Dean no podía ser amigable conmigo porque me culpaba por su cambio de vida, y estaba convencida de que solo necesitaba tiempo para hacerse a la idea. Aunque cuatro años más tarde, que siga mostrándose igual de hostil hacia mí me hace pensar que soy una idiota al creer que algún día cambiará.

Respiro hondo. Me costó mucho tomar la decisión que sabría que le alteraría, pero no confiaba en nadie más que en Ethan para hacerlo. Ethan...

Aquella tarde, en el instituto, se suponía que Mary debía darle clases extra de matemáticas para que pudiera aprobar y graduarse. Pero ella tenía la gripe y la profesora me pidió que yo acudiera en su lugar. Ethan me estaba esperando en una de las alas de estudio, y su decepción fue clara al verme.

—¿Dónde está Mary? —preguntó.

Caminé hacia él despacio, como solía hacer cuando estaba a solas con un chico que no fuera Brian.

—Está enferma, pero no te preocupes, yo la cubriré. Podemos continuar donde lo dejaste el último día.

Una sonrisa irónica asomó a su bello rostro. Nunca me había detenido a mirarlo demasiado, pero ahora que estábamos los dos solos no pude evitarlo y la vieja tensión acudió a mí. No era algo en lo que hubiera pensado

últimamente. Brian siempre estaba conmigo y con él podía sentirme protegida y a salvo. Instintivamente, puse mi mochila sobre la mesa, creando una separación entre nosotros. Él susurró en un tono que debía conseguirle muchas conquistas:

—No te ofendas, pero si seguimos donde Mary y yo lo dejamos; o me mata Dean o me mata Brian. Así que será mejor que lo olvidemos por muy tentador que sea.

Enrojé hasta las raíces. Estar con Brian hacía que nadie me lanzara proposiciones, algunos compañeros ni se atrevían a mirarme. No en vano Brian era el respetado capitán del equipo de fútbol. Ethan comprendió que su comentario me había alterado y añadió mientras se sentaba de nuevo:

—No pretendía molestarte. Gracias igualmente por venir.

Más tranquila, me senté a su lado y pregunté:

—A parte de lo que sea que hagáis, ¿qué te enseña Mary?

—Nada. Soy yo quien le enseña a ella.

Volví a sonrojarme y él me aseguró:

—Gabriela, como te he dicho no quiero problemas con Dean o con tu novio. Te agradezco que hayas venido, pero las matemáticas no son lo mío y nunca lo serán.

—¿Y qué vas a hacer para graduarte?

—No lo haré. Tampoco me importa. Alégrate, acabas de librarte de darme clases y has ganado una hora libre.

Vacilé. La idea de quedarme con él después de sus impresiones sobre lo que hacía con Mary no era tentadora, pero, por otra parte, me había asegurado que no estaba interesado en mí. Y tenía que aprender a controlar mis ganas de huir cada vez que estaba con un chico a solas. Estaba en el instituto, a salvo, me convencí. Traté de sonreír y le expliqué:

—No puedo irme de aquí. Si la profesora Jerkins me ve sabrá que nos

hemos saltado la clase y te meterás en problemas, igual que Mary.

Arqueó una ceja.

—¿Y por qué te importa eso?

—Mary me cae bien y no quiero que tenga ninguna mancha en su expediente a escasas semanas de la graduación.

Él rio ante mi sinceridad y sugirió:

—En ese caso, quedémonos aquí. Puedes estudiar y yo dibujaré.

—¿Tú dibujas?

Mi interés le sorprendió y me mostró lo que estaba haciendo antes de que yo entrara.

—Es precioso, deberías ir a una escuela de arte.

—No me gusta estudiar. Prefiero ir por libre.

—Tienes mucho talento. A mí madre le encantaría este dibujo.

Me interrogó con la mirada y yo esboqué una mueca triste. Teniendo en cuenta que Dean ignoraba a mi madre más que a mí, era lógico que no hubiera hablado de ella a sus amigos.

—Es ilustradora. Trabaja con varias editoriales, es muy buena. Lamentablemente no heredé su talento. Cuando era más pequeña mi madre me llevó a varias clases, pero no es lo mío. ¿De quién lo heredaste tú?

Se encogió de hombros y sus ojos se nublaron.

—No lo sé. Mis padres murieron cuando yo era un bebé y me he criado con mis tíos. Y ninguno de ellos dibuja ni les gusta que yo lo haga, así que no les he preguntado nunca.

Una corriente de simpatía se generó entre nosotros y susurré.

—Mi padre se marchó de casa cuando yo era una niña y lo único que sé de él es que murió poco después. Es triste acumular tantos interrogantes —Se hizo un silencio entre nosotros, que rompí al pedir—: ¿Puedo ver más?

—Sí, por supuesto.

Me tendió la carpeta, que abrí con cuidado. Años de revisar las ilustraciones de mi madre me habían convertido en una experta a lo que tratar obras de arte se refiere. Deslicé mis manos con cuidado por los dibujos, admirando su calidad.

—Es increíble como captas lo que te rodea. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Hay una imagen que me gustaría tanto poder pintar...

—¿Qué imagen?

Me mordí el labio. No había hablado de ello con nadie, ni siquiera con mi madre. Era demasiado personal y le hubiera traído más preocupaciones de las que acarreaba desde el “incidente”, como yo lo llamaba para restarle importancia en mi mente y en mi maltrecho corazón. Sin embargo, quizá porque a través de los dibujos de Ethan tenía una ventana a su alma, me sinceré:

—Es un faro, en mitad de una tormenta. En un lado de la imagen hay oscuridad, en la otra la luz a la que el faro me conduce.

Permaneció en silencio varios segundos y luego adivinó:

—¿Es por el accidente?

Asentí temblando. Nunca hablaba con nadie de aquella época de mi vida, tejida de mentiras y de dolor. Traté de recordarme que había tenido la misma conversación con otras personas, y había sido capaz de mantenerme en silencio y guardar mi secreto.

—Sí, pero no me gusta pensar o hablar de ello.

—Por eso tienes esa imagen, te hace de catalizador.

Abrí la boca sorprendida, Ethan no parecía el tipo de chico que hace ese tipo de afirmaciones. Él se explicó:

—Es lo que me pasa a mí cuando dibujo. Todo sale fuera...

Intercambiamos una mirada cómplice.

—Lo dicho, deberías ir a una escuela de arte.

—Prefiero ir a Los Ángeles y trabajar en una tienda de tatuajes en cuanto termine el instituto.

Sonreí y mi mirada se desvió hasta las imágenes tatuadas en sus musculosos antebrazos. Eran hermosas, y me pregunté si las habría dibujado él. Una idea asomó a mi mente.

—Uno de los mejores amigos de mi madre tiene una de las principales tiendas de tatuaje de Los Ángeles, “Sueños de fuego”.

—¿Tu madre es amiga del dueño de “Sueños de fuego”? Es un sitio increíble, es muy difícil trabajar ahí.

—Lo sé, pero se conocieron en la escuela de arte y todavía mantienen el contacto. Si quieres, podría decirle que te concertara una entrevista, quizá quiera contratarte como aprendiz para el verano.

Sus ojos se clavaron incrédulos en mí.

—¿Harías eso por mí?

—Tienes talento y mi madre siempre dice hay que apoyar a los artistas.

—Eso sería genial. Aunque no sé si Dean...

—Tranquilo, no tiene por qué enterarse. Déjame lo que quieras que mi madre le envíe en mi casillero, la combinación es dos, dos, cinco. Ella sabe fotografiar los dibujos de forma que se vean tan espectaculares como en el papel.

—¿Me acabas de dar la combinación de tu casillero? —preguntó, incrédulo.

—Sé que no me robarías y tampoco creo que quieras copiar mis trabajos, visto tu nulo interés en tus calificaciones —reí.

Él me escudriñó con la mirada.

—Eres diferente...

Su voz se cortó. Sabía lo que se refería. Para Dean yo era una molestia y era agradable saber que Ethan era capaz de ver más allá de las opiniones de

su amigo. Pasamos el resto de la hora de clase hablando sobre arte y, cuando el timbre sonó, su voz sonó avergonzada.

—Ha sido un placer hablar contigo, aunque...

—Mejor no volvemos a hacerlo —le interrumpí con una sonrisa solidaria—. Solo déjame los dibujos en el casillero. Cuando mi madre los haya fotografiado para enviarlos a su amigo, te los devolveré allí.

—Gracias...

—A ti, ha sido muy agradable.

—¿Prefieres el arte a las matemáticas?

—Sí, pero quiero ser abogada, así que graduarme es obligatorio. Te dejo, Brian me espera.

Se despidió con un gesto en la cabeza y no volvimos a hablar. Pero al día siguiente, cuando encontré sus dibujos en el casillero, había uno para mí. Era mi faro, exactamente igual a como lo había imaginado. Mientras lo miraba extasiada, me sentí observada y alcé la vista. Era él, que me miraba desde el otro lado del pasillo. Sonreí con suavidad y, cuando le devolví sus dibujos, adjunté una nota que decía “El dibujo del faro es perfecto. Espero que consigas la plaza que anhelas, te la mereces”.

Dos notas y un dibujo, eso es todo lo que nos unió en lo que quedaba de instituto. Ethan consiguió el trabajo de aprendiz durante el verano y eso le sirvió para ser contratado en una importante tienda de tatuajes. Y seguimos sin hablarnos, porque eso era lo que mi hermanastro quería, pero la primera vez que fui a buscar a Dean a su apartamento para llevarle a casa de mis padres, Ethan estaba allí. No me sorprendió verle, Dean nos había explicado que compartían apartamento. Pero sí la forma en la que me habló. Después de

estar acostumbrada a que él y el resto de amigos de Dean apenas se atrevieran a mirarme durante el instituto para no contrariarlo, parecía que le alegraba mucho verme. A pesar de su innegable atractivo físico, que había potenciado musculando más su cuerpo y decorándolo con nuevos y brillantes tatuajes, seguía sin poder olvidar al único chico que me ha importado. Pero decidí que, ya que Ethan había dejado atrás la política de no confraternizar conmigo, yo también podía hacerlo. Dean siempre tardaba en levantarse, por lo que comencé a llevar otro café para él y en ese tiempo hablábamos de cómo nos iba todo mientras esperaba. Cada vez que lo hacíamos, mis ojos se desviaban en busca de algún tatuaje nuevo, y la idea comenzó a cobrar fuerza en mi mente. Pero no era algo que pudiera decirle si Dean estaba cerca o corría el riesgo de que saliera antes de la habitación. Una tarde, a la salida de clase, me decidí, aunque estuve media hora retorciéndome las manos delante de la tienda, dudando si entrar o no. Cuando finalmente lo hice, Ethan estaba saliendo de una de las cabinas con una chica que, a pesar del dolor, parecía anestesiada observándolo. Sonreí y él advirtió mi presencia y me devolvió la sonrisa de una forma que hizo que la chica me fulminara con la mirada. Yo me hice a un lado y, cuando terminó de cobrarle, Ethan se acercó a mí y me obsequió con un beso en la mejilla a modo de saludo. Parecía intrigado y feliz a partes iguales, por lo que, antes de que sacara conclusiones erróneas, comenté:

—¿Podemos hablar un momento?

—Sí. ¿Quieres algo de beber?

—¿Tienes algo fuerte que tranquilice los nervios?

Estalló en carcajadas y fue a una nevera, de donde sacó un par de cervezas. Las abrió y me ofreció una.

—Es lo más fuerte que tengo. Mi pulso ha de estar en perfecto estado cuando trabajo. Aunque esa chica era mi último servicio de hoy. ¿Quieres

que vayamos a alguna parte a tomar algo?

—No, mejor nos quedamos aquí, quiero hablarte de un tatuaje.

Me miró boquiabierto.

—¿Tú quieres hacerte un tatuaje?

—Sí —respondí y tomé un sorbo de cerveza.

—No me gusta perder a una clienta potencial, pero, ¿estás segura? Los abogados y los tatuajes no casan bien en los juzgados...

—Lo sé, pero sería en un lugar privado —Tragué saliva y aclaré—: En mi pierna. Necesito cubrir mi cicatriz.

—¿Qué cicatriz?

—¿Dean no te lo dijo?

Negó con la cabeza y propuse:

—¿Podemos ir a alguna cabina?

—Acompáñame.

Le seguí hasta la cabina del fondo tomando sorbos de cerveza para coger fuerzas. Cuando llegamos a la cabina, me senté en la camilla, dejé la bebida sobre una mesa adyacente y, con suavidad, subí mi vestido hasta dejar a la vista la parte superior de mi muslo. La mirada de horror de Ethan se clavó en mí y le expliqué:

—Fue por el golpe del coche. Tuvieron que recomponerme toda esta parte del muslo y, como ves, quedó una gran cicatriz.

—Dean no me dijo que tenías cicatrices...

—Dean no habla de lo que me pasó, tampoco le dimos muchas explicaciones. Una vez vio mi cicatriz e hizo la misma cara de repulsión que tú, y decidí que no quería que nadie más la viera. Pero yo sigo haciéndolo y estoy harta. Odio que me recuerde lo que pasó y sentir que siempre será parte de mí.

—Y quieres cubrirla con un tatuaje —adivinó.

—Sí, pero no con uno cualquiera. Con este —contesté y saqué de mi cartera el dibujo que me había regalado del faro.

Él lo tomó entre sus manos.

—Todavía lo conservas...

—Te dije que era perfecto. Y sería ideal para cubrir la cicatriz. Si es viable hacerlo, claro está...

Me miró con lástima y se acercó un poco más a mí. Dejó el dibujo y preguntó:

—¿Puedo examinar la cicatriz?

Asentí. Ese era el verdadero motivo por el que lo había escogido a él. Me había hecho un dibujo que había captado a la perfección mis sentimientos y me hacía sentirme segura. No hubiera encontrado a otro tatuador con el que me sintiera así de cómoda. Ethan acercó su mano a la cicatriz, la tocó con suavidad y observó los pliegues y la extensión.

—¿Te importaría que la viera mi jefe? Es un experto en cubrir cicatrices, muchos soldados vienen aquí. De hecho, él también estuvo en el ejército.

Temblé un poco ante la idea de que un desconocido mirara la parte superior de mi muslo, pero me recordé que solo estaría haciendo su trabajo y asentí. Ethan salió de la habitación y volvió poco después con un hombre de unos cincuenta años que tenía el tipo musculado de uno de veinte y la piel más tatuada que había visto nunca. Como había hecho Ethan, revisó la cicatriz y comentó, visiblemente irritado:

—Espero que el que te hizo esto recibiera su merecido, niña. Se cebó golpeándote con ese bate o lo que fuera.

Le miré horrorizada y Ethan intervino:

—Fue un accidente de coche. La atropellaron.

El hombre nos miró a los dos y se encogió de hombros.

—Estoy perdiendo facultades, antes no fallaba al identificar de donde

procedían las heridas —Yo seguí sin poder pronunciar palabra y él añadió—: Sea como sea, podemos cubrirlo. Ethan me ha dicho que has traído un dibujo que hizo él mismo cuando estabais en el instituto.

Se lo tendí con la mano temblorosa y él lo observó con orgullo.

—Como siempre digo, contraté al mejor. Es un gran dibujo. Te quedará muy bien y podrás lucir esas preciosas piernas.

Me sonrojé y él salió de la cabina. Más aliviada, pregunté:

—¿Cuándo empezamos?

—Cuando quieras.

—Por la mañana tengo clases. ¿Puede ser a estas horas?

—Sí. Lo haremos en varias sesiones, así será menos duro.

—Muchas gracias por hacerlo tú mismo.

—Es mi dibujo y estoy deseando borrarte esa cicatriz.

—Gracias, es muy importante para mí.

Torcí el gesto mientras lo decía y él susurró:

—Lo que dijo mi jefe...

—Fue un coche, nada más.

Me miró como si no me creyera, pero no hizo más preguntas y acordamos las citas hasta que completó el tatuaje. El resultado fue increíble, tanto que me había comprado ropa nueva para poder, después de largos años de cubrirme, llevar vestidos y pantalones cortos. Pero ahora que se lo voy a mostrar a Dean se hace visible que esto puede costarle una discusión con su amigo. Ethan me ha dicho que no me preocupe, que Dean ya es mayorcito para entender que él puede tatuar a quien quiera, pero yo no estoy segura y no quiero crear problemas a Ethan. Se ha portado muy bien conmigo y ha tenido una paciencia infinita mientras me hacía el tatuaje. Para hacerme olvidar el dolor me hablaba de su vida o me pedía que le explicara cosas de la universidad. Comprendió sin necesidad de ninguna palabra por mi parte que

necesitaba sentirme segura y no intentó ningún acercamiento o que quedáramos fuera de la tienda. Y eso me relaja, a pesar de que no suelo relajarme con ningún chico. No es Brian, nadie lo será nunca, pero me gusta estar con él y quizá podamos llegar a ser amigos. Ojalá pudiera tener una buena relación con Dean, pero vivimos en un permanente tira y afloja. Y ahora que ha llegado el momento de salir de mi habitación y mostrarle el tatuaje solo espero que esto no sea un motivo más para distanciarnos.

DEAN

4 años antes

Hoy es la noche en que voy a conocer a Pam, la novia de mi padre, y a su hija, Gabriela. Mi padre está muy nervioso, me ha hablado mucho de ellas, pero ahora todo será diferente. Mi respiración es entrecortada y mi padre me pregunta:

—¿Estás listo?

Asiento. Es su forma de darme una oportunidad de cambiar de opinión, pero no haré nada para evitar su felicidad, por mucho que no me agrade la idea de que se case. Él palmea mi espalda, agradecido, y pronto entra Pam en el restaurante. La distingo por las fotografías que mi padre me ha enseñado, aunque aún es más hermosa al natural. Tiene el cabello castaño y largo recogido en una elegante coleta. Sus facciones son suaves y sus ojos son de un oscuro tan intenso como el negro de sus pestañas. Aunque su rostro denota inquietud, me evalúa con los ojos. Me pregunto qué le habrá contado mi padre de mí. ¿La verdad, que soy un rebelde problemático que no estudia nada; o me habrá idealizado para que Pam no tenga miedo de tener una relación con él? Saluda a mi padre con un beso en los labios y yo espero tenso a un lado. Cuando se separan, me sonrío con dulzura.

—¡Dean! Tenía muchas ganas de conocerte, tu padre me ha hablado mucho de ti.

Yo no reacciono y mi padre me guiña un ojo:

—Solo lo bueno.

Me encojo de hombros y saludo a Pam con educación, aunque solo sea para confirmar lo que sea que haya dicho mi padre.

—Buenas noches, señora.

—Lláname Pam —contesta con una cálida sonrisa.

Trato de sonreír, aunque estoy tan envarado que es difícil. Nos sentamos en la mesa, pero solo pedimos las bebidas mientras esperamos a Gabriela. La conversación resulta menos dura de lo que esperaba. Las preguntas de Pam son amables y apenas me pregunta por la escuela, por lo que deduzco que, aunque mi padre haya minimizado mis problemas, no sabe mentir y algo le habrá contado acerca de ello. En su lugar, habla del surf y de temas comunes como la pasión por la playa. Aunque no me guste la idea de que mi padre se case de nuevo por todo lo que implica, no puedo negar que la forma que mira a Pam es nueva para mí. Es una mezcla de profunda adoración y admiración. Y ella lo mira de la misma forma. Trato de pensar en otras parejas que haya conocido, pero no recuerdo a ninguna mirarse del modo que ellos lo hacen, y por eso sé que esto es definitivo. Esta idea aún me pone más nervioso y empeora cuando Gabriela hace acto de presencia. También es más bonita que en fotografía, mucho más de lo conveniente. Si se supone que no debes mirar a tu futura hermanastra con deseo, esta no debería lucir como lo hace Gabriela. Sin embargo, hay algo extraño en ella. Son sus ojos, preciosos pero que mantiene esquivos, como si tuviera miedo de algo o de alguien. Me saluda con educación, pero es evidente que se siente incómoda. Se la ve cansada, algo lógico porque hace muy poco tiempo que salió del hospital. Mi padre no me ha explicado mucho de ello, pero deduzco que tiene que haberle resultado muy duro estar tanto tiempo encerrada allí. Sin embargo, se la ve contenta cuando mi padre le abraza para saludarla con una familiaridad que me sorprende.

Nos sentamos a la mesa y mi padre se interesa sobre la sesión de

rehabilitación de Gabriela. Ella responde con amabilidad, pero está claro que no quiere hablar mucho del accidente y de sus consecuencias delante de mí. No me importa, no soy entrometido y me parece bien que comparta solo lo que ella quiera. Básicamente porque yo pienso hacer lo mismo. Puede que las acepte en mi casa para hacer feliz a mi padre, pero eso no significa que tenga que permitirles entrar en mi vida. Ya guardo secretos a mi padre, nada grave, cosas como mi carné falso para conseguir alcohol o las chicas con las que me acuesto. No quiero que Pam y Gabriela sepan nada de mí, porque eso implicaría dejarlas entrar en algo más que en la parte física de mi hogar. No quiero una madre ni tampoco una hermana, solo que todo siga igual o al menos lo más parecido a lo que tengo ahora.

Conforme pasa la velada, me reafirmo que Gabriela es muy importante para mi padre. Lo cual me turba y me incomoda más de lo que pensaba, quizá porque me hace sentir vulnerable. Es un buen hombre y un buen padre, pero con su trabajo le pasan desapercibidas muchos aspectos de mi vida, ya que pasa muchas horas fuera de casa. En cambio, está muy al día de todo lo que acontece con Gabriela. La observo y me doy cuenta que el sentimiento es mutuo. Le hace preguntas sobre temas de su trabajo o de la casa de los que yo ni siquiera estoy al tanto. Me pongo en guardia y trato desesperadamente de descifrar qué puede significar esto. Quiero recobrar algo del interés de mi padre y comienzo a hablar mucho más de lo que he hecho en los últimos meses. Mi padre sonríe, animándome silenciosamente con su mirada a que continúe. Pero irremediamente cualquier cosa que diga termina desembocando en Gabriela, en lo que le gusta y en lo que no, es sus excelentes calificaciones, sus logros... Si esto es una competición, la estoy perdiendo en el primer asalto, no hay duda que es la hija que todo padre anhela y eso hace que la cena se me haga interminable. Cuando finalmente termina y mi padre y yo llegamos a casa, me gustaría escabullirme a mi

habitación, pero él me pregunta con avidez:

—¿Todo bien esta noche?

—Sí —respondo no muy convencido.

Él palmea mi espalda con ternura, como si supiera que estoy mintiendo, pero no dice nada al respecto. En su lugar, comenta:

—Gabriela es algo reservada, pero si te tomas tiempo para conocerla te gustará.

—¿Por qué te importa tanto? No hace mucho tiempo que la conoces.

—Es una gran chica que ha sufrido demasiado. De hecho, en todos mis años de servicio no he conocido a alguien como ella, que haya pasado por tanto y se mantenga en pie. Aunque su dolor la ha alejado de la gente —confiesa—, solo necesita un poco de tiempo para abrirse contigo como lo hace conmigo y podréis ser buenos amigos.

Asiento, pero no estoy seguro si quiero que eso suceda. Mi padre ha cambiado mucho desde que la conoció a ella y a su madre. Y no me gustan los cambios obligados por otras personas, menos en mí. Quiero seguir siendo yo mismo, pero me temo que mi padre está tan emocionado con ambas que, a la que vivan con nosotros, todo va a cambiar y a hacerse de una forma muy diferente a la que estoy acostumbrado. Pero no puedo quitarle la felicidad a mi padre y menos ahora que he visto como le brillan los ojos cuando está al lado de Pam. Aún así, aunque mienta delante de él, no puedo engañarme a mí mismo. Que mi padre se case no me hace feliz y no lo hará nunca, menos si el matrimonio viene acompañado de una hermanastra demasiado bonita para no desearla y aparentemente demasiado perfecta para no sentirse abrumado.

GABRIELA

4 años antes

Ya estamos de vuelta a casa. Finjo que todo está bien, pero tengo el estómago revuelto y una extraña sensación desde que he conocido a Dean. La noche ha ido bien y ha sido especial que por fin nos conozcamos, pero también difícil porque Dean me pone nerviosa, muy nerviosa. Es tan bello... Su perfecto rostro, su cuerpo musculoso marcado con la estrecha ropa, sus ojos de un azul intenso como el mar, sus cabellos largos y desordenados al estilo surfista, de color castaño oscuro con mechones rubios que hacen destacar todavía más sus facciones... El tipo de chico que hace que las chicas se conviertan en un montón de hormonas descontroladas. Hace un año, quizá me hubiera descontrolado al mirarle. Ahora solo tengo miedo. El *sheriff* me ha asegurado que es un buen chico y la convivencia será fácil, pero una y otra vez el maldito miedo vuelve a dominarme. No le he caído bien, no le juzgo por eso. Cada vez que me hablaba tardaba en reaccionar y no he podido mirarlo a los ojos en toda la noche. Es el primer chico de mi edad con el que tengo contacto desde que todo pasó. He estado en un mundo de adultos en el hospital, rodeada de personas en las que confiaba. Pero no puedo confiar en nadie de mi edad, todavía no, y eso hace que me sienta culpable. Su padre lo ha hecho todo por mí y quiere que vea a Dean como un hermano. Pero no soy capaz de hacerlo, para mí cualquiera es un enemigo en potencia. Intuyo que ha creído que soy una estirada por la forma de tratarle y lo lamento mucho, pero no sé cómo comportarme de otra manera. Estoy demasiado perdida. Y

me siento culpable por no estar a la altura de lo que el que será mi padre adoptivo y mi madre esperan de mí. Vuelvo la mente a Dean, a la forma en la que me miraba. Accidentalmente me ha rozado un segundo y me he echado a temblar, espero que no lo haya notado.

Mi madre, que lleva tiempo observándome, me toma de la mano. En su rostro se marcan arrugas de preocupación y pregunto:

—¿Sucede algo?

—Eso mismo quería saber yo. ¿Todo bien esta noche? Me pareció que estar con Dean te cohibía.

Evito el contacto directo con sus ojos.

—Es el primer chico de mi edad que veo desde que... —mi voz se rompe—. Se me pasará.

Respira hondo.

—¿Estás segura de que estás preparada para este cambio tan importante? Podemos posponerlo.

—No —deniego con rotundidad—. Quiero que empecemos de cero lo más pronto posible.

—Pero tendrás que convivir con Dean.

—El *sheriff* me ha asegurado que no debo preocuparme por él y voy a hacerle caso. Mamá, nos merecemos esta oportunidad, no quiero dejarla escapar por miedo. Tengo que volver al instituto, y Dean no será el único chico con el que me encuentre. Debo volver a la normalidad. Es lo que la psicóloga dijo que necesitaba para comenzar a olvidar y seguir adelante.

La miro de reojo para ver si mi discurso ha calado en ella, pero deduzco que suena tan poco convincente en sus oídos como en los míos porque insiste:

—Sé lo que dijo la psicóloga, pero no es ella la que ha estado tanto tiempo en el hospital ni pasó por lo que tú pasaste. Gabriela, ya me ocultaste la

verdad una vez...

—Y jamás me arrepentiré lo suficientemente de haberlo hecho—la interrumpo con la voz rota.

—No quería recriminártelo, solo recordarte que cuando estamos juntas somos más fuertes y puedo ayudarte a sobrellevar lo que sea, pero tienes que ser sincera conmigo.

—Está bien —acepto—. Fue extraño estar con Dean porque era el primer chico de mi edad con el que coincidía. Pero necesito cambiar de vida, empezar de cero y estoy segura que al lado del *sheriff* podremos hacerlo. Estáis locos el uno por el otro, os merecéis estar juntos lo antes posible.

—Me equivoqué con tu padre. No era el hombre adecuado para mí ni el padre que tú merecías. Y ambas hemos sufrido mucho por ello.

Las lágrimas asoman a los ojos de ambas.

—El *sheriff* es diferente, y por eso estás tan enamorada de él y yo deseo tanto que se convierta en mi padrastro. Jamás nadie se había preocupado así por nosotras ni nos había cuidado como él lo ha hecho.

—Sí, hemos encontrado algo de luz después de un túnel tan oscuro... —susurra, visiblemente emocionada.

—Un túnel que quiero dejar atrás —insisto.

—Está bien, pero, ¿me prometes que serás sincera conmigo?

Trato de esbozar una sonrisa, aunque está teñida de tristeza.

—Aprendí la lección. Si sucede algo, te lo diré.

—Estamos juntas en esto y en lo que venga. ¿Pacto?

—Pacto.

Me abraza con fuerza y susurro:

—Te quiero mucho, mamá.

—Yo también te quiero, hija.

Su voz se ahoga en un sollozo y de nuevo lamento todo lo que le he hecho

pasar y no haber sido capaz de convencerla que no es culpa suya que no se lo explicara. Ella siempre estuvo ahí para mí. No importaba lo cansada que estuviera, me preguntaba por cómo habían ido mis clases y mi día en general. Y yo le explicaba casi todo, pero aquello no pude o no supe hacerlo. Y me arrepiento, pero ahora, después de lo que hemos pasado juntas, todo es diferente y voy a confiar en ella. La abrazo con más fuerza y, cuando subo las escaleras a mi habitación, la imagen de Dean se cuele repetidamente en mi cabeza. Debo serenarme respecto a él. Después de todo lo que pasó, ya no sé cómo relacionarme con gente nueva. He pasado demasiado tiempo en que lo único que quería era recuperarme física y mentalmente. Pero ahora tendré que esforzarme. Dean no sabe lo rota que estoy y no puede saberlo, nadie debe. La única forma de empezar de cero es mantener mi secreto a salvo. Me tumbo en la cama. El *sheriff* ha dado un gran paso pidiendo en matrimonio a mi madre. Ha hecho muchísimo por mí, y que yo sea capaz de sentir por él tanto cariño me hace ver que mi corazón funciona, que solo necesito tiempo para ir añadiendo a más personas a mi vida. Dean será mi hermanastro; mi madre y yo ocuparemos su espacio, su hogar, su vida. Debo ser buena con él, como su padre lo ha sido conmigo todo este tiempo. Y dejar el miedo atrás. Aunque esto suene extraordinariamente difícil, no dejaré que el pasado enturbie mi nueva vida familiar, me prometo.

DEAN

4 años antes

Ya es oficial. Pam y Gabriela han invadido nuestro hogar. Como el buen chico que finjo ser, asistí a la boda sonriente, he ayudado a mi padre a preparar la habitación de Gabriela y a las dos a realizar la mudanza. Y lo he hecho con toda la amabilidad de la que soy capaz, pero estoy hartos. Sobre todo, de Gabriela. Es malditamente perfecta en todo y a todas horas del día, lo que hace que mi padre comience a darse cuenta del desastre generalizado que soy yo. Me controla como antes no hacía, y eso hace que esté deseando salir de casa esta noche y librarme de mi nueva familia un rato. Sin embargo, cuando desciendo las escaleras mi padre me llama desde el salón y me pregunta:

—¿Vas a salir hoy?

—Sí, voy a una fiesta.

—¿Puedes llevar a Gabriela contigo?

La expresión de mi rostro debe ser un fiel espejo de lo que la idea me horroriza, porque Gabriela contesta por mí:

—No es necesario.

—Lo es —la contradice mi padre—. Hijo, Gabriela no conoce a nadie aquí excepto a ti. Dado que estáis en el mismo curso, me gustaría que fueras presentándole a tus amigos y compañeros del instituto, así le será más fácil adaptarse cuando comiencen las clases.

Aprieto la mandíbula y mi gesto de desagrado aumenta, pero el tono de voz de mi padre y su mirada de advertencia no deja lugar a discusión. Que

Gabriela esté bien se ha convertido en su prioridad desde que esta llegó, aunque no sé por qué cree que ir a una fiesta conmigo sea de su interés. Si no conserva ningún amigo de su antiguo instituto será por algo, y por su forma de actuar desde que llegó a la casa intuyo que va a ser un lastre para mí toda la noche. Ella me observa e insiste:

—No quiero ser una molestia para Dean.

—No lo serás, ¿verdad, hijo?

Sacudo la cabeza y finjo una sonrisa, pero no puedo evitar que el tono de mi respuesta destile ironía.

—Será divertido.

—Bien. Gabriela, ve a cambiarte. Dean te esperará.

—No tardes —mascullo. Puede que haya cedido, pero tampoco estoy dispuesto a esperar media noche por ella.

Ella asiente y tengo que reconocerle que vuelve mucho más rápido de lo que había pensado. Va vestida como si fuera a clase dominical en lugar de a una fiesta, sin maquillaje y con un recatado vestido por encima de la rodilla y sin escote, pero no será yo quien se lo diga. Algo me dice que no encajará en esa fiesta independientemente de su atuendo. Es el tipo de persona que está mejor con padres y personas mayores que con gente de su edad; y estoy seguro de que se convertirá en la favorita de los profesores en cuanto pise el instituto. Es educada, elegante y amable con todo el mundo y a todas horas; y eso me extraña. Las chicas a las que yo frecuento son alocadas, rebeldes y, por qué no decirlo, muy fáciles. Les gusta beber y no leen un libro sino es por obligación. En cambio, Gabriela se pasa el día con uno en la mano, ausente, pensando en quién sabe qué. Puede que sea bonita y que, si no llevara ese vestido monjil y no la conociera, sus curvas me parecieran sexis; pero es demasiado sosa para provocarme cualquier idea erótica sobre ella. Y ese es otro de los motivos por los que no quiero llevarla con mis amigos, será como

ir de fiesta con la futura empollona de la clase. Maldigo para mis adentros que mi padre me haya obligado a traerla conmigo y le pido que me siga hasta el coche. Hacemos el trayecto en silencio e intuyo que se siente tan incómoda como yo por ir a esa fiesta juntos. Cuando llegamos a la casa donde tiene lugar la fiesta, detengo el coche y ella se disculpa:

—Lamento que tu padre te haya obligado a traerme. No seré una molestia, te lo prometo.

Respiro hondo. Parte de la acción diaria de Gabriela consiste en ser amable conmigo, más de lo que yo lo soy con ella. Es muy consciente de que me enoja su presencia y la de su madre e intenta convencerme de que no va a ser un incordio. Pero lo es desde que ha invadido mi casa, y eso no lo cambiarán sus palabras dulces. No quiero ser antipático con ella, pero no me queda otro remedio si quiero que las cosas queden claras entre nosotros. No me gustan las ataduras. Voy donde quiero cuando se me antoja y, aunque hoy haya cedido, me niego a tener una sombra el resto del verano y luego en el instituto. Por ello respondo con dureza.

—Claro que no lo serás. Tú vas a la tuya y yo a la mía.

—¿Vas a dejarme sola?

El pánico se instala en sus ojos y me reafirma lo rara que es.

—Es una fiesta, no una selva, estarás bien. Tú preséntate a quien quieras, yo he quedado con una chica y no puedo hacer de niñera.

Su gesto se tuerce, pero no protesta y me sigue hacia dentro. Varios asistentes acuden a nuestro encuentro y puedo leer que Gabriela no los está valorando positivamente, quizá porque algunos de ellos ya están borrachos y otros no tienen un aspecto como el de los chicos que deben gustarle a ella. De nuevo, esa irritación que me surge de dentro me hace pensar que se cree superior a todos los que están aquí, incluido yo. Sin mucho miramiento, la conduzco hasta la cocina, le indico donde está la bebida y considero que he

cumplido mi papel de hermanastro. Ya tengo bastante con que haya invadido mi casa, no dejaré que lo haga también en mi vida privada. Esta noche es para disfrutarla, no para cuidar de ella como si tuviera cuatro años que es lo que pretende mi padre.

GABRIELA

4 años antes

—¡Oh, es guapísimo!

Suspiro con hastío mientras escucho a varias de las asistentes a la fiesta hablar de Dean. Es hermoso como un demonio, pero cuando le miro siento que solo soy una molestia para él. Mi madre y yo hemos invadido su casa y su vida; y su respuesta ha sido dejarme claro con sus irritantes miradas y comentarios que no tiene ninguna intención de crear una relación amistosa conmigo. Aunque al parecer no tiene problemas en ser encantador con su horda de admiradoras, quizá porque aspira a pasar la noche con alguna.

Me siento sola, fuera de lugar. Mi recatado vestido destaca por inapropiado con las otras chicas de la fiesta, la mayoría en mini vaqueros ajustados y tops que dejan muy poco a la imaginación. Tampoco son muy adecuadas mis bailarinas mientras las demás llevan tacones de vértigo de esos en los que yo duraría dos segundos caminando sin torcerme un tobillo. Suspiro. Es decisión mía no lucir espectacular como ellas. No me gusta ser el centro de atención, y el hecho de ser la nueva hace que muchos chicos me miren con una mezcla de interés y curiosidad. Ninguno de ellos me atrae, solo quiero mantenerme segura y a salvo. Y por eso hubiera preferido quedarme en casa, el ambiente en el que Dean se mueve no es al que yo quiero pertenecer. Veo demasiado desmadre, sobre todo en el alcohol que temo que pueda afectar a alguno de los presentes, lo que me hace sentir todavía más insegura. Me coloco en un rincón. Un chico me ofrece cerveza,

pero deniego con la cabeza y doy instantáneamente un paso hacia atrás. Miro alrededor de mí. Los que no bailan son parejas que se están magreando o grupitos haciendo juegos de beber. Dean no me ha dirigido la palabra desde que llegamos. No le culpo. Él no quería que le acompañara, pero su padre le ha obligado. Y eso es algo que lamento profundamente. Mi padre adoptivo, el mejor que podría imaginar, está empeñado en que Dean y yo seamos buenos amigos. Algo que dudo mucho que vaya a pasar. Solo espero que no le obligue a llevarme con él a más sitios, es muy desagradable verle con el ceño fruncido mientras me trae a un lugar y me ignora en cuanto atravesamos la puerta.

A una parte de mí le gustaría ser como esas chicas, perdiendo el control y despreocupadas, pero yo nunca seré capaz de hacer lo mismo. Puedo decir sin mentir que estoy mejor, pero algo dentro de mí se rompió y no sé si puedo llegar a recomponerme por completo. La algarabía de un grupo cercano de chicas interrumpe mis pensamientos. Están concentradas en el guapo chico que acaba de entrar y busca a alguien con la mirada. No le conozco, pero sé quién es gracias a las fotografías que he visto de él. Se trata de Brian, el mejor amigo de Dean. Vive en nuestra misma calle y su madre y la mía han conectado enseguida. Su padre está en el ejército y pasa largas temporadas fuera de casa, por lo que las dos familias han compartido desde siempre mucho tiempo juntas. Aunque las fotografías hacían evidente su belleza, al natural debo reconocer que los suspiros de las chicas están justificados. Con sutileza y, aunque mi mente está alejada de involucrarse con ningún chico, le observo. Lo primero que pienso es que es el único chico que está a la altura en belleza de Dean, con unas facciones perfectas, intensos ojos verdes y el cabello muy rubio. Aunque su estilo es completamente diferente. Dean tiene el cabello rebelde y desordenado, Brian luce un corte impecable. Dean viste vaqueros rotos y una camiseta con una tabla de surf, Brian vaqueros oscuros

y un polo blanco. Sí se parecen en el físico, ambos altos y musculosos, aunque su manera de moverse es distinta. Dean lo hace como si fuera una estrella del rock paseando entre sus fans, mientras que a Brian se le ve algo apabullado ante tanto interés. Mucha gente se acerca a saludarle, su madre me ha explicado que ha pasado gran parte del verano en un campus de deportes y por eso todavía no había podido conocerlo. Tampoco tengo mayor interés. Es guapo, el capitán del equipo de fútbol y me ignorará con la misma frialdad que hace Dean.

Otro chico se acerca a mí con una cerveza y me arrepiento de haber venido. La música está demasiado alta, la gente bebiendo me pone nerviosa y Dean está desaparecido, supongo que con su cita. Brian sigue siendo el centro de atención, aunque hay algo en su expresión que indica que está aburrido, incómodo. Para mi vergüenza, descubre que le estoy observando y su mirada se clava en la mía con curiosidad, lo que me impulsa a salir con rapidez al porche para evitar que se crea que soy como cualquiera de las chicas que están suspirando por él. Me siento en las escaleras y me envuelvo en mis brazos. Respiro el aire fresco de la noche, pero antes de poder pensar en nada, unos pasos me sobresaltan. Es Brian. Tiemblo, pero él actúa diferente a los otros chicos de la fiesta. No repasa cada centímetro de mí evaluándome ni me hace sentir incómoda. Simplemente sonrío y la forma en la que sus ojos se ciernen sobre los míos es amable y profunda como la de su madre, lo cual me tranquiliza.

—Hola, tú debes ser Gabriela. Mi madre me ha enseñado fotografías tuyas.

—Y tú debes ser Brian, también he visto fotografías tuyas.

Sonríe, pero mira extrañado alrededor de mí.

—¿Qué haces aquí sola?

—Tomar un poco el aire.

Él no parece molesto por mi respuesta inexpresiva. Sus ojos se encuentran con los míos y me obsequia con una sonrisa exenta de coqueteo, lo cual me relaja.

—¿Se suponía que Dean debía cuidar de ti? —adivina, arqueando sarcásticamente una ceja.

Yo bajo los ojos, no quiero criticar a mi recién adquirido hermanastro.

—Lo hace a su manera. Ha prometido que me llevará a casa.

—Yo os llevaré a los dos. Está bebiendo.

Noto un deje de preocupación en su voz.

—¿Tú no bebes?

—No, es ilegal y bastante malo para mi cuerpo y por tanto para el deporte.
¿Puedo sentarme?

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Sin embargo, parece un buen chico y la psicóloga me ha repetido hasta la saciedad que debo ser cuidadosa pero no encerrarme en mis miedos. Asiento y se sienta a mi lado, dejando una distancia prudencial entre ambos, lo cual me alivia, como si por mi postura dedujera que no me siento cómoda con él a solas aquí afuera. Esboza una sonrisa y comenta:

—Tu madre y la mía se han hecho muy amigas.

—Sí, yo también paso buenos momentos con ellas.

Se hace un silencio. Me temo que Brian va a ser quien lleve la conversación, yo todavía estoy recordando cómo no salir corriendo cuando un chico me habla. Con amabilidad, me pregunta:

—¿Te gusta vivir aquí?

—Mi padrastro, ya le conoces, es genial. Y este es un lugar precioso, me gusta mucho.

—Sí, lo es. La verdad es que lo he echado de menos, pero el campus de verano era una gran oportunidad para mí

—He visto tus trofeos.

Se tapa la cara con vergüenza.

—Le prohibí a mi madre que los enseñara. Espero que la tortura no durara demasiado.

—No pasa nada, a la mía también le encanta hablar de mí, aunque no haya mucho que decir.

—Eso lo dudo.

Un cálido cosquilleo se adueña de mi pecho y luego el temor vuelve. Es agradable, pero no dejo de recordar que todo puede convertirse en un infierno en un instante. Me gusta que se quede conmigo, pero me hace sentir inestable. Puedo ocultar mis miedos y lo herida que estoy la mayor parte del tiempo, pero no había vuelto a estar a solas con un chico desde entonces. Dean y yo compartimos casa, pero él apenas está en ella y cuando lo hace siempre están nuestros padres. Además, por la indiferencia con la que me mira sé que no tengo nada que temer. Algo que no todavía no puedo asegurar de Brian, por muy agradable que parezca. Aun así, si va a ser mi vecino y nuestras madres se han hecho amigas, debo ser amable.

—Tu madre me ha explicado que eres el mejor amigo de Dean.

Esboza una mueca que no sé interpretar.

—Lo somos, aunque ahora nos gusta pasar el tiempo de forma muy diferente y eso complica las cosas. Como en esta fiesta o en el instituto.

—El instituto es complicado.

Me escudriña con la mirada

—No parece tener muchas ganas de que empiece.

—Me gusta estudiar, pero no me siento muy cómoda con la gente desde mi accidente —confieso. Hay algo en él, quizá su mirada suave y comprensiva, que me hace bajar la guardia.

—Mi madre me ha explicado que pasaste mucho tiempo en reposo en el

hospital y luego en casa.

—Sí, y estudié a distancia desde ambos sitios. Quería estudiar desde casa aquí, pero...

Mi voz se ahoga. La psicóloga ha insistido en que debo hacer vida normal. Y yo he aceptado, pero ahora que el momento de empezar el instituto se acerca, el pánico va tomando más y más fuerza en mi cuerpo. Trato de encontrar las palabras, pero antes de que pueda hacerlo la puerta se abre detrás de nosotros y Dean aparece llevando sujetas por la cintura a dos exuberantes chicas. En su línea, me ignora y mira directamente a Brian:

—Amigo, te traigo tu regalo de bienvenida.

Yo me sonrojo ante las miradas obvias de las dos, una rubia y la otra pelirroja, que supongo acaban de salir de la piscina porque llevan escuetos bikinis y su piel y sus cabellos están mojados. Brian deniega:

—Esto bien aquí fuera, gracias.

—Gabriela puede quedarse sola —arrastra las palabras Dean en tono de desdén.

—Claro que sí, yo...

—Lo sé, pero quiero quedarme con ella —me interrumpe Brian.

Los ojos de Dean arden y pregunta con ironía para regocijo de sus borrachas acompañantes:

—¿A aburrirte toda la noche?

—Hasta ahora me lo estaba pasando muy bien.

Sus palabras nos dejan a todos atónitos y Dean le reta con la mirada:

—¿Estás seguro?

Brian mantiene el tono tranquilo y le indica:

—Completamente. Y, por cierto, cuando quieras marcharte, ven a buscarnos, no puedes conducir en tu estado.

—Comienzas a parecerme a mi padre —le espeta Dean con dureza.

—Si con eso evito que tengas un accidente de tráfico, me parece bien.

Las chicas se miran entre ellas incómodas y Dean no contesta y desaparece con ellas dentro de la casa. Yo comento, disgustada:

—Lo lamento.

—¿Por qué te disculpas?

—Por estropearte tu reencuentro con Dean.

—De eso se ha encargado él solo —incide.

—Deberías haber ido con él y esas chicas.

Arquea una ceja.

—¿Te estoy molestando?

—No, pero no obtendrás aquí lo que te darían ellas.

La sinceridad de mi tono me sorprende incluso a mí, pero no quiero darle falsas esperanzas. Él sonríe.

—Lo sé, por eso me he quedado contigo. Acabo de llegar y solo quiero un poco de buena conversación. Pero solo si te apetece mi compañía. Tú decides.

Respiro hondo. Puedo hacerlo, puedo mantener una conversación tranquila con un chico a solas en un porche. A pesar de la música, cualquiera me escucharía si gritara y sus ojos no son amenazadores. Además, él podría tener sexo fácil con alguna de las chicas que Dean le ha traído, quizá sea cierto que solo quiere un poco de conversación.

—Está bien.

—¿Quieres que te traiga algo de beber?

—No, gracias. A estas horas y por lo que he visto solo quedarán bebidas con alcohol.

—Tampoco eres fan de la bebida...

—No... ¿Todas las fiestas de por aquí son así?

—No. De hecho, antes Dean solía salir con otro tipo de gente —Su voz es

suave y habla lento, como si no quisiera criticar, pero algo le quemara por dentro—. Comenzó a alternar con ellos en el instituto, ya que yo tenía muchos días de entreno, pero ahora que he pasado el verano se habrá hecho más íntimo con ellos.

—¿Van a nuestro instituto?

—Algunos. Otros son mayores de edad y ya están trabajando. Mejor no te acerques a ninguno, sobre todo ahora que están bebidos.

—No se me ocurriría.

—¿Por eso estabas aquí fuera?

Su mirada se clava en la mía y no puedo apartar la vista de él. Sus ojos tienen una tonalidad fascinante. Tengo que reconocer que es muy guapo, pero no es eso lo que me atrae de él, sino que parece leer con facilidad lo que pienso y cómo me siento. Y después de la soledad de los últimos meses, en los que solo he podido apoyarme en mi madre y mi padrastro, es tentadoramente agradable sentirse comprendida por alguien de mi edad.

—No me siento muy cómoda con la gente en general. Menos si están borrachos y pierden el control.

—Tranquila, nadie perderá el control contigo. Yo me aseguro.

Sonrío y él cruza sus manos sobre sus piernas. Sus brazos son musculosos, igual que el resto de su cuerpo, y me pregunto por qué está aquí fuera hablando conmigo. Con timidez insisto:

—Si quieres volver a la fiesta, estoy bien aquí fuera.

—Como he dicho, yo también. Y ahora, cuéntame, ¿cómo está yendo tu verano? ¿Te gusta la playa?

—Me encanta. Aunque todavía no puedo nadar debido a mis lesiones, al menos disfruto de pasear por ella.

Tuerzo el gesto y él sonrío comprensivamente:

—Mi madre me dijo que sigues en rehabilitación.

—Sí, todavía duele bastante.

—En el instituto tenemos un buen fisioterapeuta para las lesiones de los deportistas. Quizá puedas consultarle.

—Prefiero que no. Odio la idea de gente haciéndome preguntas sobre lo que pasó. Prefiero dejarlo atrás.

—Disculpa, no quería hacerte sentir incómoda.

—No es culpa tuya, es que todavía estoy poco receptiva a hablar de ello.

Me muerdo el labio, nerviosa por sus preguntas, temiendo que vendrás más de mucha gente cuando inicie el instituto. Él parece advertirlo porque sugiere:

—Cambiemos de tema. ¿Tienes ya los libros del curso?

—No, iré el lunes a buscarlos. Mi madre se ha ofrecido a llevarme en coche a la librería.

—Podemos ir juntos y arrastrar a Dean a que venga con nosotros. Así me aseguro que al menos los tiene al iniciar las clases.

Se me escapa una risa suave.

—Buena idea.

Intercambiamos una sonrisa cómplice y seguimos hablando. Me hace reír y agradezco que esté aquí conmigo. Conforme pasa el tiempo, estoy más y más relajada. Es agradable no tener miedo, aunque sea por un breve espacio de tiempo. No todo el mundo es una amenaza, me repito, solo tengo que ser cuidadosa y todo estará bien. O al menos eso anhelo.

DEAN

4 años antes

Después de mi pelea sin alzar la voz con Brian he entrado en la casa con las chicas. La rubia se ha ido con Ethan y la pelirroja cuyo nombre no recuerdo ha venido conmigo a una habitación donde me ha bajado los pantalones y está tratando de hacer un buen trabajo. Algo que normalmente agradecería sino fuera porque mi mente se cuele la ira por lo que ha sucedido en el porche. No puedo creerme que Brian haya preferido quedarse con Gabriela a estar con la chica que yo le he escogido. No nos hemos visto desde hace semanas y, después de estar solo jugando al fútbol, supuse que estaría deseando un rato de diversión con una chica complaciente. Pero la ha rechazado sin contemplaciones para seguir hablando con la inoportuna de mi hermanastra. ¿Por qué lo habrá hecho? Es bonita, pero Brian es el capitán del equipo de fútbol y tiene a todas las chicas guapas que quiera a sus pies. Y Gabriela es demasiado recatada para que pueda hacer nada con ella esta noche, ¿por qué pierde el tiempo con ella? La he visto como mira los chicos de la fiesta, con altivez y lejanía, como si ninguno estuviera a la altura. Pero si iba a terminar acaparando a alguno de mis amigos debería haber escogido a cualquiera menos a Brian. Y este podría tener mejor gusto... ¿Quién quiere pasar una noche de fiesta con una chica incapaz de beber una cerveza y que sale al porche en lugar de quedarse bailando o conociendo gente? No sé qué estaba pensando mi padre cuando me ha obligado a traerla, pero es la última vez que acepto. Su lugar no está a mi lado y en cuanto antes todo el mundo sea consciente de ello, mejor. La pelirroja alza la cabeza y pregunta con

hastío:

—¿Hay algún problema?

Deniego con la cabeza. La aparición de Gabriela ya ha trastocado suficiente mi vida como para permitirle que arruine mi reputación. Cierro los ojos y le indico que continúe hasta que consigo evadirme unos segundos. Pero entonces la pelirroja se incorpora y comienza a desvestirme y solo puedo pensar en que Brian y Gabriela están en el porche juntos y la aparto de mí.

—¿Qué sucede?

—Dejémoslo por hoy.

—¿Quéééé? ¡Eres un capullo!

—Eso dicen.

Me subo los pantalones y voy al baño más próximo a lanzarme agua a la cara hasta que consigo que el efecto de la bebida se me pase un poco.

Cuando salgo de la casa, mis ojos se van directamente a Gabriela. Iluminada solo con la tenue luz del porche y las estrellas, se la ve preciosa. Sus rasgos son suaves, delicados, perfectos. Nada en ella desentona. Ni su peinado, ni su vestido, ni su forma de hablar. Me paso la mano por el cabello, nervioso. ¿Por qué no puedo dejar de mirarla? Convivo con ella, estoy acostumbrado a su imagen y no he pensado nada de eso cuando la he visto bajar las escaleras en casa. Pero hay algo extraño en cómo la miro ahora. Y entonces me doy cuenta. Es porque la veo con los ojos de Brian. Ha rechazado una sesión de sexo fácil con la rubia solo por quedarse hablando en el porche con Gabriela. Y se le ve feliz, algo que me atormenta. Brian no está feliz desde hace más tiempo del que recuerdo. Sonríe a todo el mundo, pero a mí no me engaña. Solo le veo disfrutar cuando juega al fútbol. El resto del tiempo noto que le falta algo. Lo he intentado todo: llevarle a fiestas,

presentarle chicas, ofrecerle alcohol... Pero es Gabriela la que está consiguiendo en una noche lo que yo no he logrado en todo este tiempo. Una punzada de celos me corroe. ¿Por qué Brian? ¿No le basta con ser la hija que mi padre siempre quiso? ¿Con que los amigos de mi padre la adoren? ¿Por qué tiene que arrebatarme a Brian? ¿Y por qué él le hace caso después de todas las chicas a las que ha rechazado? Suspiro y me respondo a mí mismo. Porque Gabriela es diferente. No se ha acostado con medio instituto, no babea por él, ni le mira como si quisiera devorarlo. Simplemente habla, sonrío y hace esa magia que ha cautivado a todos menos a mí. Porque yo me niego a ser víctima de esa magia. Donde ella es corrección, yo soy rebeldía, el chico malo. Y por eso no quiero conocerla. No quiero ser su amigo, intimar con ella, saber nada de sus motivaciones. No quiero caer en sus redes, yo no. Carraspeo y Brian se gira hacia mí.

—¿Han terminado tus ganas de fiesta?

—No, pero mi padre ha puesto toque de queda. Yo me lo saltaría, pero Gabriela “la perfecta” no, ¿verdad, Gabriela? —mascullo con una fuerte ironía.

—¿Puedes cambiar la forma y el tono de dirigirte a ella?

El tono de Brian, una mezcla de protector y acusador, me irrita:

—¿Ahora hablas por ella?

—Solo te pido que la respetes. No es tan difícil.

—No importa, vayámonos a casa —propone Gabriela, visiblemente disgustada por nuestra discusión.

Brian acepta con un gesto, pero sé por su mirada que esta conversación no ha terminado. Me temo que a mejor amigo no le agrada cómo trato a mi hermanastra y sí le gusta demasiado ella. Si no fuera porque el alcohol comienza a hacer estallar mi cabeza, estaría muy preocupado por lo que está por venir. Por la forma de Gabriela de comportarse en casa o lo que me ha

dicho antes de entrar en la fiesta, no va a meterse en mi camino y, aunque mi padre insista en lo contrario, no espera ayuda o compañía de mí. Pero mira a Brian de manera muy diferente a la que lo hace conmigo. Con la guardia baja, como si su conversación si estuviera a la altura de ella y quisiera pasar más tiempo con él. Y eso no me molestaría sino fuera porque Brian se ha comportado como un idiota esta noche prefiriendo hablar con ella que acostándose con la chica que le había elegido; y algo me hace temer que esto no haya hecho más que comenzar.

GABRIELA

4 años antes

—¿Gabriela?

Mis ojos se encuentran con los de Brian y no quiero ni imaginar lo que estará pensando de mi aspecto. Estoy en el jardín, sentada en la hierba con las rodillas dobladas contra el pecho. De todas las personas que podían encontrarme aquí, maldigo que haya tenido que ser él. Desde que nos conocimos hace tres semanas en la fiesta hemos estado muy unidos. Barbacoas, paseos por la playa; conversar, ver películas o comentar libros en su casa o en la mía... Nuestras madres están casi siempre juntas y a todo el mundo le ha parecido lógico que nosotros también lo estemos. Además, lo he pasado muy bien. No necesitas mucho tiempo para entender por qué le han elegido capitán, más allá de sus cualidades futbolísticas. Es inteligente, divertido y calmado, la clase de persona que quieres a tu lado. Ser amiga de él es extraordinariamente fácil, aunque siga siendo complicado aceptar que nos quedemos a solas. Y eso a pesar de que en todos estos días nunca ha hecho ningún acercamiento romántico, quizá intuye por mi actitud que solo busco amistad y por eso no hay miradas furtivas ni ningún contacto indeseado. Se lo agradezco, es tan agradable contar con él... Entre el tiempo que pasé en el hospital, en los juzgados y en mi casa guardando reposo había olvidado lo bien que se siente tener a alguien de tu misma edad con quien compartir actividades y hablar. Porque con Brian me ha sucedido eso que sucede con pocas personas, y es que siento que le conozco desde hace años en lugar de semanas. Entre nosotros surge con facilidad hablar de cualquier

cosa, incluso de temas que normalmente evito como mi anterior instituto, ya que eso me acerca peligrosamente a la zona de mis secretos. Pero Brian hace que baje la guardia, que sienta que puedo decir lo que quiera sin ser juzgada y ser yo misma otra vez. Y por eso lamento tanto que me encuentre en esta situación, porque va pensar que estoy loca y voy a perder al único amigo que he conseguido hacer.

Me escudriña con la mirada, preocupado.

—¿Por qué estás aquí escondida?

—No estoy escondida.

Mi tono de voz nervioso me delata y él mira hacia la casa:

—¿Por qué hay tanta gente en tu comedor?

—Nuestros padres se han marchado y no volverán hasta la noche. Dean ha llamado a unos amigos y supongo que estos han llamado a otros amigos hasta que el tema se ha descontrolado.

Aprieta los labios varios segundos.

—¿Alguien te ha molestado?

—No, es solo que yo...

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? —adivina.

Asiento y él extiende su mano para ayudarme a levantarme. Es una mano cálida, pero no consigue apaciguar mi nerviosismo. Me suelta en cuanto estoy de pie, y suplico:

—No quiero pasar por el comedor. Dean creerá que estoy loca si salgo corriendo porque están sus amigos.

—No lo haremos. ¿A dónde quieres ir?

—A cualquier otro lugar.

Él no hace más preguntas y me indica que le siga por la puerta trasera. Cuando estamos en la calle, propone:

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

—¿Tu madre está allí?

Un interrogante aparece en sus ojos, pero me tranquiliza diciendo:

—Sí, no te preocupes.

Respiro hondo y le sigo hasta su casa. Cuando llegamos y entramos en la cocina, una nota sobre la mesa me angustia por lo que intuyo que significa. Brian la toma y comenta:

—Mi madre ha tenido que salir. Una de sus compañeras ha fallado y le toca a ella hacer su turno.

—¿Podríamos dar un paseo por la playa?

—A mi madre no le importará si estamos solos —me garantiza.

Yo suspiro. No le importará, a nadie normal le importaría. Pero nadie normal tampoco saldría huyendo de su casa solo porque se ha llenado de gente que no conoce. Brian duda unos segundos antes de tomarme de la mano. Yo comienzo a temblar y él afirma:

—Gabriela, no sé cómo decirte esto, así que trataré de hacerlo lo mejor que pueda. Odio que me tengas miedo. Sé que no es por mí, que alguien te hizo algo, y que probablemente no puedas creerme, pero yo jamás te haría daño.

Mis ojos parpadean intentando evitar las lágrimas y me suelto de su mano, echándome atrás un paso. Él se mantiene en su sitio y susurra:

—Podemos ir a cualquier otro sitio, uno que esté lleno de gente, solo deja de mirarme así. No soporto la idea de asustarte.

La vergüenza y la incomodidad se apoderan de mí. Brian es un buen chico, lo intuyo, pero no puedo evitar que el terror se apodere de mí si estamos a solas. Alzo la mirada y me disculpo:

—Lo siento.

Brian traga saliva.

—No es culpa tuya. Salgamos de aquí, demos ese paseo por la playa, si

todavía quieres.

Asiento, agradecida, y caminamos hasta la playa. Brian me lleva a un lugar cerca del paseo. No podría haber escogido mejor el sitio. Pasa la suficiente gente como para que me sienta cómoda y a la vez está apartado para que podamos hablar sin ser escuchados. Respiro hondo e inhalo la cálida brisa marina. No he vuelto a explicar lo que sucedió desde que llegué a la ciudad. Los interrogatorios, el juicio y mis sesiones con la psicóloga, todo quedó atrás igual que el pasado del que quería huir. Creí que podía ser mi secreto, pero para Brian tiene que ser duro ver el miedo en mis ojos, y no quiero que piense que es por nada de lo que ha hecho. Quiero mantener mi secreto para protegerme, pero en este caso se interpone entre nosotros y algo me dice que puedo confiar en él.

Nos sentamos sobre unas rocas y él se gira hacia mí.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias y disculpa de nuevo.

—No quiero que te disculpes. Y tampoco tienes que explicarme nada. Hay muchos sitios públicos en los que podemos estar juntos sin que te sientas mal.

Esbozo una sonrisa por su amabilidad, pero mi corazón late con fuerza.

—Quiero contártelo, pero prefiero que no lo sepa nadie más. Aunque a ti te ha sido muy fácil intuirlo...

—Soy observador. Y he pasado mucho tiempo contigo estas semanas. Pero ni Dean ni sus amigos se darán cuenta. Y nada de lo que me digas se lo explicaré a nadie, te lo prometo.

Inhala otra bocanada de aire y trago saliva para deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta. Finalmente, comienzo:

—¿Recuerdas lo que te contaron del accidente de coche?

—Sí.

—Todo es mentira, salvo la parte en la que mi padrastro me salvó la vida

y conoció a mi madre.

Aparto la mirada, no puedo ver sus ojos cuando le diga la verdad. Miro hacia el océano y él se asegura:

—¿Estás segura de que quieres contármelo?

—Sí.

Se hace un largo silencio y agradezco que Brian no me presione. Cuando estoy preparada, comienzo a hablar. A explicar la peor experiencia que pude soñar, la que me dejó rota. Trato de mantener el relato frío, como cuando lo repetí una y otra vez en los interrogatorios. Pero aquí, en la playa, al lado de alguien que se preocupa por mí, confieso mucho más de lo que creí que podría contar a nadie que no fueran mis padres o la psicóloga. Pero Brian es diferente, lo sé por cómo me he sentido estas semanas a su lado, libre, segura. Y esa libertad y confianza es la que ahora me hace abrirme a él, como si ya no pudiera retener la historia real dentro de mí: el dolor en el pecho que nunca se marcha del todo, las ganas de quedarme encerrada en casa y no solo por mis heridas, sino por el pánico; las noches sin dormir, las pesadillas que se repiten... En definitiva, el miedo que me consume y las lágrimas que lucho por no derramar por los recuerdos. Cuando termino y me giro hacia él, el dolor en los ojos de Brian es tan fuerte que se extiende a todo su rostro y sus bellas facciones. Es la mirada que esperaba no volver a generar en nadie por culpa de mi historia.

—¡Maldita sea! —golpea la arena con fuerza—. ¿Cómo pueden pasar estas cosas? ¿Cómo te pueden haber pasado a ti?

Se pregunta lo mismo que yo cada día. Y entonces no puedo controlarme y las lágrimas comienzan a derramarse por mis mejillas con fuerza. Brian no dice nada y, sin pensarlo, me dejo caer sobre su pecho, sujetándole por la cintura, y mis sollozos se hacen más y más fuertes. Me envuelve con sus brazos que ya no me dan miedo hasta que mi respiración comienza a

normalizarse y mi llanto se calma lo suficiente como para alzar la vista hacia él. Con dulzura recoge mis mechones sueltos y humedecidos por las lágrimas detrás de mis orejas, para finalmente atreverse a decir:

—No puedo creer que pasaras por todo eso.

Mi estómago duele y él seca con suavidad mis lágrimas. Su ternura me hace sonreír y susurro:

—Te he dejado la camiseta empapada.

—No importa.

—Y te he abrazado —me disculpo.

—Tampoco importa.

—No pensé que podría abrazar a algún chico —confieso.

—Es comprensible. También que me tuvieras miedo, incluso que todavía lo tengas.

Niego con la cabeza.

—Ya no. Llorar encima de ti lo ha borrado. Ojalá pudiera borrar lo que siento cuando se me acerca cualquier otro chico con la misma facilidad. No puedo huir de mi casa cada vez que Dean aparezca con sus amigos. O de las fiestas. Y cuando empiece el instituto...

Mi voz se ahoga y siento que el aire de la playa se está evaporando y no puedo respirar. Brian me tranquiliza.

—No estarás sola. Me tienes a mí. No dejaré que nadie se te acerque.

—No debes hacer eso. Seguro que hay alguna chica no problemática con la que quieras pasar tu tiempo libre.

Ahora es él quien suspira con pesadez.

—Tú eres la única chica con la que me gusta estar.

Mi rostro se altera al escuchar su respuesta y él se apresura a aclarar:

—No quería decir eso. O al menos no que sonara de la forma que ha hecho y asustarte.

Su voz es ronca y débil. Se hace otro silencio y termino de secar mis lágrimas yo misma. No sé qué decir o hacer. Le he confesado mi secreto, pero no estoy preparada para que me diga que seamos algo más que amigos. Le observo de reojo, parece confundido y sin saber qué decir. Pasamos así largo rato, hasta que una voz de chica llamándole nos hace girarnos a los dos. Es muy bonita, delgada y con un rostro de muñeca que queda resaltado por su cabello largo y rubio. Va muy maquillada, algo que me sorprende por lo incómodo que debe resultar en la playa. Me giro hacia Brian, preguntándome quién es esa chica que se acerca saludando entusiasta con la mano y susurro:

—¿Quieres que me vaya?

—Al contrario —masculla—. Ni se te ocurra dejarme a solas con ella.

Su tono algo duro me sorprende y me pregunto si se trata de alguna exnovia. Lo que me incomoda, porque lo último que quiero es estar en medio de problemas amorosos. Me gustaría irme, pero después de lo paciente que Brian ha sido conmigo no me parece justo escapar cuando me pide lo contrario. A medida que la chica se acerca me observa con más detenimiento y una mirada hostil asoma a su rostro, aunque pronto se recupera y saluda con alegría:

—¡Brian! ¡Has vuelto! ¿Por qué no me has avisado?

—He estado ocupado, no he avisado a nadie.

La chica tuerce el gesto y me pregunto si soy la culpable de que Brian no la haya llamado ni al resto de sus amigos. Mi incomodidad se hace más palpable porque ella pregunta con hastío:

—¿Quién es esta?

—Gabriela, te presento a Mackenzie, es la jefa de las animadoras. Mackenzie, ella es Gabriela, la hermanastra de Dean.

—Encantada de conocerte.

Trato de esbozar una sonrisa mientras lo digo, pero intuyo que esa

animadora odia que yo esté aquí con Brian porque ha atado cabos y me culpa de que no la haya llamado.

—La hermanastra de Dean... algo había escuchado. Pero no sabía que fuerais... amigos —incide con una falsa serenidad.

—Sí, y estábamos a punto de irnos.

De nuevo me sorprende el tono de voz tan frío de Brian. Nunca lo ha utilizado conmigo e intuyo que lo hace para no dar pie a la chica, que no se da por aludida.

—En ese caso, podríamos quedar más tarde.

—Gabriela y yo tenemos planes.

Brian remarca el “nosotros” de una forma que hace que Mackenzie apriete los puños, deduzco que no está acostumbrada a que la rechacen.

—Las clases comenzarán pronto. Deberíamos quedar para hablar de los partidos.

—Lo haremos, con el resto del equipo. ¿Alguna cosa más?

—No, aunque estaría bien que quedáramos antes.

—Dudo que pueda, voy a estar muy ocupado.

Lo dice acercándose más a mí. Mackenzie se despide iracunda:

—Que disfrutes de tu nueva amiga. Nos vemos en el instituto.

La mandíbula de Brian se tensa mientras la observa alejarse. Yo no puedo resistir preguntar:

—Eso ha sido intenso... ¿Ella y tú...?

—No, pero es la jefa de animadoras y cree que como yo soy el capitán del equipo estamos predestinados a estar juntos. Es ridículo, pero sus escasas neuronas no dan para mucho más. Gracias por quedarte. Nunca puedo deshacerme de ella sin que me cueste mucho, mucho tiempo.

—¿Y estás seguro de que eso es lo que quieres? Es muy bonita.

—Sí, pero insoportable. Digamos que es el tipo de chica con la que solo

puedes tener una relación como las que mantiene Dean de una noche. Y no es algo que esté buscando. O que quiera buscar.

Su voz suena agotada e intuyo:

—¿Hay muchas chicas como Mackenzie a tu alrededor?

—Demasiadas, aunque suene pretencioso decirlo. Odio que jugar al fútbol implique que me persigan de ese modo. Es agotador.

Rio con suavidad.

—Eres el primer chico al que escucho decir que es agotador que una horda de chicas guapas le persigan para salir con él.

Él también ríe y confiesa:

—Por eso me gustó hablar contigo la noche de la fiesta y todo este tiempo que hemos pasado juntos. Me miras como una amiga, no como una fan. Es una diferencia agradable.

—Me gusta ser tu amiga —declaro, levemente sonrojada—. Aunque si en el instituto todas tus admiradoras son tan intensas eso me acarreará unas cuantas enemigas.

—Es irónico. A los dos nos gusta estudiar, pero ambos tememos el instituto por la presión de la gente.

—Dos años y seremos libres, dicen que en la universidad todo es diferente.

Sus ojos se iluminan al escucharme.

—Repite esa frase.

Arqueo una ceja, pero repito.

—Dos años y seremos libres, dicen que en la universidad todo es diferente.

Una sonrisa asoma a su rostro.

—Eso es lo que pienso yo todas las mañanas cuando me levanto. Aunque ahora que tú estás aquí, puede dejar de ser tan horrible. No puedo creer la

suerte que he tenido de conocerte.

Mi cuerpo tiembla. No estoy preparada para nada, pero estar con él me da una paz que no había encontrado en ninguna de mis terapias, y susurro algo atemorizada por donde nos puede llevar esta amistad:

—Yo también he tenido mucha suerte.

Se levanta y me ofrece su mano para ayudarme a que yo haga lo mismo. Y esta vez no la suelta inmediatamente cuando estoy de pie, sino que me pregunta:

—Demos un paseo, solos, donde nadie nos moleste. ¿Confías en mí?

Respiro hondo antes de afirmar con la cabeza y le sigo a la parte más desértica de la playa. No sé por qué, pero de pronto un resorte en mi corazón se ha abierto y ya no tengo miedo de él, aunque sigo sin saber si estoy preparada para algo más que una buena amistad.

DEAN

4 años antes

Camino por la carretera, de noche, procurando mantenerme alejado de los coches. Por suerte no es un lugar muy transitado y confío en llegar a mi cama pronto. He bebido demasiado, me he acostado con una chica que me ha puesto dolor de cabeza en cuanto hemos terminado y ha comenzado a hablar; y ahora tengo que volver a mi casa a pie. Desde luego, no es mi noche, y eso se confirma cuando el coche de mi ex mejor amigo se detiene a mi lado. Suspiro con frustración. ¿Por qué no podía haber llegado a casa sin que Brian me descubriera? Hubiera preferido que lo hiciera mi padre. De él hubiera recibido una reprimenda por haber bebido alcohol y algún castigo; de Brian tendré que aguantar mucho más, ya que apenas hemos hablado desde que comenzó el instituto. Y todo porque, por increíble que me parezca, Brian no podía limitarse a enrollarse en verano con mi hermanastra y luego ir al instituto y disfrutar de estar con el máximo número de chicas posibles aprovechando que es el capitán del equipo de fútbol y el chico más deseado. No, él tenía que convertir a Gabriela en su novia y entrar en el instituto de la mano con ella el primer día de clase para que nadie tuviera dudas de ello.

Si hubiese sido cualquier otro, podría haberme alegrado. Al fin y al cabo, me ha librado de todas las tareas que mi padre me había encomendado con Gabriela, como estar pendiente de ella, llevarla conmigo a las fiestas a las que acudo o ser su mentor en el instituto. Pero se trata de Brian y, en el momento en el que decidió hacer todo eso por ella, yo pasé a un segundo plano. Intenté evitarlo, pero fue imposible. Al final me acostumbré a verlos juntos a todas

horas y lo superé evitando estar en mi casa el mayor tiempo posible. Pero nunca asimilaré que vayan de la mano todo el día en el instituto mirándose como si no hubiera nadie más que importara además de ellos; y eso no es algo que quiera discutir en mitad de la noche.

Brian, ajeno a mis maldiciones mentales, sale del coche y me pregunta con hastío.

—Dean, ¿qué haces caminando solo por la carretera de noche?

Su tono paternal me irrita. ¡Maldita sea, tiene mi misma edad! Con las fuerzas que me quedan desprendo ironía y mal humor en mi contestación:

—Me dijiste que no condujera bebido.

—Te dije que no bebieras. Y que si lo hacías yo te llevaría a casa. Es peligroso ir en tu estado solo de noche por la carretera. Podrían atropellarte.

—¿No vas a decirme que también podrían secuestrarme? Quizá un grupo de chicas sedientas de sexo salvaje que me retendrían como rehén en su sótano —arrastro las palabras por el exceso de alcohol y Brian esboza una mueca de disgusto.

—Sube al coche.

—¿Quieres rescatarme por los viejos tiempos?

—No dejaré que camines por aquí solo borracho. Puedes elegir, o te subes a mi coche o llamo a tu padre para que te recoja, lo que prefieras.

—Solo tú podrías amenazarme con llamar a mi padre.

—Solo yo me preocupo de que llegues bien a tu casa. ¿Es que no había nadie que pudiera traerte de la fiesta?

—La chica con la que me acosté, pero no la soportaba ni un minuto más —respondo con sinceridad.

El rostro de Brian se contrae, pero no hace ningún comentario al respecto, solo repite:

—Sube al coche.

Meto las manos en los bolsillos. No quiero que me lleve a casa, pero discutir con él es inútil. Por muchos comentarios sarcásticos que le haga, me conoce tan bien que los replicará o ignorará sin darse por vencido. Uno de los motivos por los que era mi mejor amigo antes de que Gabriela lo estropeará todo. Sin mediar palabra me arrastro hasta el asiento del copiloto.

—¿Dónde has dejado a tu novia?

—En tu casa.

—¿Nunca os saltáis el toque de queda?

—No es necesario.

Brian se aferra al volante, visiblemente tenso. Bien, si voy a aguantar que me rescate con aire de superioridad, él tendrá que aguantar mi sarcasmo el resto del camino.

—Sigues sin beber nada... ¿no te aburres de ser tan perfecto?

—No soy perfecto, pero no necesito beber para divertirme. Y tú tampoco, solo que no eres consciente de ello.

Me encojo de hombros.

—Brian, cada día pareces más un predicador que un adolescente. Se te habrá pegado de Gabriela.

—Deja a Gabriela fuera de la conversación.

—¿Por qué? Ella está en todo lo que sucede a mi alrededor. En mi casa, en mi instituto, y nunca te deja a solas.

Le miro esperando una reacción, pero es Brian y no permitirá que nada le distraiga de la conducción. Pero, para mi sorpresa, en lugar de permanecer en silencio, saca el coche de la carretera, apaga el motor y me mira a los ojos.

—¿Por qué te molesta tanto? No te ha hecho nada.

—¿Te parece poco haber invadido mi vida?

—Muchas parejas con hijos se casan, Dean, no es el fin del mundo. Y muchos hermanastros se llevan bien.

—No quiero llevarme bien con ella. Estropea todo lo que toca.

—¿Lo estropea o lo hace mejor?

Sus palabras se clavan como una daga en mi corazón.

—¿Eso es lo que hizo contigo? Tú y yo éramos los mejores amigos y de pronto solo estabas pendiente de ella.

—Es difícil responder a eso. Tú eras mi mejor amigo, pero queríamos cosas distintas. Gabriela está en mi mundo, tú vives en otro.

—Eso no nos impedía ser amigos antes de ella.

—Eso no es cierto. Tú y yo crecimos, cambiamos y todo fue diferente. Y te insistí en que no quería que dejáramos de ser amigos cuando comencé a salir con ella, esa fue tu elección. Pero puedes cambiar de idea, de hecho, me encantaría que lo hicieras.

Me remuevo en mi asiento, nervioso. Esta conversación es incómoda, y presiento que no podré marcharme de ella con un par de ironías como de costumbre. Brian era mi mejor amigo, ahora solo es el novio de mi hermanastra. Y no sé cómo llegamos a esto, pero no tiene solución.

—No te gusta como soy ahora. Y a mí no me gusta cómo eres tú, no tiene sentido ser amigos —me definiendo.

Brian se muerde el labio, sopesa unos segundos lo que le he dicho y finalmente pregunta:

—¿Estás celoso porque estoy con Gabriela y eso hace que te preste menos atención?

—No, pero sí estoy harto de que estés con ella y eso te convierta en un idiota.

Sacude la cabeza con fuerza.

—¿Soy idiota porque salgo con una sola chica en lugar de acabar cada fin de semana en la cama de la primera mujer que conozco? ¿Se te ha ocurrido que una sola chica que valga la pena puede hacerte más feliz que todas esas

desconocidas que no te importan en absoluto?

Sus palabras me hieren. Brian nunca me ha hablado con tanta dureza, o quizá no es eso lo que me molesta, sino que pueda tener razón. Tengo tanto éxito con las chicas que no valoro nada más allá de los minutos de placer que me dan, pero cuando le veo con Gabriela, ellos parecen felices todo el tiempo, y eso me saca de quicio.

—Prefiero a esas chicas que a alguien como Gabriela a mi lado.

—Sigo sin comprender que tienes contra ella. Es una buena chica, divertida cuando la conoces, inteligente y amable. Todo el mundo lo ve, ¿por qué tú no?

—Porque también es altiva con cualquiera que no cumpla sus estándares.

—No es altiva, solo tímida con los desconocidos, deberías haberte dado cuenta de la diferencia —la defiende.

—No tiene sentido discutir sobre ella. Tú siempre la verás perfecta y yo como una molestia. Así que, ¿puedes llevarme a casa y olvidar esta conversación?

Brian aprieta las manos sobre el volante. Esbozo una sonrisa. Está enfadado y eso me encanta. Porque estoy harto de ver al chico de oro que nunca dice una palabra malsonante o en un tono superior. Quiero que sea como yo, que diga lo que de verdad piensa. Tarda unos segundos antes de contestar en tono duro.

—Gabriela tampoco es perfecta, nadie lo es. Pero es una chica excepcional y ha pasado por mucho. ¿No podrías al menos tratarla con normalidad?

—Mi normalidad con las chicas guapas es tener pensamientos sucios sobre ellas, llevarlas a la cama y luego olvidarlas. ¿Es eso lo que quieres que haga con tu novia?

Suspira profundamente antes de contestarme:

—Jamás se te ocurra acercarte a ella para hacerle daño. No es como esas chicas con las que estás. Solo digo que podrías ser amable con ella.

—¿Cómo lo eres tú conmigo? La presencia de Gabriela me disgusta y la mía te molesta a ti, estamos en paces.

—Dean, que no apruebe todo lo que haces no quiere decir que no quiera que seamos amigos, lo hemos sido desde niños. Y si estoy parado aquí contigo en mitad de la noche es porque me preocupo por ti.

—¿Te preocupas por mi o por Gabriela?

—Por los dos. Sois hermanastros, deberíais llevaros bien.

—Estamos bien ignorándonos mutuamente. Y, respecto a ti, no recuerdo la última vez que me hablaste en el instituto y cuando me miras es con una expresión de superioridad.

—Eso es ridículo. No te hablo en clase porque estoy atento a lo que dicen los profesores, porque a diferencia de ti me importa mucho mi nota media. Y fuera de clase, tú estás con gente conflictiva metiéndote en problemas. No te miro con superioridad, sino con rabia porque podrías hacerlo mucho mejor.

Sus palabras me llegan a lo más hondo, pero no me gusta que me reprenda y mascullo:

—Lo hago como quiero, igual que haces tú con Gabriela. Y ahora, si has terminado de sermonearme, me gustaría ir a casa.

Brian respira hondo, se gira hacia mí y por primera vez en mucho tiempo me mira directamente a los ojos, en los que hay un cúmulo de sentimientos que no sé interpretar.

—Lo haré si es lo que deseas, pero si algún día quieres continuar esta conversación, solo tienes que decírmelo.

Asiento, pero ambos sabemos que eso no va a suceder. Un día fuimos los mejores amigos, pero ahora todo ha cambiado demasiado y no podemos volver atrás, es tarde. Yo he elegido mi camino. Salvaje, lleno de diversión y

sin ataduras. Y él ser el chico dorado del instituto. Tiene a Gabriela en sus brazos cuando quiere, yo a todas las chicas que me apetece. Saca las mejores notas para ir a Harvard y convertirse en abogado, yo solo sueño que termine el instituto y dedicarme exclusivamente al surf. No podemos ser amigos, no quiero serlo. Él y Gabriela han formado un nuevo bando y yo solo quiero mantenerme lejos de ambos. Hay algo en su relación que me perturba como nada lo ha hecho con anterioridad. No sé si es porque Gabriela ya había trastocado bastante mi vida y no quería que también me quitara mi mejor amigo; o porque las chicas como ella solo están con chicos como Brian y eso me hace sentir vulnerable e inferior; algo que no puedo reconocer a nadie, casi ni a mí mismo. La única forma de sobrevivir a ellos es estando lejos, muy lejos.

GABRIELA

4 años antes

—No tan rápido.

La voz de mi madre se escucha cuando entro en casa y hago ademán de subir las escaleras corriendo. Me giro hacia ella con una sonrisa. Sabía que este momento llegaría tarde o temprano, se lo debo. Dejo mi cartera sobre la mesita de la entrada y propongo:

—¿Vamos al jardín?

—Sí, ya tengo preparada la limonada.

Si fuera otra persona, gruñiría por la encerrona. Pero es mi madre y está preocupada. La sigo hasta la cocina, tomamos cada una un vaso de limonada, salimos al jardín y nos sentamos en el balancín, uno de mis lugares favoritos de la casa.

—Y bien, ¿cómo va el instituto? No has vuelto a proponer estudiar desde casa, por lo que he deducido que estás mejor, pero igualmente me gustaría que me pusieras al día.

—Estoy mejor, todo es mejor ahora, incluso antes de... —me interrumpo, mi madre sabe a lo que me refiero. Nunca fui particularmente feliz en el otro instituto, pero aquí lo voy consiguiendo poco a poco.

—¿Es por Brian?

Hago una mueca irónica, mi madre se ha vuelto muy observadora y ahora me pregunta por todo. Una vez se le pasó algo importante y no está dispuesta a que eso vuelva a suceder. Y aunque me cueste, debo ser sincera con ella, se lo prometí.

—Es un buen chico, pero hay algo más. Es el capitán del equipo, el mejor de la clase y todo el mundo sabe que lo fichará alguna universidad importante. Le respetan y si estoy con él a mí también.

Se muerde el labio e incide:

—No deberías estar con un chico solo por eso.

—No quería decir eso. Me encanta estar con Brian, te lo prometo.

Suspira con frustración, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Brian es un chico excelente, pero no creí que pudieras salir con ningún chico hasta haber sanado del todo.

—No sé si sanaré del todo —confieso—. Pero con Brian estoy a salvo y eso me ayuda. Confío en él y me gustaría que tú también lo hicieras.

—Lo hago, pero tengo miedo de que alguien te lastime, siempre lo tengo desde...

Mi corazón duele de nuevo. Lo que pasó cambió a mi madre y una parte de ella tampoco se recuperará.

—Estoy bien. Mamá, Brian nunca me haría daño. Y me gusta ser su novia. Jamás me había llevado tan bien con nadie y es muy protector conmigo. Es mi cómplice, me comprende, y gracias a él todo está bien el instituto y puedo centrarme en estudiar en lugar de en mis miedos. No hay nada que deba preocuparte sobre nuestra relación, te lo aseguro.

Su expresión se suaviza y cambia de tema.

—¿Sigues queriendo ser abogada?

—Sí, por supuesto. Quiero hacer algún día lo mismo que nuestro abogado hizo por nosotros.

—Eso está bien. Me hubiera encantado que fueras pintora, pero...

—No tengo ningún tipo de talento artístico —termino su frase.

—Yo no he dicho eso.

—Lo digo yo. Tu dibujas como si fuera una fotografía y yo no sé si hacer un árbol que parezca mínimamente real. ¿Podrás ayudarme a aprobar la clase de arte?

—De acuerdo, pero sin que se note demasiado mi ayuda —asiente y me guiña el ojo—. Y respecto a lo de estudiar, estoy orgullosa de que estés tan involucrada en tu futuro, pero también quiero que disfrutes.

—Sin fiestas locas ni meterme en problemas —le garantizo.

—Afortunadamente, la madre de Brian ya me ha informado de que a él tampoco le gustan ese tipo de actividades. Lo cual me tranquiliza mucho, no quiero que te veas envuelta en situaciones complicadas...

Asiento y en ese momento papá entra en el jardín. Papá... Le pedí llamarle así el día de la boda y él aceptó. No me importaba cómo llamaba a mi padre biológico, pero sí a mi padre adoptivo, porque hizo mucho más que salvarme, nos dio a mi madre y a mí una nueva vida en la que somos queridas y tenemos una familia.

Mi madre le mira con ojos enamorados y él nos explica:

—He recibido una llamada del abogado.

Me tenso inmediatamente, pero mi madre pregunta:

—¿Ha confirmado lo que nos dijo en la última visita?

—¡Sí!

—¿Qué sucede? —me intereso.

—Se ha concretado la indemnización. No queríamos decirte nada hasta que fuera seguro, pero cubrirá los gastos médicos.

—¿Recuperaréis vuestro dinero? —pregunto, emocionada.

Mi padre asiente y yo les abrazo con fuerza. Aunque ninguno de los dos se ha quejado jamás, mis gastos médicos fueron tan elevados que dejaron a mi madre en la ruina e incluso mi padrastro tuvo que poner dinero. Ahora podrán recuperarlo y la culpabilidad disminuirá un poco.

—Ahora sí se ha terminado —susurra mi madre.

—Sí, y eso significa que queremos que de lo único que te preocupes sea de disfrutar del instituto y de estudiar...

—Y de Brian —añade mi madre con picardía.

Me sonrojo, y mi padre esboza una mueca:

—Es un buen chico, pero le tendré vigilado. Y por mucho que tengas novio, seguirán vigente los toques de queda.

—Me parece bien.

—Y tendré una charla con él.

—¿Eso es necesario?

—Es lo que hacen los padres.

Rio y asiento, aunque me prometo compensar a Brian por el mal rato que mi padre le va a hacer pasar con su interrogatorio. Mi madre propone:

—¿Entramos? Hace mucho calor.

—Id vosotros, me apetece tomar un poco más el sol.

—De acuerdo, pero ponte esto.

Mi madre me tiende el frasco de protector solar y yo sonrío cuando lo cojo y comienzo a extenderme la crema sobre mi piel. Desde lo ocurrido, mi madre siente que tiene que cuidarme como a una niña pequeña. Pero es su forma de aliviar el peso del pasado, y yo le dejo hacerlo a su manera igual que ella hace conmigo. Agradezco que la conversación sobre Brian haya sido tan fácil. Era evidente para todos que nuestra amistad iba a más, pero con el comienzo del instituto llegó la hora de formalizarlo. Aunque eso signifique dar explicaciones a los padres, aguantar el gesto enfadado de Dean cada vez que nos ve juntos y también el de las frustradas admiradoras de Brian. Pero lo importante es que juntos estamos mejor y que, como le he dicho a mi madre, todo es mucho más fácil al lado de alguien que me comprende y me protege.

DEAN

4 años antes

Me apoyo en la puerta del jardín y observo la escena como un invitado externo. Están celebrando lo del dinero, mi padre me lo ha dicho cuando ha colgado el teléfono. Me ha invitado a sumarme a la conversación, pero le he puesto una excusa. No sé nada del juicio salvo que fue duro para ellos, me han mantenido al margen y yo tampoco he pedido estar involucrado. Suspiro. Desde que Pam y Gabriela llegaron a esta casa, siempre es lo mismo. Me siento apartado, a veces porque yo mismo lo quiero así, otras porque intuyo que ellos tres tienen un vínculo que no comprendo. Como que Gabriela llame “papá” a mi padre con tanta facilidad cuando yo ni siquiera sé cómo tratar a Pam.

Me quedo en la puerta, sin saber qué hacer, hasta que mi Pam y mi padre entran en casa. Este propone:

—Dean, ¿por qué no tomas un poco el sol con Gabriela? Te gusta tanto como a ella...

Si fuera otra persona, haría un comentario irónico sobre que lo último que me apetece es tomar el sol con la chica “maravilla”. Pero no quiero molestar a mi padre, no hoy que la noticia del dinero supone un alivio a sus finanzas. Nunca entendí por qué se endeudaba por una extraña. Salgo al jardín y Gabriela alza los ojos en cuanto escucha mis pasos. Se está poniendo crema en el escote, lo cual desvía mi mirada hacia él con una rapidez que me avergüenza. Ella parece no darse cuenta y pregunta con amabilidad:

—¿Quieres ponerte un poco?

Me tiende el frasco y comienzo a extendérmela por la cara. A otra chica le diría que no necesito crema solo para hacerme el chico duro, pero no necesito hacer eso con Gabriela y lo último que quiero es quemarme. Mi pasión por el surf hace que pase muchas horas a la intemperie y, dado que un vecino murió de cáncer de piel, estoy bastante concienciado con el tema.

—¿Te has enterado de la buena noticia?

—Sí, mi padre me lo ha contado. Eso significa que recuperarás tu fondo para la universidad.

Su mirada se pierde en el horizonte.

—No tengo fondo para la universidad. Cuando mi padre nos abandonó, mi madre pasó muchas penurias para mantenerme. El dinero del hospital lo obtuvo de préstamos que ahora podrá devolver. Pero espero que con mis notas pueda optar a una beca.

—¿Por eso estudias tanto desde el primer día?

Asiente. Desde que entró en clase se hizo patente que sería una de las empollonas. A veces me burlo, pero no me quejo, es generosa y no tiene inconveniente en dejarme notas de sus apuntes, aunque pocas veces llegue a mirarlos. Estudiar para mí es un suplicio y, mientras ella escucha atentamente al profesor, yo solo pienso en escaparme a la playa y subirme a la próxima ola.

Se hace un silencio, que se interrumpe cuando mi teléfono suena. Miro la pantalla con desgana y Gabriela comenta:

—Responde, te dejaré solo.

—No quiero contestar.

Ella me interroga con la mirada. No solemos hablar de temas personales, pero estoy tan harto que le explico:

—Es Samantha.

—¿La chica con la que sales?

—No, yo no salgo con chicas —la contradigo—. Solo tengo “encuentros” y te garantizo que con lo pesada que es no tendré ningún otro con ella.

—Pero la escuché en los vestidores de las chicas diciendo que....

Se interrumpe y baja los ojos avergonzada, no es de la clase de personas que va chismeando por ahí.

—Puede decir cualquier cosa que le apetezca, pero será mentira o una exageración.

—Da la impresión de que le gustas mucho— insiste.

—Miente. Solo me busca porque Brian está contigo. Cree que así le pondrá celoso y se acostará con ella —respondo con honestidad.

Sus ojos se abren como platos, pero antes de que pueda decir nada más la voz de Brian se escucha desde la puerta:

—Pues no va a funcionarle.

El rostro de Gabriela se ilumina como siempre que le ve y yo aprieto los puños, frustrado porque sin saber por qué. Supongo que aunque no le haga mucho caso, se me hace extraño e incluso molesto que no pueda tener una conversación con ella de más de dos minutos sin que Brian aparezca ya sea en mi casa o en el instituto.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin miramientos.

—Venía a hacer los deberes con Gabriela y tu padre me ha invitado a celebrar lo que os ha contado el abogado.

Me muerdo el labio. No sé cómo Brian sabe todo lo que acontece en mi familia con una velocidad de vértigo. Se acerca a Gabriela y apoya su mano sobre su rodilla:

—Me alegro mucho de que te hayas quitado ese peso de encima.

—Sí, estoy tan feliz...

Se sonríen bobaliconamente el uno al otro y yo decido que es hora de alejarme de ellos no sea que tanto azúcar que se respira en el ambiente sea

malo para mi salud.

—Me voy adentro, nos vemos en la cena.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? —propone Brian.

—Podemos hacer los deberes juntos —se suma Gabriela.

Deberes y ellos juntos. Dos pesadillas en una, no gracias.

—Tengo cosas que hacer, os veo luego.

Entro en casa donde mi padre y Pam están abrazados celebrando la noticia. Me escabullo y subo a mi habitación. Una parte de mí se alegra que todos estén felices, la otra maldice que la única persona interesada en hablar conmigo sea la pesada de Samantha. El teléfono vuelve a sonar, es ella. Enfadado, apago el teléfono y me tumbo en la cama con los ojos cerrados. No es la primera vez que tengo problemas porque una chica no entiende que no quiero nada con ella después de enrollarnos, y supongo que no será la última. Por mi mente pasa la pregunta de si Gabriela habrá sido alguna vez la chica de una noche de alguien, y deduzco que no. Es la clase de chica que está predestinada a ir de la mano del mismo chico todo el instituto. Como con Brian. Lo cual no hace sino ahondar un poco más mi sensación de que detesto como está desarrollándose todo. No solo he perdido a mi mejor amigo, sino que Gabriela hace obvio que las chicas que valen la pena no pierden ni un minuto de su tiempo conmigo. Frustrado, enciendo el teléfono y devuelvo la llamada a Samantha. Si solo voy a tener chicas como ella, será mejor que me asegure que este sábado noche tendré compañía. Aunque cuando bajo a cenar y Gabriela se ha cambiado de ropa y se ha puesto un vestido que marca su escote, el mismo en el que la he visto ponerse crema, tengo que controlar mis malditos instintos y recordarme que es la novia de Brian.

GABRIELA

4 años antes

Brian y yo entramos de la mano en el instituto, que como toda la semana es un hervidero en ebullición. Hoy es el primer partido decisivo de la temporada y todos están volcados en el equipo. Yo también, pero a mi modo, ya que lo único que me importa es que Brian esté bien. Para él jugar al fútbol es mucho más que una pasión deportiva, puede ser su trampolín a una beca universitaria en Harvard. Alguien corea su nombre y yo sonrío. Otro chico andaría como si fuera el dueño del lugar, Brian agradece los gestos de cariño y sigue caminando como si tanta admiración no fuera con él. Algo difícil con la atención que le prestan las animadoras. Es el precio que debo pagar por ser la novia de un chico tan guapo y con un físico espectacular, pero me resulta desagradable la atención que le prestan, que va unida a miradas de odio hacia mí que por suerte nunca llegan a verbalizarse en nada. Es obvio que no entienden por qué está conmigo. Brian detecta el cambio en mi rostro y susurra:

—No les hagas caso, son muy pesadas.

—Están muy locas por ti...

—Lo estarían por cualquier otro capitán del equipo, va en el cargo —
repone levantando los hombros.

—¿Que seas tan guapo no tiene nada que ver? —Brian ríe y yo comento con desgana—: Jamás entenderán por qué pierdes el tiempo con la chica de los kilos de más.

—Tú no tienes kilos de más. Además, me da igual lo que piensen y

tampoco debería importarte a ti.

Asiento, no muy convencida, y sigo caminando tratando de no prestar atención al barullo que se forma a nuestro alrededor. Brian toma con más fuerza mi mano, sabe que detesto ser el centro de atención. Mis mejores momentos con él son fuera del instituto, cuando vamos a estudiar a su casa o a la mía y podemos hablar de lo que queramos, los dos solos. Mi madre me ha preguntado alguna vez si he hecho más amigos aparte de él. Yo le contesto que ya conozco ya varias personas, pero no es así. Me cuesta hacer nuevos amigos y también es difícil dada mi posición. Los grupos alejados del fútbol no se acercan a nosotros y todavía estoy tratando de encontrar mi sitio con los miembros del equipo. Algunas veces les escucho susurrar sobre mí, para muchos soy extraña porque apenas hablo si no es con Brian. Pero es el único con el que me siento bien y que me da una razón para ir al instituto. Si no le hubiera conocido, habría terminado aislándome de todo el mundo o estudiando en casa, donde me sintiera protegida. Aunque no el único sentimiento que siento allí, porque Dean vive conmigo y todo es complicado entre nosotros. Brian me contó que había hablado con él cuando le trajo a casa en su coche, pero nada ha cambiado entre nosotros. No puedo quejarme de que me trate mal, pero la forma que tiene de ignorarme me afecta. Comprendo que es su forma de enfrentarse a los cambios que ha vivido desde el matrimonio de nuestros padres, pero eso no lo hace más fácil de asumir. Sentir a su padre parte de mi familia fue tan sencillo que creí que también lo sería con Dean. Me equivoqué y, aunque no dejo de pensar en formas de acercarme a él, nunca termino de encontrar una solución. Hoy está en el pasillo, aunque no forma parte de los que corean a Brian. Nos mira de una forma extraña que me pone nerviosa y que hace que se me caiga el libro al suelo. Antes de darme tiempo a agacharme, él lo recoge del suelo por mí. Me lo entrega y se burla:

—¿Te pone nerviosa ser la novia del gran rey del instituto?

—Cuidado, Dean —le advierte Brian.

Este esboza una sonrisa irónica y yo trato de mediar:

—Simplemente se me resbaló.

—¿Vas a venir al partido? —la voz de Brian suena más amable.

—¿Estar encerrado toda la tarde en una grada llena de alumnos ruidosos y emocionados al extremo? Lo dudo mucho.

Lo comprendo, a mí tampoco me gusta el fútbol, pero no puedo dejar solo a Brian. Y a este le gustaría que fuera Dean. A pesar de sus palabras, Brian me contó que antes Dean sí solía ir a sus partidos importantes, no para disfrutar del espectáculo sino para apoyarle a él. Pero ahora que estoy yo, Dean se siente liberado de esa obligación, o quizá es que no quiere estar conmigo en las gradas.

—Como prefieras, aunque me hubiera gustado que estuvieras allí —comenta Brian con un deje de decepción.

Dean asiente y se aleja de nosotros. Acompaño a Brian hasta el vestuario y me voy al gimnasio, buscando mi sitio en las gradas. Ser la novia de Brian me garantiza un buen sitio en las primeras filas. Escucho algunos susurros y detecto algunas miraditas de las chicas sentadas cerca de mí en cuanto Brian sale y me busca con la mirada como yo hago con la suya. Nadie entiende nuestra relación, pero como él ha dicho, lo importante es lo que pensamos nosotros de ella. Mi vista se va hasta las animadoras que, encabezadas por Mackenzie, comienzan sus complicados bailes. Una punzada de envidia surge en mi interior. No por el hecho de ser animadora, nunca me he sentido inclinada a ello. Pero sí a su capacidad de bailar, de moverse con una naturalidad y facilidad que mis heridas todavía no me permiten. Mi mano se va instantáneamente a la herida de mi pierna y mi rostro se tuerce cuando las imágenes que trato de bloquear vuelven por unos segundos a mi mente.

—Se supone que has de estar alegre todo el partido.

Me giro al instante al escuchar su voz. Dean me está observando y vuelvo a ponerme nerviosa.

—¿Qué haces aquí?

—Decidí sumarme a la fiesta.

La sorpresa hace que trague saliva.

—Brian te lo agradecerá.

—Tiene a todo el instituto adorándole, no me necesita aquí —ironiza.

—Eres el único al que se lo ha pedido... —insisto.

Dean esboza una sonrisa que no sé interpretar y desvía la mirada al campo de juego, donde las animadoras están terminando su baile.

—¿Cómo te llevas con las brujas?

Sacudo la cabeza.

—¿De quién hablas?

—Ya lo sabes, las de los pasos prefabricados que gritan consignas estúpidas en minifalda... —susurra.

Tuerzo el gesto. De sobras es conocido que, junto con Brian, Dean es uno de los chicos más deseados; pero, aunque se ha acostado con alguna de las animadoras, es bastante visible que no le gusta ninguna de ellas más allá de sus artes amatorias. Supongo que no son su estilo de chica o que huye sistemáticamente de los grupos populares, es demasiado rebelde para estar en ninguno. Lo cual es uno de los mayores atractivos para las animadoras, ¿a quién no le gusta el chico malo? A mí, me repito, aunque si eso fuera cierto no me pondría nerviosa cuando Dean hace mover sin contemplaciones al chico a que está a mi lado y toma su asiento. Yo trato de contestar a su pregunta con equidad.

—Todavía no las conozco bien para tener una opinión.

—¿En serio? ¿Eso es lo que contestas cuando te preguntan lo que piensas

de alguien?

—No me gusta prejuizar.

Su risa se expande.

—¿Alguna vez hablas como los adolescentes normales?

Aprieto los labios.

—¿Te parece mejor si te digo que no se me da bien hacer amigos con facilidad? ¿Y que todas las animadoras quieran acostarse con Brian no ayuda a crear lazos amistosos con ellas?

Me sonrojo de inmediato después de decirlo, pero antes de que Dean pueda comentar algo, Ethan aparece. Es el nuevo mejor amigo de Dean y, aunque apenas hemos tenido contacto, es amable y sus ojos siempre sonrían. Dado que me siento culpable del distanciamiento entre Brian y Dean, me gusta que este haya encontrado en Ethan un amigo en el que apoyarse y compartir su pasión por el surf. Ethan me saluda levemente con la cabeza, se pone de cuclillas entre nosotros y pregunta con incredulidad:

—¿Vamos a ver al partido?

—No lo sé, solo pasaba a ver. ¿Se te ocurre algún plan mejor?

—Mis tíos se han ido. Podemos ver una película e invitar a las chicas a las que no les gusta el fútbol a venir.

—Buen plan.

Me frustró, estoy segura de que a Brian le hubiera gustado mucho verle aquí. Bajo los ojos y Dean ironiza:

—Que disfrutes del partido Gabriela... Se te ve que te gusta mucho el fútbol.

No replicó y vuelvo la mirada a la cancha. Trato de recuperar el control de mi rostro, si Brian mira hacia mí no puedo estar con mala cara. Respiro hondo y las animadoras dejan la pista. Entran los equipos, juegan, gana nuestro equipo con Brian liderando la victoria. Más vótores, animación en las

gradas y corro a su lado cuando termina el partido como se espera de mí. Me gustaría contagiarme de la felicidad de los que me rodean, pero, aunque me alegra que hayan ganado porque esto acerca más a Brian a su beca, no dejo de preguntarme por qué Dean ha bajado a hablar conmigo a la grada y por qué actúa cómo lo hace. Finge que Brian no le importa, pero no es verdad, y eso hace que vuelva a tener la sensación de que me he metido entre los dos, que les he robado su amistad. Cuando Brian se mete en el vestuario, me embarco en conversaciones insulsas con las animadoras, y ellas proponen que vayamos a celebrar la victoria. Sonrío y acepto con una fingida sonrisa, pero preferiría ir a cualquier sitio donde estuviéramos a solas Brian y yo, en esos momentos en los que todo es mucho más fácil. Con más gente tengo la sensación de estar rodeada de personas cuyas únicas preocupaciones son cosas banales como ganar partidos de fútbol o fiestas. Y eso no es malo, pero hace que no encaje porque nunca podré estar relajada como lo están ellos. Mis recuerdos siempre vuelven y eso hace que mi parte oscura, la que trato de ocultar, intente dominarme otra vez.

DEAN

4 años antes

Han pasado tres horas desde que nos fuimos del partido de fútbol y hay algo que sigue molestándome en mi interior. ¿Por qué he ido a hablar con Gabriela? Normalmente la evito, pero hoy he ido a buscarla. Quizá ha sido por lo que he leído en sus ojos cuando se le ha caído el libro al suelo. Siempre he creído que mis amigos y yo no le gustamos porque no estamos a su altura, pero tampoco encaja en el grupo de Brian. Solo parece estar bien con él. Lo cual es una ironía porque él era mi mejor amigo y puedo comprender todos y cada uno de los motivos por los que ella se siente así. Pero no puedo entender a Brian, que puede estar con cualquier chica cada fin de semana, pero solo quiere estar con ella. O quizá lo entiendo, pero no quiero hacerlo porque necesito seguir pensando que Gabriela no lo vale o comenzaré a sentir lo que no me puedo permitir. Respiro hondo y tomo otro trago de cerveza. De pronto, entra al equipo de fútbol y su séquito en la cafetería a la que hemos ido a cenar. Algunos de los que están en mi grupo, a pesar de que ni siquiera han visto el partido, se suman a la euforia, pero para mí ganar o perder nunca fue importante. Solo iba a los partidos para apoyar a Brian y, cuando mira hacia mí, algo se remueve en mi interior y le felicito. Brian sonrío y me palmea el hombro como solía hacer antes, y eso me vuelve irónico de nuevo.

—¿Ahora el grupo de los populares tiene los mismos gustos que el de los rebeldes?

Brian se encoje de hombros.

—Yo propuse este sitio y supongo que tú hiciste lo mismo.

Una punzada de nostalgia me sacude, este era uno de nuestros locales favoritos cuando todavía éramos amigos, antes de que mi padre se casara con Pam y Gabriela lo cambiara todo. Los ruidosos gritos de celebración me sacan de mis cavilaciones y mascullo:

—No sé si ha sido muy buena idea. Creo que voy a proponer el cambio a otro lugar.

—Si pudiera haría lo mismo —confiesa.

—Tú y Gabriela tenéis un gran sentido de los compromisos.

—Y tú no tienes ninguno —replica, en un tono que no es acusador sino como el que solíamos hablar cuando veníamos juntos a cenar aquí.

Gabriela se acerca a nosotros, Mackenzie está a su lado. No imagino a dos chicas más distintas, y es obvio que Mackenzie está muy enojada porque Brian prefiera a Gabriela antes de ella. Y, aunque jamás lo reconocería en voz alta, en esto le doy totalmente la razón a Brian, no hay punto de comparación entre ambas.

—¿Has visto el impresionante partido que hemos hecho? —pregunta Mackenzie con fingido interés, aunque lo único que pretende es dar coba a Brian.

—No, nos fuimos a ver una película.

Tuerce el gesto, para Mackenzie nada puede pasar delante del fútbol. Brian comenta, señalando mi cerveza:

—¿Quieres volver a casa con nosotros después de cenar?

Alterno la mirada entre él y Gabriela.

—No, id a celebrarlo en privado.

Ninguno de los dos parece entusiasmado por mi comentario y Mackenzie incide, maliciosa:

—Te puedo llevar yo...

La observo e intuyo a problemas. Miro a Brian y leo en sus ojos que su oferta va en serio.

—Iré con ellos, al fin y al cabo, vamos al mismo sitio.

—Bien, estaremos por aquí.

Los tres se alejan hacia las mesas que han cogido los jugadores y Ethan, que ha escuchado toda la conversación, comenta:

—Si yo tuviera una novia así no perdería mi tiempo llevando a nadie a casa.

—¿Acabas de piropear a Gabriela? —protesto.

—Tranquilo amigo, es la cerveza la que habla —aclara señalando su vaso.

—En ese caso, será mejor que te llevemos a casa a ti también. Y si esos dos no están de humor para enrollarse no es algo que quiera comentar, ¿entendido?

—Entendido. Pero deberías ser menos susceptible con respecto a Gabriela...

Le fulmino con la mirada y no hace ningún comentario más al respecto. Soy susceptible en lo que afecta a Gabriela, y eso me molesta más que a nadie, pero no sé cómo evitarlo y no quiero a Ethan haciéndolo visible a ojos de todos.

Continuamos la cena y, cuando terminamos, Brian cumple lo prometido y me ofrece de nuevo que les acompañe. Le pido que lleve a Ethan y no se queja. De hecho, pocas veces le veo protestar, solo cuando me meto con su querida Gabriela. Cuando nos deja en casa, le doy las gracias y salgo del coche con rapidez. Deduzco que querrán despedirse un buen rato, pero Gabriela le da un casto beso en los labios y sale detrás de mí. Nos acercamos juntos a la puerta de la casa y se escucha el motor del coche de Brian alejándose.

—Te he dejado sin noche romántica.

—Es mi hora de llegar a casa y estoy cansada.

Su voz suena agotada y su rostro ya no tiene la máscara que ha portado toda la tarde. Curioso, pregunto:

—¿Seguías los partidos en tu antiguo instituto?

—No.

—Nunca hablas de tu antiguo instituto.

Mi comentario la sobresalta.

—No hay nada que decir sobre él.

Su tono es neutro y baja la mirada como siempre que le hago alguna pregunta del pasado. No suelo hacerlo, pero hoy me siento intrigado.

—¿Y tus amigos de allí? ¿Ya no tienes contacto?

—No.

—La chica que es capaz de hablar durante horas con Brian contestándome con monosílabos...

—Estoy cansada.

—Y yo borracho, por eso tengo ganas de hablar y tú no...

Una mueca asoma a su rostro.

—No deberías beber tanto.

—¿Lo dices en serio? Me recuerdas a Brian...

—Se preocupa por ti.

Arqueo una ceja y me pregunto si lo que dijo Brian es cierto de que ella también lo hace. Trato de cambiar de tema.

—Has sido la chica más envidiada, estarás contenta...

La amargura toma su rostro.

—No hay nada que envidiar en mí. Tengo muchas cicatrices, un pasado horrible y ni siquiera camino bien todavía. Solo soy la novia de Brian y todo lo demás viene solo. A nadie le importa lo que hay detrás.

Sus palabras me sorprenden e intuyo que no me las ha dicho a mí, sino a

sí misma. Sus ojos se centran en abrir la puerta y, aunque leo dolor en su rostro, no me atrevo a preguntar nada más. Me prometí que no intimaría con ella ni sería su amigo, que no le perdonaría que ella y su madre hubieran cambiado mi vida. Pero a veces me gustaría preguntarle todo lo que no comprendo. Abre la puerta y comienza a subir las escaleras. No enciende lámpara, se sirve de la luz que entra por las ventanas. Mi padre está trabajando y deduzco que no quiere que su madre se despierte y descubra que he bebido. Se lo agradezco interiormente, pero no digo nada. Hay algo en ella, en su forma de contestar cuando le he preguntado por su antiguo instituto, que destila que oculta emociones muy fuertes. Debería estar contento de que me permita ver algo más real que ella que la corrección que siempre muestra, pero eso me hace sentir inseguro. No quiero empanizar con ella, ya siento más cosas de las que debo y si me implico en conocerla solo complicaré las cosas. Pero mientras la observo entrando en su habitación, a una pequeña parte de mí le gustaría mucho poder complicarlo todo.

GABRIELA

3 años antes

La ciudad es lo suficientemente pequeña como para que casi todo el mundo sepa sobre la vida de sus vecinos, pero la playa, lejos de miradas indiscretas desde las ventanas, es donde los adolescentes realizan las fiestas. Los que estamos en grupo, nos quedamos en las zonas iluminadas, los que buscan encuentros nocturnos desaparecen en los lugares oscuros que guardan secretos de amores y encuentros furtivos. No me gustan los sitios sin luz, pero sí caminar por la playa a solas con Brian y por eso a veces nos separamos del grupo. El grupo... Es impresionante como he cambiado desde que llegué. Al principio me mantenía con la cabeza baja y me costaba hacer contacto visual con mis compañeros; pero de la mano de Brian he florecido en la escena social. Él me ayuda a ser una mejor versión de mí misma. Una que no está aterrorizada de estar con desconocidos, que es incluso capaz de ir a una fiesta y aguantar en el meollo sin salir corriendo. No tengo por qué ocultarme, Brian está conmigo y si él encaja su novia también. Reconozco que al principio fingía que estaba bien en los eventos sociales, ahora, en mi último año de instituto, me divierto de veras o al menos tanto como puedo hacerlo. Jamás me siento del todo segura, quizá eso desaparezca con el tiempo. Pero estoy sanando y eso es algo muy importante para mí. Todo estaba roto, pero ahora las piezas van encajando lentamente. Todas menos Dean. Cuando llegamos a la playa, le busco entre la multitud. Está en un grupo cercano, sosteniendo una cerveza que habrá conseguido con su carné ilegal. Mi corazón comienza a latir más rápido en algo que se ha convertido

en una terrible costumbre. Odio ver la mano de una chica en su cintura, aunque él no le presta ninguna atención. Siempre es así con las chicas, no necesita hacer nada para que ellas pululen a su alrededor en un enjambre. Pasamos por su lado y sus ojos se encuentran un segundo con los míos. Nunca hace más contacto que ese y una mueca de insatisfacción toma mi rostro, pero en seguida finjo que todo está bien.

—Dean, ¿qué tal estás?

Brian trata de ser amable, pero Dean le contesta con la ironía habitual.

—Borracho, igual que la última vez que me lo preguntaste en otra fiesta.

—En ese caso, asegúrate de que alguien te lleve a casa cuando termines toda esa cerveza.

Dean frunce el ceño, se ve a la legua que le molesta que Brian se meta en su vida. Pero no puede evitarlo, ha sido su amigo demasiados años como para no preocuparse. Igual que yo no puedo evitar fijarme como los vaqueros se adhieren a sus caderas y su camiseta marca sus abdominales.

—¿Qué hacéis aquí si no os gusta beber alcohol? ¿Esperar vuestro turno para ir a enrollarnos sobre la arena?

Respiro hondo y mis mejillas se tiñen de rubor.

—Gabriela y yo podemos pasarlo bien con amigos sin necesidad de beber. Y te agradeceré no te inmiscuyas en nuestra vida íntima

Mi corazón se acelera con la misma velocidad en la que la expresión de Dean cambia. De algún modo le gusta cuando Brian me defiende y saca su lado más duro, como si eso le acercara a él de algún modo. Extraño, pero así funciona Dean.

—Bien, nada de preguntas entonces. Os dejaré que disfrutéis de la noche con vuestro grupo.

El rostro de Brian se dulcifica y comenta:

—Si no encuentras a nadie, avísame y yo te llevo a casa.

La chica colgada de él ríe de la forma más estúpida y escandalosa posible y veo en Dean un destello de hartura. Yo le miro fijamente y comento:

—Te dejamos solo, pero Brian tiene razón, avísanos si quieres que te llevemos cuando esto termine. Tenemos el mismo toque de queda...

—Sí, pero yo suelo saltármelo y tú nunca harías eso... —ironiza.

Suspiro, tiene razón. Yo no me salto las normas, pero no porque sea la hija perfecta que él cree, sino porque nuestros padres ya han pasado demasiado por mi causa y no quiero causarles ningún pesar ni ninguna molestia. Pero eso es algo que no puedo contarle a Dean. Ambos llevamos una máscara y ninguno de los sabe qué piensa exactamente uno del otro. A veces le observo y me pregunto si solo me desaprueba y me ignora porque no quería a mi madre y a mí en su vida, o bien llega a algo más fuerte, sobre todo desde que comencé a salir con Brian. No quería meterme entre ellos dos, pero no puedo renunciar a Brian solo porque a Dean le moleste. Salir con Brian hace todo tan fácil que me permite enterrar mis miedos. Los chicos del instituto le reverencian como capitán del equipo y no se les ocurriría mirarme de forma indebida o hacerme alguna proposición. Me gustaría ser una de esas súper heroínas capaces de defenderse solas y vencer a mis enemigos, pero solo soy una chica que ha sufrido demasiado y que necesita a alguien a su lado como Brian. Cuando él está cerca me siento a salvo, segura, feliz; y eso me hace comportarme con una normalidad que aprecio más que cualquier cosa.

Su mano me estira con suavidad y le sigo hasta un grupo en el que varios compañeros del equipo están con sus novias y algunas animadoras. No sé si les caigo bien a ellos, pero las animadoras me odian. Brian es el rey del instituto, con el que todas quieren salir, y yo no soy más que la chica del montón que no saben cómo ha conseguido colarse en su vida. La gente que conozco me recuerda a la de mi antiguo instituto. Cambian las caras, pero los

prototipos de personas y los problemas se replican. La diferencia es que aquí tengo a Brian y puedo confiar no solo en que me cuidará y protegerá, sino en que puedo contarle cualquier cosa. Creí que no volvería a confiar en nadie. Cuando lo hice antes, me defraudaron y me hicieron tomar decisiones de las que me arrepentiré toda la vida. Pero Brian es diferente a todas las personas que he conocido antes y por eso es tan fácil estar con él, abrazarle, sentirle parte de mí. A veces, cuando la ansiedad regresa a mí en los momentos más insospechados, me basta mirarle para que mi respiración se tranquilice. Y me gusta tanto hablar con él... A pesar que pasamos casi todo el día juntos, nunca tengo que forzar una conversación educada sólo para llenar los silencios, comentamos todo con fluidez. La facilidad sería el adjetivo que define de nuestra relación, quizá porque Brian tiene un carácter amable y natural que hace que la gente se sienta cómoda. Además, me acepta tal y como soy, con mis miedos y mis problemas. No tengo que fingir a su lado, solo ser yo misma.

Me siento entre sus piernas y dejo que me cubra los hombros con su chaqueta. Comienzo a hablar con una de las chicas que está sentada cerca y, cuando me río, comprendo que estar con Brian me ha librado en gran parte del drama del último año. A su lado parezco abierta, como si nada ni nadie me diera miedo. Puedo reír, charlar, disfrutar. No obstante, hay algo que me irrita, y es que sigo sin poder evitar mirar a Dean de reojo, es demasiado atractivo para no hacerlo.

Suspiro con frustración. Estoy en brazos del chico que me hace sentir segura, pero el que hace latir a mi corazón es el sexi surfista que está a pocos metros de distancia. Y por mucho que me avergüenza reconocerlo, no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Quiero mirar a Dean como un hermanastro, pero no puedo y no creo que jamás pueda hacerlo. No importa si él me ignora, o no le gusto, o está rodeado de chicas complacientes. Una

parte de mí está enganchada a él y es ese lado el que cada día lucho por ocultar, incluso a mí misma. Tiemblo y Brian susurra en mi oído:

—¿Estás bien?

—Sí, solo tengo un poco de frío.

Me abraza y me acerca más a él acariciando mis brazos con sus manos. Me relajo, dejo de temblar y me prometo a mí misma que por mucho que me cueste, esta noche no habrá más miradas clandestinas a Dean.

DEAN

3 años antes

Gabriela me está mirando de reojo. Se muerde el labio, bebe un trago de su bebida, que no será alcohólica, y luego vuelve a deslizar su mirada sobre mí. ¿Qué estará pensando? Si fuera otra chica, creería que me está desnudando con los ojos por la forma de recorrer mi rostro y deslizar luego la mirada hasta mi abdomen pasando por mi pecho. Pero es Gabriela, está en los brazos de Brian y nunca me desearía. ¿O sí? La idea me sacude como un golpe y mi corazón bombea sangre a zonas de mi cuerpo que no debería en medio de un montón de gente. Apuro mi cerveza con la esperanza de que eso haga que las ideas locas desaparezcan de mi cabeza. Lo más probable es que donde yo quiero ver deseo solo haya reprobación o curiosidad por saber qué está haciendo el rebelde de su hermanastro. Vuelvo a mirarla. Está sentada entre las piernas de Brian y él la tiene sujeta con suavidad por la cadera y la parte superior de los muslos. Sonríe y conversa con sus amigos, algo que me irrita. Si yo tuviera una chica la mitad de caliente que Gabriela en esa posición, mi autocontrol se iría a tanta velocidad que ya le estaría rogando para que fuéramos a otro lugar más privado. Pero en esa particular relación de mutua devoción no hay lugar para las demostraciones públicas de pasión. Supongo que por eso está con él. Otra punzada de celos asoma de nuevo a mí. ¿Qué me pasa? Jamás he envidiado a Brian y no puedo empezar a hacerlo porque esté abrazando a Gabriela. Ella no me gusta, o al menos eso me repito cada día para que no se me olvide. No puedo permitirme dejarme llevar por su encanto como lo hacen los demás. Pam y ella han cambiado a mi padre, no

quiero que lo hagan conmigo, me gusta ser tal y como soy. Rebelde, inconformista, el chico malo que va de chica en chica. Me pregunto si las cosas podrían ser diferentes si no fuera mi hermanastra, pero me digo que no. Ella es el tipo de chica a la que no puedo aspirar, además es de Brian y eso la pone fuera de mis límites. Puede que ya no seamos amigos, pero un día fue como mi hermano y pienso respetar a su novia. Y eso comienza con no tener pensamientos sobre ella, sobre lo sexi que resulta o de cómo me gustaría arrastrarla conmigo a algún lugar solitario de esta playa y preguntarle si quiere dejarse llevar al lado oscuro con el chico malo por una vez en su vida.

—Deberías dejar de mirarla así si vas a continuar diciéndome que la detestas.

Aunque Ethan ha hablado en susurros, miro a mí alrededor y me aseguro de que nadie nos está escuchando.

—¿A qué te refieres?

—A ti mirando de reojo a Gabriela como si fuera comestible.

—Yo no hago eso. Solo estaba pensando que Brian podría acostarse cada fin de semana con una animadora diferente en lugar de contentarse con ella. Vivo con ella, no necesito ni quiero echarle ningún tipo de “miradita”.

Ethan sonrío.

—Si tú lo dices... ¿Has elegido ya quién será tu afortunada esta noche?

Me encojo de hombros. No es algo que me preocupe. Nunca me tomo demasiadas molestias, siempre hay chicas revoloteando alrededor de los chicos como yo, así que dejo que la noche me lleve. Ethan da por terminada la conversación y se centra en una de las chicas que se ha unido al grupo. En contra de lo que sería lógico después de lo que le he dicho a Ethan, doy una última mirada a Brian, y me doy cuenta que odio ver como la abraza. Es su novia, tiene todo el derecho a hacerlo, pero incomprensiblemente no lo soporto; quizás porque a veces me imagino que soy yo el que rodea su cintura

con mis brazos, el que la hace mía. Mi corazón palpita aceleradamente y me arrastro con rapidez hasta la chica que está cerca de mí. Debo ahogar los pensamientos que Gabriela me provoca esta noche y, si el alcohol no es suficiente, lo haré en los brazos de la primera chica disponible. Porque con Brian o sin él, Gabriela jamás se fijaría en un chico como yo ni yo podría darle lo que ella busca o necesita; así que lo mejor es que me mantenga todo lo alejado que pueda.

GABRIELA

3 años antes

Brian tiene la gripe y debe guardar reposo, así que Dean es el encargado de llevarme al instituto. No debería reconocerlo, pero, aunque apenas hablamos durante el trayecto, me gusta ir con él, tener un momento para los dos. Cuando llegamos al instituto, tomo mi mochila y, como ambos tenemos los casilleros cerca, caminamos juntos hasta ellos. Cuando llegamos allí, Mackenzie nos observa con malicia.

—¿Has cambiado de pareja, Gabriela?

—Brian tiene gripe, ¿no lo sabes?

—No tenía ni idea.

Bajo su tono angelical está mintiendo, si hay alguien que sepa todo de todos es Mackenzie. Su mirada se dirige a Dean y, automáticamente, se muerde el labio inferior y aletea las pestañas mientras juguetea con un mechón de pelo. Se lo he visto hacer tantas veces delante de Brian que he perdido la cuenta, es como si fuera su grito de apareamiento. Dean la observa de reojo y yo trato de intuir qué está pensando. Dean siempre está con chicas, pero, aunque suene ridículo, odiaría que terminara en la cama de Mackenzie. Me concentro en guardar mis libros y escucho a Dean despedirse de nosotras con un escueto adiós, la llamada sexual de Mackenzie no ha sido atendida. Sonríe aliviada y esta comenta:

—Tu hermanastro es muy atractivo... Deberías invitarle a que viniera alguna vez con nosotros.

—No creo que aceptara, tiene su propio grupo.

—¿Eso lo dice él o lo dices tú?

Sacudo la cabeza.

—Me lo dice la experiencia. Pero, adelante, si quieres invitarle hazlo tú misma.

Me doy cuenta de que el tono de mi voz ha sonado demasiado alterado por la sonrisa maliciosa de Mackenzie.

—Te gusta Dean...

—No digas estupideces, estoy con Brian.

—A todas nos gusta Brian, pero Dean es como un atractivo imán oscuro del que no puedes despegarte. ¿Cómo es vivir con él? ¿Te dan ganas de colarte en su habitación cada noche?

—No pienso contestar a nada tan ridículo.

—Como quieras, eres tan transparente.... —incide con malicia—. Pero, tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

—No hay ningún secreto, deja de inventarte historias —protesto, airada.

—No te pongas así. Nadie te culparía si tuvieras una aventura con Dean, él es el tipo de chico que solo vale para eso.

Mis ojos centellean.

—¿Cómo te atreves?

—¿Te enfada lo de la aventura o que diga que Dean solo sirve para una noche?

—Las dos cosas. Estoy con Brian y no voy a tener ninguna historia con nadie más. Y Dean es mucho más que un chico para una noche, así que no vuelvas a decir eso o te las verás conmigo.

El brillo de su mirada se hace más intenso.

—¿Sabe Brian que defiendes a Dean con tanto ahínco?

—No había tenido que hacerlo hasta ahora, pero estoy segura que estaría de acuerdo conmigo. Te recuerdo que fue su mejor amigo muchos años y

valora mucho sus numerosas cualidades.

Nuestras miradas se cruzan retadoramente y me doy cuenta que hemos captado la atención de varios compañeros que están en el pasillo. Me alejo de ella tan enfadada, que estoy a punto de chocar con Dean. Este ironiza:

—¿Un día sin Brian y ya te peleas con la jefa de las animadoras? Creí que nunca discutías con nadie.

—No era una pelea.

—Lo parecía desde aquí. ¿Qué ha hecho? ¿Decirte que sigue queriendo quitarte a Brian? Tranquila, no creo que lo consiga.

—No ha sido eso.

Mi palpable nerviosismo capta su interés.

—¿Y qué puede haberte dicho que te haya molestado tanto?

—Se ha metido contigo —confieso.

Arquea una ceja, incrédulo.

—¿Te has peleado con Mackenzie por mí?

—Olvidalo.

Hago ademán de irme, pero me retiene por el brazo. Me suelto enseguida, mi instinto protector hace que no soporte que me toquen de ese modo. Él lo advierte y suaviza el tono, pero insiste:

—Gabriela, no voy a parar hasta que me lo digas.

—Es una tontería.

—Dímelo —ordena.

Respiro hondo.

—Ha dicho que solo sirves para una noche.

Aprieta los labios unos segundos y una media sonrisa asoma a su rostro después.

—¿Y eso te ha molestado?

Ahora soy yo la que no comprende.

—¿A ti no? A nadie le gusta que hablen así de él.

—Yo pienso lo mismo de Mackenzie y de muchas más chicas de este instituto —declara encogiéndose de hombros.

La decepción es visible en mi rostro.

—Pues es una lástima que te consideres como un objeto en lugar de una persona que vale muchísimo. Tengo que ir clase.

Me alejo, furiosa conmigo misma por haber bajado la guardia con las personas menos indicadas. Primero con Mackenzie, dándole a entender lo mucho que valoro a Dean, y luego a este. Brian es mi novio, Dean mi hermanastro que me ignora. No debo pensar en él de otra manera ni defenderlo de algo con lo que él está cómodo. La ira me invade de nuevo. Dean es consciente de su gran atractivo físico, pero, ¿no se da cuenta de que tiene muchas y más importantes cualidades? Es inteligente y, cuando no está enfadado, divertido e ingenioso. Es bueno con su padre e, incluso en su rebeldía, lo admira y respeta. Y puede que no esté feliz del matrimonio con mi madre, pero, aunque no sea cariñoso con ella, jamás la ha molestado deliberadamente. Es un genio del surf y tiene una forma de ser que resulta tan interesante que es imposible no sentirse atraído por ella. Respiro hondo. Maldición, no puedo pensar así de él, no debo. Dean y yo estamos separados, siempre ha sido así y siempre lo será. Ni siquiera es mi amigo, y hacer listados mentales con todas sus cualidades solo hace más difícil todo. Ojalá Brian estuviera aquí hoy. Con él a mi lado sé cómo lidiar con todo de otra forma, como si las cosas se suavizaran. Pero hoy no está y mi día se está complicando porque Mackenzie no olvidará esto ni yo tampoco. Entro en clase y trato de concentrarme en lo que dice la profesora, pero estoy ausente. Mi teléfono vibra, para mi sorpresa se trata de Dean. Es un mensaje, solo pone “Gracias”, pero tiene el poder de que mi corazón dé un vuelco y palpite con fuerza. Escondo el teléfono con rapidez antes de que la profesora me

descubra, pero el resto de la clase solo puedo pensar en que me ha dado las gracias por defenderle. Solo es un gesto, pero para mí, significa el mundo entero.

DEAN

3 años antes

Camino a mi clase nervioso por lo que ha sucedido. ¿Por qué siempre ha de ser así con Gabriela? Me inquieta su forma de ver todo de forma tan diferente y, a la vez, me asombra que me haya defendido y todavía más que crea que yo tengo más cualidades que las obvias. Le he dado las gracias, algo extraño en mí. Nunca lo hago. Pero es que me ha sorprendido tanto su gesto... A estas alturas es fácil ver que no le gustan los conflictos. Se escuda detrás de Brian y, evidentemente, con él a su lado nadie se atreve a mirarla mal o a decirle una mala palabra. Incluso cuando está sola, la respetan por él. Pero Mackenzie no le perdona que esté con Brian y supongo que trató de ponerla furiosa hablándole de él, pero de algún modo yo terminé en medio de la conversación. Y Gabriela no rehuyó el conflicto, sino que me defendió de una forma que hizo que medio pasillo se girara alterado por su tono de voz. Mackenzie no me gusta, incluso a pesar de su belleza exterior, pero hoy la ira hacia ella brota en mi interior. Si quiere decirme algo, que me lo diga directamente y deje a Gabriela fuera de la discusión. Puede que no suela estar de acuerdo con ella y que la mantenga alejada de mí, pero si se merece que nadie le hable mal. No porque esté con Brian, sino porque ella jamás se porta mal con nadie. Lo cual me hace sentir avergonzado por las veces que yo no le hablo bien. Aprieto la mandíbula. ¿Qué me pasa? ¿Por qué todo es confusión con ella? Con el resto de gente de chicas solo hay diversión y alguna pelea cuando las ignoro. Pero hay algo en ella que me cambia, que me hace sentirme diferente y por eso debo controlar el tiempo que pasamos juntos.

Me paso la mano por el cabello, despeinándolo y decido que es mejor ir a clase y olvidarme de Gabriela, pero Shaw se acerca a mí y juguetea con la mano sobre mi pecho. No puedo evitar pensar en lo que ha dicho Gabriela, porque es así como veo a Shaw, una de mis compañeras de curso. Solo es alguien con la que pasar un momento de placer y a la que olvidar muy rápidamente. Hemos estado juntos alguna vez y le he dejado claro que no quiero nada más que lo físico con ella. Algo que por la forma de mover su pecho para que mis ojos se desvíen a su escote no parece importarle.

—¿Haces algo hoy después de clase? Podríamos ir a mi casa, estoy sola, mis padres se han ido de la ciudad por trabajo...

Su voz es sexi, también su boca, su pelo, su cuerpo. Normalmente diría que sí sin dudarlo, pero lo que Gabriela ha dicho se cuelan en mi mente y contesto:

—No puedo, estoy ocupado.

Una risa aguda se escucha entre furiosa y frustrada.

—Pues deja lo que sea que hayas planeado y ven conmigo. Valdrá la pena —dijo mientras se inclina contra mí.

Su perfume invade mis fosas nasales, perturbándome. ¿Qué me pasa? La conozco, es complaciente y no tengo nada que hacer hoy. Son las palabras de Gabriela las que me confunden. ¿Qué importa si nos consideramos objetos? Así es más fácil. Sexo sin compromiso ni sin ataduras para las que no estoy preparado. Además, no todos podemos vivir en la eterna luna de miel que tiene ella con Brian. Tengo que demostrarme a mí mismo que tengo razón, y por eso acepto:

—De acuerdo.

—Te espero en el parquin después de clase.

Me guiña el ojo y se contonea por el pasillo. Entro en mi clase, la escucho como un zombi y, cuando salgo de ella, camino hacia el patio y distingo a

Gabriela sentada en un banco con un libro en la mano, supongo que en ausencia de Brian prefiere la soledad. Una sonrisa se forma en mis labios por la forma que tiene de morder el bolígrafo con el que va repasando los apuntes. La he visto hacer ese mismo gesto muchas veces en el salón de casa. Una ráfaga de viento mueve su cabello y, cuando alza la cabeza para recogerse, su mirada se encuentra con la mía. Trago saliva sin saber qué hacer. Le he dado las gracias, pero eso no significa que deba sonreírle como si fuéramos amigos o ir a hablar con ella. Pero me gustaría, reconozco a mi pesar. Mi corazón se acelera. ¿Qué me pasa con ella? ¿Por qué trato de ignorarla y no puedo? ¿Por qué me siento diferente cuando estoy a su lado? Respiro hondo. La respuesta es fácil: porque no es como las otras chicas. Brian se dio cuenta y ahora es suya. Pero no debe importarme, me repito, porque no quiero ser como Brian, quiero disfrutar de la vida sin ningún tipo de atadura. Me gusta mi vida y no puedo arruinarla con pensamientos estúpidos sobre Gabriela. Frustrado, voy en busca de Shaw, la única que en estos momentos puede recordarme quién soy. Está en una esquina del patio y la atraigo hacia mí para besarla. Su perfume me invade de nuevo y eso me reconforta, como si aletargara mis sentidos.

GABRIELA

En la actualidad

Acaricio con suavidad el fero tan hábilmente tatuado por Ethan en mi pierna, respiro hondo, tomo fuerzas y comienzo a bajar las escaleras. Mi padre me está esperando y sonrío con aprobación.

—Me alegra que ya no tengas esa maldita cicatriz.

—Todavía la tengo —le corrijo con cariño—, pero ahora es más fácil olvidarme de ella.

Sonrío y me toma del brazo para acompañarme a la parte exterior de la casa. En un susurro le pregunto:

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora que tú y Dean estáis aquí, muy bien. Muchas gracias por traerle.

—Él quería venir. No se perdería el cumpleaños de mamá.

Una sonrisa vuelve a iluminar su rostro, pero la mía se hiela en cuanto Dean se acerca a nosotros y observa mi pierna, primero sorprendido y después con una palpable ira. Se acerca con rapidez y señala con furia.

—¿Qué es eso?

—Un tatuaje precioso. Tu amigo es un artista increíble... —contesta por mí mi madre, que le ha seguido.

—Querrás decir mi amigo. Porque ese dibujo es de Ethan, reconozco su estilo —la interrumpe Dean.

Maldigo en silencio. Esto era lo que quería evitar. A Dean ofendido porque Ethan me haya prestado atención, incluso aunque sea en una relación profesional. Trato de restarle importancia:

—Quería alguien en quien pudiera confiar, por eso acudí a la tienda en la que trabaja Ethan.

—Es un bonito tatuaje —intercede mi padre, lo que provoca que Dean pierda los estribos.

—¿Es un buen momento para recordarte que cuando yo me hice el mío me castigaste una semana?

Mi padre esboza una sonrisa cansada.

—Tenías dieciséis años y lo hiciste a escondidas. Gabriela es mayor de edad y lo ha hecho para ocultar su cicatriz. Es muy diferente.

—Siempre lo es cuando se trata de ella.

Sale disparado en dirección a su habitación. Odio que haga eso. Dean no puede entender que mi relación con su padre siempre será especial. Él me salvó la vida y después me apoyó como si fuera mi verdadero padre; y todo lo que yo hago no es obligación sino porque quiero devolver todo lo que ha hecho por mí. Y ahora parte de eso es conseguir que Dean calme su ira y tengamos un día tranquilo, en el que papá pueda olvidar un poco todo lo que está pasando. Quizá no debí mostrar el tatuaje hoy, pero sabía que a mis padres les alegrará que mi cicatriz está oculta.

Mi madre pregunta me toma de la mano y pregunta, preocupada:

—¿Qué le pasa a Dean?

—Solo está cansado —miento—. Ha tenido una semana de mucho trabajo. Iré a hablar con él.

—¿Quieres que vaya yo? Conozco a mi hijo y no quiero que pague su enfado contigo —intercede mi padre.

—Tranquilo, nosotros nos entendemos muy bien. Es solo que debí decirle lo del tatuaje antes, es muy susceptible en lo que respecta a sus amigos y yo.

Mi padre baraja mi propuesta unos segundos y, finalmente, acepta:

—Está bien. Pero no tardéis, la carne está casi a punto.

Finjo una sonrisa y me preparo para la discusión que se avecina. Dean... ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil desde que nos conocimos? Yo solo quería una familia feliz y olvidar el pasado. Pero no se me ocurrió que en esa variable perfecta estaría él, un torbellino que me arrastra. Quisiera que nos lleváramos bien, pero hay un muro intangible entre nosotros que creamos con ironías y secretos. Necesitaba la ayuda de Ethan, pero no quiero que eso sea un motivo para sumar a nuestra larga lista de encuentros y desencuentros que hace ya cuatro años que dura.

Me cuesta varios minutos, tomo fuerzas y subo a su habitación. Dean está sentado sobre la cama. No llamo a la puerta antes de entrar, algo que jamás me hubiera atrevido a hacer cuando vivíamos juntos. Su boca se tensa por el rechazo en cuanto me ve.

—¿Qué haces aquí?

—Le dije a papá que estabas cansado y de ahí tu arrebato.

—¿No te cansas de pasarte la vida mediando entre los dos para hacerme parecer alguien que no soy?

—Tú quieres a tu padre. Yo solo me encargo de que él lo sepa. Además, no estás enfadado con él, sino conmigo.

—Sí que estoy enfadado con él —me contradice—. Si yo me hago un tatuaje me dice que terminaré siendo un delincuente. Si lo haces tú, todo está bien.

—Aprueban mi tatuaje porque ellos también odiaban ver la cicatriz, por eso nunca la mostraba. Es un mal recuerdo para los tres. No tiene nada que ver contigo.

—¡Claro que sí! Se lo pediste a mi mejor amigo, igual que le pediste a Brian que se quedara contigo en aquella maldita fiesta.

Muerdo el labio. No puedo creer que después de tanto tiempo siga recriminándome eso.

—Yo no se lo pedí, Brian fue el que se acercó a mí y se ofreció a quedarse conmigo.

—La cautivadora Gabriela consiguió en una noche que Brian perdiera la cabeza —masculla con rabia.

—¿Y por qué eso te importa tanto? Te pasas la vida de chica en chica y yo no te cuestiono, pero jamás me has perdonado que saliera con Brian.

—Es diferente.

Suspiro con pesar.

—Brian no era tuyo y tampoco mío. Eráis amigos, pero tomasteis caminos distintos. Y él todavía te aprecia mucho y lo sabes, aunque no quieras admitirlo.

Sus ojos se clavan en los míos, buscando respuestas.

—¿Y Ethan?

—Como he dicho, no estoy interesada en él.

—¿Sigues pensando en Brian?

Ahora soy yo la que le observa con detenimiento. A veces, solo a veces, pienso que detrás de su obsesión por mantenerme lejos de sus amigos hay algo más que un instinto de posesión. Si no le conociera tan bien y supiera que me ignora, podría pensar que está celoso. Pero es Dean y yo no le intereso, así que trato de reconducir la conversación:

—Dean, no quiero discutir contigo donde nuestros padres pueden escucharnos. Y tampoco que nos peleemos por el tatuaje. Necesitaba cubrir la cicatriz, la odiaba.

Se pasa la mano por el pelo, como hace siempre que está nervioso.

—Entiendo eso. Pero estoy harto de que mi padre cuestione todo lo que yo hago y tú seas tan perfecta en todo.

Su voz suena repleta de amargura y sinceridad. Quizá por eso, por segunda vez en un día, rompo mi norma de no acercarme a él y me siento en

la cama para poder decirle mirándole a los ojos:

—No soy perfecta. Estoy llena de caos y de problemas y por eso tu padre me protege. Tú no necesitas esa protección, por eso está menos pendiente de ti. No porque te quiera menos, sino porque sabe que vas a estar bien —Me mira sin comprender nada y añado—: No eres consciente de lo afortunada que fui conociendo a tu padre. Hubiera muerto si no hubiera sido por él. Y luego hizo mucho más que su labor de policía. Se convirtió en lo mejor que me había pasado, lo mismo le sucedió a mi madre. Siento que no fuera así para ti y que estropeáramos tu forma de vida con la que estabas feliz. Pero intentamos hacerlo lo mejor que pudimos. Todavía lo hacemos. ¿No podrías ceder un poco? No por mí, sino por lo que te dije antes. De verdad que papá, tu padre, necesita que hoy hagamos nuestro papel de hermanastros bien avenidos más que nunca. Por favor, hazlo por él. Te necesita.

Suspira, pero no me dice nada, y me levanto de su cama, consternada. Salgo de la habitación arrastrando los pies y bajo al jardín sin saber cómo ocultar la preocupación de mi rostro.

Las fiestas que organizan mis padres son informales y divertidas, y hacen sentir a todo el mundo como en casa. Suelen acudir varios compañeros de la comisaría, vecinos y algunos familiares. Usualmente, disfruto de las risas y la camaradería, pero hoy se me hace casi imposible. Solo puedo pensar que una vez más he alejado a Dean de mí. Mi padre me lanza una mirada inquieta al ver que estoy sola, pero antes de que pueda acercarme y balbucear una mentira, la voz mucho más calmada de Dean susurra detrás de mí:

—Es un bonito tatuaje, aunque haré pagar a Ethan por no habérmelo contado. Pero te he prometido que sería un buen día para mi padre y lo voy a cumplir. ¿Comemos algo?

Sonrío y susurro a mi vez:

—Es culpa mía, no de Ethan.

—En ese caso te lo haré pagar en el viaje de vuelta: escucharemos todo el trayecto mi música que no te gusta.

—Me parece justo.

Me mira sorprendido.

—¿He ganado a la abogada?

—No, solo has conseguido un trato.

Nos retamos con la mirada, pero finalmente reímos los dos. Su mirada se desvía hacia mi pierna y se interesa:

—¿Qué significa?

Mi cuerpo se tensa, no puedo hablar a Dean de ello.

—Digamos que es algo muy importante para mí pero que prefiero no compartirlo con nadie.

—¿Ethan puede saberlo y yo no?

—Lo único que Ethan sabe es que tiene que ver con mi accidente. Ahora estáis igualados, ¿te sirve?

Tuerce el gesto.

—No, pero por hoy lo dejaré pasar. Aunque algún día comenzaré a poner en tu lista las preguntas que tengo acumuladas.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. La idea de Dean haciéndome preguntas comprometedoras me pone nerviosa, pero también me alegra pensar que se interesa por mí. Los dos intercambiamos una profunda mirada, como si quisiéramos leer el uno en el otro, y en ese momento papá se acerca, apoya su brazo sobre Dean y pregunta:

—Y bien, ¿te estás ocupando de Gabriela como me prometiste?

—Por supuesto, aunque no me lo pone fácil cuando queda con mi mejor amigo a escondidas —ironiza.

—Ethan es buen chico —Dean arquea una ceja y su padre explica—: Sé calar a la gente. Si no lo fuera no le hubiera dejado que entrara en esta casa

cuando vivíais aquí. Además, Gabriela ya me ha explicado que no sale con él.

—Bella, inteligente y encantadora. No puede ser que no tengas novio, Gabriela... —comenta uno de los compañeros de mi padre y su mejor amigo que ha escuchado la conversación.

—La universidad la tiene absorbida —contesta Dean por mí.

—Bien, no me gusta la idea de mi hija rodeada de chicos.

Sonrío y, cuando nos quedamos solos, Dean ironiza:

—Al menos a mí no me dice que me aleje de las chicas.

—Eso es porque sabe que sería imposible.

Intercambiamos una sonrisa cómplice y nos unimos al resto para comenzar la barbacoa. La fiesta es animada, ruidosa y llena de regalos; y para cuando terminamos y subimos al coche, Dean, que tiene un aspecto agotado, musita:

—Estás de suerte, abogada. Me duele tanto la cabeza que solo quiero dormir. Te has librado de escuchar mi música —comentó y frotó sus sienes con fuerza.

—¿Quieres que te traiga algo para el dolor antes de irnos?

—No, solo necesito dormir.

—¿Tienes fiebre?

Niega con la cabeza, pero aun así pongo mi mano en su frente para comprobarlo. Él se tensa como si le hubiera quemado. ¿Qué está mal conmigo hoy? Durante mucho tiempo no hemos mantenido contacto físico deliberadamente, pero en un día yo le he tocado dos veces. Estoy rompiendo unas barreras que Dean no quiere que rompa, así que aparto mi mano y propongo:

—Túmbate en la parte de atrás y descansa. Te avisaré cuando lleguemos.

Él asiente y se acomoda como puede en el asiento. Conduzco con suavidad y, cuando llegamos a su apartamento, está profundamente dormido.

Envío un mensaje a Ethan, que por suerte ya ha regresado, y baja enseguida. Observa a su amigo y yo le explico:

—Se ha dormido. No se encontraba muy bien. Demasiada fiesta después de la resaca. ¿Puedes ayudarlo? No quería dejarle solo, pero tampoco...

No tengo que continuar para que sepa a qué me refiero. Una cosa es ceñirnos a los pactos o incluso que hoy nos hayamos llevado bien; y la otra que suba a su apartamento a cuidar de él, no parece apropiado. Ethan pregunta:

—¿Cómo fue la presentación del tatuaje?

—Bien, pero espero no haberte metido en problemas con Dean. Supo que era tuyo en cuanto lo vio.

Ethan sonríe, halagado, y comenta:

—Hablamos de Dean, siempre habrá algún problema. Entre nosotros, es el rey del drama.

Río y él besa mi mejilla.

—Nos vemos en la próxima reunión familiar. Y puedes pasarte por la tienda cuando quieras.

Es una invitación suave y tranquila. Del tipo que puedo rechazar sin temer las consecuencias. No contesto, abro la puerta y despierto con suavidad a Dean, que me mira con los ojos entrecerrados por el dolor de cabeza.

—Te veo pronto. Cuídate.

Ethan ayuda a Dean a salir del coche y les observo entrar en el edificio antes de poner de nuevo en marcha el motor hacia el apartamento que comparto con Sofía, mi mejor amiga desde que llegué a Los Ángeles. Estudia enfermería y somos el complemento perfecto la una para la otra. Al principio vivimos en la residencia de estudiantes de la universidad, pero decidimos mudarnos a un apartamento más económico. Si hay algo que compartimos además de los orígenes latinos y la pasión por nuestros respectivos estudios,

es que vivimos al borde continuado de la quiebra por las tasas universitarias.

No sabía si la encontraría en casa, ya que las prácticas y las clases dominan casi todo su tiempo, pero cuando llego está con las piernas cruzadas y el rostro pensativo. Tardo un segundo en intuir que hay algo que le preocupa. Me siento a su lado y pregunto sin tapujos:

—¿Qué sucede?

—Nos han ofrecido un trabajo.

Palmeo las manos. En el último mes ambas hemos estado buscando como locas nuevas fuentes de ingresos. Aun así, Sofía no parece contenta, e indago:

—¿Qué tipo de trabajo?

—Camareras. Pagan bien y el horario es compatible con las clases.

—¿Y dónde está el problema?

—Que se supone que una futura abogada y una enfermera deberían encontrar trabajos bien pagados de algo relacionado con sus estudios. Por no hablar de que intuyo que odiaremos el uniforme.

Esbozo una sonrisa comprensiva y, aunque comprendo su frustración, le recuerdo:

—Es un trabajo y ninguna de las dos estamos en situación de exigir mucho más.

—Tienes razón, aceptaremos y veremos cómo va. Por cierto, ¿cómo fue la reunión familiar?

—Empezó mal, pero fue mejorando. Dean hoy estaba más simpático que de costumbre.

—¿Y lo del tatuaje?

—Le puso furioso al principio, pero hablé con él y se le pasó.

Me mira sorprendida.

—¿Significa eso que habéis enterrado el hacha de guerra?

—Es Dean. Nunca aceptará que mi madre y yo interfiriéramos en su vida.

Pero se ha comportado y me conformo con eso.

—¿Cómo está tu padre?

—Hoy feliz, mañana volverá a enfrentarse al día a día.

—¿Se lo habéis dicho a Dean?

Niego con la cabeza.

—Se pondrá furioso el día que lo descubra.

—Lo sé, pero es el secreto de mi padre, no el mío. Y él ha decidido que sea así.

—¿Y qué hay de tu secreto?

Me encojo de hombros.

—Está mejor oculto.

—Una familia llena de oscuros secretos. Interesante...

—Más bien problemático. Pero mientras vayamos solventando los encuentros familiares, todo irá bien.

—¿Y no se te ha ocurrido decirle a Dean que quieres verlo fuera de esas reuniones con vuestros padres?

Suspiro. No sé cómo será como enfermera, pero por lo intuitiva que es hubiera sido una gran psicóloga.

—Quiero verlo, pero no me conviene.

—Bien, porque todo lo que me cuentas de él indica que es problemático y poco recomendable para ti.

—Sí, un chico malo —respondo con fastidio.

—Chico malo y guapo. Definitivamente, mantente alejada de él. Aunque si las prácticas en el hospital me siguen impidiendo tener vida social igual te pido un día el teléfono para que me dé un alivio de una noche —se burla.

—No tiene gracia.

—Lo sé, pero es divertido verte celosa.

Hago ademán de protestar, pero tiene razón. La mera visión de ella con

Dean me pone celosa, igual que lo hacen todas las chicas que han pasado por su cama a lo largo de estos cuatro años. No es para mí y nunca sucederá nada entre nosotros, pero no se puede apagar el fuego con aceite, y es lo que yo hago cada vez que lo veo. Bajo los ojos, taciturna, y Sofía añade con ironía entremezclada de tristeza:

—Te diría que algún día encontraremos a los chicos adecuados para nosotras, pero no creo en eso.

Esbozo una mueca con lástima. El padre de Sofía abandonó a su madre y a ella cuando era un bebé; lo que ha marcado profundamente a Sofía en su forma de ver las relaciones. Yo pasé por algo similar, pero cuando mi madre se enamoró del *sheriff* comprendí que había encontrado al amor de su vida y que había valido la pena la espera. Pero no hubo final feliz para la madre de Sofía, y por eso ella se ha centrado en su trabajo y sus estudios. Para Sofía es imposible creer en el amor cuando su padre rompió el corazón de su madre y el suyo. De hecho, desde que la conozco no le he conocido ninguna relación estable y tampoco ha comentado ninguna anterior a la universidad. Solo alguna cita esporádica y, últimamente, ni siquiera eso.

Respecto a mí, la probabilidad de encontrar pareja es difícil mientras Dean siga en mi vida. Cada vez que le veo mi corazón deja de latir y, bajo mis ironías y listas, oculto que mi cuerpo tiembla y mi respiración se entrecorta por tenerle a mi lado. Soy lo suficientemente inteligente para saber que no debo estar enamorada de un chico como él, pero me resulta imposible no hacerlo un poco más cada vez que lo veo. Desde que lo conozco he ganado trofeos, medallas y he conseguido estudiar la carrera que deseaba. Pero, aun así, cada logro no hace sino recordarme que lo que más me importa no lo conseguiré nunca.

DEAN

3 años antes

Es lunes y después de la libertad del fin de semana, estar en el instituto se me está haciendo insoportable. Desde primera hora de la mañana sueño con que suene la campana de fin de la clase y poder ir a surfear. Hoy hace un día particularmente bueno, y Ethan y yo estamos en el pasillo, delante de nuestras taquillas, haciendo planes para saltarnos la última clase y poder encontrarnos con las olas antes.

Mackenzie se acerca a nosotros con su andar de animadora guapa y peligrosa como una víbora. Pasa por nuestro lado y Ethan le sonrío bobaliconamente, no tiene remedio. Ella sonrío como una estrella de cine lo haría con sus fans, nos muestra una lista que lleva en la mano y sonrío traviesa:

—No sabéis lo que os perdéis por no estar en el equipo de fútbol. Hemos decidido que este año nuestro equipo tenga chicas del espíritu y estoy haciendo la lista.

—¿Chicas del espíritu? ¿Ahora invocáis espíritus antes de los partidos? ¿Tan desesperados estáis por ganar? —mascullo. El instituto es un lugar extraño para mí el noventa por ciento de las veces. Dado que no estoy en ningún club ni juego al fútbol, soy ajeno a todas las tradiciones que se generan en torno a estas actividades. Además de las chicas de una noche, yo solo necesito mi tabla de surf y una buena ola, todo lo demás me sobra.

Mackenzie ríe, si le molestan mis ironías o mi indiferencia hacia algo tan sagrado para ella no lo demuestra, quizá porque está acostumbrada a mostrar

solo su máscara de falsa dulzura.

—Son animadoras y estudiantes que se encargan de mantener el ánimo de los jugadores del equipo.

—Esto se pone interesante. ¿Y cómo les suben el ánimo? —contesto guiñándole el ojo.

—Les animan con su conversación, les preparan dulces, les ayudan con tus deberes, les hacen masajes...

—Estoy tentado de que instauremos eso en el surf —bromea Ethan.

—Interesante, pero no es lo mío tener durante mucho tiempo a la misma chica colgada detrás de mí —replico con sorna.

—La verdad es que no te pega para nada.

La voz de Brian se escucha detrás de nosotros. Trato de mirarle con frialdad, pero por mucho que utilice toda mi fuerza de voluntad me es imposible, al final siempre surge lo que hubo entre nosotros y mis ganas de intercambiar un juego dialéctico con él. En tono aparentemente inofensivo pregunto:

—Brian, ¿quién va a ser tu chica del espíritu? Mackenzie está haciendo una lista. Eres el capitán, puedes escoger a cualquiera.

—Tengo novia, no necesito chica del espíritu.

Rápido en su respuesta, pero también lo es el comentario de Mackenzie:

—Algunos jugadores el equipo con novia sí han escogido a otra chica para que les anime también.

—Son libres de hacer lo que quieran, pero a mí bórrame de la lista. Como he dicho, no lo necesito.

—Como quieras capitán —acepta. Tacha su nombre y añade con voz cautivadora—; Pero que se sepas que vas a desilusionar a algunas animadoras... Puede que incluso a mí.

Brian se encoge de hombros con indiferencia, lo que molesta a

Mackenzie, pero a mí me agrada. No consiento que nadie me diga lo que tengo que hacer, y Brian actúa de una forma muy similar, algo que admiro. Claro que no es algo que vaya a confesarle. Antes de que nadie pueda decir nada más, Gabriela se acerca y sonrío con dulzura a Brian, con educación a Mackenzie y, con un gesto que no sé interpretar, a Ethan y a mí. Brian la toma de la cintura y la besa con suavidad en el cabello. Ella observa la escena y se interesa:

—¿Todo bien?

—Trataba de convencer a tu novio de que aceptara una chica del espíritu, pero al parecer lo tienes completamente satisfecho —contesta Mackenzie con un brillo maligno en los ojos—. Quizá deberías explicarme cómo lo consigues, esos pequeños trucos de mujer...

Gabriela baja los ojos, visiblemente tensa. No necesito ser un lince para saber que no le agrada que nadie se inmiscuya en su vida íntima con Brian. De hecho, aunque siempre van de la mano y son muy cariñosos el uno con el otro, todavía no he conseguido verles darse un apasionado beso en público. Lo que me hace preguntarme si Mackenzie tiene razón y en la intimidad, cuando nadie los ve, mi aparentemente tranquila hermanastra es un fuego que tiene consumido a Brian y le hace incapaz de fijarse en nadie más.

Brian, que tampoco parece interesado en que nadie hurgue en su vida privada, sugiere:

—Deberías continuar con la lista, Mackenzie.

Ella esboza un mohín de protesta, pero se marcha por el pasillo contoneándose. Gabriela le lanza una mirada de agradecimiento y vuelvo a preguntarme cuál es el secreto de que Brian esté tan pendiente de ella y sea tan protector.

—Tenemos clase, ¿venís?

El ofrecimiento de Brian me sorprende, y contesto con un gesto burlón:

—Día de olas, nos vamos un poco antes...

—Si sigues faltado a clase te meterás en problemas.

Su voz suena calmada y amigable, pero yo gruño:

—Me encantan los problemas.

—Como prefieras. Gabriela, ¿nos vamos?

—Sí, pero antes necesito hablar un momento con Dean.

Ethan y yo la miramos extrañados. Gabriela no suele hablar conmigo a solas en el instituto, tampoco yo le doy pie para que lo haga en casa. No obstante, Brian contesta con naturalidad, como si supiera lo que quiere comentarme:

—Te espero en clase.

—Estaré fuera del instituto, intentaré que el director no me vea escaparme
—propone Ethan.

Nos quedamos a solas y eso me pone nervioso. El resto de alumnos van alejándose de sus casilleros para ir a clase y Gabriela susurra:

—No te entretendré mucho tiempo.

—¿Sucede algo? Podemos hablarlo en casa...

—No quiero que nos escuchen nuestros padres.

Su tono de voz me pone en alerta e intuyo de lo que quiero hablar, pero no voy a ponérselo fácil.

—¿Cuál es el drama?

—Es sobre lo que dijo papá anoche.

Me hiere la sangre como cada vez que llama “papá” a mi padre, pero no digo nada. En su lugar le espeto:

—Te lo dije anoche y te lo repito. Coge el maldito dinero, no es asunto mío.

—Sí lo es, porque es tu dinero y te molestó mucho su propuesta.

Aprieto los puños. Anoche me encerré en mi habitación después de que

mi padre me dijera que quiere ayudar a Gabriela con sus estudios con mi fondo universitario, ya que no quiero seguir estudiando. Debí protestar, pero no hubiera servido para nada, mi padre tiene demasiado claro que Gabriela es su prioridad como para que yo pueda hacerle cambiar de idea al respecto. Por lo tanto, me limité a aceptarlo sin quejarme. Pero eso no significa que tenga que ponerle buena cara a Gabriela por eso e ironizo:

—Es tuyo, te lo has ganado.

Mi tono acusador la pone en alerta.

—¿De qué estás hablando?

Aprieto la mandíbula.

—Has sabido jugar bien tus cartas. Alumna perfecta, hija adorable... Incluso cubrió tus gastos médicos cuando ni siquiera estaba casado con tu madre. Mackenzie tiene razón, eres muy hábil consiguiendo que los demás hagan lo que quieres.

Me arrepiento enseguida de mis injustas palabras, pero es demasiado tarde para retirarlas. Gabriela me mira con los ojos anegados en lágrimas.

—No voy a usar tu fondo universitario y mi madre y yo solo aceptamos el dinero de los gastos médicos porque estábamos desesperadas en ese momento, pero esto es diferente. Iré a una universidad que pueda pagarme con una beca, mi trabajo y lo que puedan prestarme nuestros padres sin tocar un céntimo de tu dinero. Y se lo devolveré todo en cuanto empiece a ganar lo suficiente para ello. Así que ya tienes un motivo menos por el que odiarme.

Se marcha dejándome con la palabra en la boca y me siento un vil estúpido. Frustrado, me dirijo a la salida donde Ethan me espera.

—¿Sucede algo?

—Me he discutido con Gabriela.

—¿Por qué?

Su tono me ofende, está claro que piensa que el motivo de la discusión es

culpa mía. No es el único, porque algo comienza a removerse en mi interior. En el tiempo que llevamos viviendo juntos, Gabriela nunca me ha dicho nada hiriente. Si ha conseguido que me sienta molesto es porque con su actitud siempre termina por encima de mí. Pero yo le he hecho daño y me siento culpable y estúpido, por lo que deniego con la cabeza.

—No quiero hablar de ello.

—Entonces, ¿nos vamos?

Vacilo. En lo único que puedo pensar es en los ojos llenos de lágrimas de Gabriela. Y no soy el único, porque Brian está viniendo hacia el coche de Ethan. Este susurra:

—¿Qué hace Brian aquí? Creí que el infierno se congelaría antes de que se saltara una clase.

Respiro hondo. Sé por qué Brian está aquí, y por eso ordeno a Ethan:

—Mantente al margen de lo que está a punto de suceder.

Él me interroga con la mirada, pero me comprende en cuando Brian se acerca a mi lado y me grita:

—¿Qué demonios ha pasado? —Aparto la mirada y él insiste—: Te pedí que la respetaras. ¿Tan difícil era?

—No le he hecho nada.

No es cierto, pero no se me ocurre una excusa mejor.

—La has hecho llorar.

—No tengo la culpa de que llore por todo.

Brian pierde el control y me empuja contra el coche:

—¿Qué has dicho?

Sus ojos acechan los míos con una violencia inusitada. Ethan, a pesar de lo que le he pedido, intercede:

—Chicos, tal vez sería mejor que...

—Ethan no te metas —le ordena Brian en un tono duro que pocas veces

utiliza.

Él me mira. Es mi amigo y la imagen de Brian apretándome con fuerza y mirándome como si quisiera darme una paliza le está afectando. Pero conozco a Brian y sus límites, y por eso soy yo el que pide:

—Ethan, ¿nos das unos minutos?

—¿Estás seguro?

Le agradezco el interés, pero si he de discutir con Brian sobre Gabriela lo haré sin testigos. Asiento y Ethan entra en el instituto. Cuando nos quedamos a solas, Brian suelta un poco la presión sobre mis hombros.

—¿Qué le has dicho?

—¿No te lo ha contado? Creí que os lo explicabais todo...

Mi respuesta es lo menos adecuado delante de un Brian furioso, que repone;

—No quiere que me pelee contigo. Sé de lo que habéis hablado, pero tienes que haberle dicho algo muy fuerte para que esté tan afectada que no haya podido entrar en clase. Así que, ¿puedes explicarme de una vez qué ha pasado?

Suspiro con frustración. El hecho de que no pueda repetir lo que le he dicho a Gabriela es la prueba de que no estoy orgulloso de ello.

—Estaba enfadado y no le he contestado bien. No hacía falta que llorara por eso.

—¿No hacía falta? ¿Es que no conoces a Gabriela? ¿Lo que le duele que la trates mal?

Arqueo una ceja, incrédulo.

—Ni siquiera sabe que existo.

—Eso no es cierto. Se preocupa mucho por ti y por tu padre, y si no vivieras en ese mundo en el que solo importas tú te darías cuenta de ello.

—No quiero volver a hablar de eso contigo —digo sin mirarle.

—Pues no lo haremos, pero no hagas llorar a Gabriela. No se lo merece.

—Por supuesto, es la chica perfecta a la que todos hemos de decir que sí a todo... —me burlo.

—No es por eso, sino porque derramó en un año de horror más lágrimas de las que mucha gente en toda su vida.

—Mucha gente tiene accidentes —le contradigo.

—No como el suyo. No conozco a nadie tan valiente y fuerte como ella, porque a pesar de todo encontró la forma de dejar de llorar por el pasado. Y si ahora ha llorado es porque le has dicho algo que le ha afectado mucho y no lo toleraré. Le prometí que no dejaría que nadie le hiciera daño y lo voy a cumplir.

Intrigado, me obligo a buscar en sus ojos a lo que se está refiriendo, pero no termino de comprender a qué se refiere. Respiro hondo, aunque merezco el rapapolvo, no quiero seguir discutiendo con Brian y propongo:

—No era mi intención molestarla tanto, ¿podemos olvidarlo?

—No hasta que le pidas disculpas.

—No voy a hacer eso.

Nuestras miradas se cruzan y leo la ira en sus ojos. ¿Acaso quiere golpearme? No es típico de él, pero está muy enfadado.

—¿Cómo puedes tratarla así? No se lo merece.

—Mi padre va a darle mi fondo universitario. No es justo.

Las palabras se escapan de mi boca y Brian esboza una mueca amarga:

—Para empezar, tú no querías ese dinero. Además, ella no va aceptarlo, ya te lo ha dicho.

—Eso no hace más fácil asimilar que mi padre se lo haya ofrecido— confieso, porque es Brian y siempre termina consiguiendo que le diga la verdad.

Un dolor que no comprendo asoma a sus ojos y se me clava como un

cuchillo. ¿Por qué está tan afectado? Es como estar delante de un puzle y no entender nada. Brian respira hondo, apoya su brazo en mi hombro y aclara:

—Dean, comprendo lo que pasa por tu mente. Pero Gabriela es una buena chica que ha sufrido demasiado. Tu padre no quiere quitarte nada, solo pretende ayudar a Gabriela a que tenga una vida que le haga olvidar lo que le pasó. ¿Puedes entender eso?

Me encojo de hombros. Es difícil comprender algo de lo que apenas sé nada. Mi padre, Pam y la propia Gabriela son herméticos respecto a lo que sucedió. Pero sea como sea, Brian tiene razón, no me gusta la idea de que esté llorando por mi causa, y susurro:

—Dile que lo siento.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque después de tanto tiempo conviviendo juntos apenas conoces a Gabriela, y no lo harás si me envías a mí de recadero para arreglar vuestras discusiones familiares.

Resoplo con hastío.

—¿Y qué te importa a ti que la conozca o no? Te lo dije aquella noche cuando me recogiste en la carretera el año pasado, es tu novia, no la mía.

—Es tu hermanastra y siempre será parte de tu vida. Comienza a asumirlo y todo será más fácil.

Tenso la mandíbula

—Jamás te vi defender a nadie así— le acuso sin saber por qué.

—Eso es porque nadie me entiende como ella.

Sus palabras se estrellan en mi corazón con más fuerza que lo hubiera hecho un puñetazo contra mi rostro. No sangro, pero siento que los recodos de nuestra amistad se diluyen por su declaración. Me apoyo contra el coche y Brian comienza a alejarse de mí:

—Dean, te he apreciado incluso cuando no he estado de acuerdo con tu forma de actuar. Solo demuéstreme que no me equivoco y que debajo de toda esa fachada sigue estando mi amigo, una buena persona que no hace llorar a alguien como Gabriela.

Se marcha sin darme opción a responder, con la mente echa un torbellino. Ethan, que ha estado observando todo desde una ventana, se acerca a mí con rapidez.

—¿Qué quería?

Respiro hondo para tomar fuerzas antes de reconocer.

—Que me disculpe con Gabriela.

Me mira confundido.

—¿Solo eso? ¿No quería pegarte ni nada similar por meterte con su novia?

Niego con la cabeza y comento:

—No quiero hablar de ello, vayamos a surfear. Lo necesito.

—Pero, ¿lo harás? Disculparte, me refiero.

—¿Te importa?

—No me gusta la idea de ella llorando.

Le miro con incredulidad.

—¿Ahora te preocupas por Gabriela?

—Es una buena chica y nunca se mete con nadie. Si yo fuera tú, no me gustaría hacerla llorar.

Retrocedo un paso. No estoy preparado para que alguien que no sea Brian se ponga de parte de Gabriela y no de la mía. Por ello repito:

—Ethan, ¿podemos irnos a surfear de una puñetera vez y dejar de hablar de esto? Ya tengo bastante con Brian dándome la vara con el tema.

Aunque no está convencido, asiente y se mete en el coche sin decir nada más. Respiro aliviado, ese es uno de los motivos por los que soy amigo de él.

No insiste cuando no debe hacerlo. Y por eso hoy surfeará conmigo y no me hará más preguntas. El problema es que yo no dejo de hacérmelas en mi interior. ¿Por qué le conté a mi padre que todo estaba bien desde el principio? No he dejado de mentirle. Le dije que me parecía bien que se casara con Pam, que ella y Gabriela vivieran con nosotros, que mi fondo universitario sea para ella... Pero luego pago todas las concesiones que he hecho con esta última, como si fuera mi única enemiga. Tomo una fuerte respiración. ¿Lo habré dicho de verdad? Brian está convencido de que no quiere mi dinero, lo he leído en sus ojos. Lo peor de todo es que yo tampoco lo quiero, solo odio la idea de mi padre prefiriéndola a ella. De temer que viviré siempre a su sombra porque es más inteligente, adecuada y mejor hija que yo. Pero todo es complicado cuando Gabriela llora por mi causa y su reacción y sus ojos tristes se meten debajo de mi piel.

—Ethan, para el coche.

—Pero has dicho que...

—Sé lo que he dicho, pero tengo que hablar con Gabriela. Lo siento.

Una sonrisa asoma a sus ojos.

—No te preocupes, me parece bien. Te espero.

Salgo del coche y me dirijo a una de las zonas solitarias del patio. Si Gabriela ha faltado a su clase porque estaba llorando, es allí donde se habrá refugiado. No me equivoco, está sentada en uno de los bancos. Brian está con ella y esboza una sonrisa victoriosa cuando me ve. Tengo que reconocerle que es listo. Podría haberme golpeado, pero en lugar de eso ha preferido remover mi conciencia. Se levanta y comenta:

—Os dejaré solos. Gabriela, te espero en el vestíbulo. No deberíamos saltarnos otra clase.

Ella asiente y me mira consternada. Yo dudo unos segundos, se me da mejor tener exabruptos que arreglarlos. Finalmente, me disculpo:

—No debí decir lo que te dije, lo lamento.

Una amarga sonrisa aflora a sus labios.

—Puedes decir lo que quieras, pero necesito que comprendas que no soy una aprovechada y que no voy a quitarte tu dinero.

—Puedes utilizar ese dinero para la universidad, no me importa.

—A mí sí, no sería justo. Y ahora tengo que volver a clase.

Comienza a alejarse y la pregunta brota de mis labios espontáneamente:

—¿Olvidarás lo que he dicho?

Se encoge de hombros, su rostro muestra una mezcla de tristeza y aceptación.

—¿No es lo que hago siempre?

Sus palabras se clavan en mí como un puñal. Sí lo hace. Es amable y trata de hacer las cosas más fáciles tanto como yo las complico, por eso todos incluso mi padre la prefieren. Pero eso es algo que me altera y no sé cómo solucionarlo. A veces me siento como un niño envidioso, otras como si yo también quisiera llegar a ella y no supiera o tuviera miedo de hacerlo. Sin decir nada más, la dejo marchar. No se contonea como ha hecho Mackenzie antes, pero algo se remueve en mi interior. ¿Siempre será así con ella? ¿Una confusión constante sobre la ira que quiero sentir y la atracción que irremediabilmente surge de lo más hondo de mi ser y que no me resulta difícil de sofocar? No lo sé, pero al menos me he disculpado y eso me hace sentir mejor. Me río de mí mismo. Para ser un chico malo, tanto Brian como ella me vencen con demasiada facilidad. Respiro hondo y vuelvo al coche. Ethan inquiera:

—¿Todo arreglado?

Me encojo de hombros por toda respuesta, pero Ethan lo da por válido y arranca el motor. Apoyo la cabeza en la ventanilla y me pregunto por qué hay algo en mi interior que nunca está del todo bien cuando se trata de Gabriela.

GABRIELA

3 años antes

Dean se ha disculpado. No puedo creerlo. Es la primera vez y no creo que vuelva a repetirse, pero me alegro tanto de que lo haya hecho que siento ganas de bailar. Hubo un tiempo en que el dolor se instauró en mi pecho que pareció que no iba a desaparecer jamás. Después se mitigó, pero cuando Dean me ha echado en cara todo el dinero que su padre me dio por mis gastos hospitalarios, la culpabilidad ha vuelto a hacer mella en mí. Lo que me pasó no solo destrozó mi vida, sino que también afectó la de mis padres personal y económicamente. Por eso, aunque el *sheriff* se convirtió en mi padre, no quiero seguir siendo una carga para él. Ganaré mi propio dinero con becas y trabajo, y es importante para mí que Dean me crea. Entro en el vestíbulo, donde Brian me está esperando. Solo necesita ver mi rostro para adivinar lo que ha sucedido.

—Se ha disculpado...

—Sí, no sé cómo lo has conseguido, pero lo ha hecho.

—Es Dean. Grita mucho, pero tiene un gran fondo. Y sabía que estaba mal lo que te ha dicho.

Acaricio su mejilla con suavidad.

—Muchas gracias.

—No tienes por qué darlas, no consentiré que nadie te haga llorar. ¿Te sientes mejor ya?

—Sí, vayamos a clase.

Le sigo en silencio por los pasillos y advierto que es la primera vez que

lloro desde que estoy en este instituto. Dado que entré de la mano de Brian, estar aquí ha sido muy fácil para mí. No hay acoso contra la novia del capitán. Puede que no le caiga bien a todo el mundo, sobre todo a las animadoras que pretenden a Brian, pero nadie se atreve a decirme nada. Todo a lo que me habitué como empollona en el otro instituto ya no existe. No hay ataques a mi casillero, nadie lanza mis libros al suelo, ni me empujan, ni vierten bebida en mi cabeza o lanzan mi comida al suelo. No me insultan, no recibo notas con comentarios negativos ni me incluyen en listas ofensivas. Soy intocable. Me muerdo los labios, lamentando que el instituto sí sea así para otros. Yo también lo sufrí en algún momento, que a veces parece pertenecer a otra vida, cuando no encajaba ni tenía guardaespaldas. Para mucha gente la única forma de sentirse bien es intimidando a otros. Miro de reojo a Brian. Él no es así. A pesar de su poder, nunca le he visto portarse mal con nadie. Y pocas veces discute. Tampoco lo necesita, tiene esa forma de hablar que convence a los demás de hacer lo correcto. No hay duda de que algún día será un gran abogado. Mi corazón da un vuelco como siempre que pienso en el futuro, uno en el que Brian ya no estará a mi lado para protegerme y compartirlo todo conmigo, uno en el que tendré que aprender a defenderme yo sola y a no tener a mi lado a la persona que mejor puede comprenderme. Ahora estamos juntos, pero esto no durará eternamente. Estudiaremos en universidades distintas, estaremos muy lejos uno del otro y un día solo seremos amigos que se escriben y se llaman entre caso y caso. Ha sido mi mitad estos dos años y ahora estaré sola, sin él, y no sé cómo voy a ser capaz de hacerlo. Las lágrimas amenazan con volver a salir, pero no se lo permito. Debo concentrarme en el presente, es lo que me ha mantenido cuerda hasta ahora. Todavía me queda un tiempo de instituto, de ser la novia de Brian, de sentirme querida, protegida y de tener un cómplice de vida. Aprieto su mano y juntos esperamos a que las puertas se abran para entrar en

la clase. En cuanto termine el instituto me esperan muchos retos, pero ahora no estoy preparada para pensar en ellos. Solo voy a centrarme en que Dean se ha disculpado y en que eso significa que una brecha puede abrirse entre los dos.

DEAN

3 años antes

Es la noche del baile de promoción. Se suponía que debía ser una gran velada, pero la realidad es que llego a casa agobiado, harto de mí mismo y lo último que quiero es subir a mi habitación, así que salgo al jardín. Gabriela está allí. No esperaba verla después de la graduación. Supuse que estaría con Brian revolcándose en algún lugar como todas las parejas normales, pero aquí está, puntual en su hora, sola, mirando las estrellas. Su imagen me deja aturdido. Está preciosa. Mucho más que cuando la he visto entrar en el baile de la mano de Brian y que cuando ha sido nombrada reina del baile. Está sentada sobre el viejo balancín, con las rodillas dobladas contra el pecho y el vestido cubriendo todo menos sus pies desnudos. Todavía lleva puesta la corona y el complicado peinado que le hizo Pam. Me muerdo el labio al reconocer que no puedo dejar de mirarla. Esta noche está más impactante y sexi que nunca; y dado que estoy bebido eso es una peligrosa combinación en mi mente. Me pregunto si hubiera podido ser alguna de mis conquistas si Brian no hubiera salido con ella, y decido que no, es demasiado buena para un chico malo como yo. Y, aun así, no puedo dejar de querer acercarme a ella como no me he atrevido en los dos últimos años. Comienzo a caminar y se gira asustada, pero sonrío en cuanto me ve. Siempre me sonrío con amabilidad, incluso cuando no lo merezco. Quizá por eso Brian está tan loco por ella desde que la conoció, tiene una bondad innata de la que yo carezco. Con voz dulce inquiera:

—¿Quieres que me vaya?

Su pregunta no me sorprende. Hace demasiado tiempo que marqué mi territorio con ella y es lógico que no quiera estar cerca de mí. Me encojo de hombros.

—Tú estabas primero.

—Lo sé, pero ya he disfrutado un buen rato del jardín. Te toca.

Hace ademán de levantarse, pero le pido, con la voz algo ronca por la bebida:

—Quédate conmigo.

Me mira sorprendida, pero se deja caer de nuevo sobre el balancín. Yo también estoy sorprendido de habérselo pedido. Se trata de Gabriela, lo normal es que prefiera que se vaya y quedarme a solas ahogándome en la frustración. Pero necesito que se quede conmigo y ni siquiera sé por qué. Sin mediar palabra, me siento a su lado y durante largo rato ninguno de los dos dice nada. Hay algo perturbador en estar a solas con ella en el jardín. Puedo ser frío con ella la mayor parte del tiempo, pero estando tan cerca me es imposible obviar como ardo a su lado. No es la primera vez que me sucede, pero siempre me he alejado con rapidez para evitarlo. Solo que esta noche no quiero alejarme, pero necesito hacer algo para calmar mi mente y mi cuerpo, y le pregunto:

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—La fiesta del baile terminó.

—Ya, pero se supone que después de la fiesta oficial las parejas se van a enrollar a alguna parte. Más si son los reyes del baile.

Respira hondo y en lugar de contestar ironiza:

—¿Y por qué no estás tú con tu pareja?

—Lo estaba, pero el lugar en el que mis amigos y yo decidimos ir a emborracharnos después de la fiesta fue bastante inadecuado, ya que mi

padre y sus compañeros aparecieron por sorpresa y requisaron todas las bebidas.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Te encontró bebiendo?

—No, me escapé antes de que lo hiciera. Lo que me dejó sin bebida, sin chica y en mi jardín a una hora a la que me parece indigno llegar a casa.

Esboza una mueca.

—Y conmigo. No cabe duda que tu final de fiesta del instituto ha sido un completo desastre.

Algo se remueve en mi interior ante el deje de tristeza que he advertido en su tono de voz. Aunque jamás lo reconoceré en voz alta, encontrarla aquí me ha gustado. Trato de cambiar de tema:

—Por cierto, felicidades por tu reinado.

—No tiene mérito. Han votado a la novia del capitán del equipo de fútbol —responde levantando los hombros.

—Han votado a la chica más bonita —replico—. Al menos eso he hecho yo.

Vuelve a mirarme atónita.

—¿Tú me has votado a mí?

—Sí, ¿por qué te resulta tan extraño?

—No somos amigos. Ni siquiera te caigo bien.

Respiro hondo. Es difícil definir como me cae. Cuando estoy con ella o cuando la veo con Brian o mis padres siento una marabunta de sentimientos. Es encantadora e inteligente; pero su perfección aumenta la visión de que soy un desastre delante de todos; y eso me hace comportarme de forma ausente con ella, a veces incluso hostil. Y, por otra parte, nunca he querido caer en sus redes como hacen los demás, quizá porque temo que quiera cambiarme. Y, a la vez, no controlo lo que me hace sentir y desear, lo que anhelo y no

puedo ni pensar en tener. Por ello, opto por una respuesta que no me comprometa.

—Eras la justa reina.

Sonríe halagada, pero leo en sus ojos que sigue muy sorprendida.

—Te lo agradezco mucho, pero, ¿no sería más lógico que hubieras votado a la chica que te acompañó al baile?

—No lo necesitaba para acostarme con ella.

Hace una mueca recriminatoria.

—Eso es...

—Sincero —termino su frase.

Un atisbo de sonrisa tironea de sus labios. Después de dos años viéndome de chica en chica puede que no le guste, pero me ha dado como un caso perdido. Con tono casual, comenta:

—Gracias por votarme, aunque solo he conseguido ganar gracias a Brian.

—¿Por qué insistes en decir eso?

—Porque es la verdad. No soy ciega. Soy bonita, pero no tanto como muchas de las animadoras. Ni siquiera tengo un cuerpo delgado y tonificado como ellas, siempre he estado algo llenita y, dado que no puedo hacer mucho ejercicio por mis lesiones, eso no va a cambiar. Pero Brian es guapo, popular y el capitán del equipo, por eso me eligieron.

—Yo no te elegí por él —la contradigo—. Las mujeres de verdad tienen curvas y, si por mí fuera, pondría a esas animadoras de las que tú hablas a comer durante una semana a todas horas hasta que les pasara el mal humor que gastan con todo el mundo.

Ella me mira incrédula, pero yo también lo estoy. ¿De verdad no se da cuenta de lo atractiva que resultan sus curvas o la belleza dulce de su rostro? Si fuera otra chica, me encargaría personalmente de demostrarlo lo que despierta en los chicos. Pero es Gabriela, la novia de Brian, y si alguien tiene

que demostrarle lo deseable que resulta es él y no yo. Jamás me he permitido fijarme en ella más de la lógica apreciación de su belleza y no lo haré esta noche. Puede que Brian y yo no seamos amigos, pero sigo respetándole. Además, él y Gabriela estudiarán juntos, se casarán y serán felices por siempre; una idea que me da arcadas y me hace preguntar:

—¿Cuándo te marchas a Harvard para el curso de verano?

Su mirada se ensombrece y juguetea con uno de los cojines del balancín, rehuyendo mis ojos.

—No voy a ir a Harvard. Ya te expliqué que no utilizaría tu dinero.

—Te dije que lo hicieras.

—No sería justo. Iré a la universidad de California. Aun así, sí necesitaré una ayuda económica de parte de nuestros padres hasta que pueda ahorrar un poco. Pero se lo devolveré todo, te lo garantizo.

Muevo la cabeza, incrédulo.

—Ir a Harvard era tu sueño...

—¿Me estabas escuchando cuando lo decía?

De nuevo, sorprendida. Debo haber sido más antipático de lo que recuerdo si cada vez que soy agradable se queda tan sorprendida.

—Sí, y mi padre lo repite una y otra vez. Creo que el día que te admitieron fue uno de los más felices de su vida.

Suspira hondo.

—Lo sé, pero es mejor así. No solo hubiera significado utilizar todo tu dinero, sino también endeudarles más. Al menos en la universidad de California podré ser más independiente económicamente y devolverles antes el dinero que me presten.

Una punzada de culpabilidad me sacude.

—¿Todo esto es por culpa de lo que te dije del dinero? Porque ya me disculpé y te aseguro que...

—Es lo mejor —le interrumpo— No quiero que nuestros padres se endeuden y estaré bien en la universidad de California.

Una idea cruza por mi mente.

—¿Y qué hará Brian?

—Su beca deportiva es completa.

—Pero vosotros...

—Brian debe ir a Harvard —me interrumpo—. Es una oportunidad única para él y no puede desperdiciarla.

Sacudo la cabeza, incrédulo:

—Mantener una relación a distancia suena complicado.

Juguetea con nerviosismo con el cojín, protegiéndose con él sobre el pecho.

—No quiero hablar de eso.

La observo. No puedo imaginar que después de dos años de perfecto noviazgo Brian acepte estar separado de ella. Y Gabriela está loca por él, no entiendo que le deje marchar con tanta facilidad. No tiene ningún sentido. No se han separado desde la noche que se conocieron, ¿y ahora lo van a hacer solo para estudiar? Me gustaría ahondar más en el tema, pero no es asunto mío.

—¿Y de qué quieres hablar?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Mi idea al venir aquí era ver las estrellas y tratar de no pensar que una etapa se acaba y otra comienza. Me apetece ir a la universidad, pero echaré mucho de menos esta casa, a nuestros padres y a la vida que tengo aquí.

—Y a Brian... —ironizo.

—Y a Brian —confirma—. En cambio, tú estás deseando marcharte.

—Algo así.

Me ofrece una débil sonrisa.

—Debí decírtelo antes, pero no encontraba el momento adecuado y hoy es tan buen día como cualquiera.

Arqueo una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Que nuestros padres se casaran ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero fue diferente para ti. Cambiamos tu vida y sé que no nos querías aquí. También que tu padre jamás te lo habría impuesto, por lo que, a pesar de que no te gustara la idea, la aceptaste. Por eso quiero darte las gracias. Nos has hecho muy felices a mi madre y a mí.

La miro atónito. Sus palabras de agradecimiento me hacen sentir inseguro y algo culpable. Puede que aceptara que vivieran con nosotros, pero nunca he hecho el más mínimo esfuerzo porque se sintieran en su casa. En el caso de Gabriela no creo que le haya importado mucho porque tenía a Brian a su lado. Pero cada vez que Pam se ha acercado a mí se ha encontrado con un muro y eso le molesta, aunque jamás me lo haya reprochado. Gabriela advierte mi desasosiego y propone.

—Deberíamos ir a dormir.

Eso es algo que no me apetece. Esta conversación con Gabriela es extraña, pero no quiero que termine, todavía no.

—¿Tienes sueño?

—No, pero...

—Demos un paseo por la playa.

—¿Ahora?

—Sí. Mi padre seguirá patrullando en busca de chicos con bebidas alcohólicas y, dado que tu madre nos ha escuchado llegar, imaginará que seguimos en el jardín.

Ella duda unos instantes, pero luego asiente con la cabeza. Creí que

inventaría alguna excusa para no acompañarme, pero camina junto a mí en silencio, mirando las estrellas. Su aroma es floral y me gusta la forma en la que se recoge el vestido cuando llegamos a la zona de arena para evitar que se manche. Respiro hondo. Puedo hacerlo, por una noche. Disfrutar de hablar con ella, deleitarme con la forma en la que sus ojos brillan cuando sonríe y la dulzura que emana de su voz. Solo por una noche. Es la novia de Brian y yo no debería estar con ella paseando de noche en la playa, pero Gabriela ha aceptado y no voy a cuestionar sus motivos o los míos. Llegamos hasta la orilla y ella observa con una sonrisa los dibujos de la luz de la luna sobre ella.

—No se me ocurre nada más bello que el océano.

Adoro el mar, pero a mí se me ocurren cosas más bellas. Como ella en estos momentos, con sus fascinantes ojos y su dulce sonrisa, con su deseable cuerpo tan femenino. Como me pasó por primera vez en la noche de las hogueras, mi corazón se mueve más rápido de lo que debería y despierta zonas que debo dejar dormidas. Respiro hondo. Puedo manejar esto. Solo es un paseo por la playa con mi hermanastra por la que no siento nada y que además está Brian. Puede que no seamos amigos como antes, pero jamás intentaría nada con su novia. Aunque será mejor que me concentre en el agua y no en ella si no quiero correr el riesgo de entrar en combustión espontánea.

GABRIELA

3 años antes

No puedo creer que esté en la playa, de noche, a solas con Dean. Todos creen que soy la chica perfecta, pura, pero en este momento siento que mi podría condenar mi alma al infierno solo por la forma como miro a Dean. Cuando le he propuesto marcharme y dejarle el jardín para que estuviera a solas, creía que me diría un sí rotundo. Era lo lógico y la mejor ocasión para dejar de obsesionarme con él. No somos amigos, pero no solo ha aceptado quedarse a mi lado, sino que también me ha pedido que le acompañe a pasear, y mi pulso está disparado con la misma intensidad que mi corazón late. Le miro de reojo. Está irresistiblemente atractivo con su traje. Si por mí fuera, el baile debería haber tenido dos reyes. Brian, el guapo rey angelical; Dean, el rey sexi como un demonio. Lo que no queda muy bien en mi mente, porque no me hubiera gustado renunciar a ninguno de los dos. Dean... Estos dos años ha sido como vivir en una montaña rusa, en la que nunca he terminado de saber qué piensa de mí. Y hoy está diferente, no solo por su amabilidad sino por la forma en que me mira. Trato de serenar mi respiración. Ha bebido y seguramente eso justifica su cambio de comportamiento. Aun así, es una sensación agradable estar con él de este modo, demasiado agradable para mi propio bien. Mañana estará sobrio y todo volverá a la normalidad. Y en una semana se irá y ya solo lo veré ocasionalmente. La idea me hace hacer una mueca y él pregunta:

—¿Qué sucede?

—Nada, solo pensaba que te vas a Los Ángeles en una semana.

—¿Vas a echarme de menos? —pregunta con una sonrisa torcida.

—¿Estaría mal si lo hiciera?

—No, pero sería raro. Apenas hablamos.

El profundo timbre de su voz me atraviesa y trato de parecer casual:

—Tampoco hablo mucho con el gato del vecino que se cuele en el jardín y le echaré de menos.

Esta vez es él quien se echa a reír.

—¿Me estás comparando con un gato?

Reímos los dos y yo añado:

—No exactamente.

Se hace un silencio, que él rompe al preguntar:

—¿Cuándo irás tú a la ciudad?

—Cuando empiecen las clases. Pasaré el verano aquí. He encontrado un trabajo en una gestoría.

—¿Una gestoría? Suena horrible.

—Me sirve para practicar y ganar algo de dinero. Y por las tardes podré caminar por la playa. No será tan horrible.

—¿Esa es tu idea de un verano divertido? ¿Estar encerrada en un despacho y pasear sola por la playa?

Su tono arrogante me molesta.

—Que no me divierta de la forma que haces tú no significa que no me lo pase bien.

Nuestras miradas se cruzan e intuyo que piensa que debería ser más desenfrenada, comportarme más como una adolescente y menos como una adulta. Pero no puedo. Crecí demasiado rápido y ahora no hay vuelta atrás. Solo sé ser como soy, ni más ni menos. Mi expresión me delata y él se disculpa:

—No quería ofenderte.

—No lo has hecho. Es solo que esta noche está siendo complicada.

—Se supone que es la mejor de tu vida, eres la reina...

Esbozo una sonrisa triste

—Ha sido un baile precioso e inolvidable. Pero como he dicho antes, significa que todo cambiará y eso no me gusta.

Sonríe con ironía.

—Ojalá tuviéramos las cervezas que me requisó mi padre. Así dejarías de pensar en el futuro.

—La bebida como solución a los problemas. ¿Eso es lo que ha aprendido del instituto?

—Sí, y a ligar con un montón de chicas.

Le soltaría una risita por eso, pero no es una broma. Sus calificaciones han sido pésimas y sus únicos logros son con el surf y con las chicas. Algo que hace que mi corazón lata salvajemente por unos estúpidos celos que no debería tener. Lo que me recuerda que hay algo de lo que quiero hablarle, aprovechando que esta noche parece mucho más receptivo.

—Dean, cuando vaya a la universidad de California, sé lo que tu padre te pedirá que hagas.

—Que cuide de ti —adivina.

—Exacto, y por eso he trazado un plan que te libraré de mí.

Me estudia en silencio, sus ojos azules buscando respuestas.

—¿A qué te refieres con librarme de ti?

—A que no será necesario que hagas nada por mí de lo que te pida tu padre. No tienes que verme o ayudarme. Pero ni él ni mi madre pueden saber la verdad.

—No entiendo a dónde quieres llegar a parar.

—Haremos vidas separadas. Como te he dicho antes, te agradezco mucho que aceptaras el matrimonio de nuestros padres, pero eso te hizo perder parte

de tu independencia. Ahora mi forma de devolverte el favor es mantenerme lejos de ti.

Dean protesta.

—No podemos hacer eso.

—Sí, siempre y cuando tengamos la precaución de venir juntos a las reuniones familiares. Durante el trayecto en coche podemos ponernos al día de lo importante que haya sucedido y después delante de nuestros padres fingir que lo sabemos todo el uno del otro porque mantenemos un contacto frecuente en la ciudad.

Sus ojos brillan atónitos.

—¿Quieres que mintamos?

—Quiero que nuestros padres sean felices. Que tú seas feliz. Y eso compensa la mentira.

Sacude la cabeza.

—Es una petición rara.

—No lo es. Dean, que hoy estemos hablando no cambia que estés deseando tener la independencia que perdiste cuando mi madre y yo nos mudamos aquí. Ahora puedes recuperarla y a la vez nuestros padres estarán contentos. Es bueno para todos.

—¿Para ti también? —pregunta, dudoso.

Es una gran pregunta. He ensayado estas palabras mil y una veces, pero, aunque ahora que las digo en voz alta algo se rompe en mi interior, es lo justo, lo que debo hacer. No obstante, echaré más de menos a Dean de lo que él jamás podría imaginar. Sus ironías, observarle surfear, fijarme en la forma que ríe con su padre y las miradas que no puedo evitar echarle de reojo para deleitarme con la belleza salvaje de su rostro y la perfección escultural de su cuerpo. Dean es parte de mí, aunque yo no lo sea de él. Por mucho que lo intente, no puedo dejar de soñar con el chico que duerme en la habitación de

al lado, y saber que en una semana apenas le veré me duele más de lo que querría reconocirme a mí misma. Perder el contacto diario con él, incluso si este es mínimo, es parte de lo que me aterra de mi nueva vida. Pero no debo ser egoísta. Gracias a Dean he podido tener un padre, he pasado los dos mejores años de mi vida y he comenzado a dejar atrás el pasado. Ahora le toca a él conseguir lo que quiere, aunque eso me haga muy infeliz a mí. Respiro hondo y declaro:

—Si vosotros estáis bien, yo también lo estaré.

Traga saliva y sus ojos me miran de forma extraña.

—¿Cómo lo haces para ser siempre perfecta?

—No lo soy. Lo sabrías si me conocieras.

Se hace un tenso silencio. Sé lo que está pensando, lo mismo que yo. Hemos convivido juntos dos años, pero no hemos llegado a conocernos. Nuestras motivaciones, nuestros anhelos. Yo solo sé de él que es un rebelde, el chico malo que se salta todas las clases que puede, que va de chica en chica rompiendo corazones y que solo se apasiona por el surf. Y él de mí que soy la novia del capitán del equipo de fútbol, que mis calificaciones son excelentes y que quiero ser abogada. Son las cosas externas, la que cualquier otra persona vería. En cambio, lo que ocultamos, nuestros secretos y nuestros pensamientos más íntimos, de esos no sabemos nada el uno del otro. Y ahora que en una semana él dejará de vivir en la misma casa, jamás llegaremos a descubrirlos. De nuevo mi corazón duele como no debería y sugiero:

—Es tarde, deberíamos volver.

Uno el gesto a la palabra y comienzo a caminar hacia la casa. Dean no habla, está tan pensativo como yo. Cuando llegamos al vestíbulo, me despido en las escaleras, pero él me detiene con la mano. Es solo un roce, pero el cosquilleo que despierta en mi piel me recuerda que no soy tan inmune a él como me gustaría y que esta noche estoy acercándome demasiado al chico

prohibido. Trato de serenarme. Si algo me he prometido estos dos años de convivencia es que jamás me uniré a su club de fans que aceptan que las trate como objetos a los que usar y desechar en el mismo día. Dean jamás podría darme lo que yo anhelo y, aunque consiguiera atraerle hoy, sería un solo momento que olvidaría al día siguiente y que me partiría el corazón. Soy mucho que un cuerpo para una noche. Quiero ser amada y eso jamás lo obtendré de Dean. Ahora que Brian se va a Harvard y yo a Los Ángeles empezaré una nueva vida, pero en ella Dean tampoco tiene cabida.

Respiro hondo y él me observa con detenimiento, como si tratara de averiguar que pienso. Bajo los ojos y él susurra:

—Ha sido agradable hablar contigo, muy agradable...

No contesto y él coge los mechones de cabello que caen sueltos sobre mi mejilla y los mete detrás de mi oreja. Su mirada se clava en la mía llena de deseo. Pero es el alcohol el que hace hablar y actuar así; y aunque mi corazón tiembla de placer, mi cerebro me recuerda que debo controlarme. Mañana volverá a ser el mismo de siempre, el que está a años luz de mí. Sin decir nada más, me doy la vuelta y subo a mi habitación con rapidez, antes de hacer algo estúpido como besarle. Porque, si lo hiciera, me arrepentiría toda la vida. Podemos tener un instante, pero será solo eso, un momento condenado a hacerme profundamente infeliz cuando termine. Desesperada, me tumbo en la cama y, con las lágrimas corriendo por mis mejillas me quito la corona de reina del baile y la lanzo sobre la colcha con furia. Nunca podré estar con Dean y, si a eso sumamos que estoy a punto de alejarme de Brian, esta noche se ha convertido en el inicio de una etapa muy solitaria y repleta de incertidumbre.

DEAN

En la actualidad

El viento ha golpeado con fuerza esta zona durante toda la semana. Me encanta. Aunque con las alertas marítimas muchos alumnos han anulado sus clases, mis compañeros y yo hemos podido disfrutar de un sinfín de olas impresionantes. Al fin y al cabo, solo enseño por dinero, pero puedo surfear durante horas por placer. De hecho, es a lo que me he dedicado casi todo el día, y ahora estoy destrozado físicamente. Ethan no está mucho mejor. Muchos de los turistas a los que el viento ha alejado de la playa han acabado en su tienda, y ha estado doblando turnos toda la semana. Así que llegamos al sábado por la noche con pocas ganas de salir, pero tampoco resulta muy tentador quedarnos encerrados tomando una pizza. Mientras decidimos qué hacer, Ethan me acerca una cerveza y se interesa:

—¿Mañana tienes comida familiar?

—No, estoy libre hasta el próximo evento. Lo mismo que de Gabriela entrando en mi habitación para despertarme.

Una sonrisa irónica tironea de sus labios.

—Solo por curiosidad, si tanto te molesta, ¿por qué le diste una llave del apartamento? ¿O por qué continúas dejándole que entre en tu habitación? Te resulta muy fácil echar al resto de chicas...

Esbozo una mueca de fastidio:

—Gabriela no es como el resto de chicas.

—De eso no me cabe la menor duda.

—¿Vas a dejar de hacer comentarios sobre ella como si fuera un encanto?

—Es un encanto. Y muy bonita —me reta.

—Me dijo que no saldrá contigo —puntualizo con sorna.

—Todos decimos cosas que no siempre cumplimos... Además, teniendo en cuenta que no se atrevía a contarte lo del tatuaje, tampoco te diría lo contrario, aunque lo creyera.

Aprieto los puños.

—Sea como sea, mañana no aparecerá por aquí, de hecho, falta mucho para el próximo cumpleaños, por lo que me he librado de ella por una larga temporada.

—¿Y eso te hace muy feliz? —se burla.

—Mucho.

Nos aguantamos la mirada y al final reímos los dos. Ethan me conoce bien. Puedo echar a cualquier chica que me moleste de mi vida o de mi habitación sin contemplaciones, pero no lo hago con Gabriela porque, aunque no se lo diría nunca, me encanta verla. Y fue muy dulce conmigo cuando me trajo a casa y me dolía tanto la cabeza. Estuve tentado de escribirle un mensaje para darle las gracias, pero no fui capaz. A pesar de mi enfado por su tatuaje, pasé un gran día con ella. Al principio solo intenté ser amable para que mi padre estuviera contento, pero al final disfruté de verdad. Tiene algo que no he encontrado en ninguna de las chicas que me he llevado a la cama. Y lo mismo leo en los ojos de Ethan cuando la mira o habla de ella. Es cautivadora, pero inalcanzable, me repito. Por no hablar de que hay demasiado pasado entre nosotros para que deje volar mi imaginación. Los límites han estado claros desde que entró en casa como mi hermanastra y no es algo que me convenga cambiar, menos pensar en ello un sábado por la noche. Apuro mi cerveza y estoy a punto de abrirme otra cuando llaman a la puerta del apartamento, es Chad. Deduzco por la bolsa que lleva que necesita alojamiento esta noche. No me extraña, su vivienda es tan intermitente como

su vida. Trabaja en la noche, de camarero, promotor de fiestas... A veces tiene mucho dinero, otras apenas para comer. Es un desastre, pero uno de los mejores amigos que podría tener. También es un gancho para que se nos acerquen los grupos de chicas más guapas y fáciles del local, tanto por su imponente físico como por su capacidad de conquistar con cuatro frases a cualquiera. Nos saluda con efusividad como es habitual en él y le tiendo una cerveza. La abre y propone:

—Me han hablado de un nuevo local que ha abierto hace muy poco. Es de temática tejana, lo que significa preciosas camareras con minifaldas vaqueras y botas. ¿Alguno se anima?

Ethan y yo intercambiamos una mirada cómplice. Camareras sexis se coloca automáticamente por delante de cualquier plan de quedarse en casa viendo fútbol, por muy cansados que estemos. Nos levantamos y en menos de diez minutos estamos preparados para la noche.

El bar está en una zona exclusiva del paseo marítimo, espero que Chad se esmere en lo de conseguir bebidas gratis. Aunque prefiero la temática playera, debo reconocer que tiene su punto la decoración tejana y, sobre todo, las camareras, que sin duda han sido escogidas a conciencia. Nos ubicamos en una mesa en el centro, con amplia visibilidad de los grupos de chicas que ya han comenzado a fijarse en nosotros. Una camarera vestida con una estrecha minifalda y una camiseta blanca tan corta y apretada que parece un sujetador nos sirve la primera ronda. Nos sonrío y, cuando Chad comienza a hacer su magia, sabemos que pronto tendremos otra gratis. El cansancio se esfuma a la misma velocidad que el alcohol entra en mi cuerpo entre risas y conversaciones, cuando Chad suelta un pequeño silbido y susurra:

—Ya sé que camarera quiero esta noche en mi cama.

Ethan y yo nos giramos para mirar, y los dos nos quedamos petrificados. Lo primero que veo es el tatuaje, que destaca en ese increíble muslo que su

uniforme tejano deja a la vista. Lleva unos pantalones muy cortos y estrechos que marcan sus generosas curvas; y una camisa de cuadros anudada bajo el pecho, lo que deja su vientre y gran parte de su escote a la vista. Se ha recogido el cabello en una coleta alta, que enmarca sus facciones maquilladas resaltando su belleza. Y el remate final lo dan unas botas de vaquera de esas que deseas que te rodeen toda la noche si van acompañadas de unas piernas como las suyas. Chad observa nuestros rostros y se interesa:

—¿La conocéis?

—Es Gabriela —mascullo incrédulo.

—¿Tu hermanastra con la que quieres pasar el menor tiempo posible? ¿Qué está mal contigo? —incide Chad, incrédulo —Si fuera la mía, me aseguraría de que estuviera lo más cerca posible de mí...

—Lo mismo digo —se suma Ethan, que se levanta y se acerca a ella para saludarla.

Yo sigo petrificado y me limito a observar como Ethan le da un beso en la mejilla y Gabriela se gira hacia mí. Está sorprendida y, a juzgar, por el rubor que tiñe sus mejillas, algo avergonzada. Me levanto, pero es ella la que se acerca seguida por Ethan. Nos miramos unos segundos en silencio y ella susurra por todo saludo:

—No se lo digas a nuestros padres.

Sonrío. Incluso ataviada con tan poca ropa y trabajando de camarera, su primera preocupación es qué pensarán nuestros padres de ella.

—No lo haré, pero, ¿qué haces aquí? No parece tu sitio...

—Tampoco el tuyo.

—Hola preciosa, soy Chad, amigo de Dean —se presenta mi amigo tendiéndole la mano.

Fulmino con la mirada a Chad por comérsela con la mirada y usar las mismas artes que utiliza con el resto de chicas que conoce. Gabriela, que

todavía está impresionada de haberme encontrado allí, se disculpa:

—Encantada. Lo siento, pero debo marcharme, esta no es mi zona de mesas y tengo muchos clientes que atender.

Comienza a alejarse y no tengo ninguna duda de que los tres estamos observando el perfecto movimiento de su trasero embutido en ese pantalón que deja muy poco a la imaginación. Chad es el primero en hablar:

—¿Me pasas su teléfono?

—No, bajo ningún concepto.

Chad arquea una ceja. Ninguno de los tres nos caracterizamos por ser posesivos con las chicas que conocemos, así que nunca me ha visto ponerme territorial con ninguna.

—Dean no lleva bien que sus amigos tonteen con Gabriela —explica Ethan.

—¿La quiere para él?

—No, no la quiero para mí. Pero tampoco con ninguno de mis amigos —declaro con firmeza.

—Eso no tiene sentido —incide Chad.

—No, pero lleva con esa cantinela desde el instituto —le explica Ethan.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera? —protesto.

Ellos ríen y Ethan ironiza:

—Pues te guste o no, después de esta noche, me va a costar mucho no verla como la chica más caliente que he conocido...

Chad vuelve a reír a carcajadas y yo interrogo a Ethan:

—¿Sabías que trabaja aquí?

—No. Quizá te lo dijo a ti y no la escuchaste.

—Gabriela solo me explica las cosas que la convierten en la hija perfecta, y lo de camarera medio desnuda no está entre ellas. Además, te puedo asegurar de que me acordaría si me lo hubiera dicho.

—Sea como sea, ¿de verdad has podido vivir con ella y no pensar en llevártela a la cama? —insiste Chad.

Niego con la cabeza, en una clara mentira. Me gusta mirarla, me gusta aún más lo que veo cuando lo hago, pero al final es la inaccesible chica a la que no me conviene acercarme. Por ello argumento:

—Es mi hermanastra.

—Sin lazos de sangre —puntualiza Chad. Hago además de discutir, pero él añade—: Es imposible no mirar a una chica tan sexi. Va en contra de la naturaleza masculina.

Suspiro con hastío.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Podéis cambiar de tema vosotros, yo voy a hablar un poco con ella — propone Ethan, comenzando a levantarse.

—No —le prohíbo.

—No estamos en el instituto. Lo de “no hables con ella” es infantil.

Maldigo entre dientes, sobre todo porque tiene razón. Pero no quiero que Ethan se le acerque, y menos todavía Chad. En realidad, no quiero que nadie se le acerque. Enfadado, me levanto y camino hacia Gabriela en una clara señal a mis amigos de que mantengan los ojos y a sí mismos lejos de ella. Aprovecho que está en la barra recogiendo un pedido. Me mira turbada y le pregunto, curioso:

—¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, trabajar.

—Lo preguntaré de otro modo. ¿Qué hace la recatada futura abogada medio desnuda y sirviendo copas?

Sus ojos se chocan con los míos e intuyo que arde de furia. No me rebato lo de “medio desnuda”, quizá porque lo suyo no es buscar argumentos inválidos. Me reta con la mirada y contesta.

—Ganar dinero.

—No lo necesitas. Tienes la beca y el dinero que te dan nuestros padres.

Ella se muerde el labio, y permanece en silencio antes de especificar:

—Esto es para mis caprichos.

—No pareces el tipo de chica que trabaja en un bar como este para pagarse caprichos.

Sonríe con amargura.

—No sabes el tipo de chica que soy. No me conoces.

La tensión se hace más palpable. Tiene razón, no la conozco. Sólo sé de ella lo que cuenta delante de mis padres y lo que veía en el instituto cuando era la candorosa pareja de Brian. Enfadado, aunque no sé por qué, ironizo:

—Podrías haberlo puesto en la lista.

—Como te he dicho, nadie puede saber esto.

—¿Tienes miedo de dejar de ser la favorita?

Aprieta las manos en una bandeja que le tiende el chico de la barra y responde con tristeza:

—No quiero que nuestros padres se preocupen y lo harían si descubren que trabajo aquí. Y ahora, si me disculpas, tengo mesas que servir.

Se aleja de mí con los ojos bajos y vuelvo a mi mesa frustrado. Ethan y Chad me observan divertidos, como si fuera un modo de feria, y este último se burla:

—Una chica que no cae rendida a tus pies... Interesante.

—No quiero que caiga rendida a mis pies. Solo trababa de entender por qué “la señorita perfecta” trabaja aquí —contesto a la defensiva.

—¿Y has sacado algo en claro? —se interesa Ethan.

—¿Tú que crees?

Se hace un silencio y Chad pide otra ronda de cervezas antes de volver al ataque:

—Así que ella es la chica que te saca de quicio desde hace cuatro años...
La imaginaba diferente.

—Que sea bonita no quiere decir que no pueda sacarme de quicio —
insisto.

—A mí no me saca de quicio. De hecho, no me importaría invitarla a salir
—incide Ethan.

—¿De verdad no tenemos otro tema de conversación que Gabriela? —
protesto.

—Dado que no dejas de mirarla de reojo tampoco es tan descabellado que
lo hagamos —replica Chad con sorna.

—¿No te supone que deberías estar consiguiendo bebidas gratis en lugar
de metiéndote en mi vida privada?

—Puedo hacer las dos cosas a la vez. De hecho, esa morenita me llama
mucho la atención...

Me giro a la camarera que sirve mesas no muy lejos de nosotros. Si no fuera porque Gabriela ha dejado el cupo de belleza superado esta noche, me fijaría en ella. Tiene el cabello largo recogido en un moño y sus facciones son muy bonitas, con unos grandes ojos negros enmarcados por unas largas pestañas. Es alta y va vestida con corto y ceñido vestido que marca sus curvas latinas y lleva las botas que parecen símbolo del local. Estoy a punto de hacer algún comentario cuando mis ojos centellean furiosos. Me levanto seguido por Ethan y Chad. La multitud ha dejado paso a un corrillo en el que Gabriela está en el centro, temblando, y un corpulento chico se toca la mejilla en la ella le ha golpeado. Jamás he visto a Gabriela actuar con violencia e intuyo que ha sucedido algo grave. Me acerco, pero no lo suficientemente rápido como para que evitar que el tipo la arrincone contra la mesa. Esta vez ella no hace nada para zafarse, sino que se queda helada. Nunca la he visto así. Paralizada, aterrorizada, como si estuviera en otro mundo, aislada. Corro a su

lado y aparto de un manotazo al tipo. Ethan se pone delante de Gabriela para protegerla y Chad me cubre cuando el borracho intenta golpearme.

—Yo en tu lugar no haría eso.

Mi tono y mi aspecto no dan lugar a dudas de que no soy rival para él, está demasiado bebido para aceptarlo.

—Solo estoy jugando con ella.

—Pues ella no se lo está pasando bien, así que es el momento de largarte.

El tipo entrecierra los ojos y me señala con un dedo en el pecho mientras reclama en tono ebrio:

—No es asunto tuyo.

—Sí lo es, y si no te marchas ahora mismo te arrepentirás. Tú decides.

Puedo sentir la tensión en el ambiente, pero antes de que la cosa empeore dos fornidos guardias de seguridad se acercan.

—Largo de aquí —le ordena uno de ellos.

—¿Ahora está prohibido ligar con las camareras?

—Puedes intentarlo, pero si la chica te dice no, es no. ¿Entendido?

Sonrío al guardia de seguridad, que nos agradece con la cabeza nuestra intervención mientras escolta al borracho hasta la salida. Me giro hacia Gabriela, que sigue paralizada. La morena que había captado la atención de Chad se acerca, se abre hueco entre nosotros y la toma de la cara, obligándola a mirarla. Y entonces hace algo muy extraño. Con voz suave, como si temiera que está a punto de romperse, susurra:

—Está bien, Gabriela, estás a salvo. Nadie te hará daño, te lo prometo.

Gabriela la mira rompiendo su trance y me pregunto qué le ha hecho ese tipo para dejarla en ese estado. Ethan me mira inquieto y yo le pregunto:

—¿Estás bien?

—Sí, gracias —responde con un hilo de voz que no reconozco.

Su amiga la observa preocupada y se gira a mí:

—Gabriela me ha dicho que eres Dean.

—Sí...

—¿Podrías acompañarla a que tome un poco de aire fresco?

Asiento. La multitud todavía tiene la vista clavada en ella e intuyo que no es lo que quiere en su primer día de trabajo. La chica acaricia con suavidad la mano de Gabriela y vuelve a hablarle con suavidad:

—Dean te llevará a la parte trasera, allí estarás segura. Él te protegerá. Yo me ocupo de tus mesas, no te preocupes. Estás a salvo.

Gabriela afirma con la cabeza y, antes de darme cuenta de lo que hago, le tomo de la mano, que arde en contacto con la mía. Jamás había hecho un gesto similar y algo se remueve en mi interior. Ethan pregunta:

—¿Os acompaño?

—No, quédate con Chad. Por si a ese impresentable se le ocurre volver.

Mis palabras causan de nuevo en Gabriela una mirada de pánico, y su amiga le garantiza:

—No lo hará. El dueño ha dejado muy claro qué tipo de clientes no quiere, y los chicos de seguridad no volverán a dejarle entrar. Volved a la mesa, os serviré unas cervezas gratis, os las habéis ganado.

Chad sonríe y la vena seductora asoma de nuevo a él. Ethan le sigue y yo acompaño a Gabriela hasta el almacén. Una vez allí, se suelta de mi mano y se sienta sobre unas cajas vacías, como si necesitara descansar. La dejo que lo haga unos minutos y después le pregunto:

—¿Qué pasó?

—Intentó tocarme cuando le serví su bebida. Me separé, pero me acorraló. Le abofeteé y volvió a acorralarme y yo...

Sus palabras se cierran y un escalofrío recorre mi espina dorsal. Hay algo que me oculta, lo sé.

—¿Le conoces?

Niega con la cabeza.

—¿Quieres que salga y mire si está por ahí? Puedo asegurarme de que no vuelva...

—No, no quiero que te metas en problemas.

—Ni yo que lo hagas tú.

Me mira con los ojos llenos de tristeza.

—No puedo trabajar aquí. Fui una idiota al pensar que yo...

—Gabriela, puedes trabajar donde quieras —la interrumpo—. Siempre habrá algún indeseable, pero sabes lidiar con ellos.

—No estoy tan segura de ello.

De nuevo, vuelvo a sentir que me oculta algo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, solo..., no estaba preparada para esto.

—Pues déjalo. Encontrarás otra forma de ganar dinero.

Se levanta y camina nerviosa por el patio.

—No tanto como aquí. Además, a Sofía, la chica que me ha ayudado antes, le costó encontrar este trabajo para las dos y no quiero dejarla sola. Ella es mi compañera de apartamento.

Deduzco que Gabriela me ha hablado de ella en algún viaje en coche mientras repasamos la lista y trato de hacer memoria.

—¿La que estudia enfermería?

Arquea una ceja.

—¿Me estabas escuchando cuando te hablé de ella?

—A veces lo hago... Aunque te olvidaste la parte de que era muy guapa.

Sonríe por primera vez.

—Eso es porque no quería que te acostaras con ella.

—¿Yo te salvo y tú me alejas de tus amigas?

—Tú no me dejas que hable con los tuyos.

De nuevo, abogada uno, surfista cero. Sonreímos los dos, pero enseguida ella se pone seria y me pregunta:

—Sofía tiene que ir al hospital después de su turno, la han llamado porque ha fallado una compañera. ¿Podrías acompañarme a casa? Mi coche está estropeado y he venido con ella. Había pensado tomar un taxi, pero...

Su voz se rompe. No necesita rogarme. Su mirada ha despertado un instinto protector que desconocía en mí. Y no pienso dejar que vaya sola. Lo más probable es que el tipo que la atacado esté borracho en otro bar y se haya olvidado del tema, pero no quiero correr riesgos.

—Sí, por supuesto.

—Si has quedado con alguien...

—No —la interrumpo—. Esta noche soy tu guardián.

—No sé cómo agradecértelo.

—No lo hagas. Siempre le dices a mi padre que te protejo en la gran ciudad. Hagamos que sea verdad por una noche.

—Gracias —musita—. Será mejor que vuelva al trabajo.

—Te acompaño.

Una sonrisa ilumina su rostro.

—Salgo en un par de horas.

—No hay prisa.

Volvemos al interior del bar, donde ella vuelve a servir copas mientras yo regreso al lado de Chad y Ethan. Chad se despide de nosotros para ir a hablar con un conocido que ha encontrado, y Ethan se interesa:

—¿Cómo está Gabriela?

—Bien, aunque la acompañaré a casa. Por si el tipo ese decide quedarse por la zona.

Sonríe con sarcasmo.

—Creía que estabas muy feliz de haberte librado de ella por unos días.

—Solo la acompaño esta noche porque está asustada. No significa nada.

—En ese caso no te importará que vaya con vosotros.

—No será necesario —deniego secamente—. Tú vete a casa o búscate a una chica. Yo acompañaré a Gabriela, solo.

Ethan ríe por mi puntualización y dirige la vista hacia Gabriela, que, a pesar de que sigue visiblemente envarada por lo ocurrido, es la viva imagen de lo que esperas de una chica muy, muy sexi. Aprieto los puños y bebo un sorbo de mi cerveza para no darle opción a que haga ningún otro comentario. Solo estoy siendo protector con Gabriela como mi padre me pidió. No hay nada más, pero no me hace maldita gracia que Ethan quiere acompañarnos y no lo permitiré, aunque ni siquiera sepa el motivo. Bebo otro sorbo y comienzo a darme cuenta que voy a acompañar a su casa a la única chica que me altera de una forma completamente diferente a todas y que a la vez no puedo tener.

Cuando Gabriela termina su turno me acompaña hasta su coche todavía ataviada con su atuendo de camarera, lo cual atrae las miradas de algunos transeúntes y las mías, que por mucho que trato de evitar me resulta imposible. Cuando llegamos al parquin de su apartamento, ella hace ademán de despedirse, pero incido:

—Te dije que te acompañaría hasta casa y eso incluye dejarte sana y salva en tu apartamento.

Sonríe agradecida y me indica que le siga. Trato de no fijarme en lo sexi que está subiendo las escaleras en su escueto atuendo. Cuando llegamos a su puerta, observa mi mirada y pregunta, preocupada:

—¿Sucede algo?

Respiro hondo. Contestarle que pensamientos calientes surgen en mí cada vez que miro sus piernas sería muy poco adecuado teniendo en cuenta que soy el chico que la está acompañando galantemente después de que otro la

haya acosado, así que trato de zafarme con una respuesta sencilla:

—No, solo pensaba que es raro que nunca haya estado aquí antes. Y teniendo en cuenta que le dijiste a tu padre que te ayudé con la mudanza y con otras muchas cosas, es extraño.

Una sonrisa asoma a su rostro.

—Es mejor así. Papá se siente más tranquilo si cree que me ayudas. Y hoy es cierto, aunque no podemos incluirlo en la lista...

—Para una vez que hago algo útil por ti y no puedo contarlo. Curioso.

Se encoge de hombros y me invita a pasar. Como había predicho, el lugar está imaculadamente limpio y ordenado. Es similar al mío, con la cocina americana y la pequeña sala de estar. Supongo que el estrecho pasillo lleva a las habitaciones, pero no pregunto por ellas. Gabriela se dirige hacia la nevera y me pregunta:

—¿Quieres beber algo?

—Ya me has invitado esta noche en el bar.

—Eso ha sido por salvarme. Esto por traerme. Aunque no tengo gran cosa, Sofía y yo no solemos invitar a nadie.

—¿No invitáis a chicos?

—No invitamos a gente en general —contesta evasiva.

La observo, no es la primera vez que lo hace ni que eso me inquieta. Trato de pensar con rapidez qué decir para conseguir más información, pero en ese momento su móvil tiembla y, cuando lee el mensaje, una arruga surca sus cejas y se muerde el labio con nerviosismo.

—¿Qué sucede?

—Nada importante.

—Si no es importante, ¿por qué te preocupa tanto?

—No es nada, ya te lo he dicho.

Ella baja los ojos. Valoro dejarlo ir, Gabriela puede ser reservada y

usualmente lo respeto, pero una intuición me hace insistir.

—Aunque no esté en la lista puedes contármelo.

Respira hondo.

—Se trata de Brian.

Maldigo en mi interior. Brian es con diferencia mi peor tema de conversación con Gabriela. Pero yo he insistido en que me lo dijera, por lo que me intereso con un deje de ironía:

—¿Brian te envía mensajes a estas horas de la noche?

—Sabe que es la hora de terminar mi turno y de llegar a casa —explica.

Arqueo una ceja, incrédulo.

—¿Le has contado lo del trabajo?

—Sí.

—Pero no me lo has contado a mí... —protesto.

Juguetea nerviosa con un mechón de su cabello.

—Brian no les dirá nada a nuestros padres, no estaba segura de que...

—¿Tengo aspecto de chivato? —protesto.

—No he querido decir eso. Es solo que tú y yo no solemos hablar de nada que no esté en “la lista” y esto claramente no lo estaba.

Comienzo a odiar “la lista”. Sobre todo, porque si no la hubiera ignorado durante mucho tiempo, ella no la hubiera creado. Quizá podría comenzar a dejar de ignorarla ahora, decido, y pregunto:

—¿Por qué te escribe Brian?

—Su lesión no mejora.

Un ramalazo de celos se entremezcla con preocupación.

—¿Y eso te tiene tan afectada?

—No es una lesión cualquiera.

Arqueo una ceja. No suelo prestar mucha atención a lo que me explica de Brian, pero sí que me interesé cuando me contó que le habían golpeado

durante un partido y había terminado en el hospital.

—Dijiste que no era grave cuando me lo contaste

—Y no lo es para la vida diaria, pero si para jugar al fútbol profesionalmente. Su beca está ligada a que sea miembro del equipo y si la pierde deberá dejar la universidad.

—¿Pueden hacer eso?

—Me temo que sí. Ayer pasó su última revisión. Las perspectivas no son buenas y odio ver como su sueño se desmorona.

Su tristeza es tan palpable que me afecta, pero un modo muy diferente a la lógica preocupación por el estado de Brian. Ha pasado mucho tiempo desde que rompieron, no debería seguir tan unida a él, no quiero que lo esté y ni siquiera sé por qué.

—¿Qué hará si tiene que dejar Harvard?

—Lo ha estado mirando y, teniendo en cuenta sus calificaciones, la universidad de California estaría dispuesta a aceptarle a pesar de que el curso haya empezado.

—¿Estudiaría aquí? —mi voz suena como un látigo en el aire.

—Era su primera opción hasta que los cazatalentos se fijaron en él y le ofrecieron la beca deportiva. No tiene dinero para pagar la matrícula de Harvard sin la beca, así que tendría que volver al plan inicial.

Tiemblo. ¿El plan inicial? ¿Ese en el que él y Gabriela eran la perfecta pareja del baile, iban a la universidad juntos y vivían felices para siempre? Maldigo en mi interior. ¿Qué me pasa? ¿Qué me importa a mí que Brian vuelva a estar todo el día a su alrededor? Respiro hondo y lo sé. Porque el conato de amistad que he empezado con Gabriela desaparecerá. De nuevo serán satélites el uno del otro y yo me quedaré fuera. Aprieto los puños.

—¿Eso es definitivo?

—No, por suerte no. Todavía tenemos esperanza de que en la revisión le

digán que hay alguna posibilidad de que mejore y pueda volver a jugar.

Habla en plural, como cuando eran novios. ¿Por qué me molesta eso? Gabriela solo es mi hermanastra con la que debo ir a los eventos familiares, me convenzo. No es mi amiga, nunca lo será y lo mejor que puedo hacer ahora mismo es marcharme antes de que mi mente, mi cuerpo o mi corazón me digan lo contrario.

—Es tarde, debo irme.

Sonríe con dulzura.

—Muchas gracias por haberme acompañado.

—No ha sido nada.

—Para mí sí.

Sus palabras me ponen nervioso, como antes cuando he sentido una estúpida punzada de celos por su preocupación por Brian. Tengo que alejarme de ella antes de que sea demasiado tarde. Aunque cuando para mi sorpresa me da un beso de agradecimiento en la mejilla, mi pecho se calienta, mi cuerpo tiembla y una extraña sensación me invade y perdura incluso cuando cierro la puerta de su apartamento detrás de mí. Confundido, regreso a mi apartamento y me acuesto en mi cama con ella como único pensamiento que quiero olvidar y no puedo.

GABRIELA

En la actualidad

El bar está repleto. Después de tres semanas de trabajar aquí me he acostumbrado al bullicio, al enjambre de clientes salidos con los que he aprendido a lidiar y a estar de pie tantas horas. En cambio, a lo que no puedo acostumbrarme ni lo haré nunca es a que Dean haya tomado por costumbre venir siempre que tengo turno con Ethan. Ha cumplido su promesa de no explicarles a nuestros padres mi trabajo y no ha vuelto a preguntarme el motivo de que necesite dinero o por nada de mi vida en particular. Siguiendo la lógica de nuestra relación, después de que me acompañara a casa no deberíamos haber tenido contacto hasta que se convocara alguna reunión familiar. Y aunque ni me llama ni me ha escrito ningún mensaje, que de todos los bares de California Beach tenga que elegir en el que yo trabajo es algo que me llama la atención tanto como me desespera. Porque si hay algo que no soporto es verle rodeado de chicas, algo que irremediabilmente sucede cuando está en el mismo sitio por mucho tiempo. En estas tres semanas he tenido que aguantar que mis compañeras me pidan su teléfono y servir mesas crispada mientras todas coquetean con él. No es que no sepa cómo suelen terminar sus días de fiesta nocturna, pero no necesito que suceda delante de mí. Por eso, siempre que paso a recogerle para ir a casa de nuestros padres, le pregunto a Ethan si Dean está solo, no podría soportar la visión de él con una chica en la cama. Y aunque no le haya visto marcharse del bar con ninguna, mi imaginación es demasiado potente cuando veo cómo se fijan en él. Es agotador y solo espero que pronto decida cambiar de bar. Y,

de momento, nada de dar su teléfono a nadie, si alguien lo quiere tendrá que conseguirlo por sí misma. Nunca estaré con él, pero eso no significa que me guste que otras lo estén. Un gesto infantil por mi parte, pero al que no estoy dispuesta a renunciar. Sofía se acerca a mí y susurra:

—Tu chico malo sigue viniendo... Quizá quiere estar contigo...

Las carcajadas surgen desde lo más profundo de mi boca.

—Es Dean. Solo soy la hermanastra molesta.

—¿Y por qué sigue viniendo?

—No lo sé, quizá le gusta alguna camarera.

—¿Una morena súper sexi a la que acompañó a casa al otro día para protegerla? —ironiza.

—Solo lo hizo por amabilidad.

—Entonces, hablemos del otro chico, Ethan, que tampoco deja de mirarte. También es muy guapo.

Suspiro. Podría tratar de zafarme del tema, pero Sofía y yo nos conocemos demasiado bien para eso.

—Ethan me cae muy bien, admiro muchísimo su trabajo y le estoy muy agradecida por el tatuaje. Pero no quiero salir con él y tampoco que sufra por mi causa.

—Chica de un solo chico... Si no te quitas a Dean de la cabeza terminarás siendo una vieja solitaria rodeada de gatos.

—Me gustan los gatos —ironizo.

—¿Más que Dean?

Esbozo una mueca. No hay nada en el mundo que pueda gustarme más que Dean, pero teniendo en cuenta cómo funciona nuestra relación, mis sentimientos son completamente inconvenientes; y aclaro:

—Dean es terreno vedado. Pronto olvidará el bar y solo le veré en las reuniones familiares.

—¿Y saldrás con otros chicos? —se interesa.

Me muerdo el labio.

—Cuando esté preparada.

Sofía sonríe, pero no dice nada más y seguimos sirviendo mesas. Puede que no me guste el trabajo ni el uniforme, pero desde luego el dinero que recibo compensa todo lo anterior. El dueño es generoso en el sueldo y también lo suelen ser los clientes con las propinas; lo que significa que en un par de noches gano lo equivalente al doble de lo que ganaba antes como becaria en un despacho de abogados trabajando toda la semana después de clase. Claro que aquello me servía como experiencia para mi currículum, pero ahora me importa mucho más ganar dinero que mi futura carrera. Miro de reojo a Dean. Si supiera para qué necesito el dinero, el leve acercamiento que tuvimos la otra noche desaparecía por completo y el muro que se alzaría entre nosotros sería infranqueable. Sacudo la cabeza, trato de no pensar en ello y sigo sirviendo mesas hasta que me acerco a la de Dean, que no sé si por casualidad o intencionadamente ahora se sienta siempre en mi zona. Me acerco a él y trato de obviar a la pelirroja de la mesa de al lado que se lo come con la mirada. Pero antes de que pueda tomar su pedido, una voz se escucha a mi lado:

—Gabriela, ¿qué haces aquí?

Me quedo paralizada unos segundos. Encontrarme en este bar a Dean hace tres semanas fue una inquietante sorpresa. Pero que el profesor Jones, mi tutor de la universidad, esté a mi lado, observando extrañado mi atuendo, es un infierno.

—Trabajo aquí...

—¿Este el trabajo mejor pagado por el que dejaste el despacho de abogados?

Asiento, avergonzada. El profesor fue el que me consiguió el trabajo de

becaria y era una oportunidad importante en mi carrera, así que cuando lo dejé tuve que explicárselo todo. Aun así, no creo que le agrade ver a una de sus alumnas más brillantes de camarera. No obstante, su sonrisa es amable cuando me dice:

—Tu padre estará muy orgulloso de lo que haces por él.

Querría darle las gracias, pero mi voz se quiebra porque Dean está escuchando toda la conversación. Sus ojos buscan los míos, pero yo me centro en el profesor. Este añade:

—Te presento a mi esposa, Emma.

Una mujer de mediana edad ataviada con una falda larga vaquera y unas botas parecidas a las mías me saluda con efusividad.

—Soy de Texas, en cuanto me hablaron de este bar no podía perdérmelo.

—Encantada de conocerla.

—Mi marido me ha hablado mucho de ti. Lamento mucho lo de tu padre, espero que los tratamientos funcionen.

—Muchas gracias —respondo con un hilo de voz mientras Dean se levanta. No puedo enfrentarme a él ahora, por lo que trato de evadirme—: Les acompañaré a una mesa libre.

El profesor y su esposa me sonrían, pero una mano se cierne sobre mi muñeca:

—¿Qué le pasa a mi padre?

—Ahora no, Dean.

Mis ojos se alzan hasta los suyos, que me observan furiosos. La presión de su mano se hace más fuerte y, ante mi gesto de dolor, Ethan intercede:

—Suéltala, Dean.

Lo hace, pero sigue interrogándome con la mirada y me veo obligada a decir:

—Dame diez minutos.

—Tienes cinco —replica en tono severo.

Protestaría, pero no quiero montar ningún espectáculo, ya tuve bastante con el incidente de hace tres semanas como para volver a pelearme con un cliente, sobre todo si es Dean y tiene toda la razón de estar enfadado conmigo. Me alejo de él, acompaño a mi profesor y su esposa a su mesa, les ofrezco unas bebidas y después voy en busca de Sofía.

—¿Qué sucede?

—Dean se ha enterado de lo de su padre. O al menos de una parte.

—Eso explica por qué tiene la mirada clavada en ti como si quisiera asesinarte.

A veces querría que Sofía no fuera tan brutalmente honesta, pero no puedo negarle que tiene razón.

—¿Puedes cubrirme cinco minutos?

—¿Vas a solucionar semejante drama en cinco minutos?

—No, pero espero que me sirvan para convencerle de que lo hablemos cuando termine mi turno.

—Buena suerte con eso, algo me dice que la paciencia no está entre sus virtudes.

—Desde luego que no —confirmo, hastiada.

Sofía toma mi libreta de pedidos para servir las copas que he anotado y yo voy en busca de Dean. Ethan no dice nada, intuye por las miradas gélidas que Dean me lanza que nuestra discusión es demasiado íntima para inmiscuirse. Pido a Dean que me acompañe al exterior y me alejo lo suficiente de la puerta para que nadie nos escuche. En cuanto estamos solos, me pregunta casi a gritos:

—¿Qué le pasa a mi padre?

—¿Podríamos hablar de esto con calma cuando termine mi turno?

—No, no podemos. Si lo sabe tu profesor y su esposa no creo que sea tan

difícil que me lo digas a mí.

Su enojo es tan palpable que cada vez que habla es como un latigazo. Y el problema es que es fácil hablar de ello con extraños, pero no con alguien a quien romperé el corazón. Pero debo aceptar que no puedo posponerlo.

—Papá enfermó hace algún tiempo. No se encontraba bien y le hicieron varias pruebas. Tiene cáncer de próstata. Se lo están tratando desde entonces.

—¿Quéééé?

—Lo siento, no quería que te enteraras de este modo.

Trato de tomarle de la mano, pero se zafa de ella y retrocede con furia.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no quería preocuparte.

—Te lo dijo a ti. La única que le importa —me grita.

—Eso no es cierto. Le importas tanto que no podía soportar verte sufrir por su causa.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tú si puedes sufrir por él, aunque no seas su hija? —me grita con un gesto de dolor.

Respiro hondo, será mejor ser sincera si no quiero que la situación empeore.

—Tenían que decírmelo. Necesitaban el dinero que me prestaban y con el que complementaba mi beca universitaria para pagar las facturas médicas.

Arquea una ceja.

—¿Por eso trabajas aquí?

—Sí, es la única forma de poder mantenerme sin pedirles dinero. A ellos les dije que había conseguido más horas en el despacho de abogados. Ya sabes lo protector que es papá conmigo, no quería que se inquietara.

Aprieta los puños.

—Por eso me pediste que fuera amable con él día del cumpleaños de tu madre.

—Solo trataba de ayudar —trato de defenderme.

—Engañándome. Me dijiste que estaba afectado por el traslado, pero ahora deduzco que lo pidió él para poder tratarse. ¡Me has mentido a la cara!

—No te he mentido, solo te lo oculté porque era lo que papá quería.

—¡Deja de llamarle así! ¡Es mi padre, no el tuyo!

Su tono de voz se alza y me sacude con fuerza los hombros. El guardia de seguridad del bar se acerca enseguida a nosotros:

—¿Hay algún problema, Gabriela?

Respiro hondo. No quiero meter en problemas a Dean y, aunque no me guste que me grite, tiene derecho a estar furioso. Conciliadora, respondo:

—No, ya vuelvo adentro.

—¿Le prohíbo la entrada? —me pregunta observando a Dean con desconfianza.

—No, está bien. Solo danos un minuto.

El guardia vuelve a la puerta y yo vuelvo la vista a Dean. Está destrozado y no sé cómo arreglar esta situación.

—Lo siento mucho.

Sus labios se tuercen en una mueca.

—No es suficiente.

—Lo sé. ¿Podemos hablar de esto luego?

—No, no quiero hablar contigo. Solo quiero beber y encontrar a una chica que no sea una maldita hipócrita mentirosa.

Su mirada es tan hiriente como sus palabras. Las lágrimas pugnan por salir, pero las detengo y corro hacia el bar. Desearía poder tener unos minutos para relajarme, pero Sofía está desbordada con tantos clientes. Me acerco a ella:

—¿Cómo ha ido?

—He desatado un infierno.

—¿Quieres que te cubra un rato más?

—No, estoy bien —miento. Todavía temblando, me acerco a la mesa donde Ethan me observa visiblemente inquieto.

—¿Dónde está Dean?

—Fuera. ¿Puedes ir con él?

—Claro. ¿De verdad estás bien?

—Sí, solo dile que lo siento mucho...

Ethan me da un beso en la mejilla y deja unos billetes sobre la mesa. Yo retengo unos segundos su mano y le pido:

—Cuida de él.

—Por supuesto.

DEAN

En la actualidad

Ethan me lleva a otro bar, podría haberme llevado donde quisiera, porque ahora mismo el torrente de emociones me ha quitado cualquier capacidad de autocontrol. Jamás esperé que Gabriela pudiera hacerme algo así. Aunque nos hemos mantenido separados, a la vez estamos conectados de una forma que se ha intensificado últimamente y que explica por qué sigo viniendo a verla al bar en el que trabaja y por qué nunca la he dejado ir del todo. Pero me ha ocultado algo tan sagrado como que mi padre ha estado muy enfermo. Dice que ya se está recuperando, pero no sé si creerla. Pido una cerveza y la bebo con rapidez, necesito olvidar el dolor en mi corazón. Trato de concentrar la vista en la música a todo volumen, en las chicas que bailan, en las camareras vestidas tan ardientes como Gabriela. Pero solo puedo pensar en mi padre enfermo. No pensé que eso podía suceder. Es un hombre fuerte y no puedo asimilar que ahora haya dejado de serlo. Que sea falible, que pueda.... No me atrevo a decir la palabra. Gabriela ha dicho que lo peor ha quedado atrás y que se recuperará. Pero ya me ha mentido antes. Igual que mi padre. ¿Por qué no me lo dijo? ¿Creyó que yo no estaría para él, pero Gabriela sí? No soy como ella, ni siquiera recordaría los eventos familiares si no me arrastrara a ellos. Pero no puedo perder a mi padre ni asumir que haya pasado por tanto sin que yo me haya enterado.

Sacudo la cabeza, necesito arrancarme estos pensamientos de la cabeza. Pido otra cerveza y Ethan sugiere:

—Tómatelo con calma.

—La calma se la dejo a la falsa de Gabriela.

—Solo trataba de protegerte...

—¿Vas a ponerte de su parte?

—No, pero intentaré que no te autodestruyas. Para eso están los amigos, no para darte la razón en todo.

—Pues yo necesito adormecer mis sentidos o volveré al bar y gritaré todavía más a Gabriela por haberme mentido. Tú decides, o me dejas que tome otra cerveza o voy a buscarla.

—Está bien, pero vamos a hablar de esto. No permitiré que te hundas.

—En el instituto eras más fácil —protesto

Ethan ríe.

—En el instituto era el noventa por ciento de las veces un idiota. Ahora soy más maduro y veo las cosas de otra forma.

—Seguro que eso también es culpa de Gabriela —mascullo.

—Por supuesto, igual que el calentamiento global, el hambre en el mundo o las guerras —se burla.

—No tiene gracia.

—Sí que la tiene. Siempre eres intenso en lo que a Gabriela se refiere. ¿Te acuerdas del instituto? No nos dejabas ni mirarla.

—Era la novia de Brian, eso es su culpa, no la mía.

—A Brian solo le molestaba que alguien se metiera con ella. Pero tú no querías que dijéramos que era amable, bonita o que su cuerpo era caliente como el infierno. Nos querías lo más lejos de ella posible.

—Ya tenía bastante con un amigo adorándola. ¿Puedes comprender eso?

—Sí, pero ahora todo ha cambiado. Brian no está y tú y ella os estáis haciendo amigos.

Aparto la mirada.

—No se miente a los amigos.

—A veces sí, para protegerles. No digo que esté bien lo que hizo, pero estoy si lo habláis con calma todo se solucionará. Vuestro padre os necesita unidos.

—Nos tendrá unidos. Somos buenos fingiendo.

—Sería mejor si no tuvieras que fingir. Ella no lo hizo cuando te trajo a casa el día de la barbacoa, estaba preocupada por ti. Ni tú cuando la acompañaste a casa después de que la atacaran. Os importáis más de lo que crees.

Suspiro. Quizá Ethan tiene razón, pero estoy demasiado enfadado porque nadie me haya explicado lo de mi padre como para lidiar con lo que siento por Gabriela.

—Odio las mentiras —trato de explicarme.

—Lo sé. Pero estoy segura de que cuando hables tranquilamente con ella habrá una explicación. Y, mientras tanto, puedes confiar en mí. Entiendo por lo que debes estar pasando, yo tampoco me imagino a tu padre enfermo y es lógico que estés asustado.

Tiemblo y tomo otro sorbo de cerveza. Ethan tiene razón. Como tantas otras veces, ve en mi interior. Y eso es porque delante de él siempre he sido yo mismo. Esbozo una sonrisa.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Para eso están los amigos...

—¡Chicos! ¡Qué alegría veros!

Nos giramos los dos. Es Alex, un amigo surfista. Lleva una copa en la mano y sus ojos denotan que no es la primera. Se sienta a nuestro lado y antes de que podamos siquiera saludarle espeta:

—Angie me ha dejado por otro tío. Las chicas apestan.

—Y que lo digas —me sumo a la protesta. No es que pueda comparar las situaciones, pero creí que podía confiar en Gabriela. Teníamos listas y

acuerdos; y puede que no nos viéramos con frecuencia, pero confiaba en ella y no puedo asimilar que me mintiera sobre la salud de mi padre con tanta facilidad.

Alex pide otra ronda, Ethan nos da por perdidos y yo vuelvo a pensar en mi padre. Todo parecía normal en la barbacoa. Destilaba felicidad junto a Pam, no como si se acabara de enfrentar a un cáncer. O quizá es que esperaba un milagro y ahora que lo ha obtenido valora todavía más la vida que tiene con ella. Siento que la cabeza me está a punto de estallar porque de pronto agradezco que Pam se casara con él. Juntos han creado un hogar cálido y acogedor en el que se aman y tienen la vida que desean; y eso ayudará a mi padre en su recuperación. Él la adora, lo supe desde que comenzó a hablarme ella, y ahora que pienso en la entereza que Pam ha tenido para mantenerse en pie con todo lo que está pasando comienzo a entender por qué. Bajo su aspecto suave y dulce se esconde una mujer fuerte. Como Gabriela. Ambas se parecen mucho, y eso me hace recordar de nuevo que nos estábamos acercando, pero ahora solo puedo sentir ira porque me ha mentido. Ha sido capaz de sonreír todo este tiempo, aunque su corazón debía estar encogido por la preocupación por mi padre, de mantener una aparente normalidad. Incluso se ha puesto a trabajar de camarera para poder seguir estudiando sin interferir en el pago de los tratamientos de mi padre. Cuando la conocí, me pareció una chica frágil a la que mi padre quería proteger y a la que Brian cuidó todo el instituto, pero ahora comienzo a darme cuenta que hay mucho más en ella. Se ha mantenido de pie y lo ha hecho sin Brian a su lado y sin depender de nuestros padres. Tiene que haber sufrido mucho y es otra cosa que maldigo, porque si me lo hubiera dicho podríamos haber compartido el dolor. Pero entonces me doy cuenta que nunca le he dejado compartir nada conmigo, que acepté con demasiada facilidad que fingiéramos una amistad que no teníamos. Siento ganas de gritar y lo único que se me ocurre es seguir

bebiendo y escuchar los lamentos de Alex fusionarse con los míos hasta que los recuerdos se nublan y se vuelven confusos; mientras trato de convencerme a mí mismo que mi padre siempre ha estado bien y siempre lo estará.

GABRIELA

En la actualidad

Las dos horas siguientes las paso como un fantasma. Sirvo los pedidos con una falsa sonrisa y hablo con monosílabos, solo puedo pensar en dónde estará Dean. Cuando termina mi turno, me dispongo a salir, pero Ethan entra con el rostro desencajado. Corro hacia él:

—¿Qué ha pasado?

—Dean me lo contó todo y fuimos al bar de aquí al lado. Nos encontramos con Alex, un amigo al que le ha dejado su novia, y ellos dos se embarcaron en una cruzada de copas para olvidar.

—¿Dónde están ahora?

—Alex en mi coche. Se ha tropezado y se ha golpeado el pie. Voy a llevarlo al hospital.

—¿Y Dean?

—Sentado en el bar. No está en condiciones de tomar un taxi solo, pero tampoco de acompañarnos al hospital. ¿Podrías llevarlo a casa?

—No va a querer ir conmigo. En estos momentos soy su enemiga número uno. Nunca me perdonará que mi padre me lo dijera a mí y a él no.

—Gabriela, solo está herido. Sé que te preocupas por él, por favor, acompañaile.

—Por supuesto.

—Te ayudaré a llevarlo a tu coche.

Nos acercamos a él. Una infinita compasión me domina. Parece tan triste... Cuando me ve, protesta:

—¿Qué hace ella aquí? No quiero verla.

—Tengo que llevar a Alex al hospital. Gabriela te acompañará a casa.

—Puedo ir solo.

—No, no puedes. Has venido demasiado y no quiero que te marees y termines en el suelo de alguna calle.

—No quiero ir con ella.

Su voz suena ebria e infantil, y Ethan le mira agobiado. Yo intercedo:

—Dean, estás enfadado y tienes todos los motivos para estarlo. Mañana puedes odiarme, gritarme o no hablarme durante meses; pero esta noche has de dejar que te lleve a casa. Por favor...

Sus ojos se clavan en los míos.

—Me mentiste...

—Lo sé, pero ahora no es el momento de hablar de esto. Por favor, déjame que te acompañe.

Mis ruegos parecen conmoverle, porque asiente y trata de levantarse. No controla mucho su equilibrio y Ethan le ayuda a llegar hasta el coche y sentarlo en el asiento de atrás. Yo le observo, preocupada.

—Espero que no se desmaye. No puedo con su peso.

—No lo hará —me tranquiliza Ethan—. Está acostumbrado a beber, solo necesita que alguien vigile que no haga ninguna tontería. Muchas gracias por esto, Gabriela.

—Es lo mínimo que puedo hacer.

—Te enviaré un mensaje cuando deje a Alex en su casa.

—Me quedaré con Dean hasta que vuelvas.

Ethan sonrío y me da un beso en la mejilla. Conduzco despacio para que Dean no sienta náuseas. Tiene los ojos cerrados todo el camino. No sé si duerme, pero no lo compruebo. En su estado lo último que quiero es discutir con él. Llegamos a su apartamento en varios minutos y le ayudo a salir del

coche. A pesar de su estado, ha mejorado su equilibrio y apenas me necesita para ayudarlo a llegar hasta su apartamento. Abro con mi llave y le conduzco a su habitación. Él protesta:

—¿Qué haces?

—Llévate a la cama.

Lo digo sin pensar en lo erótico que suena hasta que Dean me toma por la cintura e ironiza:

—¿Es una proposición?

Respiro hondo. Estoy acostumbrada a controlar mis sentimientos. Siempre supe que Dean no sería para mí y no soy de las que les gusta pasarse el día soñando con imposibles. Pero tenerle al lado, con sus ojos clavados en mí, con esa mirada que es puro fuego, es de lejos lo más sexi que me ha sucedido nunca. Debo recordar que está borracho, por lo que no debo tener en cuenta nada de lo que haga o diga. Trato de mantener la calma y recalco:

—No, solo estoy aquí porque le prometí a Ethan que te cuidaría hasta que te encuentres mejor.

—De acuerdo, pero que sepas que verte con esa ropa tan sexi es muy tentador...

Me ruborizo. No debería hacerlo, no tengo edad para hacerlo, pero una cosa es que Dean me lance de vez en cuando alguna indirecta de índole sexual para ponerme nerviosa y otra que esté tan cerca de mí mirándome como tanto deseo. No sé si estoy incómoda o asustada. Mi relación con Dean ha funcionado a base de ocultar mis sentimientos, de crear pactos y de vernos solo lo imprescindible. No es un “felices para siempre”, pero me sirve. Sin embargo, desde que me acompañó a mi casa algo sutil cambió, lo noté cuando comenzó a venir al bar. Y aunque me ha gritado y se ha vuelto loco de enfado al descubrir la verdad, me mira como siempre anhelé que lo hiciera. Pero no puedo dejarme llevar por esa sensación, porque nada bueno

puede salir de ello. Necesito estabilidad, igual que mis padres y, a su manera, la que ha elegido libremente, también Dean. Por ello es de vital importancia que se duerma y yo pueda irme a mi casa, lejos de su tentador cuerpo y su mirada felina. Me suelto, le acompaño a su habitación y él me hace un gesto para que le espere allí. Se mete en el baño y le escucho vomitar y lavarse los dientes y la cara. Cuando sale, con el rostro húmedo, masculla:

—Me pasé con la autocompasión.

Suspiro. Leo el temor y el dolor en sus ojos. Algo que no me es ajeno, yo sufrí lo mismo cuando me enteré. Mi padre adoptivo es uno de los pilares de mi vida y de la de mi madre y no puedo ni imaginar que le pasara algo y le perdiéramos. Ambos son almas gemelas, uno el mundo del otro, y no les concibo separados.

—Es una noticia muy dura, entiendo que te haya afectado tanto.

Me observa, visiblemente triste. Apoya su rostro en las manos y susurra:

—Tengo miedo.

—Lo sé, pero se pondrá bien.

Sus ojos se clavan en los míos, buscando si estoy mintiéndole o le digo la verdad. Comprendo el terror a que le pase algo a su padre e insisto con la voz ronca:

—Lo hará, te lo prometo. Y ahora deberías dormir un poco.

Me observa de nuevo, esta vez con más detenimiento.

—¿Por qué estás aquí?

—Ethan me pidió que te cuidara. Y quería hacerlo. Dean, quiero a tu padre y me preocupo por ti. Lamento mucho haberte hecho daño. Trato de hacer lo mejor para todos, pero a veces es difícil.

Me mira con los ojos entornados, como si le costara hablar.

—Yo soy difícil...

—Eres tú mismo. Y eso está bien. Iré a buscarte un vaso de agua, te

sentará bien.

Asiente, pero cuando regreso unos minutos después se ha quedado dormido sobre la cama. Aunque en la línea de no tener pudor de Dean, antes se ha desnudado. Usualmente trato de evitar pensar en su cuerpo, pero esta noche, en la intimidad de la habitación, observo con detenimiento el espectacular chico que hay sobre la cama. Se ha quitado la camiseta, los vaqueros y las botas; y un estrecho calzoncillo negro es lo único que cubre su musculoso cuerpo, que parece cincelado por un pincel. He visto a Dean muchas veces en bañador, pero esto es diferente. Hay algo erótico y prohibido en verle dormir semidesnudo, con esa perfección masculina que me deja sin aliento. Respiro hondo. ¿Qué estoy haciendo? No está bien aprovecharme de su inconsciencia para mirarle como si fuera un objeto. Apago la lámpara, aunque no sirve de mucho, ya que la luz de la luna llena ilumina su cuerpo y su rostro. Salgo de la habitación avergonzada de mis propios pensamientos y envío un mensaje de texto a Ethan para confirmarle que estamos en casa. Casi instantáneamente él me devuelve otro en el que me dice que las urgencias están colapsadas y no me puede decir cuánto tiempo tienen de espera. Maldigo en silencio y siento deseos de salir corriendo. Pero no puedo hacerlo porque no importa que hayamos discutido o lo nerviosa que me ponga estar con Dean en esta situación, me preocupo por él. Y solo ha bebido y seguramente estaría bien solo, pero no quiero arriesgarme. Vuelvo a la habitación y valoro mis opciones. Puedo quedarme en el sofá o utilizar la habitación de Ethan, no creo que le importara, pero ahí no podría vigilar a Dean. O al menos me convengo de eso mientras me quito las botas. Por suerte hoy llevo un vestido lo suficientemente amplio como para poder estar relativamente cómoda hasta que Ethan regrese. Dado que la única silla de la habitación es pequeña y está llena de ropa, me tumbo en la cama, a su lado. Ojalá pudiera hacerlo en otra ocasión, sin la presión ni la tristeza por el daño

que le he causado, no solo ocultándole lo de la enfermedad de su padre sino desde que me conoció. Yo solo quería disfrutar del padre que nunca había tenido y de alguien como Brian que me quisiera tal y como yo era, con mis miedos y mis inseguridades, y que fuera mi amigo y mi apoyo en el instituto. Pero en ambos casos Dean sintió que yo le robaba algo. Soy consciente de eso y he intentado compensárselo haciendo que su imagen fuera intachable ante nuestros padres, pero no ha servido de mucho, porque jamás me perdonará este secreto. Y, aunque odio admitirlo, tiene razón al estar tan furioso conmigo. Sin pensar, acaricio su mejilla y él, entre sueños, me toma la mano y, antes de que me dé cuenta, mi cuerpo está completamente pegado al suyo, su cabeza enterrada en mi pecho y su mano libre me retiene por la cintura. Paso de la sorpresa a la inquietud, no podemos estar así. Debería despertarlo, pero en lugar de eso acaricio su cabello. Ronronea con suavidad y su respiración se relaja, por lo que continúo acariciándole. Mañana me llevaré una severa reprimenda por quedarme en su cama, pero esta noche cuidaré de él. No debería haber bebido tanto, si lo ha hecho ha sido porque no fui sincera con él. Así que lo mínimo que se merece es una noche de paz. Puede que sea comedida en mis sentimientos, pero no volveré a tener la oportunidad de sentir su cuerpo junto al mío, de poder darle una mínima muestra del cariño y la dulzura que nunca he podido expresar con él. Y que me esté sujetando con tanta fuerza, como si me necesitara y le importara, es una sensación a la que no quiero renunciar. Antes le he pedido una tregua para que me dejara acompañarle a casa. Ahora me la concedo a mí misma y me permito disfrutar hasta quedarme dormida de la increíble sensación de estar a su lado. Siempre pienso en las consecuencias de todas mis acciones y actúo de la forma que creo que es mejor para todo el mundo. Pero hoy, solo por hoy, quiero dejar salir lo que siento. Sonrío feliz y me aprieto más contra él. Mañana cuando despierte y se enfade porque me he quedado a su lado, me

arrepentiré, pero esta noche solo quiero estar en sus brazos.

DEAN

En la actualidad

Me despierta el primer sol de la mañana entrando por la habitación. Ese suele ser mi despertador habitual los días de trabajo, aunque los fines de semana dejo las cortinas bien corridas para poder dormir hasta que mi cuerpo recupera la energía. Que en este caso sucede de golpe cuando me doy cuenta que Gabriela está en la cama, conmigo. No de forma amistosa cada uno en su lado, sino que estoy acurrucado junto a ella. Me muevo con suavidad para poder ver su rostro. Su mano está enredada en mi pelo, la otra sujeta a mi cintura. Recuerdos vagos de cómo me trajo a casa pululan por mi mente, pero no recuerdo cómo terminó en mi cama, abrazada a mí de este modo. Anoche estaba tan enfadado... No quería volver a verla y, sin embargo, nunca me he sentido con una chica como en este momento con Gabriela. Acaricio con lentitud su piel caliente y suave como la seda. Está vestida, pero mientras dormía se ha movido gran parte de la falda de su vestido y ahora sus piernas se muestran al lado de las mías de un modo tan caliente que me quema. Mi respiración se hace entrecortada y no si es esta o el sonido de los latidos de mi corazón contra el pecho de Gabriela, pero ella se despierta. Nos miramos el uno al otro y ninguno se atreve a decir nada. No me he acostado con nadie desde que la acompañé a su casa para protegerla. No sé qué es exactamente, pero algo cambió dentro de mí. Su forma tan sexi de vestir, de pedirme que la ayudara, de sonreírme como si no hubiéramos estado distanciados todo este tiempo se sumó a lo que había sentido cuando estuvimos en casa de nuestros padres... Volví al bar las semanas siguientes para convencerme a mí mismo

de que no siento nada por ella, pero cada vez que una chica se acercaba a mí y comenzaba a hablar la comparaba con Gabriela y me veía incapaz de llevarla a mi cama. No sé si Ethan lo advirtió o él también quería ir al bar porque tampoco puede dejar de pensar en Gabriela. Pero anoche todo se descontroló. Estaba herido y furioso porque mi padre solo le había confiado la verdad a Gabriela, olvidando que yo soy su hijo y no ella. Y, como siempre, lo pagué con ella, me dije a mí mismo que no quería verla y que buscaría a alguien para olvidarme de todo. Pero, todavía no sé cómo, la misma chica de la que estaba huyendo terminó en mi cama. Debería decir algo, recordar nuestra pelea de anoche, pero lo único que puedo hacer es perderme en sus ojos. Ella desvía la mirada y comienza a temblar.

—Gabriela, ¿estás bien? —No contesta y sujeto con suavidad la barbilla para que me mire a los ojos—: ¿Qué sucede?

—Tú...

—¿Yo?

—Tú y yo, aquí...

Arqueo una ceja, inquieto, y entonces me doy cuenta de a lo que se refiere. Me pregunto si puede leer el deseo en mi rostro y si el sonido de mis latidos resuena con tanta fuerza que llega a escucharlos.

—Gabriela... —Mi dedo se desliza desde la barbilla hasta la mejilla, enviando escalofríos de placer a mi espina dorsal—. Lo que daría por besarte, aunque solo fuera una vez.

Las palabras se escapan de mis labios antes de que pueda detenerlas. Es el momento de que me rechace, de que me diga alguna ironía y de que salga corriendo, pero su aliento se mezcla con el mío mientras elimina el espacio entre nosotros. No es la primera vez que pienso en besarla, pero mi cordura siempre me ha alejado de cualquier intento de hacerlo. Es mi hermanastra, la chica que cambió mi vida, con la que discuto y a la que he ignorado por

mucho tiempo. No puedo besarla como hago con las chicas que conozco en fiestas solo porque siento el deseo de hacerlo. Y, sin embargo, lo anhele tanto que duele. No estoy seguro de cuando mi cuerpo gana la batalla a mi mente y mis manos se enredan en su nuca para atraerle a mí. Su boca se presiona contra la mía, cálida, pasional y la forma en la que sus labios se mueven en contacto con los míos termina con cualquier resquicio de cordura que pudiera mantener. Siento que todo se nubla y comienzo a besarla con una intensidad hambrienta. He besado a muchas chicas en mi vida. Ninguna ha hecho temblar mi cuerpo como lo hace Gabriela cuando en lugar de rechazarme, aprovecha que tiene su mano en mi pelo para hacer que profundice el beso. Lo cual es malo, muy malo. Porque una cosa es calmar el deseo por ella cuando la veo inalcanzable o me centro en todas las razones que tengo para ser distante; y otra muy diferente es ser racional cuando su cuerpo está pegado al mío, latiendo con la misma necesidad. Pierdo la noción del tiempo mientras nos besamos hasta que nuestros cuerpos arden de tal forma que no puedo controlarme. Necesito sentirla, y mi mano se acerca a su vestido. De nuevo, es el momento de que me rechace, pero no lo hace, al contrario, cambia de postura para permitirme que se lo quite. Es tan sexi... Mis dedos primero y luego mis labios acarician toda su piel liberada. Seguimos sin hablar y vuelvo a hacer lo de antes, la miro y en sus ojos ardientes leo el consentimiento para que le quite el resto de la ropa. Vuelvo al ataque de besos por todo su cuerpo, hasta que ella desliza su mano a mis calzoncillos. Me desnuda con una mezcla de timidez y deseo, y una parte de mí trata de decirme que debo detener esto, que me arrepentiré de dejarme llevar. Pero la otra es consciente de que es demasiado tarde. La discusión de anoche está envuelta en brumas y ahora solo puedo pensar en estar dentro de ella. No debería hacerlo, pero acariciarla y que ella me acaricie a mí me vuelve loco. Estoy temblando y ella tiembla conmigo, y no tengo fuerzas para resistirme a

este sentimiento tan fuerte. Me separo unos centímetros y de la mesita de noche saco un preservativo. Vuelvo a acercarme a ella, lo que durante unos segundos parece asustarla, pero cuando la beso todo vuelve a fluir con facilidad. La acaricio con ternura hasta que siento que está tranquila y comienzo a besarla por todo el cuerpo arrancando gemidos que se entremezclan con los míos. No tardo en saber que está preparada para que me deslice dentro de ella, pero cuando lo hago sus gemidos se convierte en un gesto de dolor. Me detengo y la miro, incrédulo. Ella susurra:

—Sigue, por favor.

Su voz es dulce y sus ojos me miran con algo mucho más que profundo que el deseo y que no sé descifrar. Un torbellino de ideas pasa por mi cabeza. ¿Cómo puede haber sido novia de Brian dos años en el instituto y seguir siendo virgen? ¿Mis dudas hacen que me congele sobre ella, pero sus piernas me rodean con más fuerza e insiste:

—No te detengas...

—Gabriela...

—Por favor...

Me está rogando. Gabriela, la chica que pensé que era inalcanzable y solo podía estar con chicos buenos como Brian me está rogando que continúe. Pero algo me retiene. No puedo aprovecharme de lo que sea que está pasando por su cabeza y le hace querer entregarme su virginidad. En un susurro entrecortado susurro:

—Gabriela, no puedo...

Sus ojos brillan heridos.

—¿No quieres estar conmigo?

Acaricio con suavidad su mejilla. Entre nosotros siempre hablamos con ironías y medias verdades, pero ahora debo ser sincero con ella.

—No hay nada que desee más que estar contigo, pero no estoy seguro de

que tú quisieras esto.

Una sonrisa suave asoma a sus labios y declara.

—Te quiero a ti, ahora. Por favor...

Lo está volviendo a hacer. Me está rogando y no puedo negárselo, porque es todo lo que anhelo hacer. La beso en los labios y, mientras su aliento se entremezcla con el mío, me adentro con cuidado en ella, hasta que su dolor cesa y se acostumbra a mí. Y entonces, lo que pasa a continuación no se asemeja a nada que hay podido experimentar antes. Es fuego, pero también es ternura, pasión, unión y un torbellino de sensaciones que me inundan de un modo completamente nuevo. Nunca imaginé que el sexo podía ser así, lo diferente que se sentiría a lo que había vivido con todas aquellas desconocidas antes. Me vuelvo loco y por sus gemidos y su forma de arquearse contra mí sé que está sintiendo lo mismo hasta que no podemos más y me entierro en ella mientras ambos gritamos al unísono. Cuando por fin me deslizo fuera de ella, la mantengo abrazada con fuerza. Quiero hablar, pero me calla con un beso dulce y unas caricias que consiguen que el sueño me venza de nuevo.

Me despierto y estoy solo. Si no fuera porque las sábanas huelen a Gabriela creería que todo ha sido un sueño. Su ternura, su entrega, su pasión. Debí imaginar que saldría corriendo arrepentida y alegrarme de que se haya marchado sin que tenga que echarla como hago con las otras. Pero me siento mal, herido en mi orgullo y en todo lo que he sentido con ella. Trato de levantarme y un punzante dolor de cabeza me ataca, aunque no duele tanto como que se haya marchado sin decirme nada. Un beso empezó todo. Debería haberme controlado, pero cuando la miré solo quería posar mis labios sobre los suyos. Y me dijo que sí y me demostró mucho más. Se

entregó a mí como ninguna chica lo había hecho antes e incluso quiso perder la virginidad conmigo. Pero ahora se ha ido y no sé qué hacer. Suspiro con frustración. Anoche me equivoqué. Creí que podía tener a la chica inalcanzable, pero solo conseguí su bonito cuerpo, no a ella, a su mente o su corazón. No sé por qué lo hizo, pero a la luz del día me vio como lo que soy: el chico que solo sirve para relaciones esporádicas, del que no puedes esperar nada porque es egoísta y un desastre en todo lo que toca. Apoyo mi dolorida frente en mis manos. Cuando llegué a Los Ángeles solo quería surfear y conocer chicas de una noche. Y funcionaba y creía que era feliz hasta que esta noche vi que lo que tengo es lo único que puedo aspirar porque las chicas como Gabriela no se quedan con chicos como yo. Ahora comprendo que no la dejé entrar en mi vida por miedo a no ser suficiente para ella. Y eso me destroza. Me arrastro hasta la cocina y comienzo a prepararme un café cuando escucho el sonido de la puerta. Por un segundo, creo que es ella que vuelve, pero la imagen cansada de Ethan aparece en su lugar. Me observa con detenimiento.

—Te ves horrible, ¿qué ha pasado?

—Tú estabas allí, demasiado alcohol —miento. Los efectos de las copas se me pasaron hace horas, lo que me afecta es mucho más profundo y viene de una sola persona.

—¿Dónde está Gabriela? Me dijo que se quedaría cuidando de ti.

—Se ha marchado.

Arrastro las palabras y Ethan me observa con detenimiento.

—¿Habéis discutido?

—No exactamente.

A pesar de la vaguedad de mi respuesta, debo ser muy transparente porque me fulmina con la mirada.

—¿Te has acostado con ella?

—Eso es privado —mascullo.

—No juegues a eso conmigo, Dean. Fui yo quien la convenció que viniera a cuidarte. ¿Cómo has podido?

Golpeo la mesa con el puño.

—¿Puedes dejar de hablarme como si la hubiera forzado? Fue decisión suya.

Ethan toma aire. A estas alturas de nuestra amistad ambos sabemos que ninguno de los dos haría nada con una chica que ella no quisiera.

—Sé que no la forzarías, pero, ¿en qué estabas pensando? Gabriela no es como las demás. Es tu hermanastra. No puedes echarla de tu cama sin contemplaciones.

—No la he echado, se ha ido antes de que me despertara. Y antes de que me juzgues, dime si tú hubieras podido pensar con claridad si la hubieras tenido en tu cama y te hubiera dicho que sí.

Suspira con resignación.

—Está bien, tampoco me hubiera resistido. Pero eso no justifica que no hayas hablado con ella después.

—¿Qué parte de “se ha marchado mientras dormía” no has entendido?

—Quizá quería evitar que tú la echaras como haces con las demás.

—No iba a hacer eso —me defiendo.

—¿Seguro?

El tono de voz de Ethan es ofensivo e insisto:

—Seguro.

—En ese caso, deberías llamarla.

—Si quisiera que lo hiciera no se hubiera marchado.

—O quizá espera una señal de tu parte —incide.

—No sé si quiero hacer eso. Ya lo compliqué bastante anoche, no sé si debo hacerlo más.

Ethan respira hondo antes de decir.

—Eres mi mejor amigo, así que te daré un consejo. Tienes que dejar atrás el pasado y dejar de pensar en lo que hubiera sucedido si tu padre no se hubiera casado con Pam. Tienes que aceptar que Gabriela es maravillosa y dejar de tratarla como lo haces.

—Yo no la trato mal... —me defiendo.

—Pero tampoco de la forma que ella se merece ni le das la oportunidad de ser tu amiga. Y en el instituto ni siquiera nos dejabas hablar con ella.

—Gabriela tampoco hubiera querido que le hablarais o que yo me acercara a ella, solo le importaba Brian.

Ethan baja los ojos, avergonzado.

—Eso no es cierto. Fue ella quien me consiguió a través de su madre mi trabajo en “Sueños de fuego” cuando le dije que quería ser tatuador.

Abro la boca, incrédulo.

—¿Cuándo hablasteis de eso? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Fue mi tutora sustituta una tarde, le enseñé mis dibujos y ella se ofreció a ayudarme en cuanto los vio. No te lo dije porque no quería que os pelearais por mi culpa. Ni tampoco que me trataras a mí como hacías con Brian — confiesa.

Sacudo la cabeza.

—¿Me estás diciendo que la culpa de que Brian y yo dejáramos de ser amigos fue mía? Nunca te escuché defenderle.

Se encoge de hombros.

—Porque me gustaba que fueras mi mejor amigo y compañero de batallas. Brian y yo no teníamos nada en común, así que no tenía interés en que fuera parte del grupo. Pero estaba allí cuando él intentaba hablar contigo y tú lo ignorabas. No quería que me sucediera lo mismo. Pero ahora el instituto quedó atrás y tengo la sensación de que sigues apartando a Gabriela de tu

vida por los motivos equivocados.

Le miro consternado.

—¿Y qué demonios sugieres que haga?

—Que dejes de alejarte de ella. Por lo que la conozco, no creo que se haya acostado contigo solo por una noche de sexo. De hecho, daría sentido a por qué intenta que sigáis unidos, aunque sea con pactos y listas.

Sus palabras remueven lo que no puedo quitarme de la mente. Después de todos mis errores, hablar de la intimidad de Gabriela es uno más, pero necesito desahogarme.

Tomo aire antes de confesar.

—Fue su primera vez.

—¿Quéééé? ¿Me estás diciendo que Gabriela era virgen?

Asiento.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Alza las manos, incrédulo.

—¿Cómo es posible que no se acostara con Brian? Quiero decir, ¿qué chico en su sano juicio puede salir durante dos años con alguien como Gabriela y no tener sexo con ella?

Esa es la pregunta que no me quito de la cabeza. Trato de hacer memoria. Brian y Gabriela parecían la pareja perfecta, como un satélite uno del otro. Brian era muy protector con ella, que se lo devolvía con devotos cuidados. Hacían todo juntos y la unión que compartían parecía irrompible, con esa esa clase de amor que se ve en las películas, lo que hace que todavía me extrañe más que Gabriela no se acostara con él. No tiene sentido. Además, es preciosa, lista y sexi. ¿Por qué ha esperado a los veintiún años para estar con alguien? ¿Y por qué querría que fuera conmigo? Somos la noche y el día, solo fingíamos estar unidos por nuestros padres... O quizás ella no estaba

fingiendo y eso solo demuestra que soy un completo idiota. Recuerdo todos los momentos desde que llegó a la ciudad. ¿Qué pensaba cuando entraba en mi habitación? ¿Ha salido con alguien? Y, lo más importante, ¿qué papel juega Brian en todo esto? Que yo sepa él no estaba en ninguna liga de “vírgenes hasta el matrimonio” o similar. ¿Rompieron por eso? Me llevo las manos a la cabeza. He pasado la mejor noche de mi vida con una chica a la que creía que debía ignorar y que se ha marchado sin darme la oportunidad de hablar. Por mi mente pasan imágenes de los comentarios que le he hecho desde que la conocí, mi forma de alejarla de mí e incluso de no dejar que mis amigos entablaran ningún tipo de relación con ella. No es extraño que haya huido de mí. Suspiro con frustración y Ethan interrumpe mis pensamientos:

—Si eso es cierto, insisto en que deberías hablar con ella.

—No sé si puedo. O si ella querrá hacerlo

—Al menos tienes que intentarlo, Gabriela lo vale.

Su tono es triste y una idea asoma a mi mente.

—¿Te gusta?

—Sí —confiesa—. Me gustó desde aquella tarde que compartimos en el instituto. Claro que jamás se me hubiera ocurrido enfrentarme a Brian o a ti, tampoco hubiera tenido ninguna posibilidad. Y cuando vino a la ciudad y comenzó a recogerte para llevarte a casa de vuestros padres me encantaba hablar con ella, pero jamás mostró ningún interés en mí. Tampoco mientras le hacía el tatuaje. Y ahora sé por qué.

—Lo siento.

—No lo hagas. Es imposible estar cerca de alguien como Gabriela y no estar un poco enamorado de ella. Pero ya me conoces, no soy de buscar imposibles. Aunque no quiero que le hagas daño, no se lo merece.

—Llego tarde para eso —susurro apesadumbrado.

Se hace un silencio, que él rompe al preguntar:

—¿Y lo de tu padre? ¿Vas a hablar con él?

—Tengo que pensar cómo hacerlo. Mi padre es muy intuitivo y, si descubre que me acosté con Gabriela, me matará y eso empeorará su estado —ironizo.

—Tú sí que sabes meterte en líos, amigo —me dice palmeándome la espalda.

—Ni que lo digas. Por cierto, ¿cómo está Alex?

—Con el pie vendado y el corazón roto. Comparado contigo, genial.

—Muy gracioso.

—Voy a darme una ducha. Y luego si quieres podemos ir a la playa y refrescar tus ideas en el agua.

—Cuenta con ello.

Ethan se mete en su habitación y yo en la mía, donde me tumbo en la cama. Todavía huele a ella y eso, por unos segundos, me relaja. No quiero pensar en mi padre, en lo que descubrí anoche. Ojalá encontrara la forma de hablar con él de su enfermedad. Una sonrisa amarga asoma a mi rostro. Si anoche no hubiera sucedido nada, le preguntaría a Gabriela. Ella es la que sabe qué hacer en estos casos. La que se acuerda de los regalos, las felicitaciones y de que la familia siga unida. Yo solo me dejo llevar, y ahora daría lo que fuera por preguntarle cómo se habla con tu padre cuando sabes que tiene cáncer y no te lo ha dicho, cuando estás muerto de miedo porque no soportarías que le pasara nada y porque puedes que hayas perdido a la única persona que compartiría todo esto contigo. Si no hubiera hecho el amor con ella ahora podría llamarla, pero no me arrepiento de lo que ha sucedido. Debería, pero lo que he sentido esta noche ha hecho más que sacudir mi mundo: me ha sacado de mi letargo. Ahora solo tengo que pensar cómo arreglar las cosas con ella, cosa hartamente difícil teniendo en cuenta que nunca he sabido lo que es estar con una chica por más de una noche. Cierro los ojos y

recuerdo lo que sucedió entre nosotros. Fue increíble porque Gabriela es mucho más que un rostro hermoso o un cuerpo sexi. Ella es cálida, dulce y pasional a la vez y, cuando se arqueó contra mí, todo se nubló a mi alrededor y solo pude pensar en sentirla piel con piel. Y cuando el contacto se hizo más íntimo y estuve dentro de ella en lo único que pude pensar en quedarme así para siempre. No soy un romántico y jamás imaginé que pudiera pensar en una chica a la mañana siguiente. Pero Gabriela está grabada en mi mente y soy consciente de que podré sacarla de ella.

GABRIELA

En la actualidad

—¿Vas a contarme lo que pasó?

—Es complicado.

Sofía me mira con pose de institutriz y sé que no va a dejarlo correr. Ayer tuvo prácticas en el hospital y me libré de preguntas incómodas sobre lo que pasó cuando acompañé a Dean a su casa. Por mí podría haberse quedado así el tema, pero haber entregado mi virginidad a Dean no es algo que Sofía vaya a dejar pasar, sobre todo porque por mi rostro puede deducir lo que sucedió.

—Te lo pondré fácil. Llevaste a Dean a su apartamento. ¿Viniste aquí después o te quedaste con el chico malo a terminar la discusión?

Respiro hondo y el rubor me delata.

—No discutimos. Al principio él estaba borracho y cuando se le pasó se nos olvidó que estábamos enfadados...

—Y, exactamente, ¿cómo se os olvidó?

—No quiero hablar de esto.

—Sé que no quieres. Pero desde que te conozco no has aceptado ninguna cita porque estás enamorada de él. Y ahora no puedo creer que hayas sido una de sus chicas de una noche. Eres mucho mejor que eso.

Gruño y sacudo mi cabeza, aunque tiene razón.

—Fue un error. No volverá a repetirse.

—Porque él no repite con ninguna chica. Pero, ¿cómo va afectarte a ti? Si ya no eras capaz de salir con nadie, ¿qué pasará ahora que has estado con él? Porque a no ser que me digas que fue un desastre en la cama, cosa que dudo,

esto no va terminar bien.

Sus palabras me hacen temblar. Estar con Dean colmó cualquier expectativa que pudiera tener sobre el sexo en general o sobre estar con él en particular; y no voy a engañarme sobre eso, tampoco a Sofía.

—Fue perfecto.

—Justo lo que quería oír. Gabriela, has estado a su maldita sombra todo este tiempo. ¿Cómo vas a hacer ahora para olvidarlo?

—No lo sé, y por mucho que me juzgues o me critiques no lo sabré —replico con un hilo de voz.

Sus brazos me toman con fuerza en un abrazo y dejo que las lágrimas que he estado controlando cesen por completo. Cuando consigo calmarme ella añade:

—Lo siento, no quería disgustarte más. Es que no soporto que te haga daño.

—No es su culpa. Fui yo la que se enamoró de él, aunque me ignoraba y jamás me dio esperanzas.

—Pero se acostó contigo...

—Es Dean, no tiene mérito —incido con amargura—. Si no fuera por mi intento de mantener a nuestros padres felices ni siquiera me habría visto desde que nos mudamos. Él no me veía y no lo hará ahora. Solo fui otra estúpida noche de sexo que ya habrá olvidado.

Mi corazón se rompe cuando lo digo y las lágrimas quieren volver a salir, pero esta vez no las dejo.

—¿Qué te dijo por la mañana? ¿Se atrevió a echarte?

—No, me fui antes de que se despertara.

—¿Te marchaste sin decir nada?

—¿Qué querías que hiciera? No podía esperar a que me dijera que ha sido un error.

—¿Y si para él también fue algo especial? Quiero decir, tú estás enamorada en secreto de él, quizá a él le pasa lo mismo.

—No es así, créeme.

—Pero se enfadó con Brian porque salió contigo...

—Sí, pero no fue porque estuviera celoso, o al menos no en ese sentido. Quería a su amigo para él, igual que a su padre. Yo solo soy la chica que le arrebató su privacidad y su modo de vida. La otra noche solo estaba triste, necesitaba alguien con quien consolarse y yo estaba allí —declaro desconsolada.

—¿Y qué va a pasar ahora? Seguíis siendo hermanastros, y con lo de la enfermedad de tu padre...

—Si conozco a Dean, no hablará con papá de momento. Solo necesito serenarme un poco y encontraré la forma de que todo vuelva a la normalidad.

—Querrás decir a seguir fingiendo.

—Ha funcionado estos años y, aunque puede que sea algo incómodo al principio, conseguiré que vuelva a hacerlo. Solo necesito un poco más de tiempo.

—¿Y qué pasará si te llama antes de que estés preparada?

—No lo hará, nunca lo hace.

Tomo un sorbo de mi infusión y Sofía añade:

—Espero que funcione como quieres, no quiero verte sufrir.

Me abraza y confieso en un susurro:

—No sé cómo hacer que no duela tanto.

—Tú solo trata de olvidar. Necesitas sacártelo de tu mente.

—Lo intentaré —contesto en un tono de voz muy poco convincente.

Sofía ladea la cabeza y propone:

—¿Quieres que demos un paseo?

—No, prefiero ver una película e hincharme a comer helado.

—Bien, esa la primera fase para superar algo.

—Eres enfermera, deberías decirme que el helado es malo —bromeo.

—No en situaciones como esta. De hecho, helado para las dos.

—Gracias, Sofía.

—No me las des. Me encanta el helado y tú me has dado la excusa perfecta hoy para tomármelo —repone guiñándome el ojo.

Sonrió y voy a la nevera en busca de un gran envase de helado para las dos.

DEAN

En la actualidad

—Gabriela tiene que estar pasándolo mal. Y tú también estás preocupado. No solo por lo que pasó entre vosotros, sino por tu padre. Llámala.

He perdido la cuenta de las veces que Ethan me ha repetido lo mismo durante la semana.

—¿Y si solo habla conmigo porque siente lástima de mí por lo de mi padre? Quizá solo fue una noche para ella como a mí me pasa con las otras chicas...

—Gabriela no es así y tú lo sabes. Permítele y permítete una oportunidad. No puedes seguir así.

Esbozo una sonrisa de agradecimiento. Al menos estos días cuento con Ethan. Puede que no esté de acuerdo con lo que ha pasado o con mi forma de comportarme evitando estos días a Gabriela, pero comprende mi dolor por lo que está pasando mi padre y por ella.

—¿Has hablado con tu padre?

—No sé cómo hacerlo.

—Pero, ¿está bien?

—Gabriela dijo que sí y me pareció que esta vez decía la verdad— respondo con cautela— Supongo que trataba de protegerme cuando me lo ocultó.

Ethan clava su mirada en mí, como si me estudiara.

—¿Y eso te gusta?

—¿A qué te refieres?

—A que he comprendido que Gabriela ha hecho mucho más este tiempo que organizar eventos familiares y fingir amistad. Y si yo me he dado cuenta tú también lo has hecho.

Respiro hondo.

—Lo había pensado alguna vez, pero me parecía imposible y, además, ya sabes lo complicada que ha sido nuestra relación. No sé acercarme a ella.

—Pues tendrás que hacerlo, independientemente de lo que pasó la otra noche. Debéis centraros en tu padre.

—Lo sé. Pero no quiero hablar con Gabriela solo para que me diga como comprender a mi padre o hacerme sentir mejor sobre eso. También quiero que definamos lo que pasa entre nosotros.

—Vas a tener que lidiar con dos problemas a la vez.

—Lo cual para alguien que huye de los problemas es todo un reto — mascullo.

—No necesito decirte que me tienes aquí para lo que necesites.

Asiento, aunque aparte de su comprensión no sé cómo pueda hacer algo por mí con cualquiera de mis dos problemas. Con el primero, el de mi padre, solo Gabriela puede comprender el miedo a perderle tan intenso que siento. Además, hay algo en ella que hace todo fácil. Normalmente me burlo de eso y digo que es otro de sus exasperantes síntomas de perfección, pero ahora necesito escuchar su voz serena y tranquila repitiéndome que todo va a estar bien. Fui un estúpido al evitar ser su amigo, si lo hubiéramos sido me hubiera confesado la verdad incluso si mi padre no quería que lo hiciera. “Amigos”. ¿A quién quiero engañar? Cuando estuvo entre mis brazos todo cambió y desde entonces hay algo cálido extendiéndose por mi pecho que me provoca mariposas en el estómago y que hace que todos mis pensamientos se concentren en ella. No se trata solo de que esté preocupado por mi padre y desee hablar con ella de eso. Necesito mucho más que una conversación

como las que teníamos antes. Quiero averiguar lo que me pasa con ella, por qué me eligió a mí para perder la virginidad, por qué se marchó sin decirme nada y que pinta su idolatrado Brian en todo esto. Y también, y eso es lo más difícil, saber si estaría dispuesta a darme una oportunidad a pesar de que siempre he creído que es inalcanzable para mí.

Suena un golpe en la puerta, es Alex. Todavía anda con muletas y su rostro denota la falta de sueño. Ethan le ofrece una bebida, yo palmeo su espalda.

—Me alegro de verte. ¿Estás mejor?

—No. Y tú, ¿estás bien? No tienes buen aspecto.

Ethan esboza una sonrisa irónica desde la cocina.

—Nunca hubiera dicho que vosotros dos pudierais tener problemas de mujeres.

Alex se gira hacia mí incrédulo:

—¿Tú tienes problemas con alguna chica? Creí que no te interesaba ninguna.

—Es complicado.

Me río de mí mismo por utilizar una frase típica de Gabriela, pero, a pesar de que haya confiado a Ethan todo lo que me preocupa de ella y de mi padre, no quiero que nadie más lo sepa de momento. Necesito organizar mi mente antes de enfrentarme a más opiniones. Por suerte para mí Alex está tan inmerso en su propio drama que da por válida mi respuesta y comienza a explicarnos su estado, lo que me deja a mí un momento para descansar. Si como temo no puedo retrasar más el ver a Gabriela, antes de hacerlo tengo que conseguir relajarme un poco, aunque sea escuchando los problemas de Alex. Lo malo es que cuando me habla de su exnovia, las imágenes de Gabriela vuelven a mí. Como cuando se sentaba en el jardín con las piernas cruzadas sobre el balancín, con la vista perdida y concentrada en sus

pensamientos. Me pregunto si estará sentada así en algún lugar ahora, tan confundida por lo que pasó como yo, tratando también de encontrar el equilibrio. Algo me dice que eso solo podemos conseguirlo si hablamos, y por eso me levanto con rapidez y les digo:

—Chicos, lamento dejaros, pero hay algo que tengo que hacer.

—Buena idea.

—Ni siquiera ha dicho lo que es... —recalca Alex.

Ethan se encoge de hombros, vivir juntos hace que nos entendamos con una mirada.

—No ha hecho falta. Que tengas suerte, amigo. Y hagas lo que hagas, trata de no ser tan dramático como lo eres siempre.

—Yo no soy... —me interrumpo porque Ethan tiene razón y salgo del apartamento antes de arrepentirme de mi decisión.

GABRIELA

En la actualidad

Después de amanecer sin haber podido casi conciliar el sueño, el resto de la semana me ha resultado agotadora y pesada. Las clases que usualmente me resultan interesantes se me hacen eternas, y estoy deseando volver a mi apartamento, tumbarme en el sofá y ver alguna película en lugar de hacer trabajos o estudiar. La provisión de helados ha aumentado y Sofía me amenaza con que si sigo así no cabré en mi uniforme de camarera. Intuyo que televisión y azúcar no son la mejor forma de enfrentarme a que Dean no siente nada por mí, pero no encuentro otra forma de evadir mi mente. Al final, un examen sorpresa programado para mañana es el que ha conseguido que salga del caparazón y vaya hasta la playa para estudiar un poco. Busco uno de los lugares menos concurridos, extendiendo mi toalla sobre una tumbona bajo un parasol y me quito el vestido. Aunque Sofía no comparte mi afición por estudiar en la playa, a mí me encanta la sensación del viento y el calor sobre mi piel mientras me concentro en memorizar las nuevas leyes. Por unos segundos, estoy tan relajada que incluso le envíó una fotografía mía para que sepa que estoy más tranquila. Lo cual resulta ser la peor idea del mundo, porque una hora más tarde la persona de la que llevo huyendo mental y físicamente toda la semana está delante mí. Lleva su atuendo de estilo surfista favorito, ese que hace que se le marquen todos los músculos perfectos de su cuerpo y que las chicas se giren al mirarle. Lo sé porque las llevo observando años y porque yo hago lo mismo. Lleva las gafas de sol puestas, al igual que yo, así que no puedo adivinar qué se esconde tras su mirada. Me incorporo,

dejo el libro sobre la tumbona y pregunto sin rodeos:

—¿Qué haces aquí?

—Fui a tu apartamento a buscarte y Sofía me dijo que estabas aquí.

Maldigo en mi interior. ¿Por qué ha tenido que contárselo? Sé la respuesta, pero me fastidia igualmente. Mi huida del apartamento de Dean está basada en que es lo que él quería y que no mantendría ningún contacto conmigo como no lo hace con ninguna de sus compañeras de cama. Y supongo que Sofía ha deducido que, si se ha molestado en ir a buscarme es porque le importo. Trato de no hacerme ilusiones y pregunto en tono seco:

—¿Qué quieres?

—Tenemos que hablar.

—¿De papá?

—De eso también. Pero primero quiero hablar de nosotros.

Sus palabras generan una sacudida en mi cuerpo.

—No es una buena idea.

—No voy a dejarlo correr, Gabriela.

Profundamente nerviosa, me siento en la tumbona y le hago sitio para que se siente. Y de paso aprovecho para cubrirme con la toalla, no puedo mantener esta conversación con él si estoy medio desnuda. Él esboza una sonrisa irónica.

—Buena idea, es difícil concentrarse en hablar contigo si estás en bikini.

—No tiene gracia.

Se encoge de hombros.

—Es la verdad.

Suspiro. Después de la otra noche está claro que me desea. Pero eso no significa que sienta nada más.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Por qué te marchaste?

—Para evitar una escena —respondo con amarga sinceridad—. No quería que me echaras de tu cama como haces con todas.

—Tú no eres “todas”.

—¿No lo soy? —mascullo con dureza.

—Gabriela —su voz suena exasperada—. ¿Puedes volver a ser la de antes y hablar con calma?

—No lo sé —reconozco—. Dean, mi idea era que tardáramos lo suficiente en vernos como para enfriar lo que siento y volver a ser la de antes, como tú dices. Pero solo han pasado unos días desde...

—Una noche perfecta.

Le miro atónita:

—¿De qué estás hablando?

—Fue increíble ¿Acaso opinas lo contrario?

—No, pero siendo justa no tengo nada con lo que comparar —ironizo.

—Pues yo sí y te puedo asegurar que no puedo pensar en otra noche mejor. Lo que me lleva a preguntarte por qué eras...

—No quiero hablar de eso.

—Pues yo sí. ¿Cómo pudiste ser la novia de Brian dos años y no acostarte con él? Estabais locos el uno por el otro, yo fui testigo de eso. No tiene sentido.

Bajo los ojos, compungida y deniego con rotundidad.

—No quiero hablar de Brian ni de mi virginidad.

—No me lo estás poniendo fácil —se queja.

—Sí lo hago. Me fui de tu apartamento sin protestas ni pedirte nada. Solo necesitamos tiempo y olvidar lo que sucedió.

—Yo no lo quiero olvidar.

—¿Y qué quieres?

—Lo que no me diste aquella mañana. La oportunidad de intentarlo.

Sus palabras me dejan sin respiración, más cuando toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. Con la mano libre, se quita las gafas y hace lo mismo con las mías para poder mirarme a los ojos.

—Gabriela, a estas alturas no voy a fingir lo que no soy, me conoces demasiado bien. Siempre he ido de chica en chica, no me ha importado ninguna y las he olvidado a la mañana siguiente. Pero llevo desde que te marchaste en una nube. No puedo pensar, no me concentro en las clases que doy, me he caído de mi tabla más veces en cuatro días que en un año y por las noches solo pienso en que estés en mi cama. No sé lo que pasó porque no me había sucedido antes, pero si algo tengo claro es que no hay forma de que pueda olvidarlo. ¿Podrás tú?

Niego con la cabeza, comienzo a temblar como hice la otra noche y sus dedos me sostienen con más fuerza.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—Salgamos juntos, descubramos qué pasa entre nosotros.

Mi corazón late tan apresuradamente que siento que va estallar.

—No funcionaría. No puedo compartirme con otras...

Una sonrisa asoma a mi rostro y desliza con suavidad el pulgar por mi mejilla.

—Si estamos juntos no habrá otras chicas. La otra noche conecté contigo como nunca había hecho con nadie y es en lo único que pienso —Sacudo la cabeza por lo increíble que eso me parece. Él entrelaza su mano con las mías, lanza un profundo suspiro y añade—: Gabriela, sé que te cuesta creerme, pero quiero me des una oportunidad, como me la diste la otra noche. Yo comencé, pero tu cuerpo me rogaba que continuara. Y cuando descubrí que eras virgen, tú me pediste que siguiera. Hubiera parado.

—Lo sé, pero no quería que te detuvieras. Quería estar contigo y lo hice completamente segura. No estoy arrepentida de lo que pasó si eso es lo que te

preocupa.

Leo el alivio en sus ojos, pero también que nuevas preguntas se forman en su mente.

—En ese caso, ¿por qué eres reacia a que se repita? En el instituto incluso te peleaste con Mackenzie porque afirmó que yo era un chico de una sola noche y tú dijiste que yo era mucho más.

—Lo recuerdo... Pero creía que tú lo habías olvidado.

—No he olvidado eso, ni otras muchas cosas, como la noche de la promoción —Trago saliva y mis ojos se clavan en los suyos, que añade—: ¿Te haces una idea de lo confundido que estoy?

—Adivino que tanto como lo estoy yo.

Se pasa las manos por el cabello con nerviosismo.

—Dime que quieres que haga para que aceptes salir conmigo. No eres como las otras chicas con las que he estado y eso me encanta, pero a la vez me hace sentir muy inseguro. No sé qué hacer. Sé llevarme a chicas a la cama, pero no pedirles una cita o exclusividad. Pero tú eres diferente.

Suspiro con pesar. ¿Cómo puedo explicarle que tengo miedo? No de él, sino de la intensidad con la que le quiero, con la fuerza con la que le deseo.

—No lo sé. No soy buena en esto. Ni siquiera había estado con nadie...

—Sigo sin entender que salieras con Brian por dos años y no te acostaras con él.

—No quiero hablar de ello —repito.

—Está bien, no quiero presionarte. Pero lo que siento por ti es real y, aunque eres demasiado perfecta para alguien como yo, me gustaría que me dieras la oportunidad de estar contigo. No una noche, sino intentarlo en una relación.

Esbozo una mueca triste. No soy perfecta, a pesar de que él siempre lo haya creído. Y algún día lo descubrirá y quizá será demasiado tarde para

arreglarlo. Pero ahora mismo está delante de mí ofreciéndome lo que deseo más que nada, una oportunidad de saber cómo sería salir con él, y tengo que dársela. Me lo debo, se lo debo.

—Está bien. ¿Cuándo quieres quedar?

Sus ojos brillan halagados y entrelaza su mano con la mía.

—Mañana tienes un examen y no pienso estropear tu brillante expediente. Pero puedo recogerte a la salida e ir a cenar juntos. ¿Qué me dices?

—Es viernes, trabajo...

—En ese caso, te llevaré al bar y me quedaré allí hasta que termine tu turno. Y luego podemos hablar.

—¿Quieres hablar de tu padre?

—Sí, no sé cómo enfocar la situación con él.

—Te ayudaré.

—Lo sé.

Vuelve a jugar con mis dedos cariñosamente, aunque estoy deseando que esté a mi lado mañana, una idea asoma mi mente.

—Las chicas del bar intentarán ligar contigo.

Una sonrisa irónica asoma a su rostro.

—También lo hacen los clientes contigo. Pero si estamos juntos, te prometo que no haré caso a nadie más que a ti.

Respiro hondo. Parece sincero, pero tengo miedo. Dean no tiene nada que perder si esto fracasa como casi seguro que lo hará, pero mi corazón se rompería. Él advierte mis dudas y confiesa:

—Gabriela, ¿te tranquilizaría si te digo que, desde que te acompañé a tu casa el día que aquel tipo te molestó, no he estado con ninguna chica?

Alzo las cejas, sorprendida.

—Eso fue hace varias semanas.

—Lo sé, pero no era capaz de estar con nadie, solo quería volver al bar y

verte. Y no sabía por qué, aunque deduzco que tiene que ver con lo que pasó la otra noche entre nosotros. ¿Te sirve eso para confiar en mí?

Sacudo la cabeza, lo que me está diciendo se me hace extraño e incomprensible, pero no puedo rechazarle. Llevo demasiado tiempo soñando con este momento como para no aferrarme a la única oportunidad de estar con él. Respiro hondo, tomo fuerzas y declaro.

—De acuerdo.

Sus ojos brillan y sus labios se posan sobre los míos creando un mar de sensaciones. Levanto mi mano para acercarle a mí y pronto está besándome con tanta intensidad que todo me da vueltas. Sus manos se ciñen en mi espalda y dejo caer la toalla para atraerle a mí. Sus besos se hacen más intensos, hasta que separa de mí y comenta con la respiración entrecortada:

—Si pretendes estudiar para ese examen, será mejor que me vaya. Como dije antes, eres demasiado irresistible en bikini.

Rio y acaricio su mejilla.

—¿Te veo mañana?

—Claro.

—Si cambias de idea...

—No lo haré.

Le veo alejarse entre suspiros de algunas adolescentes que toman el sol en las hamacas cercanas. Me tumbo sin saber qué hacer. Mi mente todavía es un hervidero de ideas por su petición y mi cuerpo añora no haber continuado el beso. Deslizo una mirada a mi libro y no sé cómo voy a concentrarme en nada que no sea nuestra cita de mañana. Pero tengo que hacerlo y, sobre todo, y por muy feliz que su declaración me haya hecho, no debo perder de vista dos cosas. La primera, que Dean es demasiado volátil para tomarle en serio, incluso aunque me haya asegurado que no se ha interesado por ninguna chica desde que me acompañó al apartamento y me haya prometido fidelidad. La

segunda, que la prioridad tiene que ser papá. Y casar todo esto a la vez va a ser un verdadero quebradero de cabeza.

DEAN

En la actualidad

El bar está a reventar, lo que significa que apenas he podido hablar con Gabriela, que corretea de un lado para el otro con una bandeja en mano. Ethan, que me ha acompañado, se burla de mí:

—¿Vas a mirar con odio a todo el que la repasa con la mirada?

—¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—No, pero nunca creí que fueras posesivo.

Respiro hondo. Tiene razón. Hay algo en mi interior que arde cada vez que alguien se le insinúa y me hace comprender lo que siente ella cuando alguna chica se acerca a mí, por eso dejo que sea Ethan el que hable con las que se nos acercan. Si Gabriela ve el menor indicio de que puedo estar interesado en otra, la cita de esta noche saltará por los aires, así que voy a mantener mi encanto tan bajo como subida la cremallera de mis pantalones.

Las horas pasan lentas hasta que por fin se cierra el bar y pronto Gabriela aparece por la puerta con una sonrisa que podría descongelar el Ártico. Se acerca a mí, me da un beso en los labios y susurra:

—Gracias por esperarme.

—No hay de qué. Además, me gusta tu uniforme de hoy.

Sonríe halagada. A sus habituales botas vaqueras le ha añadido una minifalda tejana y una camiseta blanca escotada. Lleva el cabello todavía recogido en una coleta, pero yo se la suelto y peino el cabello con mis manos.

—Mejor así, tienes un cabello precioso.

Nuestras miradas se cruzan ardientes y ella musita:

—¿Qué quieres hacer ahora? ¿Dónde está Ethan?

—Se ha ido a casa con una bonita pelirroja.

—¿Más bonita que yo? —ironiza.

—No, pero dado que yo soy el afortunado que está contigo, con alguien se tiene que entretener.

—Eres idiota —protesta golpeándome el pecho con un dedo.

—Lo sé.

Reímos los dos y ella propone:

—Sofía está fuera este fin de semana. ¿Quieres venir a mi apartamento y hablar allí?

Dudo. Me muero de ganas porque me invite a su casa, pero si quiero descubrir si esto puede funcionar, Gabriela no puede creer que solo busco una relación física.

—Si lo prefieres, podemos ir a un bar.

—No más bares por esta noche. Estoy cansada de tanta gente, prefiero que estemos los dos a solas.

Una sonrisa asoma a mis labios y enrosco mis manos a su cintura, presionándola contra mí.

—De acuerdo, pero, aunque vayamos a tu casa, no tiene porqué pasar nada.

—¿No quieres que pase nada?

Su voz tiene un deje de sorpresa.

—Sí quiero, pero sobre todo me interesa que no salgas corriendo como el otro día. Nada de presiones. Solo quiero hablar contigo. Tenemos un tema pendiente...

—Tu padre...

Esta vez no dice “papá”, supongo que es un vocablo extraño cuando estamos tan pegados uno al otro.

—Sí. Pero si estás muy cansada...

—Solo de servir copas. Me apetece hablar contigo. ¿Nos vamos?

—Sí.

Nos dirigimos hacia el coche y puedo ver la mirada de una morena a la que he rechazado fulminando con la mirada a Gabriela. La miro, preocupado, pero ella se encoge de hombros.

—Has cumplido lo que prometiste. Me has estado esperando y no has coqueteado con nadie. Mientras no me des motivos para lo contrario, confiaré en ti.

Sus palabras me provocan un vuelco al corazón. Mis actos pasados no incitan a que se fíe de mí, pero lo hace. Sonrío y acaricio con suavidad su mejilla.

—Gracias.

—A ti por querer pasar por todo esto por mí. Debe ser extraño.

Me muerdo el labio. Gabriela me conoce demasiado bien como para mentir, y acepto:

—Es raro estar todo el día pensando en la misma chica. También preferir estar mirándola durante horas cuando trabaja en lugar de tonteando con varias mujeres a la vez. Pero me gusta, si es por ti.

Sus ojos brillan de ese modo tan característico. Sujeta mi rostro con mis manos y me besa con ternura primero, con pasión desmedida después cuando profundizo el contacto y recorro con su lengua cada rincón de mi boca. Sus manos se sujetan a mi cintura y acaricia con suavidad la piel por debajo de mi camiseta, creando un sinfín de corrientes eléctricas. Estoy a punto de perder el control y susurro:

—Quería hablar de un montón de cosas contigo, pero ahora...

—A mí ahora tampoco me apetece hablar —me interrumpe con una sonrisa traviesa—. Pero mañana no trabajo hasta la noche, tenemos mucho

tiempo. ¿Me llevas a casa para que no demos el espectáculo en plena calle?

—Sí, eso una gran idea —corroboro, ya que no es probable que pueda resistir mucho más si sigo teniéndola tan apretada contra mí.

Conduzco hasta su apartamento a una velocidad casi al límite. Me había propuesto hablar antes de que sucediera cualquier cosa, pero ahora solo puedo pensar en acariciarla. Cuando llegamos, Gabriela abre la puerta a duras penas mientras la beso y, en cuanto la cierra, comienza a quitarme la camiseta. Hago lo mismo con la suya y la acaricio. Su piel es cálida, suave y mis manos la toman por la cadera para que pueda enroscar sus piernas en mi cintura. Mi voz se hace juguetona al decir:

—Adoro tus botas, pero el resto de tu ropa me sobra, mucho. ¿Cuál es tu habitación?

Me señala a la derecha y, sin dejar de besarla, la llevo hasta allí. La ventana está abierta y la luz de la luna invade la habitación. La dejo caer con suavidad sobre la cama y, cuando estoy a punto de comenzar a quitarme los pantalones, mis ojos se clavan en lo que hay sobre su cama y siento como si me hubieran echado un jarro de agua fría. Gabriela lo detecta y se apresura a levantarse.

—¿Qué sucede?

No contesto, y ella sigue mi mirada hasta las fotos que tiene colgadas en un corcho de la pared. Son los recuerdos de casa y del instituto. Hay una de mí, junto a nuestros padres, alguna de ellos tres, pero casi todas son de ella y de Brian en el instituto, coronados como los reyes del baile, estudiando sobre la hierba... Es el mismo tablón que tenía en su habitación de la casa de nuestros padres. Ahora que me fijo, la habitación es muy parecida, como si no quisiera que nada cambiara. Los mismos tonos pasteles que favorecen el estudio, los mismos recuerdos de los que no quiere desprenderse... Ojalá hubiera estado en su habitación antes, el impacto hubiera sido menor. Pero

excepto la otra noche, en la acompañé al apartamento, nunca había estado aquí. Como siempre, culpa mía. Mi padre quería que yo la ayudara con el traslado, ella le dijo que lo había hecho, pero no levanté ni un dedo. Y por eso no sabía que su habitación seguía siendo un tributo a su perfecta relación con Brian.

Gabriela se gira y lee la vulnerabilidad en mis ojos porque aclara acariciando mi mejilla con suavidad:

—Esas fotos no significan nada.

—Lo significan todo —la contradigo con la voz ronca—. Yo os vi, estabais hechos el uno para el otro.

Un profundo suspiro sale de su boca, enreda sus dedos con los míos y clava su mirada en la mía para explicarme.

—No puedo borrar mi relación con Brian y tampoco quiero hacerlo. Es mi mejor amigo y no quiero perderlo. Pero tampoco que te sientas mal por su causa. Pertenece al pasado.

—No parece pasado cuando tienes la habitación llena de fotografías de él —insisto. Cada instantánea de ellos juntos y felices remueve en mi interior todos mis miedos e inseguridades, y vuelvo a verla no como la chica que se entregó a mí la otra noche, sino como una mujer inalcanzable porque no soy lo bastante bueno para ella.

Suspira con pesar.

—Es difícil de entender, pero los únicos recuerdos buenos que tengo del instituto son de él —Tuerzo el gesto, y ella añade—. Los siento, pero es la verdad. Tú apenas me hablabas, el resto de chicas me tenían envidia porque estaba con Brian, y los chicos tenían miedo de hablar contigo por si Brian o tú os enfadabais. Solo le tenía a él y después de todo lo que había vivido antes, esas fotografías me mostraban entonces lo mucho que mi vida había cambiado, para bien. Cuando llegué aquí me sentía sola y volví a colgarlas

porque, si las miraba, recordaba que él estaba a solo una llamada para ayudarme.

Su sinceridad me rompe. Comprendo todo lo que dice y una vez más me siento víctima de mis propias acciones. Yo la ignoré demasiado tiempo, Brian nunca lo hizo e incluso sigue siendo su bastión en la distancia. Pero eso no evita que me sienta vulnerable, que no le quiera cerca si estoy tratando de entender a donde me lleva lo que he comenzado con Gabriela. En un susurro le pregunto:

—¿Las quitarías, si te lo pidiera?

—Dean, por favor...

—No puedo hacer el amor contigo con él mirándonos —le explico—. Lo siento, pero no puedo.

—No nos está mirando —protesta—. Y yo me acosté contigo en la misma cama en la que has estado con un montón de chicas.

—Ninguna de ellas me importó. Brian, en cambio, lo fue todo para ti.

—Eso no es cierto —replica.

—Pues explícamelo.

Se muerde el labio antes de repetir:

—Es complicado.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es la verdad.

Lee en mis ojos que no estoy convencido, se acerca a la pared y descuelga el cuadro, girándolo para que las fotografías no sean visibles. Se gira hacia mí y pregunta:

—¿Mejor así?

La cabeza me da vueltas.

—Sí, aunque ahora me siento estúpido.

Me observa en silencio unos segundos y una sonrisa suave y llena de

ternura asoma a su rostro.

—Nunca pensé que te diría esto, pero, ¿puedes dejar de pensar? Porque no creo que sean horas de estar hablando de esto...

Se acerca a mí y, antes de que pueda contestar, recorre mi garganta con un reguero de húmedos besos, nublando mi mente y borrando la imagen de ella con Brian, al menos momentáneamente. Mis manos se deslizan por su espalda hasta que encuentro el broche de su sostén, que dejo caer al suelo. Pronto se le une el resto de nuestra ropa y desnudos y entrelazados entre besos y gemidos, nos dejamos caer sobre el colchón. La miro a los ojos, podría estar besándola y acariciándola durante horas. Me hace perder el aliento, y a la vez no he tenido jamás más energía ni he experimentado más deseo por nadie. La gratificación instantánea que buscaba antes ha dado paso a la necesidad de saborear cada segundo de lo que estamos haciendo, de cada sentimiento que arranca de mi interior. Jamás pude imaginar que ella, la perfecta, recatada y futura abogada, pudiera ser tan apasionada conmigo, gemir de la forma que lo hace y conseguir que yo también lo haga hasta perder el sentido. Cuando he visto esas fotografías me ha dominado una marabunta de celos e inseguridad. Pero ahora, cuando me acaricia como lo hace, como si yo lo fuera todo para ella, solo puedo pensar que es mía y yo soy suyo. Y entonces me doy cuenta de porqué soy posesivo con ella, de porqué estoy celoso de Brian aunque sea de una fotografía y de porqué tengo miedo. Las chicas nunca me han atrapado porque solo eran relaciones físicas. Pero estar con Gabriela es diferente. No me acosté con ella porque fuera guapa o sexi, sino porque la deseaba con el corazón. Y no puedo evitar preguntarme desde cuando me he sentido así sin darme cuenta de que lo hacía.

GABRIELA

En la actualidad

—Sigues aquí...

Su voz suena ronca y feliz sobre mi pecho.

—Tú también...

Alza la vista y nos miramos a los ojos durante un largo rato. Ha sido una noche excepcional, mucho mejor que la primera que para mí ya fue memorable. Acaricio su mejilla y, por unos segundos, tengo miedo. Estoy enamorada de él, pero no sé lo que siente por mí. Es evidente que el sexo es increíble entre nosotros, pero le he visto con suficientes chicas como para saber que eso no significa que podamos tener una relación que funcione. Él advierte el cambio en mi mirada y se incorpora:

—¿Qué sucede?

—Solo pensaba.

—Recuerdo que anoche me prohibiste pensar...

—Era de noche —incido.

—¿Y qué piensas?

—Nada importante.

Su rostro se tuerce.

—Esto no funcionará si no eres sincera conmigo.

Tomo aire antes de sincerarme.

—¿Crees que pueda funcionar? Somos muy diferentes.

Hace una mueca.

—Lo sé, tú eres perfecta y yo soy un desastre.

—No soy perfecta y no sé cuántas veces tengo que repetírtelo —protesto y hago un mohín de enfado.

El me besa para que se me pase, lo que funciona con extraordinaria rapidez, y luego me pregunta:

—¿Qué vas a hacer el resto del día hasta que comience tu turno en el bar?

—Tengo que estudiar para otro examen —mascullo con agobio, ya que no quiero separarme de él.

—¿Y si vamos a la playa? Tú puedes estudiar en alguna zona recogida de la playa y yo surfeo. Así estamos juntos y podemos comer algo cuando te toque descansar.

—¿Quieres pasar el día conmigo? —pregunto, escéptica.

Acaricia mi brazo con suavidad.

—Por supuesto. Gabriela, me encanta pasar la noche contigo, pero si queremos que lo nuestro funcione necesitamos hacer algo más que encontrarnos en la cama del uno o del otro.

Me hace tan feliz que el chico de una noche esté tan involucrado en nuestra incipiente relación que me apoyo en su pecho desnudo y acaricio su piel con ternura. Él susurra:

—Algún día tenemos que probar a quedarnos así todo el día.

—Suenan bien. Aunque te advierto que mis estudios son muy absorbentes.

—No importa.

—¿Desde cuándo te has convertido en alguien tan agradable y comprensivo? —bromeo.

—No lo sé, igual tiene que ver con tenerte desnuda a mi lado.

Sonrío halagada, pero antes de que pueda decir nada más el teléfono suena con el tono de mi madre. Hablo con ella varios minutos, tratando de que Dean acariciándome no me distraiga y, cuando cuelgo, comento:

—Mi madre me ha pedido que vaya mañana a verles.

Su rostro se contrae.

—¿Algo relacionado con mi padre?

—Solo me ha dicho que les apetecía verme, pero no parecía preocupada.

Es el momento idóneo para que hables con tu padre.

—No me han invitado...

—Ellos saben que tú haces tu vida y solo te invitan a los eventos más importantes. No es la primera vez que voy sola a visitarles.

Leo el remordimiento en sus ojos.

—Quizá quieran estar contigo a solas.

—Quieren estar contigo, solo necesitan saber que tú también lo deseas.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto.

Se hace un silencio y se atreve a preguntarme:

—¿Crees que mi padre se pondrá bien?

—Está en buenas manos y se pondrá bien, pero tenemos que cuidarle mucho y asegurarnos que esté tranquilo.

Asiente y confiesa:

—Voy a ofrecerle ayudarle económica.

Arqueo una ceja.

—Ya le conoces, no lo aceptará.

—Espero que tú me ayudes con eso. Gabriela, me gano bien la vida con el surf. Hay mucha gente rica dispuesta a pagar mucho por clases particulares.

Entorno los ojos.

—¿Mujeres ricas?

—A veces, pero no te preocupes porque no haré caso a nadie que no seas tú. Y, por cierto, también puedo ayudarte a ti con tu factura de la universidad, así no tendrías que trabajar en el bar.

—¿No te gusta que sea camarera?

—No te gusta a ti —me contradice—. Te conozco, debes echar de menos hacer prácticas en un despacho legal. Y nunca te gustaron los bares o las fiestas muy concurridas...

Le acaricio, es muy dulce que preste atención a lo que siento. Aun así, deniego:

—Eres muy amable, pero ya me estoy acostumbrando a trabajar ahí y quiero valerme por mí misma.

—Guapa, lista e independiente. Mi padre tiene razón, eres increíble.

—Creo que papá no es lo que se dice muy imparcial en lo que a mí se refiere. Pero te ayudaré para que acepte tu dinero, lo necesita.

—¿Vuelves a llamarle “papá”? —ironiza.

Reímos los dos.

—Para mí siempre será mi padre. Pero cuando estoy contigo, desnuda, no parece muy adecuado. Aunque a veces se me escapa la forma usual de llamarle.

—Tú y él habéis estado muy unidos desde el principio...

Me incorporo, tras su frase hay todavía cierto resquemor e incompreensión.

—Dean, sé que te resulta extraño que tu padre signifique tanto para mí desde el principio. Pero es que lo cambió todo. Mi verdadero padre...

—Nunca hablas de él —me interrumpe.

—Porque no hay nada de lo que hablar. Desapareció de mi vida hace tanto tiempo, primero porque nos abandonó y luego con su muerte, que ya no le recuerdo. Tu padre es el único al que he querido como tal.

Suspira.

—¿Cómo crees que se tomaría si supiera lo que ha pasado entre nosotros?

—No lo sé. Él quería que fuéramos como hermanos.

—Jamás hemos sido hermanos. Solo amigos —incide.

—Algún tiempo ni siquiera eso —le recuerdo.

—Por mi culpa.

—Porque las cosas eran así, simplemente.

Me observa varios segundos antes de preguntar:

—¿Por qué no estás enfadada conmigo por eso?

—Te lo dije la noche del baile, tenías tus motivos para actuar como lo hacías. Vivías solo con tu padre y de pronto llegamos mi madre y yo y lo cambiamos todo.

Se lleva la mano al cabello y se lo atusa antes de explicarme.

—La primera vez que te vi no supe cómo reaccionar. Éramos mi padre y yo, y de pronto tú y tu madre estabais delante de mí, en aquel restaurante y mi padre decía que a partir de entonces seríamos una familia.

—Me odiaste... Más todavía cuando nos fuimos a vivir con vosotros.

—No te odiaba, pero no te comprendía y te culpaba injustamente de los cambios en mi vida. Comenzando por mi padre. La forma que hablaba de ti... Había tanto orgullo en su voz... Supuse que era porque habías pasado mucho por el accidente, pero había algo más. Lo intuí y pronto se hizo palpable. Todo el mundo te adoraba. Eras dulce, amable, inteligente y siempre decías la palabra correcta. Cautivaste no solo a mi padre y a sus amigos, sino también a Brian. Él era mi mejor amigo, mi compañero de batallas y de pronto solo tenía ojos para ti. Y eso me hizo sentirme desplazado.

—Tú padre está muy orgulloso de tus logros. Y, respecto a Brian, intentamos que estuvieras con nosotros.

—¿Para qué? No quería ser testigo de cómo os adorabais mutuamente.

—No era adoración, era entendimiento. Los dos estábamos pasando por una etapa difícil y nos encontramos en el momento justo.

Entrelaza su mano con la mía.

—Gabriela, no es culpa tuya; yo era el rebelde y quien hacía lo que no debía. Pero fue difícil convertirme en la oveja negra de la familia.

—No quería que te sintieras aislado ni apartarte de tu padre, solo formar parte de su vida.

—Y él quería formar parte de la tuya. Estaba celoso de que pasara tanto tiempo contigo, pero ahora que lo veo en la distancia, te prestaba la misma atención que tú le dabas a él. Yo nunca le preguntaba por cómo había ido el trabajo, ni siquiera me importaba. Solo pensaba en...

—Chicas —termino su frase.

—Tenía dieciséis años y las hormonas revolucionadas. No me gustaba estudiar y aparte de surfear era lo único que me producía algún tipo de interés. Brian siempre ha sido el mejor de los dos. Capitán del equipo, amable y con las mejores calificaciones. Pero no me importaba porque cuando estábamos juntos yo volvía a ser el mismo niño con el que había jugado desde pequeño. Yo me metía en problemas y él encontraba la forma de sacarme de ellos. Pero cuando tú llegaste, él dejó de preocuparse por mí y se centró en ti. Yo ya no era su prioridad, lo eras tú.

—Nunca quise estar entre los dos. Pero estar con Brian en el instituto significaba mucho para mí.

—¿Por qué lo dejaste marchar si le amabas tanto?

Bajo los ojos. Una y otra vez la misma respuesta a la que no puedo responder.

—Es complicado. Pero no tiene nada que ver con nosotros.

—Jamás he visto a nadie entenderse tan bien como a vosotros —incide con inseguridad.

—Somos parecidos, eso no nos convierte en mejor pareja.

Una sonrisa irónica asoma a sus labios.

—Tú y yo somos polos opuestos. La chica buena y el chico malo. Todo el mundo lo decía en el instituto.

—Puede que lo pareciéramos, pero ni tú eres malo ni yo soy buena. Solo

somos humanos, a veces damos lo mejor y a veces nos equivocamos.

Sus ojos brillan con ternura.

—¿Usarás ese argumento en algún juicio?

—Es probable.

—Definitivamente, eres la persona más inteligente que he conocido.

—¿Y eso te asusta o te gusta?

—Me encanta. Aunque haya tardado demasiado en decírtelo.

Le doy un largo beso de agradecimiento y, cuando nos separamos, me ofrece:

—Voy a prepararte el desayuno y después iremos a la playa. ¿Te importa pasar por mi tienda para recoger mi equipo?

—No, claro que no. Te ayudaré con lo del desayuno, no quiero estar lejos de ti —contesto guiñándole el ojo.

Él me lanza una sexi mirada y, vestidos solo con un bóxer él y yo con su camiseta, nos vamos a desayunar entre besos.

Dos horas más tarde, seguimos con el plan establecido, aunque levanto la vista de mi libro de texto muchas más veces de las que debería. Pero ver a Dean cabalgando sobre las olas es demasiado espectacular para perderselo. Tampoco ayuda que de vez en cuando se tome un descanso y me dé un largo y húmedo beso que me haga replantearme qué hago un sábado estudiando cuando lo único que quiero es volver a la cama... Pero mis calificaciones no pueden bajar o perderé la beca que tanto me costó ganar, es hora de controlar mis hormonas y centrarme en el estudio por unas horas. Le lanzo una última ojeada, justo para verle caer al agua. No es una caída importante, enseguida vuelve a estar sobre la tabla, pero una idea toma mi mente. Todo está siendo fácil, quizá demasiado fácil. Dean es complicado y temo que nuestra relación pueda terminar con una estrepitosa caída. Sacudo mi cabeza y trato de

centrarme en el libro y no en esos negros pensamientos, pero no puedo evitar que la sombra de la duda me alcance.

DEAN

En la actualidad

He hecho muchas veces el viaje a casa de nuestros padres con Gabriela, pero hoy todo es diferente. Nos hemos despertado abrazados y desnudos. Hemos desayunado juntos y no ha habido ironías, solo besos y ternura. Y dado que anoche no me emborraché porque quería tener todos mis sentidos despiertos cuando hiciéramos el amor, ahora estoy con la cabeza despejada y nos pasamos el viaje hablando, ya no de listas sino de asuntos que nos importan a los dos. Todo va bien y me siento relajado y feliz hasta que llegamos a la casa, descendiendo del coche y la mirada de mi padre desde la puerta principal me alerta de que algo no va bien.

—Hijo, ¡qué sorpresa!

—Espero que no te importe que haya venido sin avisar.

—No, claro que no, me encanta que estés aquí con Gabriela, os extraño.

Observo su sonrisa triste y su deterioro físico que ahora se me hace más palpable. A pesar de que me dice que está contento de verme, hay algo en su rostro que denota inquietud.

—¿Estás seguro?

—Claro, pero tenemos un invitado y espero que no te moleste.

Arqueo una ceja. No soy amable con los invitados de mis padres como lo es Gabriela, pero ninguno de ellos me ha inquietado jamás.

—¿Por qué iba a molestarme?

—¡Gabriela!

Los tres miramos en la dirección en que la voz de Brian ha sonado. Lleva

el brazo en cabestrillo y Gabriela corre a abrazarlo con la misma velocidad con la que yo le fulmino con la mirada. Se fusionan uno con el otro durante unos segundos que se me hacen interminables. Cuando por fin se separan, le pregunta:

—¡Brian! ¿Qué haces aquí?

—Darte una sorpresa.

La tristeza toma los ojos de Gabriela.

—¿Te echaron del equipo?

Él toma su rostro con sus manos y yo debo apretar las mías para contener mis ganas de golpearle. Puede que eso fuera lo que hacía cuando era su novia, pero ahora es la mía y no sé si podré resistirlo por mucho tiempo más. Brian, ajeno a lo que provoca en mí, explica:

—La situación era insostenible, no podían hacer nada más por mí. El único plan viable era volver y estudiar contigo.

—¿Por qué no me llamaste?

—Lo iba a hacer, pero antes vine a casa de mis padres y al encontrarme con el tuyo me dijo que habías pasado por mucho últimamente y que te sentaría bien recibir una feliz sorpresa.

—Gabriela odia las sorpresas.

Mi tono de voz es tan duro que parece rascar el aire. Mi padre me interroga con la mirada varios segundos, lo mismo que Gabriela. Brian me saluda con la misma frase que mi padre:

—Dean, ¡qué sorpresa!

Sujeto con fuerza la botella que llevo en la mano para ahorrarme estrechársela a Brian, que está tan incómodo como yo. Gabriela intercede con aplomo:

—¿Podéis darnos un momento, por favor?

Brian intercambia una mirada cómplice con ella y responde por los dos:

—Por supuesto, iremos preparando la barbacoa.

Me paso la mano por la cabeza estirando mi cabello y, cuando nos quedamos a solas, miro a Gabriela de soslayo y declaro.

—Me voy.

Deniega con la cabeza.

—No puedes irte, has venido a hablar con tu padre —me recuerda.

—Eso era antes de saber que Brian estaba aquí.

Respira hondo.

—Yo tampoco lo sabía, pero su presencia aquí no cambia nada.

Mi tono se alza, exasperado.

—¿Tu exnovio va a estudiar contigo y no cambia nada?

Ella baja los ojos y cuando los alza de nuevo comenta:

—Te conté que era probable que eso pasara a raíz de su lesión.

—Sí, pero eso fue antes de que...

Mis palabras se atragantan. Fue antes de que se entregara a mí y aceptara salir conmigo. Y yo tonto de mí lo olvidé porque estaba demasiado ofuscado en lo que me hacía sentir como para pensar en que Brian podía volver a su vida. Gabriela acaricia mi mejilla con suavidad con una mano, entrelaza la otra con la mía y repite.

—Que Brian haya vuelto no cambia absolutamente nada entre nosotros.

—¿Estás segura de eso?

Una sonrisa dulce asoma sus ojos.

—Completamente. Por favor, quédate.

Me suplica. No me gusta que lo haga, me hace sentir que no soy lo bastante bueno para hacerla feliz. Ella me ha apoyado y ha estado a mi lado incluso cuando yo la ignoraba, le debo intentarlo al menos.

—Está bien, me quedaré y trataré de ser amable.

—Muchas gracias por esforzarte. Es muy importante para mí.

—No lo dudo, pero esto es lo más incómodo que he hecho en mucho tiempo —confieso.

Ella vuelve a sonreír de esa forma que me desarma, toma mi mano unos segundos e insiste:

—Brian es muy importante para mí, pero no tiene nada que ver con lo que pasa entre nosotros. ¿Lo comprendes?

Gruño por toda respuesta. No quiero romper lo que sin duda ha sido planificada como una gran comida familiar, tampoco incomodar a Gabriela. Pero que Brian vuelva solo puede significar una cosa para nuestra incipiente relación: problemas, numerosos problemas.

Entramos en la casa y Pam abraza a Gabriela. Supongo que ya le han avisado de mi presencia porque me saluda con normalidad y vuelve a la cocina. Brian entra en la casa y nos observa.

—¿Sucede algo?

—Nada —se apresura a decir Gabriela.

Yo no contesto. He prometido a Gabriela comportarme de forma civilizada, pero eso no implica que deba hablar más de lo estrictamente necesario con Brian. Sin embargo, este trata de iniciar una conversación conmigo:

—Gabriela me ha explicado tus logros con el surf. Son impresionantes.

Me encojo de hombros.

—Solo lo hago porque me gusta.

—Quizá por eso se te da tan bien.

No sé qué contestar y se hace un tenso silencio hasta que mi padre nos llama para que salgamos al jardín. Se le nota muy feliz de la presencia de Brian, igual que Pam y, muy a mi pesar, Gabriela. Aunque intuyo que trata de contenerse por mí, se la ve muy contenta a su lado y sus ojos resplandecen con un brillo que me resulta casi insoportable. Voy a la cocina en busca de

bebidas y cuando regreso les escucho hablar.

—Lamento muchísimo lo ocurrido, ya te lo he dicho, Brian; pero me alegra que estudies con Gabriela —comenta mi padre.

—A mí también me hubiera gustado que pudieras seguir en Harvard, pero me encanta que estés aquí. Será divertido estudiar juntos como en el instituto.

La sonrisa de Gabriela se expande, hasta que se da cuenta que estoy escuchando y se pone seria. Me ha dicho que no cambiará nada, pero está demasiado feliz por la noticia como para que eso sea cierto. Mi desagrado es tan fuerte que creo que Brian lo ve irradiando por mis ojos porque se centra en añadir carne a la barbacoa sin comentar nada. Yo le observo. Mi padre le ayuda y le palmea la espalda, lo que me recuerda a otras barbacoas en las que yo me iba lo más pronto posible con mis amigos mientras la pareja perfecta se quedaba con nuestros padres. Nunca le envidié por eso, me parecía patético que dos adolescentes pasaran tanto tiempo en reuniones familiares. Pero ahora sí lo envidio. Su camaradería, su historia conjunta y todo lo que le une a Gabriela. Ella era su mejor amiga, su novia, su reina del baile. Sin embargo, ahora es mi novia y puede que yo no sea malditamente perfecto como lo es él, pero no quiero perderla. Me siento muy vulnerable y todo empeora cuando Pam se acerca a nosotros y pregunta con una sonrisa:

—¿Le habéis contado a Gabriela nuestra idea?

—Quizá no es el momento —comenta Brian mirándome de reojo.

—Al contrario, es el momento perfecto. Si quieres reanudar tus clases en una semana debes comenzar a acomodarte.

—Antes Gabriela y su compañera deben estar de acuerdo —insiste Brian.

De nuevo soy yo quien hablo porque Gabriela está demasiado conmocionada para decir nada.

—¿De qué estáis hablando?

—Gabriela, nos comentaste que Sofía y tú buscabais compañero de

apartamento, y se nos ha ocurrido que Brian sería la persona idónea.

—Solo si te estáis de acuerdo —incide él.

—Sería perfecto —corrobora Pam—. No nos gusta demasiado que vivas sola con Sofía, nos sentiríamos más tranquilos si viviera contigo.

¿Más tranquilos? ¿De verdad quieren meter en casa de mi novia a su ex por eso? Gabriela me lanza miradas furtivas esperando que yo digo algo, pero no puedo, estoy demasiado paralizado por la noticia. Finalmente, contesta:

—Es una gran idea y estoy segura de que a Sofía le parecerá igual de bien. Sus palabras me destrozan. ¿Vivir con él? Descontrolado, musito:

—Se me ha olvidado una cosa en el coche, vuelvo enseguida.

Salgo casi corriendo de la casa. Las sonrisas y miradas felices de los últimos días han desaparecido, ahora mi boca está apretada, tengo el ceño fruncido y me meto las manos en los bolsillos para controlar mis ganas de romper algo. Los pasos de Gabriela se escuchan detrás de mí. Coloca con suavidad las manos en mi cintura, pero la aparto sin contemplaciones.

—¿Cómo has podido decirle que sí?

—No podía negarme.

—¿Por qué no?

Juguetea nerviosa con el borde de su camiseta.

—Porque él lo hubiera hecho por mí.

Una sonrisa amarga e irónica asoma a mi rostro.

—No lo dudo, pero no quiero que vivas con él.

—Solo sería como amigo —insiste.

—No aceptaré eso —declaro.

Gabriela se tensa a mi lado y me mira con ojos suplicantes, pero esta vez no cederé.

—Tú no lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente. No soy lo bastante bueno. Nunca lo he sido.

Solo soy el chico malo con quien te acuestas hasta que el chico bueno te pide en matrimonio. Y tu plan se ha adelantado, ahora ya puedes vivir con él sin tener que esperar.

—Eso no es cierto. Jamás he pensado eso de ti y lo sabes.

Se escuchan unas pisadas acercándose y de mi interior sale un gruñido cruel:

—Está claro que entre los dos siempre le elegirás a él. Solo que ahora tendrás que explicarle a tu chico perfecto que perdiste tu virginidad conmigo en lugar de esperarle a él. Suerte con eso.

Gabriela se aparta de mí y sale corriendo, no lo suficientemente rápido para que no advierta que tiene lágrimas en los ojos y que la he herido en lo más hondo. No sé cómo reaccionar ante el dolor que le he provocado y que se entremezcla con mis celos; y la voz de Brian se escucha recriminatoria:

—Empeoras con los años, Dean. ¿Cómo has podido hablar a Gabriela de ese modo? La has herido.

—No quería hacerle daño —me defendiendo.

—Has escuchado mis pasos y querías herirme a mí, pero ha sido ella quien ha pagado tu ira y que no midas las consecuencias de tus actos y tus palabras.

Alzo la vista y aprieto los puños. Su mirada es acusadora. Maldigo entre dientes, querría protestar, pero tiene razón. Él añade:

—No sé qué ha pasado exactamente entre vosotros aparte de lo que he escuchado, pero no dejaré que le hagas daño.

—Ha vuelto su defensor...

—Ha vuelto su amigo. Y no dejaré que la hagas infeliz. Ella es la mejor persona que he conocido. Se preocupa por todos a los que ama, incluido tú; y no es justo que el pago que reciba sea el trato que acabo de escuchar.

Tiene razón, pero la ira sigue consumiéndome.

—No deberías estar aquí.

—No sabía que ibas a venir ni que había pasado algo entre Gabriela y tú.

—No te lo contó... Y eso que aparentemente os lo explicáis todo —
mascullo.

—No te sienta bien la amargura, amigo.

—No soy tu amigo.

—Es cierto, me lo dejaste claro hace años. En ese caso, pongamos las cartas sobre la mesa. No voy a tolerarte ninguna grosería o ataque hacia ella ni que la trates como a una cualquiera.

En un lugar profundo de mi interior ruge una protesta, pero no la elevo. Brian siempre me ganó en las batallas dialécticas, otra capacidad más que comparte con Gabriela. Él respira hondo antes de declarar:

—Dean, aunque no lo creas, te aprecio. Si por una vez fueras capaz de mirar a tu alrededor y ver algo más que a ti mismo, lo comprenderías todo. Porque, si no lo haces, estás perdido y lo peor es que Gabriela también. Así que reacciona o déjala, pero no le hagas daño.

En ese momento mi padre sale de la casa y me mira preocupado.

—¿Sucede algo?

—Debo marcharme, me ha llamado Ethan. Ha surgido un problema en el apartamento que debo ayudarle a resolver —miento.

—Avisaré a Gabriela —propone.

—No es necesario, cogeré el autobús, tiene mucho que hablar con Brian.

Arrastro las palabras y este me mira con fastidio. Ante la mirada atónita de mi padre, salgo de la casa sin despedirme de Pam y mucho menos de Gabriela. La mascarada familiar ha terminado por hoy. Comienzo a caminar hacia la parada del bus, pero mi padre insiste:

—Hijo, ¿está todo bien?

Me giro entristecido.

—¿Importa?

—Claro que importa. Brian y tú tuvisteis vuestras diferencias en el instituto, pero que viva con Gabriela es bueno para ella. Tú estás cerca para ayudarla si lo necesita, pero no es lo mismo.

—No soy capaz de cuidarla como lo hace él —mascullo.

—Gabriela me ha dicho lo bien que te has portado con ella todo este tiempo. Y te lo agradezco mucho. Pero...

—Nunca estaré a la altura de Brian —le interrumpo.

—No sabía que era una competición. No con Brian, tampoco con Gabriela.

Respiro hondo. Mi padre es un buen policía y le es fácil calarme. Bajo toda mi rebeldía y autosuficiencia sigo siendo el adolescente que siente que le han arrebatado la aprobación de su padre. Con la voz rota pregunto sin rodeos lo que me ha estado carcomiendo:

—¿Por qué no me dijiste lo del cáncer?

Sus ojos se abren como platos.

—¿Cómo te has enterado?

—Eso no importa ahora. Gabriela dice que estas mejor, que solo tienes que hacerte controles. Pero me hubiera gustado que me lo hubieras explicado —reirimino.

Suspira con fuerza y apoya su brazo en mi hombro.

—No quería preocuparte.

Alzo los ojos hacia él.

—¿Fue por eso o porque no confías en mí?

Mi padre sacude la cabeza y leo remordimiento en sus ojos.

—Quería contártelo, pero pensé que eso no haría que yo estuviera mejor y en cambio podía afectar a tu vida. Han sido unos meses duros, he tenido que lidiar con el dolor y el miedo. No quería hacerte pasar por eso.

—¿Y no se te ocurrió que yo quería estar a tu lado como lo hizo Gabriela?

—Tampoco quería que ella sufriera —repone con amargura—, pero necesitaba que supiera lo del dinero de su universidad. No elegí contárselo porque la prefiera, sino porque no tuve otro remedio. Si por mí hubiera sido, os hubiera ahorrado el disgusto a los dos.

—¿Y si no quiero que sea así? ¿Y si quiero que me disgustes cuando sea necesario?

Me palmea la espalda.

—Dean, me gusta la vida que te has creado en Los Ángeles. No es la que yo hubiera elegido para ti, pero desde el instituto tuve claro que tu futuro sería el surf y no la universidad. Solo quiero que seas feliz.

Aprieto la mandíbula.

—Ojalá pudiera ser como Gabriela. Todo es fácil con ella.

—Lo es, pero eso no significa que te quiera menos —tiemblo, nunca hemos hablado así antes—. Cada uno tiene sus virtudes y defectos. Siempre fuiste independiente, solo he tratado de respetar eso.

—Te lo agradezco, pero si te pasa algo quiero saberlo, no me importa lo que sea, no más secretos.

—Está bien —acepta con suavidad. Nos miramos los dos varios segundos y él añade—: ¿Por qué no te quedas a comer? Podemos hablar de esto después.

—No puedo, ya te he dicho que tengo una urgencia.

Sus ojos se clavan en los míos e intuye que le estoy mintiendo. Aun así, me conoce lo bastante bien como para no presionarme.

—Como prefieras. ¿Nos vemos pronto?

—Sí, por supuesto. Y te llamaré para que me vayas informando de cómo evoluciona el tratamiento.

—Gracias, hijo, a partir de ahora te diré la verdad. Y aunque no te lo diga

muy a menudo, sabes que te quiero.

Sin pensar, le doy un intenso abrazo. No recuerdo la última vez que mi padre me dijo que me quería y escucharlo me hace sentir relajado incluso con el enfado que todavía arrastro por la llegada de Brian.

GABRIELA

En la actualidad

Refugiada en la cocina, permanezco de pie, profundamente frustrada. Debería haber tratado de convencer a Dean de que no se marchara de casa de nuestros padres, pero no supe cómo reaccionar. Verlo tan acalorado, acusándome de aquella manera tan despectiva, fue demasiado para mí. Quizá es demasiado inocente por mi parte creer que pueda estar bien con la idea de que comparta apartamento con Brian, pero al menos podría ser más comprensivo. O confiar en mí. Yo lo hago con él y, teniendo en cuenta su largo historial de chicas saliendo de su cama, es difícil para mí. Apoyo la frente en mis manos, hundida. Todo fue tan bien estos últimos días que puse demasiadas expectativas en lo que estábamos construyendo y ahora no sé lidiar con la profundidad de los lazos que mi corazón ha creado con él y que Dean parece estar dispuesto a romper con mucha facilidad.

Suspiro con pesar y Brian entra en la cocina con una expresión de profunda preocupación. Cruza la estancia y me abraza con fuerza. Sonrío apoyada en su hombro. Ese es Brian. Primero me consuela, después llegarán las preguntas. Debería haberle contado lo que había pasado con Dean, pero no estaba preparada para confesarle que finalmente había caído como todas las demás. Me hace sentir vulnerable y más ahora que Dean se ha marchado después de herirme sin contemplaciones. Brian profundiza el abrazo. Le he echado tanto de menos... En el instituto hablamos todos los días, a veces durante horas. Cuando se fue a Harvard, las conexiones por teléfono e Internet eran continuas, pero no era lo mismo. Me sentí perdida sin él, como

si mi mitad se hubiera desvanecido. Cuando estaba triste o nerviosa eran sus brazos y sus miradas lo que me calmaban. Pero se marchó y tuve que aprender a estar sola y seguir adelante. Y ahora ha vuelto y a pesar de la pelea con Dean, no puedo sino estar feliz por ello. Para mí Brian es único. Lo que nos unió en el instituto perdurará siempre y lo quiero a mi lado. Estoy enamorada de Dean, pero no sé qué nos deparará el futuro. Respiro hondo. Le recuerdo en el instituto: rebelde en casa, el alma de las fiestas, el chico por el que todas suspiraban y a las que iba intercambiando sin mostrar ningún sentimiento hacia ellas. Se supone que ha cambiado, que conmigo todo es diferente, pero la sombra de la desconfianza no termina nunca de irse del todo. Y lo que me ha dicho solo lo empeora todo.

Respiro hondo y Brian me separa con suavidad.

—¿Cómo estás?

—Lo superaré. Aunque sea...

—Complicado —termina mi frase—. No debí venir por sorpresa y menos todavía aceptar lo de vivir contigo sin hablarlo antes contigo a solas.

—No sabías que Dean y yo estábamos juntos, de hecho, solo hace una semana.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Quería ver primero a donde me llevaba. Al parecer no muy lejos — confieso con amargura.

—Puedo apartarme si eso te ayuda. Buscar otro lugar donde vivir, etc.

Sacudo mi cabeza.

—No, bajo ningún concepto. Si la relación con Dean es tan fuerte como quiero que sea, nuestra amistad no debe impedirlo.

—Pero no quiero que le pierdas por mi causa...

—Es Dean. Las chicas son fácilmente reemplazables para él. Solo necesitaba una excusa para alejarse de mí —mascullo.

—Por la forma cómo ha actuado, no me pareció que significaras para él lo mismo que esas chicas.

Suspiro con pesar, querría creerlo, pero me cuesta.

—Se ha marchado, es lo que siempre hace cuando una situación le molesta.

Brian juguetea con mi mano con compresión:

—¿Lo saben tus padres?

—No, y no quiero que lo descubran. Están pasando por un momento lo suficientemente complicado como para no querer empeorar la situación.

—Tienes razón, aunque tu padre tiene un sexto sentido, tengo la sensación de que lo sabe todo antes que nosotros lo hagamos.

Sonrío, tiene razón, y vuelvo a abrazarle.

—Te he echado tanto de menos... —susurro.

—Y yo a ti. A tu lado todo es más fácil.

—Lo mismo digo. ¿Recuerdas lo tranquilo que era el instituto? Solo teníamos que preocuparnos por estudiar y en tu caso también por jugar bien al fútbol —Su rostro se tuerce y añado, inquieta—: Lo lamento, no he debido nombrarlo.

—La lesión no se irá porque no hable de ella.

—Es muy injusto que hayas tenido que dejar la universidad.

—No quiero pensar en eso ahora. Además, te tengo a ti de ejemplo. Tú superaste heridas mucho más graves.

—Espero que las tuyas tarden menos en cicatrizar.

—El doctor dijo que necesitaré mucha rehabilitación.

—Quizá se equivoque y puedas volver a jugar.

—No al nivel que tenía antes. Y no podré volver a Harvard. Odio que mi aventura allí termine de este modo, pero es lo que hay. Tú tampoco pudiste ir y eres mucho más brillante que yo.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. No he conocido en Harvard a nadie como tú y dudo mucho que lo conozca aquí.

Sonríó halagada y comento:

—Gracias, aunque exageras. Lo verás cuando estudies conmigo, cosa que por cierto estoy deseando.

Juguetea con un mechón de mi cabello.

—¿Cómo va con tus compañeros?

Esbozo una sonrisa, sabía que me lo preguntaría.

—Ya me conoces, me cuesta conocer gente nueva y solo comparto con ellos trabajos y demás, nada fuera de clases. Pero Sofía te encantará, por lo que te he contado de ella ya sabes que nos llevamos muy bien y la convivencia es muy fácil.

—¿Crees que estará de acuerdo con que viva con vosotros?

—Por supuesto.

—Y, respecto a Dean, ¿hablarás con él?

—Lo intentaré. Pero no sé si puedo asumir que me rompa el corazón. Y no quiero acabar triste y sola por seguir insistiendo en estar con él. Quiero lo que tienen mis padres. Ellos son increíbles. Tanto que temo que los demás no podamos alcanzar una felicidad y unión similar — explico con amargura.

—Gabriela, odio la forma en la que Dean te ha tratado hoy. Pero alguien que se pone tan celoso no puede ser indiferente. Quizá solo tiene miedo de que tú le dejes y por eso te aleja él antes de que eso suceda.

—¿Por qué iba a tener miedo de eso?

—Porque siempre te ha tenido en un pedestal, intuyo que eso es lo que le ha mantenido alejado de ti, no que estuvieras conmigo.

—¿De verdad crees eso?

Asiente, entrelaza sus dedos con los míos y declara:

—No sé qué va a pasar entre él y tú, pero lo que sí puedo decirte es que estaré a tu lado. Volvemos a ser un equipo y me encargaré de que seas feliz. Aunque para eso tenga que hablar con Dean yo mismo.

—De acuerdo, pero no ahora. Necesito que recapacite y hablar con él antes de que tú lo hagas.

—Lo que sea mejor para ti.

Vuelvo a abrazarle y en ese momento mi madre entra en la cocina.

—Lo siento, no quería interrumpir —se disculpa con una sonrisa.

—Solo estábamos poniéndonos al día. ¿Comemos?

—Sí, tu padre ya tiene lista la barbacoa.

Intercambio una mirada cómplice con Brian y con las manos entrelazadas volvemos al jardín. No puedo dejar de pensar en Dean, pero tengo que centrarme en la comida con mis padres. Necesitan paz y yo voy a dársela.

DEAN

En la actualidad

Llego a casa en autobús, cansado y malhumorado. Ethan no está, lo prefiero, no tengo ganas de explicarle lo que ha sucedido. Abro una cerveza y la tomo con más rapidez de la que debería mientras las imágenes de Brian y Gabriela juntos se apoderan de mí. Quizá es lo que necesitaba para que este sentimiento irracional que me ha dominado los últimos días desaparezca. O quizá termine de volverme loco por ella a causa de los celos. No lo sé porque nunca me había sentido así antes y por tanto no tengo con qué comparar. Querría volver y arrancar a Gabriela de los brazos de Brian, pero no puedo hacerlo porque ella jamás me elegirá a mí. Ambos están en una liga diferente. ¿Qué me pasa? ¿Por qué eso me altera tanto? La visión de sus ojos llorando cuando la he herido se me clava en el corazón. Odio haberla hecho llorar. Y una parte de mí, la que todavía es noble, se siente culpable por haberle contado a gritos a Brian que Gabriela perdió la virginidad conmigo. He sido un capullo, lo cual evidencia una vez más por qué Gabriela siempre elegirá a Brian antes que a mí.

Lo peor es que estoy seguro de que no podré olvidarla. He conocido a muchas chicas guapas y no me he vuelto loco por ninguna. Pero ella es mucho más que un rostro o un cuerpo bonitos. También es inteligente, dulce, divertida, atenta, cariñosa y apasionada. Es maravillosa, y por eso prefiere estar con Brian, que es como ella. Me ahogo en mi propio dramatismo abriendo otra cerveza y maldigo el momento de tentación que tuve la primera noche que estuvimos juntos. Era tan irresistible... Ella en mi cama, su cuerpo

junto al mío... Gabriela es de la clase de chicas que deseas pero que no puedes tener. Y por eso ahora que la he tenido y la he perdido antes incluso de poder saber a dónde nos llevaba todo esto, estoy desesperado. La necesito, como no pensé que podría necesitar a nadie. Y es algo mucho más grande que el deseo desbordante. Los recuerdos de los pequeños detalles que no había advertido hasta ahora se apoderan de mi mente. La forma que tiene de sonreír, el modo en el que se aparta el cabello de la cara cuando estudia, la concentración de su mirada cuando lee, la forma de jugar con las servilletas cuando está nerviosa, el brillo en sus ojos cuando me lanza alguna ironía, su risa cuando digo alguna tontería. Su forma de acariciarme con una ternura infinita que es capaz de convertirse en pasión desenfrenada, los diferentes modos de humor reflejados en un solo gesto. Un montón de detalles que antes me habían pasado inadvertidos y que ahora crean un mosaico irresistible de detalles que echo de menos.

Debería odiar a Brian, pero no tengo derecho a ello. Yo he estado con Gabriela una semana y estoy completamente perturbado. Él salió dos años con ella, no puedo imaginar lo que debe ser para él tener la oportunidad de recuperarla. Estudiar juntos, quizá luego trabajar en el mismo despacho de abogados. Tener el futuro que soñaron juntos en el instituto. Una desazón me carcome por dentro. Me voy a la cama y trato de olvidar que hoy me he despertado con ella aquí, pero su imagen llorando se aparece ante mí y me pregunto si me perdonará. Me ha perdonado muchas cosas: mi indiferencia, mis groserías... Pero esto es distinto. Entro en pánico. No puedo soportar la idea de que no me perdone. Y todavía menos que lo haga y me diga que está con Brian. Debo alejarme de ella y dejar de sufrir. Ella es de Brian y yo no tengo nada.

GABRIELA

En la actualidad

Sofía me está observa con tanto detenimiento desde que comencé a explicarle lo que sucedió en casa de mis padres que me siento como si fuera un insecto bajo la lupa de un microscopio. Finalmente, declara:

—Me parece bien que Brian viva con nosotras, por lo que me has contado de él será fácil la convivencia y nos irá muy bien su parte del alquiler. Pero ahora tendrás a los dos chicos de tu vida en la misma ciudad, ¿cómo se supone que vas a lidiar con eso?

—No lo sé, tengo que convencer a Dean de que Brian y yo no volveremos a estar juntos, pero dudo que me crea con facilidad.

Suspira, se levanta y me prepara una infusión relajante. La necesito después de las emociones del día.

—Gabriela, tienes la vida más complicada de todas las vidas complicadas que he conocido, incluida la mía. No sé cómo ayudarte.

Sonrío y tomo su mano.

—Lo haces cada vez que me escuchas. Si no fuera por ti no hubiera resistido la presión de estar lejos de mi casa y de Brian.

—A pesar de lo que me has contado, a veces tengo la sensación de que te importa más que Dean.

No hay tono acusatorio en su voz. Quizá por eso me gusta tanto estar con ella. No espera que sea perfecta, solo yo misma, y que sea feliz. Por eso es la única que puede entender cómo me siento. Trato de explicarle:

—No puedo comparar lo que siento por ellos. Brian fue mi mitad y nada

cambiará que siempre será mi mejor amigo. Pero estoy enamorada de Dean.

—¿Y si te deja por esto? No parece un chico muy paciente.

—No lo es. Es cuanto a emociones se refiere es muy visceral.

—¿Y eso te molesta o te gusta?

Sonrío, pocas personas me conocen como Sofía.

—Yo soy serena y tomo mis decisiones aplicando la lógica. No me gusta lo que ha pasado por Dean, pero envidio su forma de expresar lo que siente sin miedo a nada. Ojalá yo fuera capaz de hacer lo mismo.

—Sí, porque si lo hicieras Dean sabría lo mucho que te importa.

—Tengo que ir con cuidado con eso. Está demasiado seguro con todas las chicas porque ellas le veneran, siempre ha sido así. Incluso las señoras mayores le miraban cuando estábamos en la playa y él lucía esos abdominales perfectos.

—Sigue hablando de ellos y hasta yo querré verlos, por no decir tocarlos para asegurarme que son de verdad —bromea Sofía guiñándome el ojo.

Sacudo la cabeza, la idea de mostrarle a Dean sin camiseta no me apetece nada.

—Esa idea es perturbadora.

—Soy estudiante de enfermería, mi interés es puramente científico.

Río e incido:

—Brian tiene un cuerpo increíble, pero contrólate cuando viva con nosotras.

—Tranquila, a él también lo miraré únicamente con interés científico.

—Eres incorregible.

—Soy como todas las chicas, solo que yo soy capaz de admitir en voz alta que me gusta ver a chicos guapos sin camiseta, sobre todo porque no estoy con ninguno desde hace más tiempo del que recuerdo.

Vuelvo a reír.

—De acuerdo, mira a Brian lo que quieras, pero no le digas nada. ¿Pacto?

—Vaya aburrimiento de pacto —protesta fingiendo un mohín de disgusto.

—El aburrimiento es seguro. Y si te sirve, no creo que vaya a tener mucho de eso ahora que tengo que conciliar a Dean con Brian.

—El chico malo siempre trae problemas. Aunque supongo que te lo compensará con creces.

Mi pulso se dispara al pensar en las numerosas formas en las que Dean puede compensarme la escena de hoy.

Sofía sonrío, apura su bebida y se levanta para tomar otra. Yo no digo nada y miro la pantalla vacía de mi teléfono. Dean no ha contestado a ninguno de mis mensajes y en cambio tengo tres de Brian interesándose por cómo estoy. Los dos chicos de mi vida están de nuevo enredados de nuevo en mi vida y no sé cómo hacer que todo encaje.

DEAN

En la actualidad

Surfear con una chica enredada en tu cabeza no es la mejor idea, me recuerdo a mí mismo mientras pongo un poco de alcohol a la herida que me he hecho al caer de mi tabla. Ethan, que acaba de entrar en el apartamento, me observa con preocupación.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Me he caído.

—Eso ya lo veo, pero tú casi nunca te caes. ¿Qué ha pasado?

—Ya te lo dije, Brian ha vuelto y ahora vivirá con Gabriela. Y no puedo sacarme de la cabeza la visión de ellos dos juntos.

Respira hondo y se sienta a mi lado:

—Tenemos que hablar.

Arqueo una ceja, esa frase no suele preceder nada bueno.

—Gabriela ha estado hoy en la tienda.

Maldigo entre dientes.

—¿Y?

—Me explicó vuestra discusión.

—Eso ya lo había hecho yo.

—Lo sé, pero su versión fue menos dramática y más coherente.

—Todos mis amigos terminan poniéndose de su parte. Encantador —
protesto.

—Dean, deja los celos. Gabriela está muy preocupada.

—¿Estaba sola?

—Sí.

—Pero va a vivir con Brian.

—Me temo que sí.

—Entonces no hay mucho más de lo que hablar.

—Pero Gabriela está triste, no me pareció que hubiera vuelto con él —
insiste.

—Es cuestión de tiempo.

—Eso no lo sabes.

Suspiro frustrado. No sé cómo procesar esto.

—No sé si estoy preparado para hablar con ella.

—¿Por qué no lo intentas? No le has dado la oportunidad de explicarse, quizá tenga una buena razón para aceptar a Brian como compañero de apartamento.

—Claro que la tiene: es su alma gemela.

—Es su novio del instituto. Y es cierto que hacían una excelente pareja y que siguen siendo amigos, pero si quisieran estar juntos lo harían sin tanto enredo. ¿No te parece?

Maldición. Odio cuando Ethan tiene razón. Mi voz se suaviza.

—No digo que estén juntos ahora mismo. Pero sí que si viven juntos terminará pasando.

—Eso es algo que te has creado en tu cabeza, pero no tiene por qué ser verdad. Dean, nunca te he visto ponerte intenso con ninguna chica. De hecho, todas te dan igual. Pero Gabriela hace que incluso te caigas de la tabla de surf. Te lo suplico, habla con ella. Vamos al bar, nos tomamos una copa y observas cómo está todo.

Es tentador, pero no sé cómo enfrentarme a que no le he respondido a las llamadas durante todos estos días. Si ha ido a la tienda de Ethan es porque quiere hablar conmigo, pero eso me da miedo. Como admitir que quizá fue

inmaduro por mi parte salir corriendo de casa de nuestros padres, porque ese es el tipo de cosas que Brian no haría. Y no quiero que me compare.

—No me apetece salir.

—A ti siempre te apetece salir —me corrige—. Y sé que odias las conversaciones profundas, pero algo me dice que estarás mejor cuando hables con ella.

—Está bien —acepto a regañadientes. Conozco a Ethan lo suficiente como para saber que no va a darse por vencido y, además, tiene razón. Una parte de mí, la que no está asustada y dolida, se muere de ganas de verla.

Me visto con rapidez y sigo a Ethan hasta el bar. Un cúmulo de sensaciones me domina. Tengo miedo de lo que Gabriela pueda decirme, aunque deseo tanto volver a verla... Pero todo se esfuma en cuanto llego allí. Me detengo en la entrada, no la veo. Ethan también revisa el local con la mirada, y el guardia de seguridad, que ya nos conoce, comenta:

—Si buscáis a Gabriela, no está.

—¿Le ha pasado algo?

—No, tenía que ir a la ciudad donde viven sus padres para ayudar a un amigo a mudarse.

Tiene que estar bromeando. No solo vivirá con él, sino que falta al trabajo para ayudarle. Aprieto los puños y Ethan propone:

—¿Nos vamos?

—No, me gusta este sitio —respondo con sorna indicando un grupo de chicas muy sexis que han entrado entre risas...

Su rostro se tuerce. Me conoce lo bastante bien como para saber que estoy furioso y eso suele llevarme a ser bastante impulsivo.

—Dean, esto no es una buena idea...

—Vete si quieres, puedo quedarme solo. O, mejor dicho, estoy seguro de que no estaré solo.

Sacude la cabeza con fuerza.

—Eso es todavía peor idea. ¿Por qué no vamos a casa y llamas a Gabriela?

—Porque ella está disfrutando de una velada con su querido Brian en el mismo lugar en el que pasearon su relación durante dos años, mientras yo estoy aquí solo y con cara de idiota por haber venido a buscarla, así que voy a pasármelo bien. ¿Algún problema?

—No, pero presiento que va a ver mucho de eso próximamente — masculla Ethan mientras toma asiento.

Pido unas cervezas a una camarera y, cuando nos las sirve, me tomo la mía con más velocidad de la que debiera. Necesito relajarme y, sobre todo, olvidar la imagen en mi mente de Gabriela riendo y pasando la noche con Brian en lugar de conmigo. Me siento tan amenazado... Si fuera otro tipo de chico, la llamaría y le preguntaría qué está pasando. Pero no soy otro tipo de chico, soy yo y ahora mismo no puedo manejar mis sentimientos. La añoro, pero estoy profundamente enfadado con ella porque no se da cuenta de lo que significa para mí que Brian vuelva a su vida. Y, sobre todo, porque intuyo que solo he sido una distracción hasta que Brian estuviera con ella de nuevo. La extraño tanto que duele: sus abrazos, su mirada, su sonrisa, su conversación, lo sexi que resulta cuando estamos piel con piel. Pero ella ha decidido y no puedo sino tratar de sacarme esta maldita estaca que tengo en mi corazón. Una chica se acerca con una sonrisa y golpea ligeramente mi brazo llamando mi atención. Ethan me mira con desaprobación, pero pronto su amiga hace lo mismo con él. Se sientan con nosotros, ríen a carcajadas y enseñan sus escotes y sus pantorrillas con cada movimiento. Debería irme, salir de aquí antes de cometer una equivocación. Pero no quiero ser el chico patético que se queda esperando a una chica que encontró hace tiempo a su hombre perfecto. No soy así, yo soy el que puede estar con quién quiera, el

que no sufre por una mujer. Pido otra cerveza, no quiero marcharme, necesito olvidar a Gabriela y eso no lo conseguiré solo.

GABRIELA

En la actualidad

Adoro la sensación de estar en casa en casa de mis padres, de volver a un hogar en el que me siento segura. Aunque ahora que Dean no me habla cada rincón me recuerda a él. Quiero estar aquí y ayudar a Brian con su traslado, pero también volver a Los Ángeles e intentar que Dean me escuche. No es la primera vez que me ignora, pero siento que una daga se clava en mi corazón. Los días han pasado y mis intentos de contactar con él han sido infructuosos. Ni siquiera conseguí que Ethan le convenciera de hablar conmigo, porque después de mi visita a su tienda, Dean sigue sin llamarme. Me siento frustrada y a la vez enfadada de que no sea capaz de contestarme los mensajes o devolverme mis llamadas de teléfono. Podría ir a su apartamento, pero me aterra pensar que, si lo hago, lo encontraré con otra chica. Estoy volviendo loca a Sofía con una nueva sesión de películas y helados; y puedo leer en su rostro la frase “te lo advertí”. Lo más frustrante es que, aunque Dean reaccionó de esa forma porque se sintió amenazado, me niego a escoger entre él y Brian. Estoy enamorada de Dean, pero Brian fue el sustento de mi cordura y una parte vital de mi recuperación durante dos años; y no puedo olvidarlo y apartarle de mi vida solo porque Dean no sepa controlar sus celos.

Respiro hondo. He comprobado varias veces mi teléfono, pero lógicamente no está roto ni nada por el estilo. Simplemente, es sábado y está claro que Dean no va a perder el tiempo contactando conmigo cuando puede... La idea me crispa tanto que estoy a punto de romper el teléfono. ¿Cómo puede considerarme “prescindible”? El timbre del teléfono suena,

pero es Sofía, lo que me extraña.

—Hola, ¿sucede algo?

—Buenos días, ¿estás bien?

El tono de su voz me pone en alerta y repito:

—¿Qué pasa?

—Quería hablar contigo lo antes posible. Dean estuvo en el bar anoche

—¿Fue a buscarme?

—Eso creo. Pero no le sentó bien que estuvieras ayudando a Brian con la mudanza.

—¿Y qué dijo?

Un silencio tenso toma la conversación.

—A mí nada, pero a todas las chicas guapas del local bastante.

Siento crujir mi corazón por el dolor.

—¿Se marchó con alguna?

—Me temo que sí.

Los sollozos toman mi garganta y Sofía se disculpa:

—Lo siento, sé que duele, pero debía contártelo.

—Claro que sí, eres una buena amiga. Solo era cuestión de tiempo que me cambiara por otra. Tú misma lo dijiste.

—Gabriela, lo siento muchísimo.

—Muchas gracias —susurro entre lágrimas.

—¿Te veo esta noche?

Trato de calmarme.

—Sí, Brian y yo llegaremos pronto para organizar sus cosas.

—Os ayudaré. Y de veras que lo lamento, pero sentí que debía...

—Si para Dean significo tan poco que puede acostarse con otra a la primera discusión es mejor que lo sepa ahora. Como tú dices, llevo demasiado tiempo enamorada del chico equivocado —la tranquilizo secando

mis lágrimas.

—Aun así, lo siento de verdad. Cuídate mucho, nos vemos esta noche.

—No te preocupes, estoy con Brian, él, se ocupará de mí.

Dejo caer el teléfono sobre la cama y entierro la cabeza en mis manos.

Brian entra en mi habitación y se sienta a mi lado:

—¿Qué ha pasado?

Aparto mis manos y alzo mi vista llorosa hacia él.

—Dean ha estado con otra.

—Lo siento.

—Sofía también lo siente —mascullo—. Pero lo que deberíais decirme es que me lo merezco por idiota. Creí que podía funcionar, pero era como intentar retener a un rayo de sol en las manos.

—Todo esto es por mi culpa. Si yo no hubiera vuelto...

—Hubiera sido por otro problema —le interrumpo—. Es Dean, nunca cambiará. Como él mismo siempre ha dicho, todas las chicas somos reemplazables.

Suspira y juguetea con mis dedos como hacía cuando salíamos juntos.

—Tu madre me ha enviado a decirte que la comida está lista. ¿Quieres que me invente una excusa en tu nombre?

—No, Dean no puede seguir paralizando mi vida.

Una sonrisa de satisfacción asoma a sus labios.

—Sigues siendo muy fuerte.

—En estos momentos, solo lo finjo — confieso—. Mis padres no pueden enterarse de nada

—Te ayudaré con eso. Monopolizaré la conversación con un montón de anécdotas de Harvard y así solo tendrás que sonreír.

Le atraigo hacia mí. Él me abraza y susurro en su cuello:

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti.

Nos separamos y declaro:

—Será divertido vivir juntos. Me alegra mucho que hayas vuelto.

—¿Aunque te haya hecho romper con Dean?

Sacudo la cabeza y respondo con honestidad.

—Hubiera ocurrido igualmente. Y que vuelvas a mi vida en este momento es lo mejor que podía pasarme. Compartir el instituto contigo fue perfecto y ahora me muero de ganas de hacer lo mismo en la universidad. No quiero perderte

—Lo mismo digo.

Sonríe y vuelve a estrecharme entre sus brazos largo rato. Añoraba tanto su cariño... Lo que le he dicho es cierto. Su presencia ha trastocado lo que estaba comenzando con Dean, pero estaba claro que él terminaría reemplazándome por otra en cuanto surgiera un problema. En cambio, Brian es mi faro. Lo fue en el instituto, en la distancia y ahora de nuevo a mi lado. Y nada, ni siquiera lo que siento por Dean, puede hacer que quiera que Brian esté lejos de mí. Le necesito y él me necesita a mí. El destino nos separó, pero ha vuelto a juntarnos y al menos debo estar feliz por eso, aunque mi corazón se rompa porque Dean me haya engañado.

DEAN

En la actualidad

Estoy tumbado en el sofá, malhumorado y cansado; y lo último que necesito es a Ethan mirándome con furia y gritándome:

—¿Qué demonios te pasa?

—Nada.

—¿Nada? ¿Entonces de qué iba lo de anoche? Tienes la oportunidad de estar con la chica más increíble del mundo y solo se te ocurre enrollarte con otra.

—No me acosté con la chica de anoche —me defiendo.

—Me dejaste solo y te fuiste a su casa. Dudo mucho de que fuera para hablar.

—No pasó nada, me arrepentí de lo que estaba a punto de hacer en cuanto crucé la puerta de su apartamento y me fui —aclaro.

—No has pasado la noche aquí...

—Sí que lo he hecho, pero me he levantado pronto y he pasado el día en la playa, necesitaba refrescar mis ideas.

Ethan respira aliviado unos segundos, me conoce bien y sabe que no le mentiría. Pero enseguida su rostro se tuerce de nuevo:

—¿Se te ha ocurrido por un momento que tonteaste con ella en el bar donde trabaja Gabriela?

—Ella no estaba, se había cogido la noche libre para ayudar a su perfecto novio a hacer el traslado.

—Exnovio hasta donde yo sé. Y ya que estamos, ¿te has olvidado que su

compañera de apartamento y mejor amiga trabaja allí? ¿Qué crees que estará pensando Gabriela ahora mismo?

Me encojo de hombros.

—Que su adorado Brian está aquí. No tiene tiempo de pensar en mí.

—Lo único que sé es que discutiste con ella y dejaste de contestarle sus mensajes de texto y sus llamadas. Y después te fuiste con otra chica delante de su mejor amiga. ¿Te das cuenta de que te estás sabotando a ti mismo?

—Nunca ganaré a Brian —mascullo con resentimiento.

—¡Se acostó contigo, no con él!

Una mueca irónica asoma a mis labios.

—Eso no significa nada, yo me he acostado con un montón de chicas que no me importaban.

—Gabriela no es así y lo sabes. No sé por qué no perdió su virginidad con Brian y sí contigo, pero no es el tipo de chica que actúa sin pensar.

—No sé cómo es Gabriela. Me he pasado casi todo el tiempo desde que la conocí intentando ignorarla, y de pronto me di cuenta que quiero todo lo contrario. Pero si algo estoy seguro es que siempre elegiré a Brian. Y eso me vuelve loco. No solo no puedo olvidarla, sino que quiero asesinar a Brian por volver y estropearlo todo.

—Dean, llevo viéndote toda la maldita semana actuando como un fantasma. Si tanto te importa, en lugar de aceptar que prefiere a Brian, ¿por qué no hablas con Gabriela y dejas que lo decida ella?

—Ya ha decidido.

—Decidió que dejaba que Brian compartiera apartamento con Sofía y ella. Pero no dijo nada de volver con él.

—Ethan, usa tu cerebro. Es Brian, están hechos el uno para el otro. No tengo ninguna posibilidad.

—¿Y, si tan claro tienes que no volverás a estar con Gabriela, por qué no

te quedaste a pasar la noche con la chica del bar?

—Porque una estúpida parte de mí sintió que la engañaba —reconozco—. Algo idiota si tenemos en cuenta que ella debe estar con Brian.

Ethan suspira y pasea nervioso por la habitación.

—En el instituto parecían la pareja perfecta, pero ni siquiera se acostaron y emprendieron caminos separados en cuanto terminó. No sé qué pasa entre ellos, pero si Gabriela estuviera conmigo, no la dejaría marchar tan fácilmente.

—No puedo compartirla con Brian —declaro con vehemencia.

—No te pido que hagas eso, pero no puedes pretender que ignore lo que sus padres y su mejor amigo quieren porque tú estés celoso.

—No soy un chico celoso.

—Lo eres con Gabriela, porque te importa. Decide si quieres intentarlo o ignorarla, pero deja de pasearte por el apartamento con ese aire depresivo.

Tomo aire. Ethan tiene razón. Soy yo quien está saboteando la relación que empezaba con Gabriela por mis miedos, pero no puedo evitarlo. Sé manejarme como chico de una noche, no como novio ni nada similar. Pero no puedo continuar así, perdido y furioso sin saber lo que piensa ella.

Ethan camina hacia mí, apoya su mano en mi hombro y resalta:

—Gabriela es especial. Si una chica así me diera una mínima oportunidad, no la desaprovecharía y desde luego Brian no me alejaría de ella.

—Sería más fácil volver a lo de antes. Chicas de una noche sin problemas.

—Más fácil, pero más aburrido —Suspira hondo antes de continuar—. Ya te lo dije, Gabriela es la clase de chica de la que todo el mundo se enamora un poco. Te eligió a ti antes de que yo pudiera hacer ningún movimiento y lo acepto. Pero odio ver como dejas que se te escabulla de las manos con tanta facilidad. Brian se marchó a Harvard sin ella, perdió su oportunidad. No hagas tú lo mismo.

Mi corazón se oprime y comprendo que tiene razón. No responder a sus llamadas me está destruyendo y, a juzgar por la cantidad de veces que lo ha hecho, no soy el único que se está volviendo loco. No puedo aguantar mucho más sin explotar, y decido:

—Hablaré con ella.

—¿Ahora?

—No lo sé... —respondo con amargura.

Ethan apoya una mano en mi hombro y se despide:

—He quedado. Volveré tarde, eres libre de ir en busca de Gabriela y hacer lo que quieras.

—Estará con Brian —insisto.

—Solo es su amigo y su compañero de apartamento hasta que no te diga lo contrario.

—¿Y si me ha estado llamando para contarme que vuelven a estar juntos?

—Insisto en que, yo en tu lugar, haría algo al respecto. Si es tu novia, no te des por vencido tan fácilmente.

Nos separamos y me quedo pensativo. Me muero de ganas de ver y hablar con Gabriela, pero estoy tan herido como lo estuvo ella cuando le grité. Me duele que me cambie por Brian con tanta facilidad. Respiro hondo. Por primera vez en mi vida, tengo miedo al rechazo. Las chicas nunca me dicen que no. Son complacientes y están deseando estar conmigo. Luego las echo a la mañana siguiente y no experimento su desilusión. He pasado unos momentos increíbles con Gabriela, pero cuando la vi con Brian solo me vi como su chico de una noche. Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Ethan tiene razón. Tengo que arreglar esto, no puedo dejar que Brian gane con tanta facilidad. Él tuvo su oportunidad durante dos años y la desaprovechó al dejarla para irse a Harvard. Ahora me toca a mí.

Decidido, me doy una ducha rápida, me arreglo y conduzco hasta el

apartamento de Gabriela con rapidez. Ella misma me abre la puerta, y mi corazón se acelera cuando la veo. Está pálida y ojerosa, y me pregunto si será culpa mía. Me mira sorprendida y le digo por todo saludo:

—Necesito hablar contigo.

Su boca se tensa y bloquea la puerta:

—No tenemos nada de qué hablar. Sé lo de anoche con esa chica.

Brian aparece detrás de ella con la mirada acusadora.

—¿Qué quieres de Gabriela, Dean?

—Hablar con ella, nada que te inmiscuya.

—Si termina llorando por tu culpa es asunto de todos —incide Sofía, que ha aparecido detrás de él.

Respiro hondo y trato de tomar fuerzas. Discutir con tres es más difícil que hacerlo solo con uno. Más cuando tienen razón en su actitud acusadora por lo que pasó anoche. Pero no puedo sincerarme delante de ellos y le ruego:

—Gabriela, tengo que hablar contigo, a solas. Por favor...

Ella mira a Brian y Sofía dubitativa, y esta masculla:

—Tienes cinco minutos, mientras bajamos a buscar unas pizzas. Si cuando subamos está llorando, te golpearé en los lugares más dolorosos del cuerpo. Y te aseguro que tengo muy claro cuáles son.

Una sonrisa irónica asoma a los labios de Gabriela y susurra mientras les observa marcharse:

—Es una ventaja que mi mejor amiga estudie enfermería.

Esbozo una sonrisa irónica y pregunto con suavidad:

—¿Puedo pasar?

—Adelante.

La sigo hasta la cocina americana y ella se sienta sobre uno de los taburetes en los que el otro día desayunamos, medio desnudos, entre risas y besos. La culpabilidad se apodera de mí y me disculpo:

—No quería herirte. Debí haberte dado la oportunidad de hablar, pero verte con Brian y saber que ibais a vivir juntos fue superior a mis fuerzas.

—Él solo es mi amigo. Pero tú estuviste con otra chica anoche. Me reemplazaste como si fuera un objeto —me recrimina con acritud.

—No pasó nada. Solo la besé.

—Eso me tranquiliza mucho —masculla visiblemente herida.

—Estuvo mal. Soy un idiota que no sabe estar solo con una chica, sobre todo si tiene miedo de perderla.

Arquea una ceja, con hastío.

—No puedes ir en busca de otra chica cada vez que discutas conmigo.

—No era una discusión. Creí que estabas con Brian.

—Te dije claramente que no. Pero tú no quisiste escucharme —me reclama con furia.

—Lo siento, esto es más difícil de lo que pensé.

Su mirada se hace más brillante.

—Claro que es difícil. Se le llama relación. Tratas de saber qué sucede entre nosotros, pero no lo averiguarás si al primer conflicto dejas de hablarme y te buscas a otra.

—Solo quiero que sea fácil, como lo era entre tú y Brian.

Su rostro se tuerce.

—Aquello era diferente.

—Explícamelo.

—No puedo.

Respiro hondo antes de confesar:

—Gabriela, trata de comprenderme. Es difícil saber que nunca estaré a la altura de él.

—Eso es ridículo. Yo jamás te he dicho que no fueras suficiente ni te he comparado con Brian. Todo está en tu maldita cabeza. ¿Se te ha ocurrido que

si elegí estar contigo es porque creo que lo vales? Lo pensaba en el instituto cuando te defendí ante Mackenzie y lo pienso ahora.

La miro apesadumbrado.

—Soy un idiota. Debí hablar contigo y escucharte en lugar de correr a besar a la primera chica que vi.

Su mirada se endurece.

—No aceptaré ese tipo de relación. No soy de esa clase de chicas con las que pasas la noche cuando te apetece y a las que reemplazas sin pestañear.

—Lo sé, y yo tampoco quiero eso contigo. No lo justifica, pero había bebido, no paraba de pensar que estabas con Brian y...

—Podías haber hablado conmigo. Eso era mejor opción que emborracharte y besar a otra.

Su voz suena dolida.

—Tienes razón y ojalá hubiera actuado así, pero yo no soy tú, Gabriela. Estoy aprendiendo lo que es estar comprometido con alguien y lamento mucho haberte herido, pero reaccioné de la misma forma que he hecho siempre.

Sus ojos parpadean con rapidez.

—¿Significa eso que cada vez que discutamos irás en busca de otra chica?

—No, claro que no. Fue un error y no volverá a repetirse. Solo estaba furioso por lo de Brian.

Suspira, visiblemente exasperada.

—Dean, por última vez, no estoy con Brian y no voy a estarlo. Pero es mi amigo y vamos a ser compañeros de apartamento. Y si tú forma de reaccionar a ello es serme infiel, esto no nos lleva a ninguna parte.

—¿Le escoges a él antes que a mí?

—Escojo ser libre para decidir quién es mi compañero de apartamento. Y, sobre todo, elijo ser libre para actuar como creo que debo sin temer que me

vas a engañar con otra por eso. Tengo que confiar en ti porque lo merezcas, no porque yo haga todo lo que me pidas para que no te enfades.

Sus palabras se clavan en mi corazón como un cuchillo. Tiene razón, tanta que duele. Me paso las manos por el cabello, nervioso, y trato de explicarme:

—No quiero ser posesivo ni que hagas lo que yo quiero por miedo a que te engañe con otra porque eso no va a volver a pasar. Pero necesito que me entiendas. Estar contigo es increíble. Tanto que he pasado con una facilidad que me asombra de no estar con la misma chica más de una noche a sentirme bien estando solo contigo.

—¿Y por qué eso es malo?

Tomo una respiración profunda y la imagen de ella abrazándose con Brian en el instituto vuelve a mi mente con fuerza.

—Porque sabía cómo actuar con las noches fáciles. Un momento de placer y todo había terminado a la mañana siguiente. No tenía que volver a pensar en ello. Sé lo que esperar de las relaciones fugaces porque es lo que he tenido hasta ahora. Me sentía bien por unas horas y luego volvía a mi rutina de surf y salidas con mis amigos. No era perfecto, pero estaba bien.

Arquea los ojos.

—¿Me estás diciendo que yo no te hago feliz?

—No, al contrario. Lo que te estoy diciendo es que me haces tan feliz que temo que en algún momento algo sucederá y te perderé. Y cuando vi a Brian y dijisteis que viviríais juntos, ha sido como si viera ese final tan claramente que dolía. Y por eso me fui con esa chica, necesitaba olvidar. Pero no fui capaz de llegar más allá de un beso porque solo podía pensar en que te estaba engañando. No tiene sentido, pero es lo que siento.

Su mirada se suaviza y acaricia mi mejilla con ternura:

—Tú me haces feliz. Y te prometo que Brian y yo solo somos amigos y eso no va a cambiar. Lo único que ahora mismo puedo alejarnos es que seas

incapaz de aceptar mi amistad con Brian y te vayas con otra chica como hiciste anoche.

—No volveré a hacer eso. Pero, ¿cómo puedes estar tan segura de que Brian y tú no volveréis a estar juntos?

—Porque lo sé y mi palabra debería bastarte.

Nos miramos varios segundos con intensidad. Me oculta algo, pero leo en sus ojos que no está dispuesta a contármelo. Y, ahora mismo, no tengo fuerzas de seguir discutiendo, temo perderla si insisto; y solo me atrevo a preguntar:

—Si confío en ti, en que lo que dices es cierto, y acepto que vivas con Brian como amigo, ¿tú lo harás en mí?

Tarda unos dolorosos segundos en responder.

—No lo sé. Quiero confiar en ti, pero es difícil cuando a la primera discusión te vas con otra.

—Gabriela, eres demasiado buena para mí, los dos lo sabemos. Pero si me das una oportunidad te prometo que no volveré a engañarte.

Sonríe con suavidad.

—Está bien, no voy a darme por vencida contigo por un beso. Pero es la última vez que te perdono algo así. Si vuelve a haber otra mujer, yo desaparezco de tu vida para siempre.

—Ninguna, te lo juro.

La tomo entre mis brazos y le doy el abrazo que llevo rato deseando darle. Cuando la suelto, susurro.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. Por eso te llamé tantas veces. Me dolió mucho que no me respondieras —incide con tristeza.

—Eso también lo lamento. Debí contestar el teléfono. A veces puedo ser un estúpido cabezota. Otra cosa que te prometo que no volveré a hacer.

Ella sonríe indulgente y comenta:

—Brian y Sofía no tardarán en volver.

—¿Podríamos ir a algún sitio los dos solos? —propongo.

—Hoy no. Es la primera noche de Brian aquí, no sería justo que le dejara solo con Sofía.

Su mirada se clava en la mía. Sé lo que está haciendo: retarme. Tiene razón. Ella es la que ha convencido a Sofía para que Brian viva con ellas, sería una maleducada si les dejara solos la primera noche que él está aquí. Pero no quiero rendirme, y propongo:

—¿Y si me quedo con vosotros?

—No creo que quieras estar con ninguno de los dos —responde con amargura.

Algo se remueve en mi interior.

—No es que no quiera estar con ellos. Con Brian tengo un largo historial de desencuentros y después de lo del beso, Sofía me odia. No sé cómo arreglar esto.

—Brian sigue apreciándote, mucho más de lo que imaginas. Y respecto a Sofía, si yo confío en ti ella también lo hará. Quédate, quiero que lo hagas. Tomaremos pizza, beberemos cerveza y no tocaremos ningún tema escabroso.

—¿Estás segura?

Asiente y vuelve a besarme. La emoción me recorre. Ethan tiene razón. Aunque diera la vuelta al mundo, no encontraría nadie tan comprensivo como ella. Mis labios se posan sobre los de ella y la voz sarcástica de Sofía, que acaba de abrir la puerta, se escucha detrás de nosotros:

—¿Cinco minutos con tu chico malo y te olvidas de todo?

Gabriela suspira y me toma de la mano:

—Le he invitado a cenar.

—¿También has invitado a la chica con la que estuvo anoche?

Su tono desaprobador y gélido me estremece, pero Gabriela la tranquiliza:

—Él ya me ha explicado eso y solo fue un beso. ¿Podemos cenar tranquilos y olvidarlo?

—A mí me parece una buena idea.

La voz conciliadora de Brian me saca de quicio. Se supone que tiene que enfrentarse a mí, no comportarse como un caballero cuando quiero quedarme con la que fue su novia. Sofía susurra entre dientes, pero se aleja para comenzar a prepararlo todo y Brian la sigue para ayudarla.

—Esto va a ser muy incómodo —susurro.

—Así comienzas a pagar por haber besado a otra —replica Gabriela guiñándome el ojo.

—¿No lo habías olvidado? —protesto.

—Te he perdonado, pero no lo he olvidado. Para eso tendrás que hacer algo más que pedir perdón.

Sonrío. Me gusta que no me perdone con tanta facilidad, también importarle tanto como para darme una segunda oportunidad. Sofía y Brian vuelven enseguida y los tres nos sentamos en el sofá, apoyando las bandejas de las pizzas y las bebidas en una pequeña mesa central. La cena es tan incómoda y silenciosa como me había imaginado. No culpo a Sofía por juzgarme. Fue amable conmigo cuando le dije que buscaba a Gabriela y me dijo que estaba en la playa, pero desde que me vio con la otra chica está a la defensiva. Por lo visto Gabriela no es la única a la que debo convencer de que cometí un estúpido error que no volverá a repetirse. Respecto a Brian, su mirada tiene una dualidad que me preocupa. Por una parte, es protectora, asegurándose de que no dañe a Gabriela con ninguna de mis palabras. Por la otra, es enigmática y me reafirma que no puedo confiar en lo que Gabriela me ha dicho sobre que no volverán a estar juntos. Después de lo que vivieron

juntos durante dos años no me fío de él y no creo que pueda hacerlo nunca.

Cuando la cena termina, Gabriela me acompaña a la puerta y me despido:

—Gracias de nuevo por ser tan paciente conmigo.

—Tú solo prométeme que no volverás a hacerlo y todo estará bien.

—Igualmente, te lo compensaré. ¿Te recojo mañana después de tus clases y damos un paseo por la playa? Luego podemos cenar en mi apartamento.

Leo la duda en sus ojos y comprendo lo que no se atreve a decirme. Trago saliva y declaro:

—Imagino lo dolida que debes estar por lo del beso a la otra chica y entiendo que necesites tiempo para que tú y yo estemos juntos. Solo quiero insistir en que no va a volver a pasar y no quiero que te sientas presionada a hacer nada porque temas que yo...

Ella sonrío y acaricia mi mejilla.

—Solo unos días. Hasta que aclare mi mente.

—Los que necesites. Y de verdad me gustaría cocinar para ti.

—Me gusta que cocines para mí. Tener un novio deportista que cuida tanto su dieta es muy útil —bromea.

—Hoy he comido pizza —me recuerda.

—Un día es un día. Pero mañana puedes prepararme algo muy sano para después del paseo.

—De acuerdo, y luego te traeré a casa como un caballero. ¿Pacto?

—Pacto.

Los dos sonreímos y ella me besa con dulzura. Desearía retenerla en mis brazos y profundizar el beso, pero Brian y Sofía están muy cerca y todavía debo pagar lo del beso. Todavía no puedo creer que hiciera algo tan estúpido que me haya alejado de Gabriela. Como Ethan siempre dice, ella es única y voy a tenerlo en cuenta cada vez que otra chica se acerque a mí meneando sus

caderas.

GABRIELA

En la actualidad

Ha pasado un mes desde la discusión y la posterior reconciliación. Me conmovió que Dean me pidiera perdón y que aguantara la cena con la visible hostilidad de Sofía y la presencia de Brian caldeando el ambiente. Y, aunque no olvido lo del beso con la otra chica, soy incapaz de mantenerme alejada por él mucho tiempo y quiero ver a dónde nos lleva esta nueva etapa que hemos comenzado, romántica, pasional, pero también complicada. Dean se niega a dormir en mi apartamento, así que paso más tiempo en el suyo que en mi casa. Eso no afecta mi relación con Brian, compartimos clases y gran parte del día de la universidad. Pero sí echo de menos a Sofía. Seguimos trabajando juntas, pero apenas tengo tiempo de tener una conversación de calidad con ella, por lo que hoy hemos quedado en la playa para hablar durante el único hueco que hemos conseguido encontrar en nuestras agendas. Su puntualidad británica hace que ya me esté esperando en uno de los bares de delante de la playa, con los pies enterrados en la arena y un combinado de frutas en la mano. Se la ve cansada, algo lógico con el horario de locos que lleva entre los estudios, las prácticas de enfermería y nuestro trabajo en el bar. Me siento a su lado y me quito los zapatos. Sonrío. La arena todavía está caliente y la brisa despeina mi cabello y acaricia mi piel de ese modo que tanto me gusta. Ella me pide un batido de fresa, mi favorito, y me pregunta:

—¿Cómo ha ido esta noche?

—Bien con Dean, mal para mis estudios. Si quiero volver al ritmo de mis clases debería dejar de dormir con él entre semana —confieso.

—Sexo que no te deja dormir. Suena muy bien, aunque estoy demasiado cansada para eso. O quizás es que he perdido la costumbre.

—¿Qué sucede?

—Los únicos hombres desnudos que veo últimamente son pacientes y esta mañana, a Brian.

—¿Has visto desnudo a Brian?

—Sí, he entrado en el baño y él salía de la ducha. Deberíamos poner un cerrojo, o no... No está mal disfrutar de un buen espectáculo de buena mañana.

—Dile eso y se morirá de vergüenza.

—No se lo he dicho, pero me tomado la libertad de detenerme unos segundos. Al final y al cabo, a nadie le amarga un dulce...

Rio por su sinceridad.

—Él no me lo ha contado.

—Eso es porque se ha sonrojado como un adolescente. Por cierto, ¿quién está mejor, él o Dean?

—Nunca he visto a Brian desnudo, ya lo sabes.

—No. Lo que sé es que no te acostaste con él. Pero quizá por curiosidad adolescente...

Me echo a reír al ver la expresión pícaro en su rostro y reitero

—Jamás le he visto desnudo.

—Entonces Dean es tu único referente... ¿Suficiente?

—No voy a hablarte de Dean desnudo.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustaría que él hablara con Ethan de mí desnuda, así que no haré lo mismo.

Se encoge de hombros, divertida.

—Está bien, pero estoy segura de que Ethan ya te ha desnudado

mentalmente unas cuantas veces.

—¡No digas eso!

—Gabriela, eres preciosa y tienes unas curvas muy apetecibles. Si fuera lesbiana estaría todo el día mirándote.

No puedo evitar sonrojarme.

—¿Y si dejas de decir las cosas con tanta sinceridad?

—Me paso el día viendo gente desnuda, con compañeros enrollándose los unos con los otros. ¿Es que nunca has visto una serie de médicos?

—Sí, pero no pensé que en la realidad...

—La realidad siempre supera la ficción.

—Y, en ese caso, ¿por qué no...?

Respira hondo.

—Porque no quiero que me hagan daño como le pasó a mi madre. Necesito estabilidad y centrarme en mi carrera y mis objetivos profesionales. Los chicos no son una variable que me interese ahora mismo. Menos todavía sacar mi lado salvaje y comprometer mi futuro con compañeros.

Sonrío y confieso:

—El lado salvaje no está mal de vez en cuando.

Reímos las dos y se interesa:

—Por cierto, ¿cómo lleva Dean el “tema Brian”?

—Después de la cena del otro día, se soportan cuando a veces Dean viene a clase a buscarme. Pero cada vez que están juntos Dean se pone muy tenso, a pesar de que Brian intenta hablarle con normalidad.

—¿Cómo es posible que un chico presuntamente duro sea tan inseguro?
—se extraña.

—No lo sé, no está acostumbrado a tener una relación y teme que sea más difícil mantener a una chica a su lado que conseguir una diferente cada fin de semana.

—¿Lo es?

—No voy a dejarle por Brian.

—Lo sé, pero, ¿Dean es el definitivo?

Suspiro. Esa es la pregunta que me he hecho miles de veces.

—No lo sé. Llevo más tiempo del que recuerdo enamorada de él. Estar juntos es un milagro, y por eso temo que no funcionará. Que él volverá a querer estar con otras chicas y yo terminaré con el corazón roto.

—Los polos opuestos se atraen...

—Pero a veces no es suficiente. Hay muchas chicas a su alrededor: alumnas, clientas, las que conoce en los bares... Me prometió fidelidad, pero a veces dudo que esté en su naturaleza serlo y que se canse de mí.

—Es irónico. Él tiene miedo de que le dejes por Brian y tú de que te engañe con cualquiera.

Exhalo con fuerza.

—Lo sé.

—Si te tranquiliza, en caso de que se le ocurra engañarte le golpearé en el lugar más doloroso posible. Las veces que consideres necesario.

—Eres una gran amiga. Aunque no apruebo la violencia.

—Lo sé, por eso sería yo la que le golpearía— Volvemos a reír y cuando nos serenamos ella añade—: Por cierto, ¿le has contado a Dean la verdad?

—¿A qué te refieres?

—Al accidente, a lo que sientes por él y desde cuando...

—No a las tres cosas.

—¿Por qué no?

—El accidente es algo del pasado, no quiero que ensombrezca la forma en la que Dean me mira. Y, respecto a lo que siento por él, no está preparado para saberlo.

—Pero quizá le ayudaría a sentir menos hostilidad hacia Brian.

—Puede, pero conozco a Dean. Nunca ha estado enamorado y, aunque esté celoso de Brian, dudo mucho que sienta por mí una milésima parte de lo que yo siento por él. Simplemente, no ha pasado suficiente tiempo. Quiere estar conmigo, pero eso no significa que me ame, y no quiero presionarle para que se plantee cosas que podrían alejarlo de mí.

—Gabriela, eres increíble. Ningún chico debería tener dudas de estar contigo o de sus sentimientos hacia ti.

—Te lo agradezco, pero si le demuestro a Dean la intensidad de mis sentimientos le asustaré. Prefiero ir despacio.

Sofía asiente y pedimos otra bebida, con la que nos sumergimos en una conversación alejada de Dean que consigue que me relaje y divierta como solíamos hacer; hasta que la imagen de mi chico acercándose a mí con el traje de neopreno marcando su cuerpo y sus cabellos mojados y enredados hace que casi se me caiga la copa de las manos. Cuando llega a mi lado, se inclina a mí, toma mi rostro con sus manos húmedas y posa sus labios sobre los míos. Su beso es profundo, como si no nos hubiéramos visto apenas hace unas horas, y me deja sin aliento.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que estarías aquí con Sofía. No quiero interrumpir vuestra tarde de chicas, pero vine a surfear con unos amigos y no quería perder la oportunidad de besarte.

Sofía ríe y comenta:

—Si la quieres, es toda tuya.

—No, te ha echado de menos. Yo seguiré con las olas y os veo las dos en el bar esta noche.

—Genial. Voy al baño, os dejo solos un momento —comenta Sofía guiñándome el ojo. Aunque se molestó mucho por lo del beso a la otra chica, dado que yo he decidido darle una oportunidad, ella también lo ha hecho.

Dean sonríe y me besa de nuevo con intensidad. Me gusta su pasi3n, entremezclada con dulzura y con el respeto a que pase tiempo con mi amiga. Un escalofrío caliente me atraviesa, pero entonces él me dice:

—Chad nos ha invitado a Ethan y a mí a acompañarlo a un nuevo bar.  Te importa si me paso por él y luego te recojo en el tuyo?

Una sombra asoma a mis ojos, y miento:

—No hay problema.

— Sucede algo?

—No, es solo que te echar  de menos.

Dean me escudriña con la mirada y adivina:

—No confías en mí.

—Sí lo hago —vuelvo a mentir.

— Seguro?

—La mayor parte del tiempo... —confieso.

Respira hondo.

— Es por la chica que bes ? Te prometí que no volvería a suceder.

—Lo s . Pero cuando entras en un sitio las chicas se vuelven locas, chicas muy guapas y eso me hace pensar que...

—No voy a engañarte.

Respiro hondo. He estado celosa de sus conquistas desde más tiempo del que recuerdo. Entonces solo dolía. Si ahora sucediera algo con una chica y fuera algo más de un beso, me destrozar a.  l toma mi rostro entre sus manos y susurra:

—Confía en mí, por favor. Lo que hice estuvo mal, pero no volver  a pasar, te lo prometo.

Me gustaría creerle, pero sigo temiendo que ese beso puede repetirse con otra chica y llevar a algo más. Fuerzo una sonrisa y le doy un beso rápido, pero me conoce lo suficientemente bien como para saber que no estoy

convencida.

—Esta noche Ethan se quedará a dormir con Chad. Tenemos la casa para nosotros solos.

—Suena bien. Además, Ethan debe estar harto de tenerme rondando por el apartamento.

—Aunque odie reconocerlo, a Ethan le encanta tu compañía —masculla con ironía.

—¿Y por qué él no te pone celoso y Brian sí? —la pregunta se escapa de mis labios antes de pensarla.

—Porque Ethan no fue tu perfecto novio durante dos años. Lo que me lleva a recordar nuestro pacto de que, si yo confío en ti para que vivas con Brian solo como amiga, tú tienes que confiar en que voy a ser te fiel.

Suspiro y acaricio su mejilla con suavidad.

—Me parece justo. Aunque es difícil salir con alguien que causa ese tipo de reacción en las chicas. Te recuerdo en el instituto... Te seguían como corderitos y hacían cualquier cosa para pasar tiempo contigo, incluso tus deberes.

Sonríe divertido.

—Esa parte estaba bien. Te podrías haber ofrecido tú...

—Yo intenté ayudarte a que los hicieras tú mismo y te negaste —le recuerdo con suficiencia.

Esboza una mueca burlona:

—Lo recuerdo, te ofreciste a enseñarme para que los hiciera yo mismo en lugar de dármelos hecho. Y a dejarme tus apuntes para que estudiara. Por eso no te hacía caso...

—Por eso y porque no era tan guapa como las otras —refunfuño.

—¿De qué estás hablando? Fuiste la reina del baile.

—Que saliera con el capitán del equipo tuvo mucho que ver con eso.

Además, me refería a que las chicas con las que ibas o con las que puedes encontrar en los bares, son mucho más sexis que yo.

Sus ojos brillan, se acerca más a mí y se presiona entre mis piernas. Abro los ojos con fuerza. Su traje está mojado y frío, pero ardo por el contacto. Me obliga a mirarle y declara:

—A estas alturas deberías saber que me pareces muy sexi. Y no solo cuando llevas ese escueto uniforme, sino porque es algo que emana de ti. Por eso me gusta tenerte desnuda en mi cama, no necesitas nada para ser la chica más irresistible que he conocido. Y también la más inteligente, divertida y, sobre todo, la única que me conoce realmente y, por alguna razón que no entiendo, quiere estar conmigo. Eres la chica más bonita que he conocido, pero no por tu físico sino porque tu forma de ser es increíble. Quizá no debería contártelo, pero Ethan me dijo que era imposible estar cerca de ti y no terminar un poco enamorado. Y si tienes la oportunidad como yo de que esa cercanía se convierta en mucho más, es imposible tener otro sentimiento.

Sus palabras me dejan boquiabierta y no sé si llorar porque he soñado durante años con que me dijera algo similar, o arrancarle ese traje de neopreno y demostrarle lo sexi y maravilloso que él me parece. Al final el destino decide por mí, ya que Sofía camina hasta nuestro lado. Me toma unos segundos recuperar la compostura, le sonrío y susurro a Dean:

—Te veo esta noche.

Él me besa con una intensidad arrolladora, saluda con la cabeza a Sofía y se va por donde ha venido dejándome con la boca abierta. Sofía se burla.

—Eso ha sido muy romántico.

—No es la palabra que usaría...

—Podrías irte con él...

—No, prefiero quedarme contigo. Ya me ocuparé de él más tarde... —
contesto con una mueca traviesa.

—¿Otra noche de sexo desenfrenado? ¿Quieres que te compre vitaminas?

Reímos las dos y ella sugiere:

—Sigamos hablando en casa. Tenemos que prepararnos para la noche.

—Buena idea.

Sofía saca la cartera, pero pongo la mano encima de ella.

—Invito yo. Va por tus buenos consejos y porque te he tenido un poco abandonada últimamente.

—No te preocupes, el día que un chico con ese cuerpo se cruce en mi camino puede que yo también te deje un poco abandonada.

Reímos de nuevo y caminamos en dirección a nuestros coches. Miro hacia las olas, a lo lejos se ven algunos surfistas y solo de pensar que Dean es uno de ellos hace que mis ojos brillen de una forma peligrosamente enamorada.

DEAN

En la actualidad

Me gusta pasar a recoger a Gabriela después de sus clases. Es difícil compaginar sus horarios con los míos, por lo que trato de escaparme siempre que puedo para verla, aunque sea un rato. A veces me siento como un adolescente en el instituto, con la diferencia que ella sigue estudiando y yo ya estoy inmerso en mi trabajo. Cuando llego, le doy un profundo beso por saludo. Me devuelve el beso con el mismo fervor sin importarle la exhibición pública delante de sus compañeros. Algo que me encanta. En el instituto ella y Brian siempre estaban juntos, pero no les vi actuar de este modo. Quizá porque era el instituto o quizá porque estando conmigo se deja llevar más. Una compañera de clase sonrío, le guiña un ojo y le pregunta:

—¿Me presentas a tu novio?

—Claro. Sylvia, te presento a Dean. Dean, ella es Sylvia, compartimos casi todas las clases.

Saludo a la chica todavía en estado de choque. Gabriela acaba de presentarme como su novio. Debería sonarme extraño. Nunca he tenido novia, no me imaginaba estando tan involucrado con nadie. Pero me gusta cuando suena en sus labios, también que no le importe decírselo a alguien de su universidad. Observo a su compañera. Rezuma elegancia y dinero por todos los poros de su piel. Lleva un traje de chaqueta, como si ya trabajara en un despacho de abogados y no en la universidad, y un fino collar de perlas a juego con los pendientes que la hace parecer mayor. Ella me observa a su vez y supongo que se pregunta qué hace Gabriela, que viste de forma elegante,

con un surfista despeinado como yo. Tuerzo el gesto, quizá está pensando que soy solo una aventura mientras espera a que su chico ideal aparezca. Lo cual no deja de ser irónico. He pasado de considerar a las chicas solo como alguien con quien pasar una noche a que me moleste que piensen lo mismo de mí. Lo cual hace que me sienta de nuevo vulnerable. He estado con más chicas de las que recuerdo y jamás he dudado de que podía conseguir las. Pero con Gabriela siento que en cualquier momento puede creer que no soy adecuado para ella. Me mira y no sé si adivina lo que estoy pensando, porque se despide de su compañera y, cuando nos quedamos a solas, me da un suave beso y susurra:

—Estoy de suerte, he conseguido ser la chica con el novio más guapo de toda la universidad.

—¿Solo soy un chico guapo? —protesto medio en broma medio en serio.

—No, eres un montón de cosas maravillosas más que te diré cuando estemos a solas.

—¿Alguna idea de dónde quieres ir a estar a solas conmigo?

—Salgo con un surfista, ¿no se supone que deberías llevarme a ver muchos atardeceres?

—Es una idea perfecta —apruebo y le devuelvo el beso con mucha más pasión de lo que ha hecho ella. Algunos alumnos que pasan por nuestro lado nos observan y Gabriela tira de mi mano.

Sonrío bobaliconamente. Lo que Gabriela despierta en mí es completamente novedoso. Siempre me ha resultado fácil encontrar chicas bonitas, y entonces solo mi cuerpo se veía comprometido por una noche con ellas. Pero con Gabriela mi cerebro y mi corazón están tan involucrados como mi cuerpo, y eso es algo nuevo que me provoca miedo y excitación a la vez. Aunque protestara, ahora comprendo que nuestras conversaciones en el coche cuando íbamos a casa de nuestros padres me parecían un reto. Y el

desafío aumenta ahora que estamos juntos. Me desea, pero eso es fácil de conseguir para mí. Lo que anhelo es que cada vez que uno de sus brillantes compañeros de clase y, sobre todo, Brian, estén a su lado, no pueda compararme y pensar que sale perdiendo. Por eso quiero que comparta conmigo todo lo que hago y le propongo:

—Hay una fiesta en la playa esta noche, comienza en una hora. ¿Cenamos algo y vienes conmigo?

Mantengo mis ojos fijos en los suyos y leo la duda en su mirada.

—Debería estudiar.

—Solo por hoy. Será divertido. Así te presentaré algunos amigos.

—Tus amigos...

Su vacilación me molesta.

—Son buena gente.

—No lo dudo, pero nunca tuvimos amigos comunes y se me hace extraño.

Respiro hondo. Intuyo lo que se esconde detrás de su comentario. Recuerdo la única fiesta a la que la llevé, en la que conoció a Brian. Estaba desubicada y que yo la dejara sola, me emborrachara y me fuera con otra chica no ayudó a que su idea de mí en una fiesta sea muy tentadora. En cambio, con Brian acudía a todas las fiestas que organizaban los miembros del equipo de fútbol o las animadoras sin rechistar. Pero supongo que no es lo mismo ir con su perfecto novio que no bebía y le evitaba todas las situaciones incómodas que hacerlo conmigo. Una punzada de celos me domina. Odio esta sensación. No soy posesivo excepto con ella, quizá porque tengo miedo de perderla. Acaricio su mejilla con suavidad. Me muero de ganas de besarla intensamente, pero si lo hago le rogaré que venga conmigo a casa y no a la fiesta. Y por muy tentador que suene tenerla en mi cama lo más pronto posible, si quiero mantenerla a mi lado y lejos de Brian debo darle mucho más que sexo. Por ello insisto:

—En el instituto todo era diferente, yo era distinto. Pero me gustaría que les conocieras. Estará Ethan.

Brian aparece antes de que me conteste y ella se sonroja. La conozco lo suficiente como para saber que algo la inquieta. Brian no se inmuta, nos saluda y comenta:

—He terminado mi sesión de rehabilitación y pensé en pasar a buscarte.

Aprieto los puños. Brian tiene su centro de rehabilitación cerca de la universidad. Debería haberse ido a casa, pero sigue actuando con Gabriela como hacía cuando estaban juntos, siempre a su lado. Algo que no voy a permitir.

—Yo me encargo de eso.

El tono de mi voz suena excesivamente duro y Gabriela intercede:

—Muchas gracias. ¿Cómo ha ido tu sesión?

—Dolorosa, pero efectiva. ¿Y tus estudios?

—Bien, aunque todavía me queda algo pendiente.

—Podemos ponernos juntos luego. Dean, ¿cenas en casa con nosotros?

—Vamos a una fiesta en la playa. No más estudio por hoy.

Brian tuerce el gesto, no sé si porque le molesta mi tono o porque aleje a la gran estudiante de sus obligaciones académicas. Gabriela explica:

—Dean va a presentarme algunos amigos.

Intercambian una mirada cómplice que no sé interpretar y Gabriela propone:

—¿Quieres acompañarnos?

Maldigo en mi interior que haga eso. Es lo más educado y lo que hacen los amigos, pero lo de la fiesta es mi intento de mostrarle mi mundo. Y si Brian viene con nosotros no podré hacerlo.

Brian se muerde el labio, pensando en ello. Finalmente, dirige la mirada hacia mí:

—¿Te parece bien?

—Si es lo que Gabriela quiere no hay problema. Te presentaré algunas chicas.

—No será necesario. Pero me apetece estar en la playa de noche.

—En ese caso vayamos a cenar y luego a la fiesta.

—Me han hablado de una nueva pizzería que han abierto cerca de aquí — propone Brian.

—Suena genial —comenta Gabriela con demasiada efusividad.

Esta vez aprieto los puños, la mandíbula y hasta mi corazón. ¿Cómo demonios mi cita ha terminado en un evento con Brian y que encima él está organizando? Me muero por decir algo desagradable como hubiera hecho en el instituto, pero eso enfadará a Gabriela y es justo lo contrario a lo que estoy buscando. Debo tener paciencia, o al menos intentarlo.

GABRIELA

En la actualidad

Estamos en la pizzería que Brian ha escogido y aprovecho que nos quedamos a solas un momento para comentar:

—Muchas gracias por venir. Me ayudará que estés a mi lado en la fiesta.

—Por eso he querido acompañaros, pero a Dean no le ha gustado que lo haya hecho. Es difícil ser tu amigo sin molestarle —reconoce.

—Lo sé, pero te necesito. Siguen sin agradarme las fiestas con desconocidos. Además, son amigos de Dean. No lo diré nunca delante de él, pero la gente con la que se juntaba en el instituto no eran precisamente a quien yo elegiría como compañía. Aunque Ethan me cae muy bien.

—Con un poco de suerte los demás también lo harán.

—Sí, y me irá bien salir de mi zona de confort, todavía me cuesta y echo de menos la paz que teníamos en el instituto.

—Y yo. Hicimos que fuera fácil.

—Sí, nosotros éramos fáciles en mitad de lo complicado.

Sus ojos se clavan en los míos y me muerdo el labio para no dejar salir una sonrisa nostálgica. Lo último que quiero es una escena de celos y temo que Dean se acerque. Por suerte, todavía no lo hace y comento:

—Suena muy egoísta y ojalá estuvieras en Harvard, pero alegre que hayas vuelto. Mucho.

Brian sonrío halagado, pero se pone serio para preguntarme:

—¿Le has contado algo a Dean de lo que te pasó?

Entierro mi cabeza por unos segundos en mis manos antes de reconocer:

—No. Exceptuando a Sofía, tú sigues siendo el único guardián de mis secretos.

—Por eso me necesitas.

—Te necesito porque me haces sentir a salvo y porque siempre serás mi mejor amigo. No hay nadie con quien pueda hablar como lo hago contigo. Por mucho que pasen los años o que esté con Dean, eso no va a cambiar, te lo prometo.

—Lo sé. Y me encanta que sea así, yo también te necesito a mi lado.

Volvemos a mirarnos con intensidad, pero Dean se acerca nosotros y sé que ha notado algo por la forma en la que aprieta la mandíbula, como si estuviera lanzando maldiciones mentales. Lo lamento tanto... Pero no puedo evitar necesitar a Brian y querer que esté a mi lado. El pasado se borra más fácilmente cuando él está, siempre ha sido así. Trato de sacar un tema casual para que Dean se relaje, pero se pasa el resto de la cena con el rostro contraído. Cuando nos sirven los cafés, Brian se disculpa para ir a hacer una llamada, aunque es un intento de dejarnos a solas para que yo suavice las cosas. Yo acerco su café a Dean y él toma un sorbo sin mediar palabra.

—Gracias por dejar que Brian nos acompañara —musito.

—No tenía mucha opción —masculla con ironía.

—Me gustaría que no te enfadaras —confieso con pesar—. Antes eráis los mejores amigos.

—Eso fue hace mucho tiempo. Y me molesta que nos acompañe, pero lo me saca de quicio es la forma como le miras.

Su sincero comentario hace que casi tire mi café al suelo. Lo dejo con lentitud en la mesa y me defiendo:

—No le miro como te miro a ti.

—Ese es el problema.

Respiro hondo.

—A Brian le miro como a un amigo, ¿es eso lo que quieres?

Se inclina hacia mí, sus ojos brillan de un modo que me inquieta.

—Quiero ser para ti todo lo que él era. ¿Tan difícil es de entender para alguien tan listo como tú?

Su tono suena casi a un grito. Mi respiración se entrecorta y lucho porque las lágrimas no salgan de mis ojos. Él lo advierte y me toma de la mano:

—Lo siento, no debería haber dicho eso.

Suspiro. El problema no es que lo dice, sino que lo piensa. Brian y él significan cosas completamente diferentes para mí; pero no puedo sincerarme y dejo que mi emoción se atragante una vez más en mi boca. Dean tampoco dice nada, quizá porque teme que me eche a llorar en mitad del restaurante. Cuando Brian entra, retomamos los temas casuales que a ninguno nos importan y comienzo a intuir que el desastre de noche no ha hecho más que comenzar.

La fiesta es en una zona de la playa cercana, en un local de uno de los amigos de Dean. Cuando llegamos allí y Dean se encuentra con Ethan, su rostro se relaja un poco. Ethan me saluda con entusiasmo y Dean nos presenta a varios chicos, pero mi atención se va a muchas de las chicas de la fiesta. Llevan tan poca ropa que parecen salidas de un catálogo de ropa interior y deduzco que son el tipo de chicas con las que Dean solía pasar la noche antes de comenzar a salir conmigo. Algo que me hace sentir muy insegura.

—Debería haber venido con mi ropa de trabajo —susurro a Brian medio en broma medio en serio—. Parezco una monja al lado de ellas.

—Tu vestido es precioso y no necesitas ir medio desnuda para ser la más bonita de la fiesta.

—Eso mismo pienso yo, aunque preferiría que dejaras de decirle ese tipo

de cosas a mi novia —masculla Dean, que ha aparecido como de la nada detrás de nosotros.

—Solo era un cumplido —protesto.

—¿Te parecería bien si me pongo a piropear a todas las chicas guapas de la fiesta para que estemos en paces?

Su tono me enerva.

—Hazlo si te hace feliz. Pero no esperes que esté aquí esperándote cuando vuelvas de tu ronda.

—¿Y si nos tomamos algo?

Agradezco la intervención de Ethan, que ha escuchado toda la conversación. Dean aprieta los labios, pero no dice nada más, y los tres le seguimos hasta la barra. Después nos sentamos en la zona donde están los amigos de Dean, con algunas chicas del grupo con poca ropa. Por la forma de mirar a Dean intuyo que se han acostado con él o quieren hacerlo. Una de las chicas en particular le observa malhumorada y por la mirada que intercambia con Dean intuyo que tienen un pasado, que seguramente se basa en alguna noche de sexo y alcohol que terminó con él echándola de su apartamento. Nada de lo que quiera obtener ningún detalle. Sé mucho más de las historias de Dean con chicas de que me gustaría, y ahora que estamos juntos me hace sentir incómoda que una chica con la que se ha acostado me maldiga con la mirada o piense que me hará lo mismo que a ella. Respiro hondo, enredo mis dedos con los de Dean y él me sonrío de esa forma que me deshace. Tengo que reconocerlo, resulta halagador que Dean me mire solo a mí en medio de este lugar atiborrado de chicas sexis reclamando su atención y solo puedo pensar en que me gustaría estar en su apartamento, los dos solos, en lugar de en este sitio demasiado lleno de gente. Aun así, finjo estar feliz de estar aquí.

Treinta minutos más tarde, sostengo mi vaso de cerveza sin beberlo, más que nada para evitar mostrar mi aburrimiento. Como me temía, los amigos de

Dean no tienen nada que ver con los míos o con mis intereses. Querría marcharme a casa y descansar para estar fresca en las clases de mañana, pero no sé cómo eso pueda afectar a Dean. Intercambio una mirada cómplice con Brian. La música está muy alta, lo que dificulta mantener una conversación. En el instituto ya estaríamos en una zona más tranquila hablando, hacerlo aquí crearía un grave problema con Dean.

Conforme pasa la noche y la conversación sobre el estado de las olas o grupos de música que no conozco se intensifica, comienzo a hablar con Brian de las clases y trabajos que entregar pendientes. A causa del ruido para poder hablar debo acercar mi rostro al suyo y Brian hace lo mismo, inclinándose para hablarme al oído. Para mí es algo natural, pero Dean toma mi brazo y me obliga a girarme hacia él. Su mirada iracunda se clava en la mía y es como si todo el aire hubiese sido absorbido del local. Extrañada, le pregunto:

—¿Sucede algo?

—Ven conmigo.

Me toma de la mano y me lleva hacia la parte de fuera del local. Yo lanzo una mirada de disculpa a Brian antes de desaparecer por la puerta. Dean me toma de la cintura y me lleva hasta una zona de la playa cercana y solitaria. Sus profundos ojos se clavan en los míos, en una expresión que denota claramente que esto no va a ser una conversación amigable. Mi pulso se acelera y él me espeta, en un tono profundo y áspero:

—¿Qué está pasando con Brian?

—No sé de qué hablas —tartamudeo.

—Me temía esto. Por eso no quería que nos acompañara.

—¿El qué?

—A que me ignoraras y te pusieras a actuar con él como lo has hecho.

—Solo estábamos comentando temas de la universidad —me defiendo.

—No sé de qué hablabais, pero se os veía demasiado cómodos e íntimos,

como si todavía fuerais novios.

—¡Estás delirando!

—Es la impresión que le estáis dando a todo el mundo, no solo a mí... — se defiende.

Respiro hondo. A pesar de su irónica forma de ser, cuando estamos juntos Dean suele ser dulce y amable. Pero no hay nada de dulzura esta noche, solo un profundo enojo. Y no sé cómo serenarle. Finalmente, comento:

—Brian es mi amigo y hablo con él como haría con Sofía.

—A mí no me lo parece. Tengo la impresión de que sois una extensión de la pareja que formabais en el instituto, y de que llevas rato deseando salir del local para estar con él como hacíais en las fiestas.

Maldigo ser tan transparente y que lo haya malinterpretado. Se acerca a mí y puedo sentir el calor de su sensual cuerpo atrapándome. Alzo mi rostro hacia él y le garantizo:

—Tienes razón, me he cansado de estar en la fiesta, pero no quiero escaparme con él, sino que me gustaría estar contigo en algún lugar los dos solos.

Su expresión se suaviza y leo en su mente la confusión.

—¿Quieres irte?

—Es la fiesta de tus amigos.

—Pero no lo estás pasando bien —adivina.

—Estoy agotada y mañana tengo que madrugar. ¿Por qué no te quedas y nos vemos mañana? Puedo volver a casa con Brian.

Su rostro vuelve a alterarse.

—Si tú te vas, yo te acompaño. Soy tu novio, no Brian.

—Lo sé, pero eso no significa que tengas que volver a casa solo porque yo tengo clases a primera hora.

Le observo, queda claro que no confía en mí.

—En estos momentos todos mis amigos se estarán preguntando quién el rubio perfecto que se ha pasado la noche cuchicheando contigo. No vas a irte sola con él.

—¿Todo esto es por lo que piensen tus amigos de ti? —mascullo, irritada.

—Más bien por lo que piensen de nosotros. Es la primera vez en toda mi vida que presento a nadie como mi novia. Y que estés más pendiente de Brian que de mí me deja en mal lugar.

Sus palabras se clavan en mi corazón. No se me había ocurrido que pudiera verlo de ese modo. A veces olvido que soy la única chica con la que Dean ha salido formalmente y el cambio que eso supone en su vida. Tomo su mano y me disculpo:

—No era mi intención.

—Lo sé y no quiero discutir. Solo vámonos, te llevaré a casa.

Entramos de nuevo en el bar, nos despedimos y nos dirigimos hacia el apartamento sin hablar. Cuando llegamos, Brian está ya allí, se despide de nosotros y se marcha a su habitación. Dean y yo nos quedamos en el comedor y le ofrezco:

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Está muy serio y le acaricio la mejilla con suavidad.

—¿Sucede algo?

—Me hubiera gustado que te lo pasaras bien.

—Lo he pasado bien —miento.

—Porque estaba Brian para darte conversación.

Su voz suena acusatoria y triste a la vez.

—No es eso. Solo que no es el ambiente al que estoy acostumbrada y Brian yo tenemos mucho que comentar de las clases. Otro día iré mejor. Y te agradezco que quisieras presentarme a tus amigos.

Sus ojos se clavan en los míos e insiste.

—Con Brian te lo pasabas muy bien. Solo quería conseguirte una noche así, pero conmigo.

—Me lo paso muy bien contigo. De hecho, si te quedas a dormir te lo demostraré —propongo deslizando un dedo por su pecho.

Para mi sorpresa, mi gesto y mi mirada seductora no tienen el efecto deseado y él se echa para atrás.

—Debo irme.

Suspiro, fastidiada.

—Dean, por favor, no te alejes por una tontería.

—No es una tontería.

—Entonces quédate conmigo, hablemos.

—Le he prometido a Ethan que le iría a buscar.

—¿Vas a volver al bar?

—Tú vives con tu exnovio, yo puedo ir al bar con mis amigos.

Algo en mi interior se rompe.

—¿De qué estás hablando?

—De que necesito pensar y relajarme y me apetece estar con mis amigos igual que a ti te apetece hablar con Brian a todas horas.

Respiro hondo. Me aterra que se vaya y lo que puede pasar si en su estado una chica se le acerca, pero no puedo o no sé retenerle. Alzo mi rostro para que me bese, pero apenas roza mis labios para despedirse. Y se va. Cierra la puerta y se va sin decirme nada. Le he herido porque no sé comportarme con él como lo hacía con Brian, con miedo de que le deje por este. Y yo también estoy asustada porque la última vez que se sintió de este modo fue en busca de otra chica. Trato de confiar en Dean, pero me cuesta no pensar que puede volver a pasar y esta vez con mucho más que un beso. Camino hacia mi habitación arrastrando los pies y me dejo caer en la cama, sin dejar de

preguntarme cómo puedo conseguir que los dos chicos de mi vida estén en ella sin que nadie resulte herido. Y, sobre todo, cómo voy a hacer para que, mientras lo descubro. Dean no desaparezca de mi lado y mi corazón se rompa en pedazos que no pueda recomponer. Con desgana me quito el vestido y me pongo mi cómodo pijama de pantalón corto. Hace mucho calor y, después de veinte minutos de dar vueltas en la cama, me doy cuenta que no podré conciliar el sueño con facilidad después de todo lo que ha sucedido. Descalza, voy a la habitación de Brian. Tiene la puerta abierta y asomo mi cabeza por ella. Está sentado sobre la cama. El calor también ha hecho mella en él, que se ha quitado la camiseta y solo cubre su desnudez un pantalón corto de deporte. Pero es Brian y por eso no me incomoda y pregunto con familiaridad:

—¿Puedo pasar?

—Claro. ¿Sucede algo?

—No lo sé.

Me indica que me siente y lo hago en la cama, a su lado, con las piernas cruzadas, mi postura favorita cuando estudiábamos encima de su cama.

—Cuéntame que te preocupa.

—La noche ha sido un desastre —resumo.

—Será mejor que no os acompañe a más fiestas.

—Eso no solucionará el problema de que no tenía nada de lo que hablar con la gente que había allí. Al menos contigo no me he aburrido tanto.

—Ya, pero eso ha enfadado a Dean.

—Sí, ni siquiera ha querido quedarse a dormir conmigo. No me había dado cuenta de lo importante que era para él presentarme a sus amigos. No estoy acostumbrada a que se preocupe tanto porque parezcamos una gran pareja.

—Gabriela, odio ponerme de su parte, pero entiendo lo que pasa por su

cabeza cada vez que tú y yo estamos juntos.

Suspiro, tiene razón, pero incido:

—Aun así, es extraño de Dean apenas dándome un beso de buenas noches. Normalmente es más del tipo “te arranco la ropa”.

—Esa es más información de la que necesito saber —ironiza.

Reímos los dos y Brian entrelaza su mano con la mía como hace siempre que quiere comentarme algo íntimo. Yo le dejo que se tome su tiempo y finalmente dice:

—No tienes por qué contestarme si no quieres, pero algo hay que me gustaría preguntarte sobre tu relación con Dean.

—Ya sabes que puedes preguntarme cualquier cosa. No tengo secretos para ti.

Respira hondo antes de continuar:

—Puedo imaginar lo excitante que es para ti estar con Dean. Pero te conozco y sé que no te basta con solo una explosiva relación física. Tú necesitas algo más. Que te reten mentalmente. ¿Crees que puedes tener eso con Dean?

Esbozo una sonrisa. Sabía que tarde o temprano Brian me preguntaría eso. Y la respuesta es algo complicada, así que me tumbo y miro al techo de la habitación unos segundos. Brian se tumba a mi lado con la familiaridad que acostumbra a nuestros gestos, me giro para mirarle y respondo con sinceridad:

—Me gusta estar con Dean. Me hace reír y puedo hablar con él de muchos temas. Es obvio que no compartimos todas nuestras aficiones y que los debates sobre según qué temas me los reservo para ti o mis compañeros de la universidad. Pero me encanta estar con él y no solo porque me atraiga físicamente. Y por eso quiero que lo nuestro funcione, aunque no sea tan fácil como me gustaría.

—Buena respuesta...

Sonrío y le doy un abrazo, justo en el momento en el que Sofía entra por la puerta. Su expresión es de curiosidad mezclada con desconcierto:

—¿Interrumpo algo?

—No —contesto por los dos separándome de Brian e incorporándome—
¿Qué haces aquí tan temprano?

—Quería hablar con vosotros, aunque en esa postura se me ocurren ideas mejores.

—No tiene gracia —protesto.

—Brian se ha reído —se burla Sofía.

—Solo un poco —confiesa el aludido.

Yo le golpeo en el brazo y Sofía se deja caer sobre la cama.

—¿De qué quieres hablarnos?

—Me han dado la beca de prácticas que solicité. Estaré fuera un par de meses.

La abrazo con rapidez, esa beca es uno de los grandes sueños de Sofía. No obstante, una idea cruza por mi mente. Me separo y ella comenta:

—No te preocupes, dejaré pagada mi parte de alquiler.

—No se trata de eso, es solo que...

—Dean no va a estar muy contento de que vivamos solos los dos —
termina mi frase Brian.

Sofía suspira con frustración.

—Chicos, por muy apasionante que me resulte seguir vuestra especial relación de tres, ni Gabriela puede tener dos novios ni Dean puede pasarse el día temiendo por lo que hacéis. Tarde o temprano esto explotará.

—Ya ha explotado un poco hoy —reconozco—. Los tres fuimos juntos a una fiesta.

Sofía toma una respiración profunda.

—¿Juntos de fiesta? Brian, te aprecio. Gabriela, te adoro. Pero voy a ser clara. Dean no es mi amigo y nunca le perdonaré del todo que te engañara, aunque fuera solo con un beso, pero esta situación es insostenible y debo ponerme de su parte. Sois amigos, pero mientras Dean piense lo contrario y se os vea tan unidos, esto va a ser un polvorín a punto de estallar.

—¿Y qué sugieres que haga?

—No lo sé. Pero yo de vosotros iría pensando algo antes de que esto empeore.

Hago un mohín y ella me abraza. Susurro en su oído:

—Te voy a echar mucho de menos.

Ella sonríe, se separa de mí y comenta:

—Y yo a vosotros. Y ahora, Brian, dame a mí también un abrazo, llevo todo el día en el área de geriatría y necesito contacto con un chico guapo.

Rio y este accede a su petición. Pronto me sumo al abrazo y mi corazón se entristece porque, por mucho que esté enamorada de Dean, no acabo de ver cómo hacerlo encajar con el resto de mi vida.

DEAN

En la actualidad

Desciendo las escaleras del apartamento de Gabriela con desgana. Odio discutir con ella. Solo quiero que sea feliz, yo lo soy cuando estamos juntos. La forma en la que brillan sus ojos o cómo sonrío cuando está contenta es un regalo. El problema es que no quiero que lo haga por Brian, sino solo por mí. Maldigo en silencio haber aceptado que nos acompañara esta noche. Cada vez que les he visto hablar o reír he sentido el deseo de golpear la cara perfecta de Brian; hasta que no he podido aguantar más y he sacado del bar a Gabriela. Pero ahora estoy de mal humor y frustrado por cómo ha ido la noche y vuelvo al bar esperando serenarme. El grupo se ha ido separando y me acerco a Ethan, que está tomando una cerveza cerca de la barra. Cuando me ve, se sorprende.

—¿Qué haces aquí? Creí que te quedarías con Gabriela.

—No mientras viva con Brian.

Mi tono es amargo, y Ethan pregunta:

—¿Puedo decirte algo en confianza?

—Ya sabes que sí.

—Esta noche he visto mucha tensión entre vosotros. Si la presionas demasiado, quizá seas tú el que la empuje a volver con Brian.

Respiro hondo, eso es algo en lo que yo también he pensado.

—Lo sé, pero, aunque ella insiste que son solo amigos, no puedo evitar sentirme celoso y posesivo. Temo que en cualquier momento Gabriela va a dejarme por él.

—¿Has tratado de hablarlo de una forma civilizada?

Me paso la mano por los cabellos y me pido una cerveza antes de explicar:

—Sí, pero cada vez que saco el tema es como estar hablando con una pared. Lo que hace que mis formas civilizadas se rompan en pedazos —meso mis cabellos—. No sé qué me pasa con ella. Necesito que cada chico que la conozca sepa que está conmigo. Y, sobre todo, que lo haga Brian.

—Ponle un cartel: “Aléjate, Brian, ella está conmigo” —ironiza.

—No es tan mala idea... Le cuesta captar mis indirectas —mascullo tomando un sorbo de cerveza.

—Lo dudo, te aseguro que tu forma de mirarle con hostilidad es de todo menos sutil. Otra cosa es que decida ignorarte deliberadamente...

Hago una mueca, pero antes de que pueda decir nada, una voz aguda se escucha detrás de nosotros.

—Dean, ¡cuánto tiempo!

Me giro. Es Rhonda, una chica guapa y con un exuberante cuerpo, pero con el cerebro de plástico. Y tiene un pésimo humor cuando algo la contraría, lo cual la convierte en una mala compañía en general. Aunque debo reconocer que es buena intentando seducir a un chico y para una efímera noche de sexo. Ella nos saluda a los dos con efusividad y pregunto:

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías marchado de la ciudad.

—Lo hice, pero he vuelto. Y te visto y he recordado las cosas agradables que tiene esta playa, como los surfistas tan guapos como tú.

Su dedo recorre mi pecho y Ethan carraspea, pero no le necesito para saber lo que tengo que decir:

—No estoy disponible.

—Los chicos como tú siempre lo estáis —me contradice.

Esbozo una mueca. Rhonda no lleva bien el rechazo, pero va a tener que lidiar con el mío.

—Tú no me conoces.

—Sí lo hago. Ethan, ¿me traes una cerveza?

Ethan hace lo que le pide. Observo la escena con hastío, lo último que necesito esta noche es a Rhonda incordiándome y controlando a mi amigo. Ethan le trae la cerveza y ella toma un sorbo, comentando con falsa inocencia:

—¿Has visto lo fácil que resulta ser atento, Dean?

—Soy muy atento con mi novia —recalco esta palabra porque sé que le va a molestar. Las chicas como Rhonda están acostumbradas a tener a los chicos a sus pies, pero no les duran demasiado. Y que yo la ignore porque tenga novia es un golpe directo a su ego y no va a darse por vencida con facilidad

—Novia... ¿Cuánto tiempo lleváis?

—¿Por qué te importa?

—Mera curiosidad.

Lo dice mientras su mano se posa descuidadamente sobre mi muslo. Y eso es exactamente por lo que debo tener cuidado con ella. Llevo años cayendo con chicas fáciles y disponibles en cuanto me dan un poco de juego, ahora tengo que recordarme que no importa lo que beba o lo que me pueda enfadar con Gabriela; debo mantener mi mente alerta y ser consciente de que cualquier movimiento puede ser peligroso. Estuve a punto de perder a Gabriela por un beso, no cometeré el mismo error. Aparto su mano y ella susurra seductoramente:

—No me arruines la diversión.

La observo. La otra noche, cuando me enfadé con Gabriela, traté de distraerme besando a una desconocida. Con Rhonda me sería muy fácil llegar a mucho en unos minutos, los surfistas somos sido su debilidad. El antiguo yo disfrutaba de las chicas como ella. No era felicidad como la que siento cuando estoy con Gabriela, solo un calor reconfortante por un breve espacio

de tiempo que se evaporaba muy rápido. Y no quiero eso, sino a Gabriela. Mi cerebro está a punto de estallar porque no sé cómo encajar que Brian esté tan cerca de ella como cuando eran novios. Me gustaría poder anular las imágenes de ellos dos en el instituto, pero no puedo. Duró demasiado tiempo como para no tenerlo grabado en mi retina.

Conforme pasan las horas la noche se alarga y la fiesta se va calmando, quedando reducida a las parejas que comienzan a enrollarse y a las que están a punto. Rhonda sigue revoloteando a mi alrededor, convencida de que tendrá una oportunidad conmigo. Ethan ha desaparecido con una morena espectacular y yo debería irme a casa, pero cuando llegue allí todavía echaré más de menos a Gabriela y pensaré más en lo que ha sucedido. Doy otro sorbo a mi cerveza y una voz tentadora se escucha cerca de mi oído:

—¿Me llevas a tu apartamento?

—No —contesto sin mirarla.

—¿Te vienes al mío?

Me giro. Las imágenes de cuando estuvimos juntos se cuelan en mi cabeza. Estuvo bien, pero en nada parecido a lo que experimento cuando estoy con Gabriela. Si pretendo llegar a alguna parte con ella debo alejar mi pasado.

—No.

—Dos negaciones. ¿Tanto vale la pena esa chica? —masculla con frustración.

—Mucho.

—¿Y por qué no estás con ella esta noche?

—Tiene que estudiar —miento. Si no hubiera sido por mis celos podría estar con ella en su cama, pero la cercanía de Brian es superior a mis fuerzas.

—¿Universitaria?

Afirmo con la cabeza y ella ríe.

—¿Te parece gracioso que mi novia vaya a la universidad?

—Sí, mucho. Es ridículo que seas fiel a una chica que te dejará en cuanto un chico con estudios se cruce en su camino.

—Gabriela no es así —la defiende.

—Todas lo son. Pero está bien, buscaré a otro surfista guapo que me acompañe a casa. Tú te lo pierdes...

La observo alejarse y no pienso en lo que me pierdo por no acostarme con ella, sino en su última frase. Ya hay un chico con estudios que se ha cruzado en su camino y no tengo la menor idea de cómo puedo alejarlo de ella. Fastidiado, me voy a casa y decido que mañana iré al bar y trataré de hablar con Gabriela. No quiero perderla, no puedo.

GABRIELA

En la actualidad

El bar está vacío todavía por la hora que es. Estoy preparando las mesas y los posavasos cuando Dean entra, se acerca a mí y me estrecha con tanta fuerza entre sus brazos que pregunto:

—¿Sucede algo?

—Te he echado de menos.

—Me viste ayer...

—Una eternidad.

Sus manos me toman por la cintura y mis ojos se deslizan a su boca, a sus labios suaves y fuertes a la vez en los que estoy deseando ser atrapada. Sonríe halagado adivinando mis pensamientos y recorre con sus pulgares mis mejillas. Un escalofrío de placer me recorre y mis ojos brillan con deseo. Su mirada se separa de la mía y recorre mi cuerpo, desde mi pecho pasando por mis caderas y mis piernas desnudas hasta los tacones de las botas para luego subir de nuevo a mis ojos. Mi corazón se acelera, me excita que me observe tan descaradamente, sentirme deseada por él después de lo que pasó anoche. Es un momento mágico, que se rompe justo cuando Dean ve a Brian entrar en el bar. Su gesto se tuerce y protesta:

—¿No te basta con vivir e ir a la universidad con él que tienes que traértelo aquí?

—Lo he invitado yo —intercede Sofía, que ha escuchado nuestra conversación—. Quería hacer una despedida conjunta. Ahora vendrán mis compañeros de la universidad.

—¿Despedida?

Sofía me interroga con la mirada y por la mía sabe que no le he hablado a Dean de su marcha. Debía haberlo hecho esta mañana, llamarle por teléfono o algo similar, pero no sabía cómo enfocar el tema después de su enfado de anoche y ahora me ha estallado de pleno en la cara. Sofía coge los posavasos de mis manos y propone:

—Yo me encargo. Vosotros hablad.

Sin esperar mi respuesta se dirige hacia Brian y lo conduce a la mesa a la que ya han llegado algunos de sus compañeros de clase. Se lo agradezco, lo último que necesito ahora es que Brian se acerque a saludarme y eso altere más a Dean. Me dirijo hacia la trastienda y le indico que me siga. Cuando estamos a solas, Dean pregunta sin preámbulos:

—¿A dónde se va Sofía?

—Le han dan dado unas prácticas, estará fuera de la ciudad un par de meses y hoy es su fiesta de despedida.

—¿Se marcha? ¿Eso significa que vas a vivir con Brian?

—Ya vivo con Brian.

—No, compartes apartamento con él y Sofía. Ahora podéis jugar a ser la perfecta pareja casada.

Tiemblo, apesadumbrada y ofendida.

—Dean, ¿a qué viene todo esto? Es injusto...

—¿Lo es?

—Claro que sí. Soy tu novia, no la suya.

—Pues cuando estás con él es como si fuera todo para ti.

Palidezco. Es como estar en un bucle del que no puedo salir.

—No es lo que parece.

—¿Y qué es?

—Es complicado.

—Siempre dices lo mismo y yo finjo aceptarlo, pero seamos sinceros, Brian es una parte demasiado importante de ti para que yo pueda asumirlo.

—Quiero a Brian, pero solo como amigo —declaro.

Él me mira compungido.

—¿Y por qué parece que él sea tu novio y no yo?

— Eso no es cierto.

Sus ojos se clavan en los míos y desliza sus manos sobre mis hombros. Después me pregunta en el tono más serio que le he escuchado jamás:

—¿Por qué estás conmigo?

—¿A qué te refieres?

—Brian y tú fuisteis la pareja perfecta. Sigue siendo tu apoyo cuando tienes un problema y os entendéis con solo una mirada. Incluso vives con él. ¿Por qué sales conmigo? ¿Por qué perdiste tu virginidad conmigo y no con él? Nada tiene sentido.

—Lo tiene, solo que es difícil explicártelo.

—¿Crees que no lo entenderé? ¿Tan idiota te parezco? ¿O acaso no confías en mí?

Mi corazón da un vuelco. Esta situación se está volviendo inmanejable.

—No es eso. Es que no confío en lo rápido que todo está yendo entre nosotros.

Aprieta los puños.

—Gabriela, no quiero tener celos de Brian. Pero no puedo evitarlo si todo sigue igual.

Suspiro con frustración.

—No puedes seguir presionándome así. Es mi amigo, ¿por qué te cuesta tanto entender que es contigo con quien quiero estar?

—Porque os vi durante dos años y eráis la pareja ideal.

—Éramos una pareja, simplemente. Y todo era diferente entonces. Tú ni

siquiera sabías que existía más allá de ser tu molesta hermanastra. Brian me comprendía y nos hicimos los mejores amigos.

—Y salisteis juntos...

—Y tú te acostaste con medio instituto —le recuerdo—. Pero es pasado.

—Esas chicas son pasado, lo eran en cuanto terminaba con ellas. Pero Brian vive contigo.

Sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

—Dean, tienes que entender después del accidente necesitaba a mi lado a alguien como Brian que pusiera paz en mi vida. No hubiera sobrevivido al instituto sin él.

—No sabía que el accidente te había afectado tanto. ¿Era por el dolor de las secuelas físicas?

Vuelvo a temblar. Este es el tema del que menos quiero hablar con Dean y trato de zafarme.

—Es algo más complicado que eso.

—Comienzo a odiar la palabra “complicado”.

—Dean, voy a tratar de que confíes en mí y me comprendas. Pero no puedo echar a Brian del apartamento solo porque Sofía se vaya un par de meses. No sería lógico ni justo.

Esboza una mueca de fastidio y acaricio su mejilla con suavidad, pero insiste:

—Gabriela, quiero estar contigo. Pero no puedo compartirte. Y lo siento si te pido un imposible, pero necesito serlo todo para ti. No puedo entregarme a esta relación si Brian va a estar siempre entre nosotros

—No me compartes y Brian no está entre nosotros, solo a mi lado. Y tampoco tienes que pedirme nada porque ya te lo he dado. Solo dame un poco de tiempo para que encuentre la forma de que encajemos los tres sin tanto drama.

Se hace un tenso silencio y finalmente acepta:

—Está bien, pero déjame que te diga algo. Te dolió que besara a aquella chica cuando nos enfadamos, pero no te imaginas el daño que me hace a mí pensar que Brian es tu apoyo y no yo.

—Tú también eres mi apoyo —le garantizo y poso mis labios sobre los suyos. Él profundiza el beso y por unos segundos olvido todo y deseo que pudiera ser siempre como este instante, solos los dos, sin miedos, sin pasado, sin secretos ni desconfianzas. Pero esto es solo un espejismo y que las cosas no han hecho más que comenzar a complicarse. Amo a Dean, pero a veces eso no es suficiente. Y tengo miedo, tanto como tuve después de nuestra primera noche juntos cuando creí que no se repetiría. Con Dean vivo en la cuerda floja y no sé si lo que nos espera me llevará al final de mi recorrido o me hará caer por el precipicio definitivamente. Nunca le he contado todos mis secretos, no conoce a una parte vital de mí y sigo sintiendo que si le abro mi corazón este terminará destrozado. Y por eso solo puedo besarle y rogar que todos mis malos presentimientos se desvanezcan el aire y sus cenizas caigan en algún lugar muy lejano donde no puedan romper mis sueños.

DEAN

En la actualidad

Besar a Gabriela, incluso después de una discusión o de que no hayamos solucionado el tema de que Brian y ella vayan a compartir el apartamento solos, tiene la capacidad de volverme loco. Deslizo mi boca por su cuello y susurro:

—Estás preciosa. Voy a tener que tenerte muy controlada esta noche.

—¿Por qué?

—En tu ropa de ir a la universidad se te ve increíblemente preciosa. Pero con este uniforme todos y cada uno de los chicos del local quieren estar contigo. Y hoy hay muchos amigos de Sofía...

Acaricio su mejilla con mi pulgar y termino en sus labios.

—Dean... —gime.

—Me vas a matar de celos —reconozco.

—No te doy motivos para ello. Y para tu información, después de los meses que pasé entrando y saliendo del hospital, nunca saldría con un médico o enfermero, demasiados malos recuerdos. A la única de ese ámbito que he dejado entrar en mi vida es a Sofía. Por si eso te tranquiliza.

—Mucho...

Mi mano abandona su rostro y se desliza hasta mi hombro, recorriendo su brazo desnudo. El deseo comienza a correr por mis venas, pero ella susurra:

—Tengo que volver al trabajo.

Ignoro su comentario y las puntas de mis dedos se deslizan acariciando el borde de la camiseta, justo por encima de sus senos. Su cuerpo responde

arqueándose y con la mano libre la toma de la espalda y la acerco a mí. Nuestros labios se rozan y siento su cálido aliento antes de que su lengua invada la mía. Nuestra respiración es agitada y debo recuperar el control antes de que no pueda controlar mis ganas de estar con ella aquí mismo. La suelto y ella me mira con los ojos ardientes. Yo susurro:

—Te dejaré que vuelvas al trabajo, pero luego quiero continuar donde lo hemos dejado.

—Espero que sea una promesa. E insisto que, si alguna chica se acerca a ti, os lanzaré a los dos la bebida encima.

—¿En serio harías algo así? Siempre he creído que eras muy controlada.

—No me tientes.

Rio y mi impulso de besarla es tan fuerte que tengo que retroceder para dejarla que vuelva al trabajo. Vuelvo a la mesa, en la que Ethan ya me está esperando, y me aseguro que ninguna de las chicas se acerque a mí de un modo que pueda molestar a Gabriela y estropear lo que hemos comenzado en la trastienda. Le explico todo lo que ha sucedido y Ethan comenta:

—Me alegra que hayáis arreglado las cosas. Tú en modo “torturado de celos” resultas agotador.

—No tiene gracia.

—No, pero es la verdad. Y, por curiosidad, ¿de verdad vas a aceptar que viva sola con Brian?

—No tengo otra opción, al menos no de momento. Y me ha asegurado que no le gustan los médicos por el tiempo que pasó en el hospital. Así que al menos de la mesa de amigos de Sofía solo tengo que preocuparme por Brian. Algo es algo.

Ethan esboza una sonrisa, pero un pensamiento asoma a su mente, porque se le forma la arruga característica en la frente de cuando algo le preocupa.

—Gabriela debió pasarlo muy mal con el accidente, la cicatriz era

impresionante. Y si estuvo ingresada tanto tiempo fue porque sus lesiones eran graves.

Algo se remueve en mi interior y trato de hacer memoria.

—No sé mucho de aquello. La atropellaron, mi padre era el policía que la encontró. Después fueron a juicio y el tipo está en la cárcel por conducir borracho y darse a la fuga. Gabriela estuvo en el hospital unos meses y, mientras la visitaba, mi padre y Pam se enamoraron. Como iba a verla con mucha frecuencia me explicó algunas cosas, pero no le presté demasiada atención —confieso con culpabilidad.

—Eran otros tiempos.

—Sí, pero a veces pienso que se me escapa algo importante.

Ethan intercambia una mirada cómplice conmigo y ambos damos un sorbo a la cerveza. No hablamos mucho el resto de la noche, estoy demasiado concentrado tratando de recordar lo que me contó mi padre. ¿Cómo pudo resultarme tan indiferente? Gabriela tuvo un grave accidente, pasó meses en el hospital y, cuando la conocí, no me interesé en lo que le había sucedido. Brian, en cambio, seguro que le hizo miles de preguntas y se enteró de todos los detalles. Como siempre: futuro abogado uno, surfista cero.

GABRIELA

En la actualidad

Ronroneo feliz en los brazos de Dean. Dormir desnuda a su lado al principio me hizo sentir incómoda, pero ahora me encanta. Quizá porque estos momentos juntos en los que no hay nada ni nadie más en el mundo que nosotros hacen que me convierta en alguien diferente. Dean despierta en mí mucho más que sentimientos pasionales. Me da el valor y la fuerza de ser la chica que querría haber sido con dieciséis años. Nunca he dejado de estar del todo asustada por lo que pasó, pero acurrucada a su lado, escuchando su voz que me enamora, es como si todo quedara atrás y yo fuera una nueva persona. Alzo la mirada hacia él y me sorprende la forma en la que me mira. Me incorporo un poco y pregunto, inquieta:

—¿Algo está mal?

Una sonrisa suave asoma a sus labios.

—No, pero quería hablar y luego te besé y lo olvidé todo.

—Me gusta que te olvides de todo cuando me beses —incido, halagada.

—Y a mí, pero, ¿te importa si te hago una pregunta?

Su tono de voz me pone en alerta.

—Si es de Brian no quiero escucharla.

—No es de él.

Me relajo instantáneamente. He tenido demasiado drama con el tema los dos últimos días como para querer continuarlo en la cama.

—En ese caso, puedes preguntar lo que quieras.

—¿Me explicarías lo que te pasó durante el accidente y los meses

posteriores?

Palidezco y baja la mirada:

—¿Por qué preguntas eso ahora?

—Porque quiero saberlo todo de ti. Y apenas sé nada de aquello.

—No es buena idea hablar de ello.

—¿Por qué no? Quiero conocerte y eso implica mucho más que disfrutar de hacer el amor contigo o de hablar de asuntos del presente. Necesito saber qué pasa por tu mente y qué te afecta de tu pasado.

Hago una respiración profunda y jugueteo con sus dedos para ganar tiempo. Cuando me atrevo a alzar la vista, leo en sus ojos un interés real en saberlo todo de mí, pero no es un deseo que le pueda conceder. Hacerlo implicaría lidiar con lo que dejé en el pasado, y no estoy segura de querer que él conozca esa parte mi vida. Es obvio que desde que salimos nuestras conversaciones van más allá del nivel superficial de saber lo general de nuestras vidas, pero si cuento lo que sucedió no sé si volverá a actuar de la misma forma conmigo. Me tiene idealizada, pero mi verdad no es tan bonita. Mis miedos, mis pesadillas nocturnas que trato de olvidar a la mañana siguiente, mi fobia a estar con chicos que no conozco... ¿Podría Dean vivir con mi forma de ser llena de inseguridades? ¿O solo le gusto porque finjo que todo está bien?

—¿Gabriela? ¿Sucede algo? Parece que te hayas ido a otro planeta — susurra preocupado.

—Estoy aquí. Sólo que no sé qué decir. No me apetece hablar de aquello. Fue hace mucho tiempo.

—Pero puedes contarme cualquier cosa...

Suspiro y me muerdo el labio. Ojalá sintiera que eso es cierto, pero no estoy segura. Pasé muchos años alejada de él, sin dejarle entrever nada íntimo. Y por mucho que me sea fácil ahora estar desnuda en sus brazos, eso

no cambia que mentalmente todavía exista una barrera que no puedo o no quiero quitar. Él lo advierte y me acaricia con suavidad:

—Tranquila, no voy a presionarte. Es solo que me gustaría saber más cosas personales de ti.

Vuelvo a morderme el labio. Su petición es razonable, también la mía de mantener esa parcela de mi vida oculta.

—¿Podemos empezar por otro tema? —sugiero.

—Claro, puedes contarme lo que quieras.

Una ola de emoción me embarga al leer tanto interés en sus ojos. Después de tantos años en los que no éramos ni siquiera amigos, es maravilloso que quiera acercarse tanto a mí. Aun así, y por mucho que me parezca un gesto encantador, no sé de qué puedo hablarle. Lo que me pasó rompió mi vida en dos. La primera parte la borré y en la segunda solo hay recuerdos de Brian, nada que él quiera saber o explorar. Acaricio con suavidad sus labios y luego le doy un beso suave antes de proponerle:

—Estoy muy cansada. ¿Podríamos dejarlo para mañana?

—Por supuesto. Podemos ir a la playa y allí me explicas lo que quieras.

—Suena genial, pero el lunes tengo examen...

Tuerce el gesto, pero no protesta.

—Está bien, en ese caso tu estudia y yo surfearé.

—Debería ir a la biblioteca, he quedado con Brian, él tiene el mismo examen —Dean aprieta los labios, pero no dice nada, y yo añado—: Gracias por ser tan paciente con mis estudios.

—No me gusta que estudies con Brian —confiesa—, pero estoy orgulloso de tus logros académicos y te apoyaré en todo.

Arqueo una ceja, sorprendida.

—¿Desde cuándo estás orgulloso de mis estudios?

Se encoge de hombros.

—Desde que dejó de molestarme que fueras la hija perfecta.

—No soy perfecta...

—Para mí sí.

Sonrío y le doy un último beso en los labios:

—Buenas noches.

—Todavía no.

Río y su mano se desliza sobre mi muslo. Tiene razón, todavía no quiero dormir, porque no hay mejor sueño que estar en sus brazos.

DEAN

En la actualidad

Quería hablar, pero Gabriela se ha cerrado en banda y ahora solo puedo volver a pensar en que está desnuda en mi cama y que en que nunca tengo bastante de ella. Me inclino para besarla y soy suave al principio por si está cansada, pero cuando me devuelve el beso, gimo y comienzo a acariciarla. Gabriela me vuelve loco, la forma de besarme y de sujetarse a mí como si estuviera a punto de perder el sentido por la pasión. Su pelvis se pega a la mía y la agarro para poder levantarla. Ella enrosca sus piernas en mi cintura. La observo. Estos momentos en los que me mira con los ojos encendidos de pasión y la voz entrecortada tienen el poder de hacerme arder como nada lo haría. Me introduzco en ella y me dejo llevar hasta que ambos perdemos el sentido al unísono y nos dejamos caer exhaustos sobre la cama. Ella se duerme enseguida, pero yo me quedo mirándola, reflexionando. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de que Gabriela podía hacerme tan feliz? Me hace reír, puedo hablar con ella de cualquier cosa y en la cama es increíble. Jamás entendí las relaciones largas, ahora empiezo atesorar momentos que me hacen que me replantee todo en lo que había creído hasta ahora. A veces, todo es tan perfecto que el miedo me invade y me dan ganas de alejarme antes de que ella lo haga. Le pedí que confiara en mí y puedo asegurar que no se me ocurriría volver a engañarla, ni que fuera con un beso. Y le dije que confiaba en ella y en Brian, pero no puedo evitar estar en alerta continúa. Temo que él quiera volver a estar con ella y esta vez para siempre. Porque hay tantas cosas que no comprendo de su relación... Para empezar, que él se

marchara a Harvard. Eran la pareja perfecta en el instituto, parecían un satélite uno del otro, y de pronto eran solo amigos. Pero Gabriela no salió con otros chicos después de su ruptura y deduje que le estaba esperando, hasta aquella noche en la que se entregó a mí y sacudió mi mundo. Y ahora Brian ha vuelto, viven juntos y se supone que debe parecerme normal. Pero no lo hace ni nunca lo hará, me vuelve loco su cercanía y la mera idea de que él la tome, aunque sea de la mano, que haya la más mínima caricia entre ellos. Respiro hondo. Llevo tan mal la situación que ni siquiera puedo acostarme con ella en su apartamento, la idea de Brian en la habitación de al lado corta cualquier instinto pasional. En cambio, me gusta tenerla en mi apartamento, disfrutar de la convivencia. Lo cual no deja de ser irónico, ya que me pasé dos años maldiciendo que ella y su madre se hubieran mudado a nuestra casa. Pienso mucho en aquella época y en por qué me comportaba como lo hacía. Todos la adoraban y eso me hacía rebelarme contra ella. Lo cual es estúpido porque si no hubiera estado tan cegado hubiera visto lo que Brian vio, hubiera sentido lo que él sintió y ahora no estaría pensando en que compararme con él es una locura de la que no puedo desprenderme. Gabriela ha quitado las fotografías de ellos dos juntos de encima de su cama. Quiere ponérmelo más fácil, pero al final lo que me importa no son las fotografías en una pared, sino los recuerdos que habitan en su corazón. Había fotografías en las que se les veía tranquilos, estudiando o en algún parque. Otras brillando en algún evento del instituto o cuando fueron coronados reyes del baile. No hay ninguna en la que se estén dando un beso. Su actitud era muy cariñosa, pero solo les vi besarse cuando fueron elegidos reyes del baile y en alguna otra ocasión cuando se despedían. Eran besos suaves, casi inapreciables. En aquella época deduje que Gabriela era muy poco pasional, pero ahora esa afirmación me resulta ridícula. A pesar de que es una chica serena y tranquila, hay un volcán dentro de ella que se desata cada vez que nos

acariciamos. Hacer el amor con ella es como entrar en una dimensión completamente diferente a lo que había experimentado antes. Sus ojos se clavan en los míos con una entrega total, y cada caricia que me da es como si fuera un regalo para ella más que para mí. La forma en la que grita mi nombre, en la que me susurra cuando terminamos, su forma increíble de besarme y de tocarme hacen que me plantee si podría encontrar a alguien con quien me apasionara tanto estar como con ella. Y no es solo la pasión, sino todo lo demás, esas pequeñas cosas que nos convierten en una pareja. Me gusta hablar en susurros con ella, en la cama. Es algo muy íntimo que hace que me sea más fácil abrirme. Y levantarme con ella. Ducharnos juntos. Verla desenredarse el cabello y las gotitas que caen por su cuerpo cuando lo hace. La forma de vestirse, con naturalidad, sin imaginar que cada movimiento hace que mi cuerpo arda y me den ganas de arrastrarla de nuevo a la cama. Todo lo que hace es un imán que me atrae más hacia ella y a la vez hace que me asuste más perderla. Tiemblo y aprieto su mano con suavidad. Está en mis brazos, me repito, y no dejaré que nada ni nadie me aparte de ella.

GABRIELA

En la actualidad

Dejar a Dean en la cama, desnudo, para venir a estudiar ha sido un gran sacrificio. He quedado con Brian en el parquin de la biblioteca y, mientras estoy distraída mirando el móvil, unas manos se deslizan alrededor de mi cintura. Por un segundo, creo que es Brian, pero enseguida el olor que nunca he olvidado invade mis fosas nasales. Me suelto con rapidez y doy dos pasos atrás mientras grito:

—¿Qué haces aquí?

—Pasar a ver a una vieja amiga.

Miro alrededor de mí. No hay nadie y eso me aterra tanto que casi me paraliza. Mi voz apenas suena.

—Deberías estar en la cárcel.

Su sonrisa es tan malévola como su mirada.

—Me han sacado por buena conducta. Soy un hombre libre. Y tenía que venir a saludarte.

—No puedes acercarte a mí. Pediré una orden de alejamiento

Su rostro se contrae y agarra con tanta fuerza mi brazo que me lastima, pero no es tan importante como todo lo que remueve en mí, la sensación de que puede hacer lo que quiera contra mi voluntad porque es más fuerte que yo.

—Cuidado, Gabriela. Si vuelvo a la cárcel por tu culpa te lo haré pagar.

—¡Aléjate de mí ahora mismo!

—No puedo hacer eso. Nos quedan muchos asuntos pendientes.

Acaricia mi mejilla mientras con una mano mientras me sujeta con la otra. Consigo liberarme, pero lo único que consigo es que me apriete con más fuerza. Quiero gritar, pero esta voz la voz no sale de mi garganta. Solo puedo recordar los golpes, el miedo, la oscuridad. Y, entonces, se escuchan unos pasos por las escaleras y él se marcha con tanta rapidez que tengo la sensación de que acabo de despertarme de una pesadilla. Me quedo de pie, incapaz de reaccionar, y la voz de Brian se escucha detrás de mí.

—¡Buenos días!

Me giro, pero no soy capaz de hablar. Él me observa con inquietud.

—¿Estás bien?

—Yo...

Me interroga con la mirada, pero no soy capaz de continuar. Simplemente, no puedo.

—¿Es por ese tipo que ha salido corriendo? ¿Te estaba molestando?

—Él, yo...

Mi voz se corta de nuevo y me dejo caer sobre el suelo temblando, con la respiración entrecortada y los ojos en blanco. No puedo creer que esté aquí, que todo vuelva a empezar. Brian se arrodilla junto a mí y me sostiene mientras un llanto histérico se apodera de mí. No me atosiga a preguntas, solo me abraza mientras trato de calmarme. Cuando lo consigo, su rostro está aterrado.

—Gabriela, ¿qué te ha hecho ese tipo?

—Nada, solo...

Sus ojos se fijan en mi brazo que ha estado apretando y en el que las marcas de sus repugnantes dedos han quedado visibles.

—¿Te ha golpeado?

—Solo me ha sujetado.

—¿Por qué?

—Porque es él. Ha salido de la cárcel, no sé cómo, pero ha salido de la cárcel. Es Wilson y viene a por mí, viene a por mí —repito como un autómata.

Una mirada de terror le domina.

—¿Le han dejado en libertad?

Asiento y sacude la cabeza como si no pudiera creerlo.

—¿Seguro que no te ha hecho daño?

—Sí, pero porque ha escuchado que tú te acercabas. La próxima vez no me dejará marchar —susurro temblando.

—Vamos a comisaría ahora mismo. Tienes que poner una denuncia para que podamos pedir una orden de alejamiento.

—Quiero ir a casa... En la calle no estoy segura —suplico.

—Gabriela, cariño, estás conmocionada, pero debemos ir a comisaría, no podemos permitir que ese malnacido vuelva a acercarse a ti, ¿entendido?

Asiento entre lágrimas.

—Tenemos que ir a la comisaría del capitán Sparks. Él fue quien llevó mi caso junto a mi padre, en aquel entonces trabajaban juntos.

—Está bien, dime cuál es e iremos juntos.

Le doy la dirección, le sigo hasta su coche y me dejo caer en el asiento, destrozada. No puedo creer que hayan dejado en libertad a Wilson, tampoco que siga obsesionado conmigo. ¿Por qué? ¿Es que no tuvo bastante con romper mi cuerpo y mi vida una vez que quiere hacerlo de nuevo?

Durante todo el camino Brian no habla, pero en contra de su costumbre conduce solo con una mano para poder tenerme cogida de la otra. Cuando llegamos a comisaría y Brian dice mi nombre, informan al capitán y este me hace pasar a su despacho. En cuanto ve mi estado, pregunta con inquietud:

—Gabriela, ¿qué sucede?

Las palabras se atragantan en mi boca y Brian explica por mí:

—Wilson ha salido de la cárcel.

—¿Quéééé? Dejé encargado que me avisaran de cualquier cambio en su condena. ¿Estáis seguros?

—Completamente.

Sacude la cabeza y le el miedo en sus ojos.

—¿Qué te ha hecho?

—Me estaba esperando en el parquin de la biblioteca de la universidad. Brian llegó antes de que hiciera nada, pero sus ojos y su forma de sujetarme eran los mismos que cuando...

Mi voz se ahoga.

—Me encargaré de ello ahora mismo. ¿Quién habrá sido el incompetente que ha dejado a ese demente en libertad? ¿Qué ha dicho tu padre?

—No se lo he dicho y preferiría que usted tampoco lo hiciera. Con lo que está pasando, no le conviene alterarse.

—Tienes razón. Si tu padre se entera que ese malnacido te ha puesto la mano encima otra vez tendrá un ataque. Aunque si descubre que se lo hemos escondido se enfadará mucho...

—Lo sé, pero prefiero eso a que su estado empeore por mi causa —insisto entre lágrimas.

El capitán duda unos segundos, pero finalmente acepta:

—Está bien. Solicitaremos una orden de restricción y le investigaré personalmente. Utilizaremos cualquier pequeño detalle que pueda llevarle a la cárcel de nuevo. Su familia está podrida de dinero y por eso habrán conseguido el permiso, pero no permitiré que ese psicópata ande suelto.

Todo se remueve en mi interior. El juicio que casi nos arruinó, el brillante abogado que defendió a Wilson y que trató de culpabilizarme. Solo la sabiduría de un juez ante las pruebas médicas y el testigo de mi padre pudieron más que todas las artes y el dinero de la familia de Wilson, pero

ahora está libre porque su abogado habrá encontrado un maldito recodo judicial para que así sea. Y yo vuelvo a estar en peligro. Pero el capitán hará todo lo posible por ayudarme y por eso trato de esbozar una sonrisa.

—Muchas gracias por todo.

—Dámelas cuando consiga que vuelva a estar entre rejas. Y, Gabriela, ya sé que no quieres decírselo a tu padre, pero tus compañeros de apartamento y amigos más allegados deberían saberlo.

Bajo los ojos.

—Brian es mi compañero de apartamento, la otra amiga que vive con nosotros está fuera de la ciudad.

—Yo cuidaré de ella —declara Brian con vehemencia.

—No lo dudo, hijo, pero quizá sería conveniente que ampliarais el círculo de gente que lo sabe, para que estén alerta.

—No —deniego con rotundidad—. No quise que nadie lo supiera entonces y no quiero removerlo ahora.

El capitán sacude la cabeza, no parece convencido, pero acepta:

—Está bien, pero debes extremar las precauciones. Trata de estar sola únicamente el tiempo imprescindible, no vayas a sitios oscuros y lleva siempre contigo el spray de pimienta. Y si aparece, no lo confrontes, llámame enseguida si puedes y grita pidiendo auxilio. ¿De acuerdo?

—Seré muy cuidadosa, se lo prometo.

—Bien. Lo enviaremos a la cárcel de nuevo, te lo prometo.

Me da un paternal apretón de manos y otro a Brian. Los dos nos despedimos y salgo de la comisaría algo más esperanzada, pero en cuanto cruzo la calle comienzo a tener la sensación de que me vigilan. Como no sé si es cierto o me estoy volviendo paranoica, subo con rapidez al coche y Brian conduce hasta el apartamento. Cuando llegamos allí, me acompaña a mi habitación y me tumbo en la cama. Él se sienta a mi lado:

—¿Cómo estás?

—Mi mente trata de negar que esto haya sido posible. No me parece real que esté libre, que la pesadilla vuelva a empezar y que tenga que temer que en cualquier momento aparezca de nuevo a mi lado para hacerme daño. Me gustaría gritar, llorar...

—Hazlo si es lo que necesitas.

—Lo que necesito es ser fuerte. Y tener mucho cuidado.

—Y hablar con Dean —añade.

Permanezco en silencio unos segundos.

—Él no puede saber la verdad.

—Gabriela...

—No —declaro con rotundidad—. No se lo expliqué entonces y no quiero que lo sepa ahora.

—Pero las cosas han cambiado.

—Siguen sin ser fáciles entre nosotros, ni siquiera es capaz de aceptar que tú y yo seamos amigos. No puedo hacer frente a que lo sepa y actúe de una forma que yo no comprenda.

—Está bien, pero al menos tiene que saber que te han atacado. Le diremos que ha sido un extraño. No puedes fingir que estás bien cuando no lo estás.

—Tienes razón. ¿Puedes explicárselo tú? No tengo fuerzas para mentirle.

—Por supuesto.

—Gracias.

Entrelaza su mano con la mía. En sus ojos leo tanta preocupación como en los míos. Ojalá pudiera ahorrarle ese sufrimiento, pero estamos demasiado unidos para que eso sea posible.

—¿Estás segura de que tampoco quieres que lo sepan tus padres?

Suspiro con pesar.

—Le prometí a mi madre que no volvería a guardarle secretos como este.

Pero la enfermedad de mi padre les ha golpeado con fuerza, si saben que William está libre, quedaran destrozados. Ellos lo vivieron todo con tanta intensidad que no sé cómo podrán enfrentar la noticia.

— En algún momento lo descubrirán.

—Lo sé, pero quiero retrasarlo lo más posible. Les hizo tanto daño entonces.... No olvides que mi padre fue quien me encontró y me salvó. Una vez me confesó que tenía pesadillas cada noche con la imagen de mi cuerpo maltratado. Pero fue pasando el tiempo y todos fuimos olvidando. No quiero que ahora que todavía está enfermo se tenga que enfrentar a esos recuerdos de nuevo.

—Lo entiendo. Pero al menos ten claro que cuentas conmigo. No hay secretos entre nosotros, no estás sola.

Asiento, emocionada.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

—Sí... Estabas muy asustada.

—No creí que pudiera estar cerca de alguien, pero me diste la confianza necesaria para que pudiera hacerlo.

Una sonrisa asoma a sus labios

—Y tú a mí. A tu lado sentí paz aquella noche, podía ser yo mismo, sin presiones, solo disfrutando. Tuvimos mucha suerte de encontrarnos. Y nada va a cambiar eso. Gabriela, no dejaré que te pase nada malo. Estuvimos juntos entonces y lo estaremos ahora. Ese psicópata volverá a la cárcel y tú recuperarás tu vida de nuevo.

—¿De verdad crees eso?

—Somos futuros abogados. El sistema a veces falla, pero debemos confiar en él y en la policía. Volverá a la cárcel y no podrá acercarse a ti.

—Jamás pensé que después de tanto tiempo seguiría obsesionado conmigo. Ni que volvería a sentirme constantemente amenazada por él.

—Está enfermo. No hay otra explicación.

—Quiere terminar lo que empezó —susurro aterrada.

—Pero no lo conseguirá. Esta vez la policía está informada y yo a tu lado.
No dejaremos que se acerque a ti.

Me estrecha en sus brazos y las lágrimas inundan mis ojos como lo hicieron tantas veces antes. Creí haber superado el pasado, pero ahora vuelve a mí y todos los secretos y los miedos que tan celosamente he guardado salen a la luz y amenazan con devorarlo todo, incluso mi vida. Y por ello debo aferrarme a Brian, él me mantendrá a salvo, siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

DEAN

En la actualidad

Estoy muy preocupado. Gabriela me ha enviado un mensaje para que vaya a su apartamento, pero no me ha respondido al teléfono cuando la he llamado. Y tampoco es ella la que me abre la puerta, sino Brian. Está muy nervioso, y tiene las manos metidas en los bolsillos como si esa fuera la única forma de dejar de moverlas. La angustia en su mirada me pone en alerta.

—¿Qué sucede?

—Se trata de Gabriela.

—¿Está bien?

—Sí, pero antes de que la veas quiero explicarte algo.

Mi cuerpo se tensa.

—¿Qué ha pasado?

—Un vagabundo la ha atacado en el parquin de la universidad.

—¿Quéééé?

—He llegado antes de que pasara nada, pero se ha quedado muy afectada. Solo quería que lo supieras antes de entrar a verla.

Me pongo en alerta. Conozco a Brian lo suficiente como para saber que me oculta algo importante.

—¿Estás segura de que está bien?

—No le ha hecho daño físicamente, pero está muy angustiada por lo que ha sucedido.

—¿Habéis ido a la policía?

—Sí, lo investigarán.

Tengo la sensación de es evasivo en sus respuestas deliberadamente.

—Si dices que es un vagabundo quizá no volverá por allí.

No hace ningún comentario sobre eso, en cambio me explica:

—Aprovecharé que estás aquí para ir a comprar algo de cena, no quiero que se quede sola.

—¿Tiene miedo? No creo que un vagabundo venga a buscarla a su casa. Sería un borracho...

Brian pasea nervioso y evita mirarme a los ojos.

—Solo para que se sienta más comfortable hasta que esté más tranquila. Por cierto, ¿Te apetece cenar con nosotros? Puedo traer más comida.

—No puedo, he quedado en recoger a Ethan —miento. Si Sofía no está, una cena de los tres me resultaría demasiado incómoda.

—De acuerdo, si cambias de idea envíame un mensaje.

Asiento con la cabeza. Tengo que reconocer que él está poniendo de su parte, pero sigue molestándome que esté al lado de Gabriela tan íntimamente. Irritado, me dirijo a su habitación. Tiene la puerta abierta y ella está sentada sobre la cama, abrazada a un cojín y con los ojos llenos de lágrimas.

—Dean...

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Me siento a su lado y digo con suavidad.

—Brian me ha explicado lo del vagabundo que te atacó. ¿Estás bien?

Se seca los ojos.

—Sí, solo fue un momento. Por suerte, Brian apareció enseguida.

Acaricio con suavidad su mejilla todavía húmeda.

—Pero estás temblando...

—Me asusté. Pero estoy a salvo.

Susurra la frase como un autómata, y no sé si me lo dice a mí o a ella para

tranquilizarse.

—¿Por qué no me llamaste en cuanto pasó?

—No quería molestarte y no era importante.

—Ha pasado hace horas y sigues llorando. Has ido a comisaría. A mí me parece importante.

—Lo tenía controlado. Brian estaba conmigo allí y...

Se interrumpe, pero sus palabras ya han clavado como un puñal en mi corazón. Suspiro y me pregunto si siempre será así: Brian el caballero andante que la rescata, yo el último que se entera de todo.

—Yo sirvo para que te acuestes conmigo, pero solucionas tus problemas con él —mascullo furioso.

Me mira herida.

—Eso no es cierto, nunca he pensado eso de ti y tú lo sabes. Simplemente, él estaba allí cuando sucedió.

—Pero podías haberme llamado —insisto.

—No quería molestarte.

—¿Molestarme? Eres mi novia.

Se hace un silencio y ella susurra:

—No quiero que te enfades por esto. Brian estaba allí y me ayudó. No es importante.

—Lo es para mí y necesito que me prometas que no vas a volver a dejarme fuera. No puedo estar contigo si cada vez que te sucede algo es en Brian en quien te apoyas. No son celos, es que necesito ser yo el que esté para ti.

Toma aire y reconoce.

—Lo siento mucho. Estaba asustada y cuando eso me pasa regreso instintivamente a lo que me hace sentir segura.

—Brian...

—No te molestes por eso. Es que me conoce desde hace mucho tiempo, lo sabe todo de mí y eso hace más fácil las cosas.

—Y yo te las hago difíciles —incido con la voz rota.

—No, pero todavía estamos aprendiendo a confiar y a ser abiertos el uno con el otro.

De nuevo siento que una daga se clava en mi corazón. Brian me lleva cuatro años de ventaja en su corazón. Jugueteo con sus labios y pregunto:

—¿Recuerdas la noche de la promoción?

—No podría olvidarla.

—Nunca la mencionaste.

—Tú tampoco. Nos acercamos, pero a la mañana siguiente volvías a estar distante conmigo. Creí que lo habías olvidado con la resaca.

—No había bebido tanto como tú creías y no lo olvidé. Pero estaba demasiado acostumbrado a mantenerme alejado de ti y no sabía cómo enfocar otro tipo de relación.

Sonríe con suavidad.

—Aquella noche es uno de mis recuerdos favoritos del instituto.

De nuevo la duda crece en mi interior. Era la novia de Brian, pero a veces intuyo que se sentía atraída por mí. Lo cual no me tranquiliza, porque quizá ahora le pasa lo mismo, pero al revés. Está conmigo, pero tiene sentimientos por Brian. Ella advierte mi desasosiego.

—¿Sucede algo?

—No, es solo que ojalá las cosas hubieran sido diferentes entre nosotros.

—Lo son ahora y eso es lo que importa.

Acaricio su mejilla con suavidad, pero cuando me acerco a ella y la beso, noto un ligero temblor.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que he recordado lo que pasó esta mañana.

—¿Un beso mío te recuerda al ataque de un desconocido?

—No es eso — se apresura a decir, pero no sostiene mi mirada.

Maldigo en mi interior. Vuelvo a sentir la misma sensación que cuando hablé con Brian: me oculta algo. Ambos comparten información que Gabriela no quiere que yo sepa y eso no hace sino ponerme más furioso. Quiero estar con ella, aliviar su dolor, pero no puedo hacerlo si no confía en mí. Se hace un tenso silencio, que se rompe cuando escuchamos la puerta del apartamento abrirse.

—¿Cenas con nosotros?

Dudo. Quizá soy idiota por dejarlos a solas, pero ahora no puedo enfrentar una cena con los dos en la que voy a sentirme como el invitado no deseado.

—No puedo, he quedado con Ethan. ¿Estarás bien?

Asiente, y esta vez no trato de besarla en los labios, solo le acaricio la mano con suavidad y salgo de la habitación. Brian me observa:

—¿Todo bien?

Me encojo de hombros. No hay nada que pueda decirle que no sepa, porque él es quien está a su lado y no yo. Con más frustración que nunca, me voy del apartamento controlando mis ganas de dar un portazo.

GABRIELA

5 años antes

Hoy hay una fiesta en casa de Wilson. Every, mi mejor amiga, ha estado dando clases particulares a Tom, uno de los jugadores de fútbol con el que lleva tonteando desde hace más tiempo del que recuerdo. Y al parecer este tampoco es inmune a ella, porque la ha invitado a esta fiesta. Y dado que ella no quería venir sola, aquí estoy, en una fiesta de gente popular por primera vez en mi vida. Estoy nerviosa. En el instituto solo soy una más de las empollonas, aquí intuyo que me sentiré como pez fuera del agua. Every aparca delante de una fila abarrotada de coches y caminamos hasta la entrada de la casa. Por lo que comienzo a intuir, esta fiesta es la versión desmadrada de lo que pasa en el instituto. La música se escucha alta a través de las ventanas abiertas y se entremezcla con risas y gritos de borrachos.

Tom nos está esperando y Wilson está a su lado. Tom me cae bien, es amable y no tan arrogante como el resto de los chicos populares a pesar de ser uno de los mejores jugadores del equipo de fútbol. Wilson no es jugador, pero aun así es el chico más popular y deseable del instituto. En parte, por su atractivo físico. Es alto, con un cuerpo fuerte, bien formado en horas de gimnasio y con un rostro que sin ser bello resulta muy interesante. Tiene los ojos marrones y el cabello cortado a cepillo, como un militar. Pero eso no es lo único que lo hace popular, sino su dinero. Sus padres están divorciados y su padre gana más dinero del que le da tiempo a gastar a él o a su hijo. Viaja mucho, por lo que Wilson tiene una preciosa casa a disposición de los

jugadores, las animadoras y cualquiera que él considere suficientemente bueno para entrar en su círculo. Y no tengo claro que yo esté incluida en él, pero cuando nos ve, esboza una sonrisa irónica y a la vez receptiva.

—Mira quién vino a una de mis fiestas. La chica lista de la clase... ¿Quieres ayudarme con los deberes, nena?

La voz de Wilson se escucha exageradamente alta y mucha gente se gira para mirarme. Detesto ser el centro de atención, pero parece ser que esta noche no va ser posible. Trato de ser amable, aunque odio que me llamen “nena”.

—Gracias por invitarnos.

—Lo hizo Tom, pero me alegro que lo hiciera. Eme estás muy sexi, Gabriela. Deberías vestir siempre así.

Su comentario, seguido de una larga mirada lasciva, me ruboriza. Los chicos como Wilson no suelen fijarse en mí y, aunque su comentario podría resultar halagador, me resulta inquietante su forma de desnudarme con la mirada. Lo cual me hace pensar que el vestido que Every ha elegido para mí es de lo más inadecuado, ya que marca mis formas exuberantes de una forma que me hace sentir bastante incómoda.

Tom, que solo tiene ojos para mi amiga, sugiere:

—Every, ¿me acompañas? Quiero enseñarte la casa.

La aludida asiente bobaliconamente y entra en la casa de su mano. La que está libre de él se desliza hacia su trasero y algo que me dice que terminaran manoseándose en alguna habitación antes de poder preguntarle cuanto tiempo se supone que debo esperar sola. Maldigo en mi interior, debí imaginar que esto sucedería, y ahora no tengo ni idea de qué hacer. Valoro la idea de volver al coche y esperar allí a Every, pero Wilson me ofrece:

—¿Te apetece una cerveza?

Arqueo una ceja. Wilson no me ha dirigido la palabra apenas en todo el

instituto, pero ahora me ofrece una bebida. ¿Por qué me presta atención? Quizá solo quiere ser amable, pero no es algo que le caracterice si he de juzgar por lo que veo en el instituto donde se pasea como un rey al que hay que rendir pleitesía. Pero estoy aquí y no puedo salir corriendo. Solo tengo que tomarme algo y comportarme con normalidad, sin sobrepasar mis límites. Alzo la vista hacia él y pregunto:

—¿Puede ser un refresco?

—Puede ser lo que tú quieras, nena.

Lo dice arrastrando las palabras y me toma de la mano. Yo me suelto con rapidez y él se ríe:

—Hay mucha gente, te ayudará a llegar a la cocina más rápido.

—No es necesario, gracias.

Sus ojos centellean de una forma que no sé interpretar, no está acostumbrado a que las chicas rechacen el contacto físico con él. Aun así, esboza una sonrisa torcida y acepta:

—Como quieras, sígueme.

Miro al mi alrededor, buscando alguien que nos acompañe, pero no hay ninguno de los compañeros que suelo frecuentar en el instituto. Maldigo en mi interior que Every me haya dejado sola, y le sigo hasta la cocina. Tengo que reconocer a Wilson que no me ha mentido en lo de que la casa está atiborrada, no me imagino la mía tomada por tanta gente. Ni tampoco llena de adolescentes bebiendo alcohol, a mi madre le daría un ataque.

Cuando llegamos a la cocina, Wilson me ofrece un refresco y él se toma una cerveza con rapidez. Su aliento ya olía a ebrio antes, pero no digo nada, no estoy aquí para juzgar a nadie. Vuelvo a mirar alrededor de mí, pero sigo estando tan sola como antes. Wilson me estudia con detenimiento.

—Y bien, Gabriela, ¿por qué no habías venido antes a mis fiestas? ¿No te gusta la diversión?

—No me habías invitado.

Las palabras salen con demasiada sinceridad de mi boca y él ríe de nuevo con fuerza, parece que la bebida tiene ese efecto en él.

—Nena, si querías venir solo tenías que pedírmelo. ¿Te han dicho alguna vez que eres muy guapa para ser del grupo de las empollonas?

Desliza un dedo por mi mejilla mientras lo dice y mi corazón late apresuradamente. Debería sentirme halagada, pero hay algo en él que me incomoda y no solo porque esté borracho. Su forma de mirarme, como si fuera comestible, resulta inquietante. Trato de zafarme.

—Debería ir a buscar a Every.

—No hace falta, estará en alguna habitación con Tom. Cuando terminen ya te buscará ella.

Trato de que mantener una sonrisa en mis labios, pero me siento muy incómoda al pensar que solo he venido aquí para esperar a que Every se acueste con Tom. Wilson advierte mi tensión y me pasa el brazo alrededor de la cintura:

—No te preocupes, yo me encargo de que no te aburras.

Sus palabras me ponen más nerviosa en lugar de serenarme, pero por suerte alguien le llama para que le ayude a traer otro barril de cerveza. Camino hasta la sala principal y me siento en el sofá tratando de esquivar a los que se están enrollando encima de él. Todo el mundo está emborrachándose, liándose con alguien o bailando como si estuvieran poseídos. Salvo yo que no tengo ni idea de qué hago aquí y que comienzo a darme cuenta de que no me perdía nada viniendo a este tipo de fiestas. Inquieta, apuro mi vaso de refresco y me levanto para buscar un baño. En el primero hay una larga cola, pero Wilson aparece y susurra:

—Tranquila, hay muchos más arriba.

—¿Puedo subir?

—Sí. La mayor parte de las habitaciones ya están ocupadas por parejas, ¿por qué no usar también los baños?

Su argumento parece sólido y le sigo escaleras arriba. Me indica una puerta, que da a un baño que como todo en esta casa es grande y lujoso. Aprovecho para refrescarme un poco la cara y lamento de nuevo que tendré que estar aquí sola hasta que Evelyn termine su encuentro con Tom. Abro la puerta del baño con desgana y me encuentro con Wilson observándome. Me convengo de que solo es un gesto de amabilidad y que me espera para acompañarme de nuevo abajo, pero de nuevo me sorprende:

—Parece que no te gusta la fiesta.

—Está muy bien —miento.

—Intuyo que hay mucha gente para ti, quédate aquí arriba. Evelyn y Tom están en esa habitación, puedes esperarla en la de al lado. Allí estarás bien.

Trago saliva. Su rostro es amable, demasiado para alguien a quien he visto abusar de otros en el instituto o tratar a las chicas con las que ha salido como si fueran basura.

—No, prefiero ir al jardín.

Su rostro se contrae.

—Y yo prefiero que te quedes aquí arriba.

No sé cuáles son sus intenciones, pero su forma de mirarme mina cualquier confianza en él. Hago ademán de irme, pero él me toma con fuerza del brazo.

—Me haces daño.

—Porque te lo mereces. Yo estoy siendo un amable anfitrión y tú una maleducada —me espeta mientras su mano se posa sobre mi cintura con fuerza y me atrae hacia él para besarme.

La presión de sus labios es tan fuerte que me hace daño y trato de zafarme, pero es demasiado fuerte. Antes de que me dé cuenta me arrastra

hasta la puerta de la habitación en la que quería que me quedara. Comienzo a temblar, y todo empeora cuando abre la puerta y me lanza sobre la cama. Trato de levantarme y salir corriendo, pero lo único que consigo es que me golpee en la cara y me obligue a volver a la cama. Me tumba boca abajo, con mi rostro pegado sobre la colcha. Apenas puedo respirar, las lágrimas ruedan por mis mejillas y con su peso estoy completamente inmovilizada.

—Relájate, nena.

¿Relájate? ¿Esa es la estúpida frase que tipos como él dicen a las chicas a la que tratan de violar? El terror se apodera de mí y susurro con el aliento de voz que apenas tengo apoyada con el colchón:

—Wilson, suéltame, por favor, te lo ruego, déjame marchar...

—Eso, nena, suplicame... Me encanta, no te sirve para nada, pero me encanta...

Su negativa va unida a que comienzo a notar sus manos en todo mi cuerpo: pechos, piernas, trasero... Quiero defenderme, pero es fuerte, demasiado. Estoy tan asustada que no puedo ni gritar. Su mano desciende hasta la falda de mi vestido y comienza a subirlo. Le noto sobre la piel desnuda de mis muslos y mi trasero cuando rompe de un tirón mis bragas. El asco de que me esté tocando me provoca náuseas y cuando le escucho bajar la cremallera de su pantalón, aprovecho que se ha separado un poco de mí para gritar con todas mis fuerzas. Él se ríe y sigue desabrochándose el pantalón mientras yo me desgañito. La música está muy alta y todo el mundo demasiado ocupado pasándolo bien para escucharme. Pero yo tengo que seguir gritando, necesito que sepa que no quiero está aquí, que me está matando lo que me está haciendo. Mis esfuerzos por hacerme oír parecen excitarle, porque comienza a golpear mis nalgas con fuerza, como si cada grito de dolor aumentara su deseo.

Y entonces, cuando creo que no hay nada que pueda salvarme, Tom entra

en la habitación.

—¿Qué demonios está pasando?

Wilson se ríe, mantiene su presión sobre mí y pasa sus manos sobre mis nalgas desnudas, haciéndome sentir sucia e impotente.

—Solo nos estamos divirtiendo —explica con tono ebrio.

—Quiero irme —suplico de nuevo, esperando que ahora que Tom está aquí me deje marchar.

Sin embargo, Wilson me da un golpe en la nalga con fuerza y deniega:

—Todavía no, nena, no has pagado el precio de venir a mi fiesta.

Comienzo a llorar con tanta fuerza que Tom intercede:

—Déjala marchar.

—¿O qué? —ironiza Wilson— No puedes vencerme en una pelea.

Puedo imaginarme a Tom dudando qué hacer y temo que dé media vuelta y me deje aquí. Pero la cordura puede con él e insiste.

—Wilson, Gabriela quiere marcharse y vas a dejar que lo haga para evitar mayores problemas.

—No hay problema, estoy en mi casa.

—Y yo estoy aquí y no puedo permitir que lo haga. Vamos, amigo, tienes un montón de chicas disponibles ahí abajo. Deja que se marche.

Se hace un insoportable silencio, hasta que Wilson aleja su mano de mi nalga y la aprieta contra mi cuello. Desciende hasta mi oreja y susurra:

—Otro día, nena, otro día.

Cuando termina su amenaza, me lanza contra el suelo. Las lágrimas corren por mis mejillas, pero no tanto por el golpe sino por lo que ha estado a punto de suceder. Recompongo mi ropa como puedo y salgo corriendo enloquecida de la habitación hasta el coche. Cuando llego allí maldigo al recordar que Evelyn tiene las llaves, pero esta aparece con rapidez seguida de Tom. Se abraza a mí y susurra:

—Gabriela, lo lamento tanto... Fui al baño y cuando regresé Tom me dijo lo que había sucedido, que te oyó gritar, abrió la puerta y...

Su voz se quiebra y Tom propone:

—Será mejor que nos vayamos.

Las dos asentimos y subimos al coche. Las lágrimas caen por mis mejillas con fuerza, y Every me sostiene de la mano. Tom conduce hasta una cafetería y allí detiene el coche en el parquin. Yo salgo, aunque me cuesta mantenerme en pie, necesito respirar aire libre.

—¿Estás bien? —susurra Every.

—No lo estaré hasta que vayamos a la policía y detengan a ese maldito — respondo.

—Bajo ningún concepto —deniega Tom.

Le miro incrédula.

—¡Ha intentado violarme!

—Pero no lo ha hecho. Ni siquiera estás herida, solo tienes algunos moratones.

Sus palabras me crisan.

—Eso significa que deba ignorarlo. Puede hacérselo a otra...

—Eso no lo sabes. Gabriela, lamento lo que Wilson intentó hacerte, pero no puedo hacer más de lo que he hecho.

—Pero tú estabas allí...

—Es una fiesta. Cuando hay alcohol de por medio a veces las cosas se desmadran un poco. Pero no ha pasado nada, olvídale.

Sacudo la cabeza, incrédula.

—¿Y si no quiero olvidarlo?

—¿En serio? ¿Quieres llamar a la policía y decirles que el chico más deseado del instituto intentó violarte cuando podía estar con cualquier chica de la fiesta que deseara? Nadie te creerá, archivarán la denuncia y te

convertirás en una proscrita en el instituto.

—Eso no es justo —protesto.

—Tom tiene razón.

La voz de Every se clava como un puñal en mi corazón. Me giro a ella con lágrimas en los ojos

—¿Cómo puedes decir eso?

—Gabriela, es la primera vez que nos invitan a una fiesta. Si denuncias a Wilson todos te odiarán. Es demasiado popular.

—Pero ha intentado violarme y me ha amenazado —insisto con fuerza.

—Está borracho, no tengas en cuenta nada de lo que ha dicho, no intentará nada más —me contradice Tom—. Lamento ser tan franco, pero solo has sido una más. Cualquiera otra le hubiera dicho que sí. Le has sorprendido.

La ira brota como un torrente en mi interior.

—¿La culpa es mía porque le he rechazado? ¿No tengo derecho a decir “no” cuando no quiero hacer algo?

—Lo tienes, por eso Tom te ha ayudado —intercede Every—. Pero tiene razón, denunciarle solo servirá para que te conviertas en una apestada en el instituto. Todo el mundo se pondrá de su parte. Es el chico más popular y tú solo...

—Una chica que no le importa a nadie —termino su frase.

—No he dicho eso —aclara, pero sus ojos se desvían a los de Tom de una forma que no esperaba de mi mejor amiga.

—No hace falta, es bastante obvio que es lo que piensas —replico con dureza—. ¿Podéis llevarme a casa?

Los dos me miran con lástima y Tom me abre la puerta del coche. Me meto en él, pero esta vez no dejo que Evelyn me sostenga y no digo ni una palabra hasta que me dejan delante de mi puerta. No sacaré nada de ellos, estoy sola en esto. Tom no se arriesgará a meterse en problemas con alguien

tan popular como Wilson y Evelyn no va a perder lo que acaba de comenzar con él. No tendré testigos y, si hablo, el instituto se convertirá en una pesadilla. Mi única opción es callar. Las lágrimas asoman a mis ojos y entro en la casa rogando para que mi madre no me vea en este estado. Me encierro en mi habitación y doy rienda suelta a mi dolor. Trato de hacerlo en silencio, mi madre no puede enterarse y verme así, destrozada. No se lo merece. Es una madre increíble, y más teniendo en cuenta todo lo que tiene en la cabeza: las deudas, el trabajo, el abandono de mi padre y su posterior fallecimiento... Ha pasado por mucho, pero es fuerte y se mantiene en pie pase lo que pase. A pesar de los problemas que ha tenido, ha tratado de mantenerme al margen todo lo posible para que disfrutara de una infancia y adolescencia tranquila. Y ahora es mi turno de devolverle todo lo que ha hecho por mí. No puedo contarle lo que ha pasado esta noche: el dolor, el miedo, la humillación; porque eso le haría mucho daño y no puedo ser culpable de eso. Ya me siento bastante avergonzada por haber ido a esa maldita fiesta, haber subido al baño que me indicó Wilson, no haber tenido fuerza para evitar lo que me ha hecho y haber dependido de Tom para que no fuera a más. Y, sobre todo, por no haber podido convencer a Tom y Evelyn para que me acompañen a comisaría. Las lágrimas caen con fuerza por mis mejillas. Lo daría todo por sentirme protegida y comprendida, pero solo siento vacío y soledad. Y un terrible presentimiento de que, por mucho que diga Tom, esto no ha hecho más que empezar.

DEAN

En la actualidad

Llego a mi apartamento con la cabeza echa un lío y con una mezcla de sentimientos que van del enfado a la angustia. Ethan está allí y en cuanto me ve llegar pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Le resumo lo que ha sucedido lo mejor que puedo, y Ethan cavila unos segundos antes de comentar:

—A Gabriela le afectó mucho cuando aquel chico intentó propasarse en el bar. No digo que no fuera duro, pero en su caso es como si la aterrorizara que se acercaran a ella.

Suspiro con pesar.

—Lo sé, pero no se abre a mí cuando le pregunto.

Ethan se levanta, nervioso, y coge un par de cervezas de la nevera. Me tiende una y toma aire antes de decir:

—Hay algo que no te he contado.

Arqueo una ceja.

—¿Sabes algo de Gabriela?

—Se trata de algo que dijo mi jefe cuando vio la cicatriz antes de que la cubriéramos con el tatuaje. Estuvo en el ejército y es un experto en distinguir heridas. Aseguró que no parecía producto de un accidente de coche, sino de que alguien la hubiera golpeado con un bate de béisbol o similar.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque Gabriela insistió en que era un accidente y no le di más importancia.

—Ese accidente... —maldigo—. Cada día estoy más convencido de que hay mucho más que no me cuentan sobre él.

—Yo también lo creo. Además, en general, los chicos a los que no conoce le dan miedo.

—¿Por qué dices eso?

—Por la forma que se tensa cuando hay un hombre que no conoce. En la tienda de tatuajes le pasó con mi jefe.

—Tu jefe impone bastante...

—Sí, pero no es la única vez que le ha pasado. ¿Recuerdas en el instituto? ¿O en las fiestas? Incluso cuando me dio clases un día. Siempre se mantenía en guardia.

Me llevo las manos en la cabeza.

—Sí, tienes razón. Creí que era estirada, pero quizá confundí superioridad con miedo...

Ethan y yo nos miramos aterrados.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—No sé si soy capaz de pensar eso. Si alguien le hubiera hecho daño, ella me lo habría dicho. ¿O no?

—No lo sé. En aquella época no hablabais mucho y ahora tal vez no quiere que el pasado salga a la luz.

—Pero ahora soy su novio...

—Y quizá no quiere que el pasado interfiera en vuestra relación.

Comienzo a temblar. ¿Puede ser cierto lo que estoy pensando? ¿Sufrió un accidente de coche o hay algo más? ¿Algún chico le hizo daño? ¿Por eso actúa como lo hace?

—Necesito saber la verdad —declaro.

—Pero has dicho que ella no quiere hablar de eso.

—No, y Brian tampoco lo hará, se protegen el uno al otro. Pero hay alguien que sabe la verdad y que no me mentirá.

—Tu padre... —adivina Ethan.

—Sí.

—¿Crees que es conveniente, con lo de su enfermedad y todo eso?

—Mi padre es un hombre fuerte y por encima de todo siempre ha querido proteger a Gabriela. Necesito que me explique lo que sucedió.

—Está bien. ¿Quieres que te acompañe?

—No, esto debo hacerlo solo. Mañana, en cuanto amanezca, iré a su casa. Dejo la cerveza y Ethan apoya una mano sobre mi hombro.

—¿Me llamarás si me necesitas?

Asiento y tomo otro sorbo. Las horas que me quedan para pasar la noche se me van a hacer interminables. Y no solo por el miedo de lo que voy a descubrir, sino por la culpabilidad que siento por no haberme interesado en todo esto antes. En un susurro confieso:

—Brian lo sabe, por eso están tan conectados y Gabriela actúa como si le necesitara para sobrevivir.

—Era su novio —trata de suavizar Ethan.

—Era mucho más, es mucho más. Yo soy su novio, pero no cree que pueda ayudarla a lidiar con lo que sea que le pasara o le sucede ahora, pero sí lo hace con Brian.

—Entiendo tu preocupación, pero te eligió a ti.

—Cuando Brian no estaba. Gabriela nunca será mía si una parte de su corazón confía en Brian más que en mí.

—Quizá solo tiene miedo y se siente a salvo con él. En el instituto él era muy protector con ella. Creí que era por el tipo de relación que tenían, pero quizá era por algo más.

—Yo estoy convencido de eso. Lo malinterpreté todo. Pensé que tenían una relación obsesiva, pero ahora entiendo que Brian trataba de que se sintiera a gusto a pesar de lo que fuera que la aterrorizaba. Y yo no me daba cuenta de nada, incluso la dejé sola en aquella fiesta la noche que conoció a Brian. Se la puse en bandeja.

—Eso fue hace cuatro años. Todo ha cambiado.

—Repites eso, pero cuando están juntos yo no tengo esa sensación.

Ethan respira hondo, toma un trago de cerveza e insiste:

—Si Gabriela estuviera conmigo, no la dejaría marchar tan fácilmente. Lucha por ella si es lo que quieres.

—Ya sabes que sí.

—Pues entonces averigua la verdad y a partir de ahí veremos qué hacemos. ¿Te parece bien?

Asiento y Ethan pide unas pizzas, aunque apenas tengo hambre. Mi mente está en Gabriela y en lo que pueda estar hablando con Brian, en la forma que él pueda consolarla. He sido un idiota por no quedarme con ellos y cederle más terreno a Brian. Todo lo que hago es tan estúpido que voy a colapsarme en cualquier momento víctima de mis propios errores. Ethan trata de distraerme hablando de otros temas, pero apenas le contesto con monosílabos y, finalmente, se hace el silencio. Lo necesito. Quiero pensar, recordar todo lo que mi padre decía y prepararme mentalmente para lo que pueda averiguar mañana. Pasado y presente están uniéndose en una borrosa línea que necesito comprender si quiero ayudar a Gabriela y que lo nuestro funcione. Me retiro pronto a mi habitación y me quedo con la luz apagada, mirando a través de la ventana. Un agudo dolor me golpea cuando me doy cuenta que apenas sé nada, que perdí mucho tiempo de conocer a Gabriela, que la lancé a los brazos de Brian, que quizá lo haya vuelto a hacer hoy. Si pudiera volver el tiempo atrás, sería una versión diferente de mí mismo, pero lo único que

puedo hacer es arreglar lo que tengo ahora y luchar, como dice Ethan, por la única mujer que he amado.

GABRIELA

5 años antes

Mi vida en el instituto se ha convertido en una pesadilla desde la noche del ataque. Asisto a clase cada día, pero me siento fuera de lugar, viviendo una mentira en la no puedo confiar en ninguno de los que creí mis amigos. Y tengo miedo. La noche del ataque lloré hasta que no me quedaron lágrimas, pero hice acopio de valor para poder volver al instituto al día siguiente y enfrentarme a Wilson. Supuse que me ignoraría y que únicamente tendría que lidiar con la humillación y la sensación de impotencia del ataque. Pero todo ha empeorado. Tom dijo que Wilson actuó como lo hizo por el alcohol, pero por su forma de tratarme después sé que no. Hay algo oscuro en él que le incita a tomar lo que quiere cuando quiere, y es obvio que no soporta el rechazo. Y eso me ha puesto en su violento punto de mira, y ahora el pánico se ha instalado en mí con tanta fuerza que a veces me siento mareada y las náuseas están a punto de hacerme vomitar. Por eso he citado a Every y Tom en una cafetería del centro. Ambos me miran con cautela y Every con algo de vergüenza. Desde la noche de la fiesta me evita, pero es consciente de lo que está pasando con Wilson. Igual que Tom. Por eso les digo sin rodeo:

—Dijisteis que solo era un capricho para Wilson y que olvidaría el incidente, pero me está acosando.

—Muchas chicas lo definirían como que está interesado —le defiende Tom.

—¿Interesado? Allí donde voy, esta él esperándome. Me intenta sujetar o

tocar cada vez que me ve y no para de lanzarme comentarios sexuales e insinuaciones de lo que me va a hacer cuando estemos a solas. No está interesado, sino obsesionado —recalco.

—Está exagerando. Wilson solo tiene que chasquear un dedo y las chicas están a su lado. Pero tú le dijiste que no y te has convertido en un reto. Se le pasará —insiste Tom en ese tono que me enerva.

—¿Y si salieras con él un día? —propone Every.

La fulmino con la mirada y Tom la apoya:

—Eso sería una buena idea. Se le pasaría su obsesión y se alejaría de ti.

La incredulidad me domina.

—¿Me estáis diciendo que la forma de evitar que un chico me acose es acostándome con él?

—No quería decir eso exactamente —balbucea Every.

—Intentó violarme solo porque estaba en su fiesta y le gusté. ¿Te imaginas lo que me haría si acepto salir una noche con él?

Los dos intercambian una mirada cómplice y Tom contesta por los dos:

—Gabriela, no te lo tomes a mal, pero no puedes seguir involucrándonos en esto. Con franqueza, se me hace difícil entender que te moleste tanto que el chico que todas desean muestre interés en ti.

—¡Te he dicho que no es interés sino acoso! Y no me importa lo que piensen las demás, ellas no le conocen. Solo ven a un chico popular con mucho dinero, yo veo al monstruo que hay detrás.

—Eso es tu forma de verlo, pero quizá...

—No vais a ayudarme, ¿verdad? —la interrumpo.

—¿Ayudarte a qué? ¿A qué te conviertas en la chica más odiada del instituto y de paso nosotros también? ¡Maldita sea, Gabriela! Déjanos fuera de ese tema.

Boquiabierta por el grito de Tom, desvío la mirada hacia Every, pero ella

por toda respuesta entrelaza su mano con la de Tom y le apoya:

—No queremos problemas con nadie.

Sacudo la cabeza, incrédula de que la misma chica que me está hablando una vez fuera mi mejor amiga. Creí que le importaba, pero estar con Tom y ser popular es lo único que le interesa. Leo en sus ojos que no me ayudará porque, aunque sepa la verdad, prefiere mentirse a sí misma y poder ir al instituto y fingir que todo es perfecto allí.

Me levanto y me voy sin despedirme. Pensé que ellos me ayudarían a encontrar la forma de salir de este infierno, pero no han hecho nada. Estoy sola, tengo miedo y solo quiero volver a casa y ordenar mis pensamientos. ¿Qué voy a hacer? Querría contárselo a mi madre, pero eso sería horrible para ella. No solo por el dolor cuando se lo explique, sino por lo que viene después. Mi vida en el instituto será un infierno si acuso a Wilson, pero también la de ella que tendrá que acompañarme a la comisaría, a hablar con el director de la escuela... Wilson tiene dinero, mucho dinero. Podrá pagarse abogados caros que dirán que solo soy una chica con delirios de grandeza, que alguien como él no necesita ir detrás de mí. No me creerán cuando explique que está obsesionado conmigo, tampoco que intentó violarme porque Tom no testificará a mi favor. Y nadie en el instituto se pondrá de mi parte. Ellos solo ven lo que quieren de Wilson: su dinero, las fiestas, su físico, su popularidad. No saben que detrás de esa bonita fachada está un chico capaz de intentar violar a una chica y no expresar el más mínimo remordimiento. No saben que puede ser cruel y una persona horrible. Y tampoco quieren saberlo. Por eso no me apoyarán, no entienden mi miedo, lo que sentí la noche en que casi me violó. Ninguno de ellos vivió lo que yo viví y no pueden entenderlo, ni tampoco quieren. Ellos solo piensan en que, si alguien se mete con uno de los populares, el resto se asegurará de que reciba el mensaje de que no pertenece al instituto y de hacerle la vida imposible. No

soy la única que sería una proscrita, también Every por haberme llevado a la fiesta y Tom por inmiscuirse serían castigados socialmente, por eso no quieren ayudarme. El único para el que todo seguiría igual es Wilson, con sus fiestas, con más dinero del que le da tiempo a gastar y con la impunidad de poder hacer lo que quiera.

Respiro hondo, debo serenarme. No puedo arrastrar a mi madre a un juicio, perderíamos la casa y lo poco que hemos conseguido ahorrar. Quizá Tom y Every tienen razón y solo debo tener más paciencia y resistir un poco más de tiempo. Wilson no puede estar eternamente obsesionado conmigo...

DEAN

En la actualidad

Subo al coche. Enciendo la radio y trato de calmarme mientras la carretera se extiende delante de mí. Cada quilómetro que hago me acerca a conocer la historia real. Maldigo no haberme preocupado antes por averiguar del accidente que sufrió Gabriela, si es que lo fue. Podría preguntárselo a ella, pero estoy harto de evasivas. Prefiere confiar en Brian antes que en mí, por tanto, la única persona que puede explicármelo todo es mi padre. Le conozco lo suficientemente bien como para saber que no me mentirá. Suspiro. No sé si podré perdonarme por no haberme dado cuenta de que su deterioro era porque estaba enfermo. Dejé que Gabriela se encargara de organizar nuestras visitas conjuntas, pero no hice ningún esfuerzo por hacer ninguna yo solo o interesarme en lo que le pasaba. Mi padre siempre ha sido un hombre fuerte y subestimé la posibilidad de que pudiera pasarle algo. Y eso es algo que no volverá a suceder. Cuando llego a casa, él mismo me abre la puerta. Antes de saludarle siquiera pregunto angustiado:

—Hola papá, ¿estás solo?

—Sí, Pam está en su clase de pintura. ¿Qué sucede?

—Necesito hablar contigo con urgencia. ¿Tienes un momento?

—El que necesites, tiene que ser grave si te tiene en este estado.

Asiento y en silencio le acompaño hasta la cocina, donde me sirve un té. Respiro hondo antes de empezar:

—No debería agobiarte con esto, pero hay algo que me preocupa de Gabriela.

Su cuerpo reacciona enseguida.

—¿Está bien?

—Sí, pero ha sucedido algo extraño. Alguien la atacó en el parquin de la universidad. Dijo que solo era un vagabundo que la había cogido del brazo, pero desde entonces está demasiado asustada para que solo sea eso.

El rostro de mi padre palidece de tal modo que me asusta.

—¿Ha ido a la policía?

—Sí, pero fue con Brian y no quiso explicarme nada. Papá, ¿qué demonios pasa? Porque está claro que algo sucede. Además, Ethan me comentó que su jefe, al ver la herida de su pierna antes de hacerle el tatuaje, dijo que era debida los golpes de un bate de béisbol o similar y no a un accidente de coche. Y a él también le sorprende que tenga miedo a los desconocidos.

Mi padre apoya la cabeza sobre las manos. Después se levanta y me dice:

—Tengo que hablar con alguien. Ahora mismo vuelvo.

Lo interrogo con la mirada, pero por toda respuesta coge el teléfono y habla desde la otra habitación. Cuando regresa, se sienta y repite varias veces:

—Está libre... No puedo creer que esté libre.

—¿Quién está libre? Papá, ¿qué demonios sucede?

Respira hondo.

—Le prometí a Gabriela que no te lo contaría.

Comienzo a temblar al leer en sus ojos la magnitud de la tragedia.

—¿Qué le pasó? Dime la verdad, me estoy volviendo loco.

Mi padre medita unos segundos su respuesta. Puedo ver en la expresión tensa de su rostro que está tratando de contenerse, pero finalmente, acepta:

—No puedo contártelo sin romper la promesa que le hice a Gabriela, pero sí decirte donde están los informes que lo explican todo.

—¿Informes?

—En el escritorio de mi despacho. La llave está debajo del portalápiz. Tráelo todo y léelo. Es la única forma de que puedas entender el peligro al que nos enfrentamos.

Hago lo que mi padre me pide entre sorprendido y atemorizado. Encuentro la llave en el lugar que me ha dicho y al abrir el cajón encuentro una voluminosa carpeta. La tomo y no puedo evitar abrirla un momento. La primera imagen golpea mi retina tanto como mi corazón, rompiéndolo en pedazos. Es Gabriela, con la ropa desgarrada, ensangrentada, llena de heridas y moratones, tumbada sobre una camilla de una forma que parece que esté muerta. Me quedo paralizado, y mi padre entra en el despacho.

—¿Qué significa esto?

—La verdad de lo que le pasó a Gabriela. Léelo.

Me dejo caer en el sillón de mi padre, confuso, y él se sienta en uno cercano. Comienzo a pasar las hojas con incredulidad y las lágrimas llenan mis ojos de inmediato. No soy un chico que lllore, no lo hago nunca. Pero no puedo ver esas fotografías y leer ese informe sin que mi corazón sangre por el dolor. ¿De verdad pasó por todo eso? ¿Cómo pude ser tan estúpido? La acusaba de altiva por no querer relacionarse con mucha de la gente que conocía, pero solo es que estaba demasiado marcada por un evento tan traumático que me cuesta asimilar y que ha cambiado mi percepción de todo.

Mi padre me deja que me explaye, y lloro tanto que el dossier se difumina ante mis ojos. Finalmente, pregunto:

—¿Es el mismo tipo que la atacó en el parquin de la universidad?

—Sí. Cuando he hablado por teléfono, ha sido con el capitán de policía que llevó el caso, un buen amigo. Me dijo que Gabriela le pidió que no le dijera nada para que Pam y yo no nos preocupáramos.

—¿Cómo han podido dejarle libre después de lo que hizo?

—No lo sé hijo, no lo sé.

Las lágrimas vuelven a mis ojos y mi padre apoya su mano sobre la mía con ternura, como cuando era pequeño. La rabia me ahoga. Enterarme de toda la verdad ha sido un golpe duro, saber que Gabriela vuelve a estar a merced de ese psicópata me destroza y a la vez me genera una furia que no puedo controlar. Aprieto la mandíbula y mis ojos centellean. Mi padre coloca su mano sobre la mía:

—Dean, no puedes hacer lo que estás pensando.

—No sabes lo que estoy pensando.

—Sí, porque yo he estado ahí. Furioso, deseando ir a buscar a ese tipo y destrozarle como se merece.

—Tú eres policía, yo no.

—Eres mi hijo y no permitiré que vayas a la cárcel.

—Y yo no permitiré que ese tipo vuelva a ponerle las manos encima o a acercarse a ella. Antes lo mataré.

—Eso es lo mismo que dije yo —masculla mi padre—. Pero luego confié en que el sistema lo mantendría controlado por mí.

—Pues no lo ha hecho.

—Lo sé, pero aun así no puedo permitir que le hagas daño.

Me levanto, nervioso y paseo por el salón varios minutos antes de espetarle:

—Un psicópata estuvo a punto de violar y matar a Gabriela, ahora vuelve a acosarla, ¿y tú quieres que no haga nada al respecto?

Mi padre me hace un gesto para que vuelva a sentarme a su lado e insiste.

—Lo que quiero es que confíes en que la policía está haciendo lo posible para que ese tipo vuelva a la cárcel.

—¿Y eso solucionará algo? Permíteme que dude de un sistema legal que deja suelto a semejante monstruo.

—Lo comprendo, pero si te tomas la justicia por tu mano serás tú el que

terminará en la cárcel y nadie es esta familia quiere eso, hijo, incluida Gabriela, estoy seguro de ello.

Aprieto los puños.

—No permitiré que le haga daño. Ni que se le acerque siquiera.

—Yo tampoco. Y por eso nos necesita a los dos fuera de la cárcel. Así que vamos a tranquilizarnos. Además, se te olvida un pequeño detalle. Tienes que decirle a Gabriela que lo sabes.

—No le gustará saber que la he investigado a escondidas.

—Ha sido por una buena causa. Estabas preocupado por ella.

—Debería haberlo estado antes. Así ella me lo habría explicado.

Mis palabras destilan frustración. A parte del dolor por lo que le pasó, me siento herido porque no confió en mí para contármelo y algo me dice que Brian lo supo desde casi el principio, lo que significa que de nuevo fue el primero en estar a su lado.

—Dean, todos buscamos un momento adecuado para explicar lo que nos pasa. A veces nos equivocamos, como cuando yo no te conté lo del cáncer. Pero tú me has perdonado.

—No había nada que perdonar, y el único culpable de que Gabriela no me lo haya dicho soy yo, no le inspiré la suficiente confianza.

—Como he dicho, quizá no encontró el momento. Pero estáis muy unidos, ella misma me lo ha dicho en numerosas ocasiones, y me alegra que estés a su lado y pueda contar contigo.

—También tiene a Brian —replico con amargura—. Y es más útil que yo para todo lo que tiene que ver con Gabriela.

—Hijo, Brian no es tu contrincante, sino tu amigo y tu aliado para proteger a Gabriela.

—Hace años que no somos amigos.

—Quizá tampoco era el momento. Dean, acepta un consejo de tu padre.

Mira más allá de todo y trata de comprender lo que sucede a tu alrededor. Será más fácil si lo haces así.

Cierro los puños con fuerza.

—Si ese tipo se le acerca, me dan igual las consecuencias. Me ocuparé de él.

—Si se le acerca, deja que la policía actúe. Dean, sé que es difícil, para mí más de lo que puedo expresar con palabras. Ese malnacido le quitó mucho a Gabriela durante demasiado tiempo. Después del ataque fue como si hubiera muerto una parte de ella. Sin embargo, es fuerte y valiente y consiguió recuperarse. No quiero ni pensar que ese maldito pueda hacerle daño de nuevo. Pero lo conseguimos una vez y volveremos a hacerlo. Terminará de nuevo en la cárcel, el único sitio en el que debe estar. No escatimé fuerzas ni recursos entonces para que pagara por lo que le había hecho a Gabriela, tampoco lo haré ahora para que vuelva al encierro del que no debieron dejarle salir.

Su mirada está llena de tristeza y de odio. Ahora entiendo por qué la protegía tanto. Él la vio en los infiernos, sufrió lo indecible por ella e imagino como debe admirarla por lo que consiguió superar. Durante años tuve envidia de que como la trataba, ahora lo entiendo y eso hace que me sienta más culpable si cabe por haber sido tan hostil con ella y su madre. Necesito salir de aquí, ver a Gabriela. Abrazo a mi padre y le aseguro:

—Cuidaré de ella, no le pasará nada.

—No lo dudo hijo, no lo dudo.

Conduzco el camino de vuelta a casa con las manos tan apretadas sobre el volante que cuando llego a mi destino me duelen. Nunca había sentido una ira similar en mi interior, tampoco una sensación de impotencia. Ese tipo está suelto, amenazando a Gabriela, y lo único que podemos hacer es esperar que

la policía consiga esa orden de alejamiento y él la cumpla. Pero, aunque lo haga, hay algo más. Necesito venganza. Esas fotografías de Gabriela ensangrentada se han clavado con demasiada fuerza en mi retina. Sus heridas, saber que estuvo a punto de ser violada. El dolor y el miedo que debió sentir aquella noche, lo que todavía debe arrastrar. No sé dónde se esconde ese maldito miserable, pero si vuelve a acercarse a ella, terminaré con él.

Llego al apartamento de Gabriela muy alterado y cuando me abre, su sonrisa cálida y abierta se tuerce en cuanto observa la preocupación de mis ojos.

—¿Sucede algo?

En lugar de contestar, la abrazo con fuerza hasta que protesta entre risas:

—¡Me estás ahogando!

—Lo siento, es solo que me alegra mucho que estés bien.

Deja escapar el aliento y me escudriña con la mirada.

—¿Qué te pasa?

—Entremos.

Cierro la puerta tras de mí y ella insiste:

—¿Qué sucede?

—He ido a ver a mi padre.

Arquea una ceja.

—¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo? ¿Está bien?

—Sí, está bien. Solo preocupado por lo de tu ataque.

—¿Has ido hasta allí solo para contarle lo del ataque?

—Sí.

Me mira furiosa.

—¿Por qué no me has preguntado antes de hacerlo? No quería que lo

supiera, eso dejará a él y a mi madre muy inquietos.

—Lo sé, y no es que yo quiera eso, pero necesitaba saber la verdad.

Mi tono la pone en alerta.

—¿De qué estás hablando?

—Del ataque, de por qué te dan miedo los chicos y de todo lo que nunca me has contado —respondo con sinceridad.

Se aleja de mí y se deja caer sobre el sofá. El aire que nos rodea es tan pesado que me cuesta respirar. Daría lo que fuera por evitarle este momento, pero ella me necesita y solo si es sincera conmigo podré ayudarla.

—¿Qué te ha dicho?

—Que te había hecho la promesa de no contármelo, así que me dejó ver los informes para que lo entendiera todo.

Comienza a temblar y sus ojos me miran incrédulos y llenos de pánico.

—¿Viste los informes de mi caso?

—Los leí todos. Y mi padre llamó al capitán y le contó que ese psicópata es quien te atacó ayer en la universidad —confieso.

Las lágrimas asoman a sus ojos y pronto se replican en los míos. Me acerco a ella y acaricio sus húmedas mejillas con suavidad.

—Está bien, llora, grita, haz lo que necesites. Yo te sostengo.

Sus lágrimas se hacen más fuertes y la atraigo hacia mí. Solloza en mi pecho, que sube y baja con la respiración entrecortada por la presión. Cada lágrima me duele tanto como si un cuchillo se me clavara. Estamos abrazados por tanto tiempo que mis músculos se entumescen. Ella llora por el dolor del recuerdo, yo por el tiempo perdido que no la he ayudado y por no haber sido capaz de evitar su sufrimiento. Y los dos por el miedo a que el que estuvo a punto de matarla la tenga de nuevo en su punto de mira. Cuando por fin nos separamos, nos escuecen los ojos y mi camiseta está completamente empapada por sus lágrimas.

—Lo siento —susurra con la voz ronca de tanto llorar.

—No tienes nada que sentir. Me alegro de que hayas podido expresarte conmigo.

—¿Estás enfadado porque no te lo conté antes?

—Solo conmigo mismo por no haberte dado la confianza necesaria para hacerlo.

Se separa un poco más y yo me levanto para ir a traerle un vaso de agua. Lo toma en pequeños sorbos y confiesa.

—No era cuestión de confianza. Perteneecía a un pasado que necesitaba olvidar y no era una carga que quisiera compartir con nadie. No quería ser “la víctima”. Buscaba normalidad.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—Cuando leí ese informe y mientras venía de camino al apartamento, solo podía pensar en matar a ese tipo. Pero cuando te he visto me he dado cuenta que hay algo más. No solo estoy furioso con él, sino conmigo por cómo te traté después de todo lo que habías pasado.

—Tú no lo sabías.

—Sabía que habías tenido un accidente y el tiempo que habías estado en el hospital. Debí ser más empático contigo, protegerte como hizo Brian. Se lo contaste, ¿verdad?

Suspira, conoce el impacto que sus palabras tendrán en mí.

—Tuve que hacerlo. Comenzamos a pasar juntos mucho tiempo e intuía que tenía miedo a quedarme a solas con él.

—Y yo no vi nada porque estaba demasiado cegado. Brian siempre va mil pasos por delante de mí —Acaricia mi mano, pero eso no hace que me tranquilice—. ¿Por qué no me lo contaste cuando comenzamos a salir? ¿O después del ataque?

Entierra la cabeza en mi hombro y susurra:

—No querías la complejidad de salir con una chica y ahora tengo todo esto rodeándome. Lo siento, pero temo que...

—Busque lo fácil... —termino su frase—. Como cuando discutimos y besé a aquella chica.

—No quería decirlo así.

—Pero es la verdad. No me lo contaste entonces porque ni tú, ni tu madre ni mi padre creísteis que podía asumirlo o ayudar en algo. Siempre he sido el que ha buscado la respuesta sencilla, por eso no he tenido novia antes. Es mucho más fácil salir corriendo cuando no hay lazos. Pero los tengo contigo, más de los que imaginaba que podría llegar a tener con alguien, y no quiero que desaparezcan. Puede que no sea fácil, pero prefiero mil veces vivir la complejidad contigo que el vacío que tenía antes de ti.

Sus ojos resplandecen al escucharme.

—Que te quedes conmigo en mitad de toda esta tormenta significa mucho para mí.

—Tú significas mucho para mí. Y tengo miedo de que la primera noche que estuvimos juntos...

—Fue perfecto, como siempre que estamos juntos —me interrumpe—. Y que me atacara ese psicópata no implica que no quiera estar contigo.

Respiro hondo para tomar fuerzas.

—Ayer cuando te besé te asustaste.

—Porque me acaba de reencontrar con él y estaba muy alterada. Pero mis miedos no tienen nada que ver contigo, por eso he tratado de mantener todo esto lejos de ti.

La duda se instala en mi corazón a pesar de lo que me dice.

—Nunca te lastimaría, ¿lo sabes?

—Sí.

—Pero estás muy preocupada.

—Porque las cosas ya eran bastante difíciles entre tú y yo como para complicarlas con todo esto —confiesa con la voz rota.

Apoya la cabeza en mi pecho y la acaricio con suavidad hasta que se tranquiliza. Cuando se separa, le pido:

—No me importa la complejidad. Ese tipo te destrozó física y psicológicamente y ahora está libre. Necesito que a partir de ahora seas sincera conmigo y me des toda la información que tengas sobre él y cómo puedo localizarle.

Deniega con la cabeza

—No quiero te involucres en esto.

—No puedes pedirme eso.

—La policía se encargará de él. No quiero que te haga daño, es muy peligroso.

—Si se acerca a ti, seré yo el que se lo haré —Se hace un tenso silencio.

—¿Quieres hablar de ello?

—Has leído el informe.

—No quiero saber lo que la policía escribió. Quiero que me cuentes lo que pasó, que no haya secretos entre nosotros.

—No sé si puedo hacer eso. Todo lo que pasé, el dolor, la humillación, la ira, la tristeza más absoluta, el miedo... Me destruyó durante tanto tiempo...

Un escalofrío recorre mi espina dorsal.

—No dejo de pensar en lo que habría pasado si mi padre no hubiera aparecido.

—Yo tampoco. Fui muy afortunada. Vio el coche parado en la carretera y su instinto le hizo sospechar. En cuanto detuvo el coche y salió de él escuchó mis gritos y corrió en mi auxilio. Sin él estaría muerta y Wilson habría encontrado la forma de salir indemne de eso.

Aprieto los puños, tratando de que el dolor no me bloquee.

—Gabriela, hay algo de lo que tenemos que hablar. Lo primero que hizo ese tipo al salir de la cárcel fue ir en tu búsqueda.

—Ya hemos pedido una orden de alejamiento.

—Y eso nos permitirá llevarlo de nuevo a la cárcel si te ataca de nuevo, pero tenemos que hacer mucho más.

—¿Cómo qué?

—Para empezar, no quiero que estés sola en ningún momento.

—Eso es imposible.

—Encontraré la forma.

—Tu vida no puede girar en torno a protegerme. No es tu obligación

—Es lo que quiero hacer —incido—. Ese tipo no volverá a acercarse a ti. No dejaré que nadie te haya daño.

Sus ojos se llenan de lágrimas y se acurruca contra mí. No sé qué decirle, pero trato de consolarla con mis brazos y mis besos en sus cabellos. Está destrozada y yo también.

GABRIELA

En la actualidad

Hemos pasado la última hora abrazados, en silencio. Cuando por fin me separo, la tristeza de Dean es tan fuerte que me atraviesa y pregunta:

—¿Podemos hablar?

—Claro, puedes contarme lo que quieras. Ojalá lo hubieras hecho antes.

No hay reproche en su voz, solo dolor, pero aun así es difícil de soportar.

—Hay algo que quiero contarte. De cómo empezó todo. Lo leíste en el informe.

—Me dieron ganas de matar a los que no te apoyaron.

—Yo también los odié durante un tiempo. Luego me di cuenta que simplemente estaban siendo egoístas. Además, no fue solo su culpa. Ellos dijeron que lo olvidara y yo lo hice, metiéndome en algo mucho peor. Estoy tan avergonzada...

—No hay nada por lo que debas esta avergonzada. No fue culpa tuya, sino de ese psicópata. Y de todos los que te aconsejaron que te callaras.

Mi estómago se encoge. No había vuelto a hablar de esto con nadie desde que se lo conté a Sofía. No pensé que tendría que hacerlo, pero es muy intuitiva y pronto se dio cuenta de mi miedo a los chicos que no conocía y escuchaba las pesadillas que a veces todavía vuelven a mí. Y ahora es el turno de que Dean lo sepa, no quiero ocultárselo más tiempo.

—No te imaginas las veces que he deseado regresar el tiempo atrás y denunciarle en lugar de escuchar a los que me decían que su acoso era normal. Me enferma saber que ese remordimiento nunca terminará de irse del

todo.

—Tiene que irse, lo necesitas.

—Lo intenté, pero ahora que vuelve a amenazarme me siento decepcionada conmigo misma. Si lo hubiera denunciado...

—Si le hubieras denunciado no hubieras tenido testigos y, dado que esa noche no te hizo nada visible, te hubiera hecho lo mismo después. Es un psicópata, por eso ha corrido en tu busca en cuanto le han dejado en libertad. Y la próxima vez me encargaré de él.

—Solo quería escapar del pasado y que no te alcanzara —susurro.

—Si te alcanza a ti, a mí también.

Nuestras manos se entrelazan.

—Estoy tan cansada...

—Eso es porque vuelves a sentir lo que sentiste entonces. Recuerdo cuando te conocí, creí que eras altiva pero solo estabas asustada. Me imagino lo duro que debió ser, pero al final sobreviviste y disfrutaste del instituto, incluso fuiste la reina del baile.

Mis ojos bajan y confieso.

—No lo hice sola.

Los celos toman su rostro y su voz.

—Lo sé. Brian fue tu faro, como el que llevas tatuado en tu pierna. Nunca podré recuperar el tiempo que le cedí porque estaba demasiado ciego para ver la verdad.

—No es eso lo que pienso de ti. Simplemente, en aquella época no conectamos como lo hacemos ahora.

—Sin embargo, tengo la sensación de que él sigue siendo tu refugio, de que siempre estará por delante de mí.

Sacudo la cabeza.

—Él es mi amigo, tú eres mi novio. No puedo dejarle fuera de esto y, para

ser sincera, tampoco quiero hacerlo. Os necesito a los dos. ¿Puedes comprenderlo?

Respira con pesar.

—Es lo mejor para ti, pero eso no significa que me moleste menos.

Acaricio con suavidad su mejilla.

—Fue mi culpa no contártelo. Y lo siento mucho. En mi antiguo instituto lo perdí todo en una noche. No volví a mis clases y la gente que consideraba mis amigos me abandonaron porque no querían testificar o meterse en problemas. Lo único que les importaba era seguir con sus vidas de risas, fiestas y estudios. Mi drama sobraba de la ecuación y por eso me dejaron de lado. Me quedé sola y eso hizo que me costara confiar de nuevo.

—Te arriesgaste contándoselo a Brian.

Su voz suena dolida.

—Por la forma como lo descubrió, supe que podía confiar en él. No me daba miedo y estaba cansada de estar sola, así que decidí arriesgarme.

—Si yo me hubiera acercado a ti como lo hizo él, ¿hubieras confiado en mí? —tartamudea.

—Confiaba en ti, por eso la noche del baile de la promoción me fui a pasear sola contigo por la playa. Sabía que no me harías daño, pero eso no significa que pudiera contarte lo sucedido.

Su rostro toma un aire melancólico y confiesa:

—Te deseé aquella noche, pero eras la novia de Brian y le respetaba lo suficiente. Por no hablar de que sabía que las chicas como tú no salen con chicos como yo.

Tuerzo la sonrisa y reconozco:

—Yo también te deseé.

Arquea la ceja.

—Pero Brian...

—Olvida a Brian un momento. Te deseaba y no fue la primera vez, tú lo advertiste la noche de las hogueras, lo sé por cómo me devolviste la mirada. Pero eras el chico que se acostaba con una chica diferente cada semana y yo no podía ser una de esas chicas.

—Estábamos condenados a estar separados —masculla con amargura.

—Solo mientras llegaba algo de madurez a nuestras cabezas —incido.

Me mira pensativamente y me pregunta:

—¿Lo sabe él?

—¿A qué te refieres?

—A Brian, a lo que pensaste de mí en esas ocasiones.

Respiro hondo y contesto con sinceridad:

—No lo sé. Hasta que descubrió que estábamos juntos el día de su regreso no le había hablado de mis sentimientos por ti. Pero es muy observador y puede que lo dedujera pero que no lo nombrara para no ponerme nerviosa. De todos modos, lo único que importa ahora es que el instituto quedó atrás y que tú eres mi novio.

—No es fácil, pero lo intentaré. Además, ahora lo único que debe importarme es conseguir que ese demente vuelva a la cárcel

Hay tanto dolor en sus palabras que algo se rompe en mi interior. Nunca quise que me viera con lástima, sino con deseo como hizo la primera que estuvimos juntos. Que fuera especial. Debo enfrentar que sabe la verdad, pero ahora solo quiero ignorar todo que no seamos nosotros, que olvide por unas horas lo que ha leído y visto en ese informe. Le abrazo y una calidez que solo puede darme él se expande por mi cuerpo. Consigo arrancarle una sonrisa y comienzo a levantar su camiseta. Leo vacilación en sus ojos, pero susurro:

—Déjame hacer.

Hace lo que le pido, pero noto su tensión. Y quiero borrarla, que me desee, no que esté lleno de miedo. Tomo sus manos y las llevo hacia mis

hombros para que deslice los tirantes del vestido y este caiga en el suelo.

—Eres tan hermosa...

Su mano temblorosa acaricia mi piel desnuda, pero todavía no se atreve a quitarme el sujetador. Lo hago yo y me después me aferro a él y le conduzco hasta mi habitación. Puedo sentir su control cuando le tumbo sobre la cama y comienzo besarle. Quiero que sea el de antes, pero hoy no lo conseguiré. Tardará en sanar, como lo hice yo. Estamos heridos por el mismo pasado que vuelve al presente, pero quiero que estemos bien juntos. Ya me perdí una vez, no quiero pasar por lo mismo y que Dean se quede en el camino, lejos de mí. Sus ojos se clavan en los míos. Leo deseo en ellos, pero también tristeza, como si temiera que me arrepentiré o que va a traerme malos recuerdos.

—¿Estás segura?

—Contigo siempre —le aseguro.

Su mano se acerca con suavidad a la mía. Adoro cuando me acaricia y me mira como si fuera la chica más bonita del mundo, la única para él. Después del miedo de los últimos días solo quiero dejarme llevar, disfrutar de él. Mi boca alcanza la suya y profundo el beso hasta que la cabeza me da vueltas y ya solo somos los dos. Mi mano se acerca hacia su pantalón y lo desnudo con lentitud. Hoy todo es así, a cámara lenta, borrando caricia a caricia y beso a beso algo del dolor que sentimos. Me enredo en su cuerpo como mi corazón lo está en el suyo y vuelvo a sentir que la forma en la que estoy con él es única. No tengo con que comparar lo que me sucede cuando estamos juntos, pero tengo la convicción de que nadie podría hacerme sentir tan viva. Su mano se desliza por mi cadera y pregunta una última vez:

—¿Estás bien?

Asiento, no puedo hablar, solo sentir la fuerza de mi corazón latiendo por él y mi cuerpo quemándose en llamaradas de deseo que hacen olvidar todo lo demás. Entierro mis manos en su cabello y lo atraigo hacia mi boca de nuevo

para que comprenda que quiero esto, que lo necesito. Su boca profundiza el beso, pero pronto se aleja de ella para dejar un reguero de besos en mi cuerpo que me hacen perder el sentido. Cuando llega a mi vientre, se detiene un momento, alza sus ojos hacia mí y confiesa en tono desgarrado:

—Me aterra pensar que te arrepientas de estar conmigo.

—Eso no ha pasado y no sucederá. Te elegí, te elijo. Quiero estar contigo. Olvida todo lo demás, por favor...

Le suplico, no es la primera vez, algo que me dice que no será la última. Dean está muy afectado, debo convencerle que esto es lo que anhelo ahora mismo, lo que necesito. Acaricio su mejilla y noto el nerviosismo en sus manos cuando se acercan de nuevo a mi cuerpo. Hemos estado juntos muchas veces, pero hoy su cuerpo está tenso. Le obligo a mirarme, a que lea la confianza en ellos. Y eso hace que se tranquilice y que sin apartar si un momento la mirada, se adentre en mí y se aferre como yo a este momento de unión, de paz, de olvidar.

Más tarde, cuando se queda dormido a mi lado, las lágrimas caen silenciosas por mis mejillas por lo que pasó, por lo que puede volver a suceder ahora que Wilson está suelto, y porque mi pasado ya no es el secreto que yo quería que fuera. Observo a Dean, escucho su respiración, el suave latido de su corazón que hace que yo también caiga en un sueño profundo en el que no se cuelan las pesadillas, solo el amor que hemos experimentado.

DEAN

En la actualidad

—¿Cuál es el drama hoy?

Alzo las cejas. Ethan me observa desde la otra punta del sofá mientras juguetea con el último trozo de pizza. He estado en silencio desde que llegué al apartamento y eso es algo que no le pasa desapercibido ni que vaya a dejar pasar.

—Brian —mascullo por respuesta.

—¿Qué ha hecho el chico angelical? —ironiza.

—Nada, no ha hecho nada, pero lo ha hecho todo.

—¿Ahora comenzamos a hablar con acertijos?

—Cuando he ido a recoger a Gabriela, salían juntos de clase.

—Estudian juntos...

—Sí, y él le llevaba los libros y ambos conversaban y reían como cuando estaban en el instituto.

—En esa época te reías de esos gestos.

—Sí, y ahora me sacan de quicio. ¡Maldita sea! Yo no soy así. No soy posesivo ni paranoico, pero cuando veo a Brian con Gabriela me transformo.

—Creo que el término adecuado para definirlo sería “celos”, ya te lo he dicho otras veces.

Aprieto la mandíbula, tiene razón.

—Es que no puedo quitarme de la cabeza que, a pesar de que Gabriela afirme lo contrario, Brian está esperando su oportunidad con ella.

—¿Y qué dice Brian?

—Nada, y eso me hace desconfiar. Estuvieron juntos dos años y ahora sé que si no se acostaron juntos fue porque Gabriela estaba traumatizada y Brian nunca haría nada que la presionara. Pero ahora está conmigo, no existe esa presión y si me pongo en su lugar, estaría deseando estar con ella.

—Lo mismo digo.

Le lanzo una mirada reprobatoria.

—Se supone que no puedes hacer comentarios sobre lo sexi que es mi chica.

—No, como amigo no puedo intentar levantarte a tu novia. Pero tengo ojos y ella es del tipo de las irresistibles.

—Por eso mismo. Brian salió dos años con ella, la amaba y por la forma que la protege no creo que haya dejado de hacerlo. ¿Y si su papel de amigo solo es una forma de acercarse a ella?

—Pero Gabriela insiste que no...

—Lo sé, y como no quiero ahogarla con mi posesividad finjo que me parece bien que sean tan íntimos. Pero se me corta la respiración cada vez que los veo juntos, como si volviera atrás y fuera su novia en lugar de la mía.

—Entiendo lo que dices, pero tienes que confiar en Gabriela. Ella lo hace contigo y tampoco debe serle fácil.

—Desde el estúpido beso con aquella desconocida el día de la pelea no he vuelto a darle motivos para desconfiar de mí.

—Su historial amoroso se resume a dos años con Brian sin siquiera acostarse con él. El tuyo incluye más chicas de las que puedes recordar.

Apoyo la cabeza en las manos.

—Sí, y eso hace que Brian todavía gane más puntos delante de ella. Él nunca la ha engañado o ha hecho una tontería. Eran malditamente perfectos.

—No lo serían tanto si rompieron.

—Les importaban sus estudios. Pero ahora eso no es un inconveniente.

Ethan suspira.

—Tienes que dejar de compararte con Brian. Gabriela no lo hace, no deberías hacerlo tú.

—¿Cómo sabes que no lo hace? Que no lo diga en voz alta no quiere decir que no lo piense.

Respira hondo antes de declarar:

—Dean, te comprendo, pero lo único que tiene que preocuparte ahora es que ese psicópata no se acerque a ella. Y para eso necesitas a Brian. Además, tienes que bajar tu umbral de presión sobre su amistad. No es bueno para ti ni para tu relación con Gabriela.

Esbozo una mueca irónica.

—¿Cómo puede alguien que no ha tenido pareja estable saber tantos consejos sobre el amor?

—Te olvidas que paso horas tatuando a personas muy diversas. Ellas terminan por contarme muchas cosas y soy observador.

—¿Y qué te contó Gabriela mientras la tatuabas? —me intereso.

—Lo que pasa en mi cabina, se queda en mi cabina.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, y antes de que tengas otro ataque de celos, no intenté nada.

Rio.

—No iba a tener un ataque de celos, pero me llama la atención. ¿Por qué no intentaste nada?

—En primer lugar, porque nunca intento ligar con mis clientas mientras trabajo, no sería profesional. Y en segundo lugar no parecía que ella quisiera que yo la invitara a un café cuando terminábamos las sesiones. Parecía afectada, ahora comprendo que todo el tema de cubrir la herida debió traerle muchos recuerdos a su mente.

Aprieto los puños.

—Gabriela no quiere que diga esto, pero me gustaría ir detrás de ese tipo y hacerle pagar su merecido.

—No me importaría ayudarte en ello, pero Gabriela tiene razón. Debemos dejar que la justicia actúe.

—Le han dejado libre.

—Volverá a la cárcel, estoy seguro.

—Más le vale. Porque si intenta algo con ella, no respondo.

—Si intenta algo con ella, yo seré el primero en ayudarte. Pero mientras no pase, te sugiero que disfrutes de tu preciosa novia y trates de olvidar un poco a Brian.

—Lo intentaré —concedo a regañadientes—. Por cierto, ¿cómo van tus citas?

—Aceptables, pero ninguna dura más de una noche. Me resulta fácil estar con chicas, pero ninguna con la que me apetezca establecer una relación.

—Como yo antes de conocer a Gabriela...

—Sí, aunque comienzo a cansarme de no poder compartir con nadie más que una noche. Pero como no está en mi filosofía de vida agobiarme demasiado por las cosas, seguiré disfrutando de lo que tengo hasta que la chica ideal aparezca.

—Pues cuando lo haga, asegúrate de que su exnovio no esté todo el día a su lado —ironizo.

Sonríe y me ofrece una cerveza.

—¿Vemos el partido y te olvidas un rato de todo?

—Buena idea.

Enciende el televisor y doy un sorbo a mi cerveza, aunque me temo que esa intuición que no deja de perseguirme sobre Gabriela y Brian no va a desaparecer tan fácilmente de mi mente.

GABRIELA

5 años antes

Odio este lugar tanto como me he acostumbrado a él. La rutina de los médicos y enfermeros entrando a cualquier hora, el cambio de vendajes, la comida que apenas puedo tragar y el dolor que nunca desaparece. Para el dolor físico me dan calmantes, para el otro no encuentro consuelo más allá del que mi madre y el *sheriff* me brindan. Ellos y la psicóloga del hospital son los únicos con los que hablo de aquella noche. El resto de los que me atienden saben lo que me sucedió y son muy amables conmigo, pero no me hacen preguntas. Y eso es lo que necesito. Olvidar, aunque no sé si lo conseguiré. Cierro los ojos con la intención de descansar un poco, pero unos pasos me hacen abrirlos. Al verle, mi mano aprieta con las escasas fuerzas que tengo la sábana. Es Tom. No sé qué quiere, pero por su mirada y su expresión, no es nada para lo que yo pueda o quiera tener respuesta.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Vi a tu madre en la máquina de café con el *sheriff* y aproveché que las enfermeras no miraban.

Trago saliva. Quiere estar conmigo a solas, mala señal. Trato de averiguar algo por su mirada, pero es esquiva y le pregunto:

—¿Por qué has venido?

—Por el juicio.

—No sé nada de eso. Solo testificaré protegida cuando llegue mi turno.

Se mueve con nerviosismo por la habitación.

—Yo no quiero testificar. Tienes que hablar con tu abogado y decirle que

me borre de la lista.

—¿Cómo te atreves?

La voz de mi madre se escucha desde la puerta, furiosa. El *sheriff* aparece a su lado y se dirige hacia nosotros.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Solo un momento.

—Esta habitación tiene las visitas restringidas. ¿Acaso debo pedir una orden de alejamiento?

—Escuche, solo he venido a...

—Hemos oído a lo que has venido —le interrumpe mi madre—. Y no sé cómo no se te cae la cara de vergüenza por hacerlo.

—¡Es mi vida de la que estamos hablando! ¿Tienen idea de cómo me mira todo el mundo en el instituto? Incluso Every ha roto conmigo.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Estoy tan golpeada que no sé cuándo podré salir del hospital ni si mis heridas serán permanentes, por no hablar de que dudo mucho que mi alma se recupere del todo. ¿Y Tom pretende que me preocupe de su vida social en el instituto?

—Me da igual cómo te miren, fuiste testigo y no quisiste declarar entonces, lo que hubiera evitado lo que le pasó a mi hija. Serás testigo lo quieras o no.

—Y si vuelves a acercarte a ella te denunciaremos —se suma el *sheriff*.

—Gabriela, ayúdame —me implora, pero no soy la misma chica inocente que antes hubiera cedido.

—Tú debiste ayudarme, testificar contra él antes de que me hiciera todo esto. Merece estar en prisión donde no pueda hacer daño a nadie más y tú tienes que declarar lo que viste —grito con las escasas fuerzas que me quedan.

Tom me mira furioso y luego a mi madre y al *sheriff*, y comprende que se

ha equivocado viniendo aquí. Aun así, se defiende:

—Yo te salvé y ahora solo te pido...

—No estás en posición de pedir nada —le interrumpe mi madre—. Tú y Every la convencisteis de que se mantuviera callada por vuestro propio beneficio, y esto es lo que pasó por culpa de ello. ¿Y todavía pretendes que te dejemos fuera del juicio?

—Yo no sabía que él le haría esto —protesta.

—Sabías que la acosaba, pero giraste la cara hacia otro lado como hacen los cobardes —incide el *sheriff*.

—No fui el único.

—Lo sabemos —responde mi madre con dureza—. Y por eso la lista de chicos a los que interrogaremos es larga, incluida Every. Se acabó el estar callados para mantener el listón social. Ahora tendréis que decir la verdad.

—Gabriela ha declarado que fue acosada repetidamente por Wilson en el instituto después de la fiesta y todos lo ignorasteis —incide el *sheriff*.

—Creímos que solo estaba intentando ligar con ella.

—Yo tengo un hijo de tu edad y me avergonzaría si él no supiera distinguir cuando una chica dice “no”. Deja de excusarte y, al menos en el juicio, haz lo correcto y di la verdad.

Leo el conflicto en su interior, y mi madre añade:

—La disuadisteis de que denunciara a ese demente e ignorasteis el acoso que recibió. Queráis o no, estáis involucrados en esto y no os permitiremos zafaros de vuestra obligación. Y jamás vuelvas a molestar a mi hija. ¿No te parece que ya ha sufrido bastante?

Las lágrimas se deslizan por mi rostro y el *sheriff* le toma por el brazo.

—Es hora de que te vayas. Te acompañaré a la puerta y me aseguraré de que no vuelvan a dejarte pasar.

Tom me mira una última vez, pero yo desvío mi rostro a la pared. Mi

madre se sienta a mi lado y toma mi mano, mientras con la otra limpia las lágrimas de mis ojos. Cuando nos quedamos a solas, susurra:

—Lo siento tanto... No debí dejarte sola.

—Tienes derecho a salir de la habitación, mamá, lo que ha pasado no es culpa tuya. Pero no entiendo cómo Tom ha podido hacer algo así.

—Tranquila, el *sheriff* se encargará de que no vuelva.

Una sonrisa suave a soma a mis labios.

—Nos está ayudando tanto...

—Sí, no sé cómo lidiaría con todo esto sin él —confiesa mi madre—. A veces tengo la sensación de que le conozco de toda la vida.

—Me gusta que esté para ti y también para mí.

Intercambiamos una mirada cómplice. Desde el ataque, el *sheriff* ha venido a verme todos los días, aunque solo sea un momento entre turno y turno. Ha sido nuestra roca y nos estamos encariñando con él a gran velocidad. Además, he observado que entre él y mi madre crece algo muy especial más allá del dolor compartido. Mi madre suspira:

—Me asusta un poco que deje de venir. Su compañía es como un bálsamo. Nunca he conocido a un hombre como él.

—No creo que deje de venir. He visto cómo te mira...

—Gabriela, no digas eso. Nuestra única preocupación debe ser cuidarte.

—Ya me cuidas, tanto que a veces temo que seas tú la que termine enfermando. Y que un hombre como el *sheriff* se fije en ti sería muy curativo para mí, te lo aseguro.

—No digas eso.

—Es la verdad. Ojalá no le hubiéramos conocido como lo hemos hecho, pero veo cómo te mira y eso me hace feliz, de hecho, es lo único que me hace feliz ahora mismo.

Sus ojos brillan, se muerde el labio y en ese momento entra el *sheriff*.

—¿Todo bien?

Las dos asentimos y se sienta en el otro lado de la cama.

—¿Se ha marchado ya? —pregunta mi madre.

—Sí, y me aseguraré de que las enfermeras intensifiquen la vigilancia de la habitación. Nadie tiene derecho a molestarte, nadie.

—El juicio... —comienzo a decir.

—Tu única preocupación debe ser curarte. Nosotros nos encargaremos de todo lo demás.

—Every tampoco querrá testificar, aunque al menos ella no ha venido a pedírmelo.

—Every resultó ser una pésima amiga —declara mi madre—. Y todos lo que estén involucrados testificarán les guste o no hasta que ese psicópata sea declarado culpable.

—Sus padres tienen mucho dinero... —les recuerdo.

—No hay dinero que tape lo que te hizo ni mi testimonio. Cuando hayamos terminado, ese tipo dará con sus huesos en la cárcel y no volverá a salir de allí nunca más.

Asiento, no muy convencida, y mi madre propone:

—He preguntado a las enfermeras y podemos traerte algo de cena especial, para que varíes del menú. ¿Te gustaría?

—Sí. *Sheriff*, ¿le gustaría cenar con nosotras? A no ser que su hijo...

—Es viernes, mi hijo estará con sus amigos y he terminado mi turno. Iré a buscar la comida que prefieras y después de la cena llevaré a tu madre a casa para que descanse un poco. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Mi madre sonrío y sus ojos vuelven a brillar. Aprieto su mano con más fuerza y experimento de nuevo ese sentimiento familiar de paz. El *sheriff* entró en mi vida cuando pensaba que se acababa y se ha quedado a nuestro

lado cuando no encontrábamos las fuerzas para seguir adelante. Y eso me recuerda que, aunque tengo miedo, en mi corazón una brecha de esperanza surge cada vez que le veo entrar en la habitación e intuyo que entre mi madre y él está surgiendo algo muy importante. Y una sonrisa, una verdadera, asoma unos segundos a mi rostro. Pronto la borra el dolor, pero saber que todavía tengo la capacidad de que salgan de mi boca, lo cambia todo.

DEAN

En la actualidad

Han pasado dos semanas desde el ataque y mi rutina ha cambiado. Ahora toda mi vida se centra en estar con Gabriela el mayor tiempo posible. Brian cuida de ella en la universidad, pero es mi responsabilidad, no la suya. Hoy la recojo en la biblioteca a la salida del trabajo. Me saluda con efusividad, pero no se me escapa que mira varias veces a la calle para asegurarse que él no está allí. La beso para que se olvide de eso unos segundos y luego le pregunto:

—¿Esta noche tienes que estudiar?

—No, ya he terminado.

—¿Quieres ir a mi apartamento y ver una película?

—Suena muy bien.

Su sonrisa me derrite y acaricio con suavidad su mejilla.

—Ojalá pudiera estar el día contigo, aquí.

—Muy romántico, pero no te imagino estudiando leyes.

—Yo tampoco —admito—. Pero tú estás aquí y es donde quiero estar.

Sonríe con suavidad

—A mí también me gustaría estar contigo en la playa. Pero cada uno tiene que seguir su camino. Al menos por unas horas al día...

Asiento. Odio esto, sobre todo porque los vacíos que yo dejo cuando está en la universidad los llena Brian. Y porque estuve dos años compartiendo clase con ella y no valoré eso ni un solo momento, igual que tampoco el tiempo que estábamos juntos en casa. Todo lo que ahora me falta lo pude

disfrutar entonces y siempre estaré arrepentido por ello.

Ella lo advierte y comenta:

—¿Nos vamos a tu apartamento? Quiero estar a solas contigo.

Antes de que pueda contestar, se escuchan unos pasos detrás de nosotros y el pánico toma sus ojos. Se relaja en cuanto ve que solo es un chico que sale de la biblioteca, pero una actitud sobreprotectora se adueña de mí. No soporto verla tan asustada. Deberíamos encontrar la forma de lidiar con esto, pero de momento lo único que se me ocurre es llevarla a mi casa donde puedo protegerla mejor. No obstante, propongo:

—Vamos a mi apartamento, pero antes pasaremos por ese restaurante griego que tanto te gusta para comprar algo de comida para llevar. Te estás adelgazando mucho... ¿Has comido algo hoy?

Esboza una mueca.

—Un sándwich y un café.

—¿Y eso es comida para ti?

—No me apetece mucho más —reconoce con pesar.

Dejo salir un suspiro de frustración.

—Pues esta noche te compraré algo que te guste mucho y harás un esfuerzo, por mí. Te vas a quedar en los huesos.

—Eso es difícil teniendo en cuenta mi constitución —bromea—, pero aun así te agradezco tu preocupación.

—¿Significa eso que comerás?

—Que lo intentaré.

Lo tomo como una promesa y vamos en busca de la comida. Después, ya en el apartamento, consigo que coma algo y que me explique alguna que otra cosa, aunque una parte de ella sigue distante. Es como si sus pensamientos fueran en dos direcciones. Por una parte, está la Gabriela que conocía y de la que me enamoré, por la otra, la chica que se ve arrastrada por el pozo del

pasado. No puedo dejar de preguntarme qué está pensando y si yo podría ayudarla más si lo supiera. Cuando terminamos la cena, hace además de ir a recoger, pero yo se lo impido.

—Descansa. Yo me encargo.

Esboza una suave sonrisa y se relaja en el sofá. Viéndola ahí, en mi apartamento, después de haber cenado juntos, hace que me sienta más cerca de ella. Cuando no quedamos y está con Brian compartiendo momentos similares los celos me consumen, pero no hay Brian si ella está aquí conmigo. Una idea asoma a mi mente y me acerco a ella, tomándola entre mis brazos.

—¿Por qué no vives conmigo? Podría protegerte mejor...

Leo en sus ojos sorpresa e indecisión por una fracción de segundo, pero enseguida contesta:

—No puede ser.

Su negativa tan fácil me duele.

—¿Tanto te cuesta dejar de vivir con Brian?

—Esto no tiene nada que ver con Brian y te agradecería que no le involucraras en todas nuestras conversaciones.

—¿Y por qué me has contestado ese “no” tan rotundo?

—Porque si me pides que viva contigo quiero que sea porque lo deseas, no porque quieras protegerme.

—Soy tu novio, ¿qué hay de malo en querer cuidar de ti?

—Ya cuidas de mí. Pero no llevamos el suficiente tiempo como para vivir juntos —incide.

—Lo hicimos por dos años —le recuerdo.

—Con nuestros padres y en una época en la que apenas nos hablábamos. Si lo hiciéramos ahora significaría un compromiso prematuro.

—¿No confías en que lo nuestro funcione?

—Sí, pero tengo miedo que decisiones precipitadas nos alejen —toma aire

antes de continuar—. Dean, ese psicópata me quitó mucho. No te imaginas lo que me costó sentir que tenía control sobre mi vida. Y ahora vuelve a tener el control él. Os turnáis con Brian para protegerme, vivo con miedo de que se salte la orden de restricción y cada noche las pesadillas de lo que sucedió vuelven a mí. Necesito que en nuestra relación seamos nosotros los que elijamos, que todo surja con naturalidad, como la primera noche que estuvimos juntos. No pienso forzar nada por culpa de él, no es el comienzo que quiero contigo.

Aprieto los puños, no me convence, pero acepto:

—Está bien, pero quiero que tengas cuidado. Odio las noches que pasamos separados. No dejo de pensar que...

—Dean, estoy tomando todas las precauciones que la policía me indicó y él no ha vuelto a acercarse a mí. Quiero creer que estoy a salvo, pero para conseguirlo necesito que tú también lo intentes.

Respiro hondo. El tema de su protección hace que las cosas se pongan tensas entre nosotros.

—Solo quiero que estés bien.

—Estaría mejor si trataras de olvidar lo que pasó.

—No puedo hacer eso.

La frustración es visible en su rostro.

—Dean, esto nos está cambiando. Todo es diferente.

—¿Diferente bueno o diferente malo?

—Es difícil de decir. Eres rebelde, irónico, a veces incluso complicado. Y todo eso es parte de tu encanto. Pero desde que conoces la verdad, has cambiado. Cuidas tus palabras y sus actos para no hacer nada que me moleste; y se supone que eso debería gustarme, pero no lo hace porque quiero al auténtico Dean.

—Gabriela, no puedo ser contigo como antes. Me duele lo que ese

psicópata te hizo, y me aterra que esté suelto.

—Yo también tengo miedo, pero no quiero que eso nos afecte —insiste.

—Estoy tratando de hacer lo mejor para ti —me defiendo.

—Lo mejor para mí es que sigas siendo tú mismo. Dean, ¿no te das cuenta? Ni siquiera te atreves a tocarme como antes.

Sus palabras me turban. Tiene razón. Tengo miedo a acercarme a ella, a lo que pueda sentir con todo lo que está pasando.

—Comprendo que quieras mantenerme a salvo. Pero para sobrevivir a esto no te necesito como guardián, sino como mi novio —aprieta los labios antes de declarar con determinación—. Me gusta poder apoyarme en ti, pero también que confíes que soy fuerte para seguir en una relación normal contigo a pesar de todo. Hubo un tiempo en el que quise ocultarme del mundo y no fue fácil, pero conseguí tener una vida normal en el instituto. Y eso es lo que quiero ahora. Tengo miedo de Wilson, pero no dejaré que determine mi vida, no lo permitiré.

—Quiero apoyarte a que todo sea normal, pero no es fácil para mí olvidar aquellas fotografías —me sincero.

Su rostro se llena de dolor.

—Sé que es difícil olvidar ese informe y las fotografías que contenía, pero necesito que me veas a mí, no a ellas. Que me deseases...

—Te deseo todo el tiempo. Pero tengo miedo de hacer algo que te incomode —confieso.

Sus manos sujetan mi rostro.

—Te entregué mi virginidad y fue una noche perfecta. No hay nada que hagas que me incomode, excepto alejarte de mí.

Tomo una respiración profunda, dejándola salir lentamente de mis pulmones.

—Lo lamento mucho. Estoy confuso, solo trato de averiguar qué es lo

mejor para a ti que puedo hacer.

Una sonrisa soma a sus labios.

—Eso es fácil, yo te lo digo. Ser el de antes. El Dean que me enamora.

—¿Yo te enamoro?

—Cuando no te atormentas por esas fotos o el pasado, sí —me guiña un ojo y me acaricia con ternura.

—¿Quieres decir que quieres que sea apasionado y fuera de control?

—Completamente fuera de control.

La miro desarmado. No estoy seguro de que cumpla lo que me dice, pero no le sonsacaré nada más. Y estoy tan desesperado por ella, por sentir que es mía, que tiro de su mano y la acerco para abrazarla. Su rostro se alza al mío y la beso, dejando que mis labios le digan todo lo que no soy capaz de expresar con palabras. Mi pasión se le contagia y ella devora mi boca con frenesí. Lo olvido todo y la presiono contra la pared más cercana, hasta que ella alza sus piernas contra mí. Me estoy volviendo loco. No sé si Ethan puede aparecer en cualquier momento o si esto es lo más lógico después de todo lo que tenemos en el aire, pero no puedo pensar más allá de mi ciega necesidad de estar en su interior. Enloquecido, la apoyo sobre la mesa de la cocina y ella rodea con sus piernas mi cadera, está igual de enfebrecida que yo. Sus besos dejan marcas en mi piel como los míos en la suya, y desliza la cremallera de mis pantalones para liberarme y que pueda entrar en ella con rapidez en cuanto rompo sus bragas. Me sujeta con fuerza los hombros para acercarla más a ella y es como si con cada embestida, con cada gemido quisiéramos enterrar lo que nos separa, los miedos de cada uno.

Cuando terminamos, paso mi mano por el cabello y la observo. En sus preciosos ojos leo el deseo que la ha consumido, pero no sé cómo sentirme después de haberme comportado así con ella, como si me estuviera quemando, y que ella haya hecho lo mismo conmigo. Sin embargo. Gabriela

me lo pone fácil.

—Gracias por hacer esto por mí.

—¿Me estás dando las gracias por dejarme tener contigo un sexo increíblemente bueno?

—No, te estoy dando las gracias por volver a ser tú. Sé que no es fácil.

Una sonrisa asoma a mis labios.

—Ya no me gusta tanto lo fácil. Y todavía no puedo creer que alguien tan maravilloso como tú quiera estar conmigo.

—Eso es lo mismo que pienso yo de ti cada día.

Mi corazón se expande. Ahora valoro todavía más cualquier cosa que me diga, que confíe en mí como lo ha hecho. A pesar de sus temores del pasado se entregó a mí y sigue haciéndolo. Y por eso ahora quiero protegerla como no lo hice antes, cuando vivía en la ignorancia de lo que le había sucedido. No voy a permitir que nada malo le suceda, nunca.

GABRIELA

En la actualidad

Me levanto y me visto como un autómata. Estoy agotada, apenas he dormido a causa de las pesadillas. Al final, Brian se ha pasado a mi cama y me ha abrazado mientras gritaba hasta quedarse dormido conmigo. Otra cosa que tendré que encontrar la forma de explicar a Dean sin que monte en cólera. Sé que no está bien, pero es la única forma que encuentro para dormir. Casi cada noche es lo mismo. Veo a Wilson encima de mí, golpeándome y desnudándose sin piedad. Comienzo a gritar y me despierto en un llanto que no puedo controlar; como si fuera una premonición. Brian me escucha, viene a mi cama y me abraza hasta que poco a poco comienzo a tranquilizarme. Debería decirle que se marche entonces, pero le pido que se quede conmigo porque tengo miedo, y él me abraza con más fuerza y susurra en mi oído que todo va a ir bien. Y trato de creerle porque es él quien me lo dice y ha sido mi roca desde que le conocí. Y poco a poco consigo dormirme, sostenida por él; y cuando abro los ojos a la mañana siguiente sigue allí y una parte de mí se siente culpable al pensar en Dean y en lo que pensaría si nos viera así. Sacudo mi cabeza. Brian, que ha salido hace unos minutos de mi habitación, ya está preparado y cuando voy a la cocina me ofrece un café y un croissant, pero tengo el estómago cerrado por los nervios. Bajamos las escaleras y Brian comenta algo de una de las clases en un intento de hacerme olvidar lo de ayer. Casi lo consigue, hasta que salimos a la calle y la visión de mi coche hace que me maree de la impresión y tenga que sujetarme a Brian para no desmayarme. No está destrozado, sino algo mucho peor. Brian intenta

apartarme, pero me acerco, necesito coger lo que está encima del capó. Es un bate de béisbol sujeto a una rosa. La forma psicótica de Wilson de decirme que quiere repetir lo que me hizo. Estoy tan aterrorizada que no consigo hablar.

—Debemos llamar al capitán.

—No servirá de nada —sollozo—. Viene a por mí.

—Esto será otra prueba. No toques nada, quizá haya dejado huellas.

—No lo habrá hecho, es demasiado listo. Así es como ha conseguido salir de la cárcel —mascullo con la voz rota.

—Me da igual lo listo que sea o crea ser. Sube al apartamento y espérame allí. No abras la puerta a nadie que no sea yo. Me encargaré de llamar al capitán.

—¿Y las clases?

—Ese maldito psicópata ya ha estado en el campus una vez. No permitiré que vuelva a acercarse a ti.

Comienzo a temblar y él me abraza con fuerza. Cuando me suelta, acaricia mi mejilla y me garantiza:

—Encontraremos la solución.

—¿Y si intenta hacerte daño a ti?

—Que lo intente. Yo también sé utilizar un bate de béisbol.

Mis ojos se humedecen de nuevo y él se disculpa:

—No quería decir eso.

—Lo sé, es solo que todas las imágenes que había conseguido borrar ahora no paran de aparecerse una y otra vez.

—Subiré contigo al apartamento y llamaremos desde allí al capitán. ¿Quieres que avise a Dean?

Niego con la cabeza. Aunque me muero por escuchar su voz, está trabajando y no quiero perturbarle más de lo que ya está. Además, estoy con

Brian y con él me siento a salvo.

—Cuando termine su turno.

—Se enfadará si no se lo decimos ahora.

—Lo sé, pero no quiero que esté continuamente lidiando con todo esto.

Ojalá tú tampoco tuvieras que hacerlo.

—Si te afecta a ti, me afecta a mí y también a Dean. No puedes dejarnos fuera de esto.

Entrelazo mi mano con la suya, como cuando estábamos en el instituto y algo me asustaba.

—No sé qué haría sin ti

—Lo superarías, eres la persona más fuerte que he conocido —declara y acaricia mi mejilla con el pulgar de la mano libre.

—Gracias por cuidarme tanto —susurra.

—Gracias por dejarme hacerlo.

Su toque me relaja y subimos juntos al apartamento. Me acompaña a mi habitación y el resto del día lo paso en la cama. Apenas ingiero algunos líquidos, no puedo ni pensar en comer.

Cuando Dean llega y entra en mi habitación, sé que Brian le ha puesto al día de todo porque no me hace preguntas. Mi pecho duele y tengo un nudo tan fuerte en la garganta que apenas puedo hablar. Brian me informa:

—La policía investigará el asunto, aunque no tenemos pruebas para demostrar que es el.

Las lágrimas acuden a mis ojos.

—Siempre gana.

—No lo hará —me contradice Dean—. No vamos a permitirselo.

—Hemos trazado un plan —me informa Brian —Intensificaremos la vigilancia, no debes estar sola.

—No podéis hacer eso.

—Podemos y tú nos vas a permitir hacerlo.

Les observo. Una parte de mí se alegra de que hagan alianzas juntos, pero no quiero que su vida esté condicionada por mí. Brian comenta:

—Os dejaré solos, llamadme si necesitáis algo.

Asiento y Dean acaricia con suavidad mi mano.

—Deberías haberme llamado esta mañana.

—Solo necesitaba descansar.

—Gabriela, no puedo protegerte las veinticuatro horas del día y por eso acepto la ayuda de Brian. Pero soy tu novio, no él y necesito que me digas todo lo que pase —respiro hondo y él añade—: No te imaginas lo que significa para mí verte sufrir y no saber qué hacer. Tengo tanto miedo...

Mis ojos se humedecen. Esto es lo que quería evitar, a alguien más consumiéndose por mi causa. Mis padres sufrieron lo indecible entonces, también Brian cuando se lo conté y ahora lo hace Dean. Me duele el corazón y no sé cómo hacer para mejorar las cosas.

—No quiero que nadie sufra tanto por mí. Ni tú, ni nuestros padres, ni Brian. Esta historia nos está afectando demasiado.

—Pero quiero aliviar tu dolor.

—Lo haces. El mero hecho de tenerte cerca me hace feliz.

Entrelaza su mano con la mía. Se le ve tan vulnerable... Recuerdo una época, en el instituto, en que no pude imaginar que pudiera sincerarme con él como lo hago ahora sobre los demonios que me acechan una y otra vez.

—Tú solo dime todo lo que necesites.

—Dormir, tengo pesadillas todas las noches —reconozco.

—¿Has pensando en ir al médico?

—No —niego con pesar—. Me darán pastillas como la otra vez y no quiero depender de ellas. Necesito enfrentarme a esto. Esas pastillas no me dejan estudiar y necesito hacer algo parecido a una vida normal o él gana.

Dean me abraza con fuerza y agradezco que me entienda como lo hace.

—Lo conseguirás, ya venciste al dolor y al miedo una vez.

—No lo vencí del todo, solo lo dejé guardado en un sitio del que pensaba que no escaparía —reconozco.

—Esta vez, yo estaré para ayudarte. Y no me importa el dinero que tenga su familia, ese maldito volverá a la cárcel.

Le miro a los ojos y, como siempre que alguien lo dice, no puedo creerlo del todo. Y, aun así, me relaja su intento. Guardé mi secreto por mucho tiempo y, aunque me siento culpable por el dolor que le causo, su forma de consolarme me da vida y fuerzas para seguir adelante a pesar del riesgo que corro a diario.

DEAN

En la actualidad

Han pasado dos semanas desde el ataque al coche de Gabriela. La policía no ha encontrado pruebas que impliquen directamente a Wilson y tampoco consideran concluyente la tarjeta, por lo que sigue libre, aunque con la orden de alejamiento vigente. Gabriela trata de seguir con su rutina habitual, en las clases está con Brian y cuando termina yo voy por ella. No obstante, hoy no hemos quedado. Mañana tiene exámenes y quiere estudiar. Lo comprendo, pero lamento que al final sea Brian el que más tiempo pase a su lado protegiéndola al compartir estudios.

Estoy ya en la cama cuando recibo un mensaje de Gabriela de que se va a ir a dormir y decido llamarla.

—Hola, ¿ya te has aprendido toda la lección? —bromeo.

—No lo sé, pero estoy agotada —me reconoce.

—¿Quieres que cuelgue y te deje dormir?

—No, me gusta hablar contigo antes de acostarme

Sus palabras dulcifican mi sonrisa y confieso:

—Te añoro.

—Yo también.

Cierro los ojos y la imagino sentada en la cama, sola. No me gusta esa idea, la quiero conmigo, a mí lado.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, aunque tengo mucha ansiedad y temo que el pánico puede apoderarse de mí en cualquier momento.

—Tú y el pánico se me antoja una combinación extraña —reconozco.

—Tuve muchos ataques después de lo que pasó, pero en el hospital me enseñaron a calmarlos. Me fue muy útil cuando salí de allí.

—¿Cómo los calmabas?

—Me concentraba en algo que me hiciera feliz. O le daba un súper abrazo a mi madre o a...

Se interrumpe y maldigo en mi interior. Ha pensado en Brian, en cómo la consolaba en el instituto mientras yo la ignoraba. La presión se instaure esta vez en mi pecho y susurro:

—Si necesitas un abrazo, solo tienes que pedírmelo.

—Lo sé, me das mucha paz cuando tengo pesadillas y me rodeas con tus brazos —confiesa en un tono de voz tan dulce que me enamora.

—Las pesadillas se irán en cuanto metamos a ese psicópata en la cárcel de nuevo.

—Lo sé, solo necesito tener un poco más de paciencia. Aunque me da miedo cerrar los ojos y volver a verle en sueños.

Se hace un silencio y su respiración llena de dolor se cuele en mi corazón. Una pregunta asoma a mi mente:

—¿Tenías pesadillas cuando viniste a vivir con mi padre y conmigo?

—Sí, pero mi madre estaba para mí, no tienes que preocuparte.

—Nuestros padres estaban por ti, pero eso no hace que me sienta menos arrepentido de no haberlo estado yo.

—No es tu culpa, sino mía. Fue mi decisión no explicártelo.

Siempre me dice lo mismo, pero no dejo de lamentar que Brian fuera capaz de intuirlo y yo no. Se hace otro silencio y ella susurra:

—Deberíamos dormir. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, por supuesto, descansa.

—Lo haré, tranquilo, estoy bien.

Cuelgo el teléfono, inquieto. Su voz sonaba tan triste... Las pesadillas continúan y algo me dice que está mucho peor anímicamente de lo que me ha explicado. Pienso en mis opciones. Quiero ser el chico que ella necesita, pero cuando ha colgado el teléfono no parecía estar mejor que cuando hemos iniciado la conversación. Por eso, me decido. Tengo que estar para ella, ser el novio que se merece.

GABRIELA

En la actualidad

Cuelgo el teléfono con una sonrisa bobalicona y me recuesto. Brian entra en la habitación y se interesa:

—¿Estás bien?

—Mejor después de hablar con Dean, ha sido muy relajante.

—Me gusta esa faceta de Dean de novio protector. Aunque se me antoja extraña, fue mi cometido mucho tiempo.

—Y lo hiciste muy bien... Todavía lo haces.

Sonríe y se sienta a mi lado en la cama.

—Deja que Dean te cuide como lo hago yo, lo necesita para afianzar su relación contigo.

—Querrás decir para dejar de sentir celos de ti —le contradigo

Suspira pesadamente.

—Dean fue mi mejor amigo por muchos años, llegué a considerarlo mi hermano. No apruebo muchas cosas que hace y lamento que no deje que me acerque a él. Pero confío en su capacidad de cuidarte —Hace una pausa y suspira profundamente —De hecho, me hace preguntarme si todo habría sido diferente si él hubiera sabido la verdad entonces. Quizá hubieras salido con él en lugar de conmigo.

—Brian, no digas eso. Recuerda al Dean de dieciséis años al que conocí. Faltaba a clases, bebía demasiado y se acostaba con todas las chicas que podía. No era alguien en quien podía confiar ni estaba preparada para salir con él. No era nuestro momento y no hubiera funcionado. En cambio, era el

tiempo de estar contigo y disfrutar juntos de dos buenos años de instituto.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo. Siempre soy honesta contigo, lo seré ahora. El dolor, lo que sucedió, no hubiera podido gestionarlo sin ti. Tú me salvaste y me diste fuerzas para volver al mundo, al instituto, a intentar ser feliz. Y por eso no cambiaría nuestro tiempo juntos por nada.

Entrelaza su mano con la mía.

—A veces echo de menos aquella época. Al principio, en Harvard, estaba tan apegado a ti que solo pensaba en que estuvieras allí conmigo.

—Yo nunca dejaré de estar apegada a ti, me sería imposible.

—Dean no soportaría oírte decir eso.

—Lo sé, pero es la verdad. Vivimos y compartimos mucho; y no importa que ahora confíe en Dean o cómo me cuide, sigo necesitándote a mi lado. ¿Soy una egoísta?

—No, porque yo también sigo necesitándote a ti. No importa con quien salgamos, siempre seremos parte del otro.

—Una parte muy importante e imprescindible —recalco.

Me besa con ternura en la frente y sugiere:

—Deberías dormir un poco.

—Es tan difícil... Allí donde voy temo que en algún momento él aparezca y me haga daño de nuevo; y por la noche el miedo que paso durante el día se acumula y no me deja descansar.

—Ya te hace daño con esta tensión continúa a la que te somete —protesta—. Ojalá la justicia no fuera tan lenta.

—Algún día seremos abogados, supongo que debemos acostumbrarnos.

Sonríe y me abraza con suavidad, de esa forma que tiene el poder de calmarme. Dean no lo entendería, pero no puedo dejar de actuar como lo hago. Es Brian, el chico que estuvo a mi lado cuando creía que no podía

confiar en nadie. El chico al que, de un modo diferente al de Dean, siempre
querré con toda mi alma.

DEAN

En la actualidad

Me visto con rapidez, cojo mi moto y conduzco hasta el apartamento. Es tarde, pero estoy seguro de que Gabriela estará feliz de que la sorprenda, y quizá si estoy con ella dormiré mejor. El apartamento está en silencio y abro con la llave que Gabriela me dio. Es la primera vez que la utilizo. No me gusta entrar en el apartamento de nadie sin llamar, pero a Gabriela le gustará que esté aquí. Con una sonrisa ansiosa me dirijo a su habitación. La imagino durante unos segundos en la cama, tumbada, y en cómo voy a llenarla de besos. Quizá esté dormida, pero será un dulce despertar, o al menos eso espero. Hasta que llego a la puerta, que está abierta y por primera vez sé lo que es que mi corazón se rompa y en mis venas solo corra ira. Gabriela está en la cama, dormida en brazos de Brian. Lleva puesto un camisón corto de tirantes y él, aunque lleva un pantalón de deporte, tiene el torso desnudo. Ambos tienen el cabello desordenado y para mí las imágenes de lo que ha sucedido son tan evidentes que me tiemblan las manos y la voz. Me siento roto, hecho añicos, pero aun así me las arreglo para gritar:

—¿Cómo has podido?

Maldigo con todas las palabrotas que sé y ambos se incorporan con rapidez. Su mirada es de confusión y preocupación, pero ninguno de los dos demuestra vergüenza, lo que aumenta mi frustración. Gabriela se levanta y se acerca a mí:

—No es lo que parece.

—Claro que lo es.

—Dean, escucha...

—No quiero escucharte.

—Dean, por favor —intercede Brian y posa su mano sobre mi brazo.

Le aparto con un fuerte empujón y grito:

—No escucharé nada de ti. Y aléjate de mí o te daré un puñetazo.

—Dean, no ha pasado nada, te lo juro... —insiste Gabriela.

El fuego de la furia se hace más fuerte en mi interior.

—No me importa lo que me jures, no te creo nada de lo que me digas.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Dean, yo...

—Eres peor que cualquier chica que haya conocido —la interrumpo—. Al menos con ellas sabía lo que querían de mí. Pero tú me has utilizado y engañado. ¿Cómo puedes ser tan falsa?

—Te equivocas, yo...

Trata de cogerme de la mano, pero me zafo y, incapaz de escuchar como balbucea excusas entre lágrimas, salgo corriendo de la habitación y del apartamento. Escucho unos pasos detrás de mí, pero finjo no hacerlo hasta que estoy a lado de mi moto y él se pone delante de ella, impidiéndome el paso.

—Lo del puñetazo iba en serio, Brian. Y a tu novia no le hará ninguna gracia.

—No es mi novia, es la tuya y no ha pasado nada.

—¿De verdad piensas que soy tan idiota como para creer eso?

—¡Estábamos vestidos! —insiste con frustración.

—Eso me da igual. Estaba en tus brazos, durmiendo, como hace cuando se queda en mi apartamento. Es tu novia, siempre lo ha sido y siempre lo será. Yo solo soy el juguete con el que se ha distraído mientras volvías con ella.

—Dean, me da igual que me des ese puñetazo, pero vas a escucharme, tienes que escucharme.

—¿Por qué? ¿Para que me mientas? —grito fuera de mis casillas.

—Para que te diga la verdad de una vez por todas. Dean, mírame y escúchame por un maldito minuto.

Le miro a los ojos por primera vez desde hace mucho tiempo. El torrente de emociones que siento en mi interior, dominadas por el dolor y la ira es tan fuerte que una parte de mí solo piensa en golpearle por lo que me ha hecho. Gabriela me ha traicionado, también él; y aunque me he repetido durante estos cuatro años que ya no éramos amigos, ahora que me ha destruido sé que el vínculo que creamos en nuestra infancia todavía existe porque me duele mucho más que haya sido con él que con cualquier otro.

Brian empuja sus dedos para atusarse el cabello, como hace cuando está nervioso. Mis manos todavía están temblando, y susurro:

—Dime lo que tengas que decirme y después de eso no vuelvas a hablarme jamás.

Él respira hondo y toma fuerzas para declarar.

—No me he acostado con Gabriela y nunca lo haré. Fingimos ser novios en el instituto, pero solo fuimos amigos, igual que ahora.

Me tenso y la incredulidad me sacude con fuerza.

—¿De qué estás hablando?

—Lo nuestro fue solo una cortina de humo para protegernos.

—No entiendo nada. ¿Por qué fingir salir con ella?

—Porque estaba enamorado de alguien que no me correspondía. Porque te pasabas el día pidiéndome que me enrollara con las chicas que tú me presentabas. Porque las animadoras me perseguían y los miembros del equipo de fútbol esperaban que saliera con ellas. Porque mis padres no me comprenderían si me mostraba tal y como era en realidad. En definitiva,

porque todo el mundo quería cosas de mí y no sabía cómo enfrentarme a ellas. Tenía miedo y me sentía solo.

Su tono es tan roto que me hace bajar la guardia.

—¿Por qué Gabriela?

—Porque ella también quería la protección que un noviazgo le daba. Creías que era altiva por la forma en la que miraba a tus amigos, pero solo tenía miedo.

—Lo sé, lo comprendí tarde, pero ahora lo entiendo.

—Salir conmigo evitaba que los chicos se le acercaran. Nos llevábamos tan bien que fue muy fácil idear el falso noviazgo. En aquella época tú la ignorabas, y ahora que estáis juntos no pensé que aquello te afectaría tanto.

—Estabas en la cama con ella hace un momento —le recuerdo.

—Tuvo una pesadilla en cuanto se quedó dormida. La escuché llorar y gritar y la abracé para consolarla. Me costó mucho calmarla y al final ambos nos quedamos dormidos. Pero no pasó nada.

Me llevo las manos a la cabeza.

—Tú la consuelas, tú eres en el que confía, con el que puede hablar durante horas, con el que estudia, con el que comparte sus aficiones... Me da igual si no pasó nada en el instituto o esta noche, terminará pasando, lo sé. Y más vale que me retire ahora porque no puedo soportarlo.

Brian se acerca a mí y me mira a los ojos como hacía cuando éramos amigos.

—Confía en mí, eso es imposible, jamás estaremos juntos de ese modo.

Sacudo la cabeza. ¿Por qué tanta insistencia en negar lo que a mí me resulta tan evidente? Enfadado y lleno de celos, le grito:

—¿Por qué sigues diciendo eso una y otra vez? ¿Cómo estás tan seguro? ¿Acaso no ves lo malditamente perfectos que sois el uno para el otro?

Una sonrisa irónica asoma a su rostro, toma aire y declara:

—Porque soy gay.

GABRIELA

En la actualidad

Los minutos se me hacen eternos. Estoy en el salón, con la mirada clavada en la puerta, a la espera de que Brian entre con Dean. Necesito que lo haga, que lo arregle. Ojalá Brian no se hubiera quedado dormido conmigo por calmarme, Dean no debería enterarse así de la verdad. Escucho un ruido en la puerta y corro hacia ella. El capitán me dijo que jamás lo hiciera sin mirar por la mirilla, pero ahora mismo estoy tan ofuscada que olvido todos sus consejos de seguridad y abro con rapidez. Y allí está él. Sin mediar palabra me sujeta por el cuello, me empuja hacia dentro del apartamento y cierra la puerta. Trato de luchar, pero es más fuerte que yo y me empuja con tanta violencia que mi cara se golpea contra la pared. Su furia y su deseo hacia mí son más patentes que nunca y la presión de sus manos se hace más fuerte cuando me susurra al oído:

—De nuevo juntos, muñequita.

Quiero gritar, pero el cañón frío de una pistola enmudece mi voz. Con otro golpe me gira hacia él para que pueda mirarlo a los ojos.

—Estás preciosa...

Un escalofrío recorre mi espina dorsal, ya que mi camión deja muy poco a la imaginación y no puedo soportar que él me esté viendo así. Temblando de miedo, susurro:

—¿Qué haces aquí?

Él me repasa con una mirada lasciva.

—Te he echado de menos.

—Vete, por favor.

—No te imaginas cuanto me excita que me supliques. Me rechazaste Gabriela, pero ahora eres mía de nuevo.

—Nunca fui tuya y nunca lo seré.

—No digas esas cosas, nena. Eso es lo que nos llevó la última vez a que tuviera que castigarte. Y eres tan bonita... Quiero disfrutar de ti antes de darte lo que te mereces por haberme enviado a la cárcel.

Me gira con rapidez y posa sus labios sobre los míos. Instintivamente, le muerdo el labio. Él escupe un bocado de sangre y se ríe:

—Si es así como lo quieres... Primero te pondré en tu sitio y luego terminaré lo que no pude hacer hace cinco años.

—Mi amigo y mi novio están a punto de volver.

—Que lo hagan, tengo una preciosa pistola para recibirlos.

Tiemblo de nuevo y ruego para que Dean y Brian no suban. Sea lo que sea lo que me tenga preparado, debo ser la única que lo recibe. Él advierte mi rendición y susurra:

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido. Antes eras una dulce virgen, fue una lástima que no pudiera terminar lo que empecé aquella noche. Pero a juzgar por la cantidad de noches que pasas en casa de tu novio debes ser una experta en sexo y quiero que me muestres todo lo que has aprendido.

—Jamás me acostaré contigo —grito en un conato de rebeldía a pesar de que su arma sigue apuntándome.

—Lo harás tantas veces como yo quiera. Estás sola conmigo y no voy a dejarte ir. Y ahora, nena, pongámonos cómodos.

A golpe de pistola me lleva hasta mi habitación. Saca unas cadenas del bolsillo, me ata con ellas y deja la pistola sobre la mesita. Trato de zafarme de las cadenas, pero es imposible y él me da un puñetazo en la cara que hace sangrar mi labio y varios en el estómago hasta que dejo de moverme.

—Vamos a pasarlo muy bien esta noche. Asúmelo.

Se sienta sobre mi cintura y comienza a subir mi camisón, dejando mis pechos al descubierto. Sentir sus manos sobre mí y prever las cosas aterradoras que me va hacer me bloquea. Cierro los ojos, no quiero verlo. Pienso en Dean y a mi mente vienen todas las cosas que quiero decirle y que me he callado esperando a que fuera un buen momento, uno que quizá ya no llegará. Debería tener esperanza, pero no la tengo. No saldré viva de aquí, y si lo hago ya no seré la misma. Pude levantarme una vez, pero fue demasiado duro, no tengo fuerzas para hacerlo una vez más. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y en mi interior algo ruge. ¿Qué estoy diciendo? Él no puede ganar. Mis padres, Dean, Brian, Sofía... Hay mucha gente que me quiere esperando que sobreviva. Tengo que recuperarme. Soy fuerte, ya lo demostré una vez. No va a vencerme. Debo luchar. Agito las piernas para que pare, pero solo consigo recibir otro golpe. En sus ojos leo lascivia, no solo porque me esté desnudando o vaya a violarme, sino porque como la otra vez, le excita golpearme hasta hacerme sangrar. Aun así, sigo moviéndome, no quiero rendirme, y él rodea mi garganta con la mano mientras susurra en mi oído.

—A ver si eres capaz de seguir moviéndote cuando no te quede aire.

Comienza a apretar y mi respiración se va desvaneciendo. Justo cuando creo que voy a perder el sentido, disminuye su fuerza y aleja sus manos de mi cuello para llevarlas a mi pecho.

—No tan fácil, nena. Antes tendrás que complacerme.

Sus ojos inyectan deseo y furia a la vez, y sé que una vez me haya violado me matará. Mi padre se lo impidió hace cuatro años, ahora no hay nadie para hacerlo. Con sus manos rudas y salvajes me arranca las bragas y comienza a desabrocharse el pantalón. Comienzo a gritar y recibo otro golpe, pero sigo haciéndolo. No importa cuántos golpes me dé, ni que tenga una pistola, no

dejaré de gritar hasta que no me quede voz para tratar de que alguien me escuche.

DEAN

En la actualidad

No sé el tiempo que ha pasado, pero la confesión de Brian me ha dejado paralizado.

—No es posible. Yo lo sabría.

Una sonrisa amarga asoma a su rostro.

—Nadie lo sabe excepto Gabriela.

Meso mi cabello, nervioso.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Respira hondo, como si fuera la pregunta que ha estado temiendo que le hiciera. Finalmente, contesta.

—Estaba asustado.

Mi corazón golpea dolorosamente en mi pecho. ¿Qué clase de amigo he sido si Brian no se atrevió a decirme que era gay? ¿Qué creía que le haría? No soy homófobo, nunca lo he sido y él debería saberlo. Temblando, pregunto:

—¿Tenías miedo de mí?

—Más bien de mis sentimientos hacia ti —Me quedo sin respiración y él añade tras aclararse la garganta—: Tranquilo, hace tiempo que lo superé.

Se hace un silencio tenso. ¿Brian estaba enamorado de mí? De pronto todo cobra sentido en mi mente, como un puzle que se resuelve con rapidez.

En un tono de voz casi imperceptible indago:

—¿Yo soy la persona que no te correspondía?

—Sí —confiesa—. Al principio luché por cambiar mis sentimientos, pero no podía y por eso comencé a alejarme de ti. Era duro verte con todas esas mujeres y saber que nunca estarías conmigo. Y estaba harto de que me presentaras chicas y te frustraras si no terminaba en la cama con ellas. Estaba desesperado y no veía solución, por eso me fui al campamento de fútbol aquel verano, no podía estar a tu lado. Y luego...

—Apareció Gabriela y te salvó —termino su frase.

—Sí, gracias a ella, incluso viviendo una mentira, pude ser yo mismo y alejarme de todo lo que me asustaba y me ponía tan nervioso.

Suspiro con frustración. Le perdí a él, a mi mejor amigo, por no ver la verdad. Un temblor me sacude, imaginando por lo que debió pasar. Los celos, la tristeza, el dolor. Me acerco a él.

—Lo siento mucho, Brian. No estuve a la altura de nuestra amistad, si lo hubiera hecho hubieras confiado en mí para decírmelo.

—Eran tiempos complicados y estaba asustado de mis propios sentimientos. Fingir que Gabriela era mi novia fue la única forma que se me ocurrió en ese momento de solucionar el problema, pero debí valorar más opciones. Por mi culpa tu relación con Gabriela se ha resentido.

Un rictus amargo toma mi rostro.

—Ella te adora.

—De manera diferente a ti —incide.

Le observo y me atrevo a preguntar.

—¿Cómo estás seguro de que no está enamorada de ti, aunque tú no la correspondas?

Se encoge de hombros.

—Fácil, siempre ha estado loca por ti.

—¿Quéééé?

—Lo supe desde el principio.

—¿Cómo?

Sonríe con dulzura, como hacía cuando era mi mejor amigo, y se explica.

—Porque te miraba del mismo modo que lo hacía yo. A hurtadillas, cuando creía que nadie la veía. Pero yo siempre estaba con ella y era imposible que no me diera cuenta.

Sacudo la cabeza con fuerza.

—Soy un completo idiota.

—Solo no estabas atento. Pero ahora lo estás y tienes que ver que Gabriela te ama y que tú la amas a ella. Dean, he sido un cobarde. Debí confesarte la verdad cuando regresé, pero sigo teniendo miedo a la reacción de los demás, sobre todo de mi familia. Contártelo a ti era abrir la caja de Pandora, pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué, que no puedo seguir interfiriendo en vuestras vidas con mi mentira. Gabriela nunca ha traicionado mi secreto, pero eso os ha afectado de un modo que no debería. ¿Podrás perdonarme?

—¿Perdonarte? Debí darme cuenta, maldita sea, debí darme cuenta...

La frustración me invade y Brian apoya su mano en mi hombro.

—No tiene sentido pensar en lo que ocurrió entonces.

—¿Y en lo que ha pasado ahora con Gabriela? Le he dicho cosas horribles...

—Es Gabriela, lo comprenderá. Sube a hablar con ella.

—Subamos.

—Pero...

—Los tres, Brian, tenemos que hablar los tres.

—Está bien —acepta.

—¿Algún consejo?

—¿Te refieres a como cuando éramos amigos?

—Sí, algo así.

—No la pierdas o te arrepentirás toda tu vida.

—Es un buen consejo.

—Por eso éramos amigos.

Sonreímos los dos, pero en ese momento una chica entra gritando en el parquin. La reconocemos, es Vivian, la vecina de Brian y Gabriela. Esta se acerca a Brian y solloza:

—¡Gabriela está en peligro!

—¿Qué le pasa? —preguntamos al unísono.

—No lo sé. La escuché gritar e intenté llamar a su puerta, pero está cerrada. He avisado a la policía, pero la seguía oyendo gritar y entonces os vi por la ventana y....

—Quédate aquí y espera a la policía—le ordeno.

—Pero...

—Haz lo que te dice —se suma Brian. Los dos intercambiamos una mirada de terror y corremos en dirección al apartamento.

Cuando llegamos allí, la puerta está cerrada, y Brian maldice:

—No tengo llave.

—¿Crees que podemos tirar la puerta abajo?

—Todavía tengo un hombro bien.

Asiento. No puedo imaginar estar con nadie más en este momento. Debemos salvar a Gabriela, juntos. Brian y yo nos separamos de la puerta y luego nos abalanzamos sobre ella varias veces hasta que por fin cede. A pesar del dolor que sentimos en los hombros, corremos hacia la habitación de Gabriela, donde sus gritos son cada vez más elevados.

No sé qué resorte me mueve, pero mientras Brian coge la pistola sin dar tiempo a reaccionar a Wilson, yo me lanzo sobre él, le aparto de Gabriela y le mando al suelo de un puñetazo. La sangre de sus labios está en mis puños, y

necesito más, necesito hacerle pagar lo que ha hecho, lo que hizo hace cinco años. Golpeo con fuerza su rostro cada vez más ensangrentado mientras él insulta y amenaza a Gabriela de una forma que termina de volverme loco. Con cada palabra que lanza contra ella golpeo con más fuerza. Intenta defenderse, pero esquivo con facilidad los golpes que él trata de darme. No me gusta meterme en peleas, pero sé salir indemne de ellas. Uno de mis clientes es boxeador y me dio varias lecciones cuando nos hicimos amigos. No creí necesitarlas, pero hoy me está dando resultado todo lo aprendido. Wilson sigue insultando a Gabriela mientras ella, a la que Brian ha cubierto con la sábana, llora desconsolada. Le golpeo con tanta fuerza que su cabeza resuena con fuerza contra la pared y noto que comienza a perder la consciencia, pero lejos de parar solo pienso en seguir golpeándole una y otra vez, hasta que la voz de Gabriela se escucha suplicar:

—Déjale.

Me giro, incrédulo, pero Brian insiste:

—Detente o le matarás.

—Es lo que merece.

Los ojos de Gabriela se clavan en los míos llenos de amor.

—Pero tú no mereces lo que te pasará si le matas. Dean, él debe ir a la cárcel, no tú. Quédate conmigo. Te lo suplico.... Déjale.

Sus palabras sacuden mi pecho. ¿Cómo puede pensar en mí en este momento en el que está tan herida y después de lo que ha estado a punto de pasar?

—Piensa en tu padre —sus ojos se llevan de lágrimas—. Él te necesita, igual que yo. Y por eso tienes que estar libre. No eres un asesino, Wilson lo es.

Pronuncia su nombre con un profundo desprecio, y Brian añade:

—Gabriela tiene razón. Si le haces algo, él gana. Si le encarcelan, no

saldrá esta vez. Pasará el resto de su vida en prisión.

Las lágrimas asoman a mis ojos. Odio a este tipo con una intensidad mayor de la que imaginé que fuera capaz de experimentar. Pero Gabriela y Brian tienen razón, si le hago daño, él vence. Aun así, no puedo contenerme de darle un último puñetazo y le dejo sobre el suelo bajo la vigilancia de Brian, que no deja de apuntarle con la pistola. Me acerco a la cama y Gabriela, con las escasas fuerzas que le quedan, entrelaza sus dedos con los míos. Amo cuando hace eso, como si uniera mucho más que nuestras manos. Sollozo, incapaz de contenerme. Su amor por mí es tan grande que esta noche, incluso con todo lo que ha pasado, me ha salvado de cometer una locura. Sin sus palabras no hubiera podido controlarme. Toda la ira y la frustración acumuladas se iban en cada golpe y, si no me hubieran detenido, le hubiera matado como llevo soñando hacer desde que descubrí la verdad y aquellas fotografías se clavaron en mi retina igual que ahora la imagen de Gabriela herida de nuevo.

Brian, sin dejar de apuntar a Wilson, apoya su mano libre sobre mi hombro, dolorido por haber tirado la puerta abajo. Brian, el amigo que perdí por estar demasiado ciego, con el que he desperdiciado mucho tiempo que nunca recuperaré. Si no hubiera sospechado de ellos, Gabriela no habría sido atacada de nuevo. He sido un completo idiota y solo puedo apretar la mano de Gabriela y sentir su amor, el único bálsamo que puede hacerme algún efecto en este momento. He estado equivocado en muchas cosas, pero ahora lo veo todo con tanta claridad como el ruido de las sirenas de los coches de policía acercándose. Nada volverá a ser igual, porque yo no soy igual ni quiero volver a serlo. Ahora solo veo la verdad y eso lo cambia todo.

GABRIELA

En la actualidad

Mi mente está hecha un torbellino por la conmoción y los golpes. Alguien ha llamado a emergencias, porque pronto el apartamento se llena de policías y paramédicos que comienzan a tratar mis heridas. Finalmente, deciden que es mejor llevarme al hospital y asegurarse de que no tengo ninguna herida interna. Algunos vecinos salen inquietos por el ruido y los gritos, pero apenas puedo centrarme en nada mientras me trasladan a la ambulancia. Dean está conmigo. Tiene los ojos llenos de lágrimas y aprieta mi mano con fuerza.

—¿Dónde está Brian? —pregunto, inquieta por él.

—Se ha quedado en el apartamento con la policía. Se reunirá con nosotros en el hospital.

—¿Y Wilson? —me atrevo a decir.

—La policía lo ha llevado a comisaría. Esta vez no se librará.

Me estremezco y el paramédico sonrío con amabilidad.

—Te administraré un calmante.

—Lo siento tanto... —solloza Dean.

—Tú me salvaste... —le recuerdo.

—Si Brian no hubiera corrido tras de mí Wilson no habría entrado en el apartamento y no te hubiera hecho daño —recalca.

—Hubiera pasado en otro momento y quizá no habría habido nadie para ayudarme —le corrijo.

Por la forma de mirarme sé que no está convencido. El paramédico nos mira comprensivo y pregunta con suavidad:

—Me han dicho que no ha llegado a...

Niego con la cabeza y él asiente aliviado, mientras las lágrimas de Dean vuelven. El paramédico apoya un brazo en su hombro y le tranquiliza:

—Se pondrá bien. En cuanto lleguemos al hospital le haremos un examen completo y luego podrá descansar.

—No me moveré de su lado.

—Intentaré que puedas quedarte con ella lo máximo posible, pero tenemos que mirar tus heridas —le garantiza con una sonrisa.

Dean me aprieta con más fuerza la mano y yo observo con preocupación el daño de sus nudillos y algunos golpes que ha recibido, además del hombro lesionado de cuando ha abierto la puerta con él.

—No me duele —me asegura.

Aunque no le creo, estoy demasiado malherida para seguir hablando y cierro los ojos. Cuando llegamos al hospital, el paramédico cumple su palabra y solo alejan a Dean de mí para algunas pruebas y para realizarle sus curas. Insisten en que me quede una noche en observación y, cuando estoy instalada en la habitación, el capitán viene a tomarme declaración. Le agradezco mucho su implicación, podría habérselo pedido a cualquier detective dado la hora que es. Hablar con él me hace sentir cómoda y me tranquiliza. Se sienta a mi lado y permite que Dean se quede conmigo.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

Me mira con lástima. Para alguien tan acostumbrado a la violencia, está muy afectado por mi estado. A pesar de que las enfermeras han hecho un buen trabajo limpiando las heridas de mi rostro, los moratones comienzan a salir.

—Dean me ha comentado que prefieres que no llame a tu padre hasta mañana a primera hora.

—Es muy tarde y no quiero que conduzcan hasta aquí de noche. Necesitan estar descansados, esto será muy duro para ellos.

El capitán asiente, comprensivo. Él estuvo con él en el juicio anterior e imagina la que se nos avecina.

—Me parece bien. Quiero que sepas que ese malnacido está en el calabozo y que por la mañana me encargaré personalmente de realizar todos los trámites y enviarlo de nuevo a la cárcel.

—¿Para qué lo vuelvan a soltar dentro de poco? —masculla Dean con rabia.

—Hijo, me molesta tanto como a ti que el sistema haya fallado tan estrepitosamente. Pero esta vez, ahora que ha repetido el mismo crimen y con una orden de alejamiento por en medio, no volverá a pasar. Además, en cuanto recuperó la conciencia profirió tantas amenazas delante de toda la comisaría que habrá muchos testigos en su contra. Está loco y lo demostraremos.

Tiemblo ante sus palabras, pero más cuando Dean declara:

—Eso espero, porque si lo vuelven a soltar lo mataré.

—¡Dean! —protesto recordando con horror lo que estuvo a punto de pasar en mi habitación y que haga semejantes declaraciones delante de un policía. No obstante, el capitán esboza una sonrisa cómplice por su vehemencia y comenta:

—Te comprendo, pero tratemos de creer en el sistema, aunque sea una última vez. ¿De acuerdo?

Dean asiente con la cabeza y una idea cruza por mi mente:

—Los golpes que Wilson recibió...

—Fueron los necesarios para reducirlo. Eso afirma Brian, supongo que tú también; es lo que yo creo y por tanto lo que constará en mi informe.

Suspiro aliviada y Dean musita:

—Gracias.

—A ti por salvarla. Y Gabriela, trata de descansar un poco. A primera hora llamaré a tu padre y me encargaré de todo el papeleo.

—Muchas gracias por venir.

—Cuídala, hijo, te necesita —contesta él mirando a Dean.

—No me separaré de ella —le garantiza.

—Bien, os veo mañana.

Cuando me quedo a solas con Dean, susurro aterrada:

—Otro juicio... —susurro aterrada.

—Imagino lo horrible que fue para ti, pero esta vez yo estaré a tu lado — me garantiza acariciándome con suavidad la mano.

Trato de sonreír, pero los analgésicos comienzan a perder efecto y emito un quejido. Dean tuerce el gesto, angustiado, y va en busca de la enfermera. Esta me inyecta un calmante y comenta a Dean:

—Puedes irte a descansar.

—No voy a moverme de su lado.

—De acuerdo, avisa si necesitáis algo.

Volvemos a quedarnos a solas y comento:

—Deberías dormir.

—No quiero dormir. Si lo hago, tendré pesadillas con él —confieso con la voz quebrada.

—¿Y si yo velo tu sueño?

Ella suspira y susurra:

—Eso me gustaría, pero aun así tengo miedo a dormir. Y me aterra no saber si volveré a estar bien. Fue tan difícil la otra vez...

—Lo sé. Y yo te ayudaré. Y estoy segura que también lo hará Brian.

—Ya no estás enfadado con él.

Respira hondo antes de explicarme:

—No, ahora solo me desprecio a mí mismo porque no fui capaz de interpretar las señales y me alejé de vosotros.

—No es culpa tuya. Brian escogió esconderlo, igual que yo lo de mi ataque. Fue nuestra decisión y acatamos las consecuencias. Por eso es mi mejor amigo. Yo le conocía como nadie lo hacía, y él era el único que me conocía a mí. Dos amigos unidos por dos secretos que no nos atrevíamos a compartir con nadie más.

Aprieto la mandíbula. Una pregunta sigue martilleando mi mente una y otra vez.

—Él no estaba enamorado de ti, pero entendería que tú sí.

—Le quería y siempre le querré, pero como un amigo o un hermano. Solo he estado enamorada de ti. Quería que tú fueras el primero porque eres el único chico al que he amado, al que quería entregarme. Lamento no haberte explicado la verdad de mis sentimientos y de mi relación con Brian. Si lo hubiera hecho las cosas hubieran sido más fáciles entre nosotros. Pero no podía traicionar a Brian después de todo lo que él había hecho por mí.

—No eras tú quien debía contarme algo tan íntimo y personal de Brian y que ha guardado tanto tiempo en secreto. Y si hubiera estado más atento yo mismo lo hubiera averiguado. Tengo la sensación de haber estado ciego. No vi tu sufrimiento, ni que estabas enamorada de mí, ni que mi mejor amigo era gay y yo le gustaba. Soy un completo desastre.

—No lo eres —le aseguro.

Acaricia con suavidad mi labio amoratado y me pregunta:

—¿Podrás perdonarme alguna vez que hiciera que Brian saliera corriendo de tu apartamento tras de mí y Wilson te atacara?

—¿Perdonarte? Wilson me hubiera atacado en cualquier momento, y ahí al menos tú y Brian me salvasteis —insisto—. Dean, tengo que lidiar con muchas cosas, no quiero hacerlo con una culpabilidad que no mereces.

Sus ojos brillan de nuevo.

—Eres maravillosa.

Sonríó halagada.

—Tú también.

—Al final hacemos una gran pareja...

Esbozo una sonrisa.

—Mañana, cuando lleguen nuestros padres...

—Les contaremos la verdad. Se acabaron los secretos en esta familia — me interrumpe.

—¿Estás seguro? Queríamos tiempo para tener las ideas claras...

—Yo las tengo muy claras. Te amo.

Mi corazón da un vuelco.

—Dean, no deberías decir eso porque estoy herida o porque...

—No lo hago por eso, sino porque es verdad. Te amo, Gabriela. Amo todo de ti; cómo eres, como te comportas, lo bella que eres... De hecho, creo que te amaba incluso cuando no lo sabía —arquea una ceja y él se explica—. Toda la hostilidad que sentía hacia ti y el enfado con Brian por salir contigo, creí que era porque me fastidiaba que estuvieras en mi vida. Pero ahora intuyo que tenía celos de él. Eras inteligente, preciosa y buena; y yo te había ignorado en cuanto te conocí, así que te fuiste con él. Y eso me molestaba porque creí que yo no era digno de ti. Y cuando comenzamos a salir y él regresó, me volví loco de celos porque sentí que no te merecía como lo hacía él.

—¡Oh, Dean! —declaro con intensidad—. Te mereces todo porque me lo das todo. Podrías haberte alejado de mí con toda mi historia y todo lo que aún me queda por delante. Pero en lugar de eso te quedaste conmigo. Honestamente, cuando comenzamos a salir juntos creí que no podía durar, que jamás podrías querer estar conmigo tanto como yo quiero estar contigo.

—¿Y ahora?

—Ahora me has demostrado que sí.

Sonríe feliz y me pregunta:

—¿Sabes que es lo que más me gusta de ti?

—¿Mi cuerpo cuando no está amoratado? —trato de bromear, quizá si comienzo a quitarle importancia él también lo hará.

—Sí, pero sobre todo que te gusto tal y como soy. Siempre tuve celos de Brian, creía que él era perfecto y que yo jamás estaría a la altura de las expectativas que podías tener del chico que estuviera contigo.

—Nadie es perfecto, y eso me gusta. Tiene más valor amarse con las imperfecciones... Digamos que eres mi perfecta imperfección y me gustaría ser lo mismo para ti.

Sonríe feliz y juguetea con mis dedos:

—Lo eres Gabriela, lo eres. El surfista y la abogada. La mayor parte de la gente que nos conoce no entenderá que estemos juntos.

—Lo importante es que lo entendamos nosotros.

Entrelaza sus dedos con los míos y me besa en el cabello para no hacerlo en ninguno de mis zonas del cuerpo golpeadas, que son muchas. Después apoya su rostro junto al mío, sobre la almohada, y poco a poco mis ojos se van cerrando. Con Dean a mi lado no tengo miedo, estoy a salvo y me ama, las dos cosas que más he anhelado toda mi vida.

DEAN

En la actualidad

He perdido la noción del tiempo cuando una mano se apoya en mi hombro y me giro, lo que genera un dolor en mi cuello entumecido. Es Brian. Gabriela se ha quedado dormida y le hago una señal con la cabeza para que salgamos de la habitación. Cierro un poco la puerta para que nuestras voces no la despierten y ambos la miramos desde el cristal.

—¿Cómo está?

—No lo sé. Los enfermeras y enfermeras han curado sus heridas y los moretones desaparecerán, pero hay algo mucho más importante. Leo en sus ojos cómo ese indeseable ha tocado su alma y ha arrancado otro pedazo de su corazón. Y no sé cómo ayudarla.

—Con paciencia. Ya lo logró una vez.

—No puedo evitar recordar las fotografías de su primer ataque. Me revuelven el estómago y me dan ganas de vomitar. Y ha pasado de nuevo por ello por mi culpa.

Arquea una ceja.

—¿De qué estás hablando?

—Si no me hubiera comportado como un estúpido celoso posesivo, no la hubieras dejado sola en casa. Ha pasado un infierno por mi causa.

—Ese psicópata está obsesionado con ella. Si no hubiera sido esta noche, hubiera sido otra en la que quizá no hubiéramos podido salvarla. Y ahora él está preso y, dentro de lo que ha sucedido, Gabriela está bien. Y es fuerte, muy fuerte. Lo superará.

—La otra vez, lo hizo gracias a ti, por eso estáis tan unidos.

—Digamos que los dos teníamos muchos problemas y encontramos la forma de sobrevivir juntos.

—Hacíais muy buena pareja —recalco.

—Era irreal. La tuya es mejor, porque es de verdad.

Respiro hondo.

—Le he dicho que la amo.

Brian arquea una ceja. No he hablado con él apenas en los últimos años y ahora le confieso lo que siento por Gabriela sin tapujos. Él sonríe, como si fuera obvio.

—Bien, necesita saberlo. Y tú solo tienes que confiar en ella, en que funcionará. Deja que te amé y ámala tú y estoy segura de que todo os irá bien.

—Echaba de menos tu serenidad al hablarme... —confieso.

—Eso es porque no me estás gruñendo —ironiza.

—Sí, me he portado muy mal contigo. Lo lamento mucho.

—Entiendo tus motivos y tus celos. Y quiero dejarte algo claro. Igual que te dije que no había pasado nada y que no sucederá por razones obvias, Gabriela siempre será parte de mí. Confié en ella cuando no lo hacía en nadie y compartimos una relación de amistad excepcional en el instituto que duró incluso cuando me marché a Harvard. No puedo borrar eso y solo espero que ahora que sabes que no debes tener celos de mí puedas aceptar que siga en su vida.

Suspiro. Me siento culpable por haber pretendido que Gabriela perdiera una relación que le aportó tanto y le ayudó a superar una etapa tan difícil. Esbozo una sonrisa y le tiendo la mano:

—Solo si yo estoy en ella. Brian, me he portado muy mal contigo los últimos cuatro años. Pero me importabas mucho, eras como mi hermano y

estaba herido porque te alejaste de mí. Quizá podríamos recuperar lo que teníamos. Si eso no supone un problema para ti.

—Te propongo algo mejor. Empecemos de cero. Sin mí enamorado de ti, sin tú temiendo que te robe a Gabriela. Solo amigos los tres.

—Yo no lo hubiera definido mejor.

Intercambiamos una sonrisa cómplice y protesto:

—Ojalá hubiera sabido todo esto en el instituto.

—Quizá es mejor así. Y no lo digo por egoísmo, sino por proteger a Gabriela.

Sacudo la cabeza.

—¿Protegerla de mí?

Brian respira hondo antes de explicar:

—Dean, te conozco. No estabas preparado para alguien como ella. Para ser chico de una sola mujer. Para estudiar cada tarde a su lado y tener la paciencia que ella necesitaba en ese momento.

—Jamás la hubiera presionado a nada con lo que le pasó —protesto.

—No me refiero al sexo. Gabriela estaba muy dañada y necesitaba recomponerse antes de empezar una relación de verdad contigo o con quién fuera. Aunque no lo demostrara abiertamente, sufría mucho.

Respiro hondo y permanezco varios minutos en silencio antes de declarar:

—Odio reconocerlo, pero tienes razón. Gabriela era amable con todo el mundo, pero no fue hasta mucho tiempo después de conocerla que comencé a verla sonreír realmente. Supuse que era feliz porque estaba contigo, ahora me doy cuenta que estaba sanando. Gracias a ti...

—Y a tus padres y, sobre todo, a su fortaleza. Es una chica increíble, tienes mucha suerte.

—Lo sé. Espero estar a la altura. Te confieso que me doy cuenta de que estaba celoso de ti es porque no solo eras perfecto sino tenías a la chica ideal.

—No era perfecto ni mucho menos lo soy ahora. Y no tenía a la chica, solo lo fingía. Tú la tienes.

Intercambiamos una sonrisa cómplice y entramos de nuevo en la habitación. Pasamos el resto de la noche observándola, saliendo de vez en cuando para estirar las piernas y hablar un poco. Antes de que las enfermeras hagan su ronda de la mañana, mi padre y Pam llegan, supongo que el capitán no ha querido esperar mucho más para avisarles. Dejo que mi padre me abrace, también que lo haga Pam. Es la primera vez que lo hace. Y me gusta. Es cálida y dulce como Gabriela, y llora de la misma forma conmovedora que ella. Cuando me suelta, Gabriela abre los ojos y recibe los abrazos cautelosos para no hacerle daño de nuestros padres. Tiene lágrimas en los ojos y su labio inferior tiembla. Pam acaricia su mano con suavidad y le pregunta:

—¿Estás bien, cariño?

—Mucho mejor.

La voz de mi padre se escucha, furiosa.

—Esta vez iremos todavía con más fuerza contra él. Es la segunda vez que te ataca, que intenta violarte y asesinarte. No sé cuál es el problema mental de ese degenerado, pero me aseguraré de que no vuelva a pisar la calle en lo que le queda de vida.

—No nos queda dinero, tendremos que confiar en el abogado de oficio — le recuerda Gabriela.

Mi padre tuerce el gesto, a sabiendas de que cualquier error puede conllevar que ese psicópata suelto de nuevo. Por eso me apresuro a decir:

—Yo si lo tengo. Como te dije, me gano bien la vida con el surf y no correré el riesgo de que la justicia vuelva a equivocarse. Quiero al mejor abogado, papá. Tú eres policía, tienes que saber quién puede ayudarnos.

Una sonrisa asoma a sus labios.

—Lo haré, hijo.

—Muchas gracias, Dean —me dice Pam con lágrimas en los ojos.

Gabriela me observa, sorprendida, y protesta:

—No puedo permitir que...

—No te lo estoy preguntado, lo estoy afirmando —la interrumpo—. Tendrás el mejor abogado y pasarás el resto de tu vida feliz sabiendo que ese psicópata no puede volver a hacerte daño.

Sus ojos se llenan de lágrimas y me llevo su mano a mis labios. Brian sonrío y mi padre y Pam intercambian una sonrisa cómplice. Esta mira a Gabriela y susurra:

—Hacéis una bonita pareja.

Los dos los miramos sorprendidos y mi padre bromea:

—No sé qué parte de “soy un gran policía” todavía no sabéis. Supe que estabas con ella desde que apareciste en mi casa preguntando por lo que había pasado con el accidente.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque soy de ese tipo de padres que espera a que los hijos encuentren el momento en lugar de presionarlos.

Respiro aliviado de que se lo haya tomado tan bien, y Pam incide:

—Además, sería muy mala madre si no supiera leer en los ojos de mi hija de quien está enamorada.

Gabriela sonrío feliz y mi padre añade:

—Esta situación es extraña porque cuando os presenté solo quería que fuerais como hermanos, o al menos amigos. Pero no lo hicisteis y ahora entiendo que es porque teníais que encontrar vuestra propia forma de estar juntos.

Se escucha un carraspeo y Brian se atreve a preguntar:

—Señor, significa eso que usted sabe que yo...

—Como Pam ha dicho, una madre sabe si su hija está enamorada. Pero

vuestro acuerdo funcionó para que Gabriela tuviera unos años tranquilos de instituto que era lo que necesitaba.

Brian sacude la cabeza y musita con un hilo de voz:

—Mi padre...

—Nunca le he comentado nada. Eso te corresponde a ti cuando creas que sea el momento. Y puedes contar con todos nosotros, eres de la familia.

Brian suspira aliviado y yo palmeo su espalda. Debí imaginar que mi padre sabía la verdad, no se le escapa nada. Y me alegro porque ahora entiendo que está tan feliz de nuestra unión como nosotros. Temí que prefiriera a Brian como novio de Gabriela, ahora me doy cuenta que solo estaba a la expectativa de ver cómo funcionábamos ella y yo sin interferir. He estado en un mar de dudas e inseguridades, pero ahora todo ha cambiado. Sé quién soy, lo que quiero y conozco la verdad. Es un nuevo comienzo y no voy a desperdiciarlo.

Gabriela me saca de mis cavilaciones cuando dice con lágrimas en los ojos:

—No imagináis lo feliz que me hace que estéis todos aquí. Mi amor, mi mejor amigo y mis padres. Me duele todo, estoy llena de heridas y golpes; y no os diré que mi corazón no está dañado por lo que ha sucedido, pero si os tengo a vosotros, podré superarlo como hice antes.

Los ojos de todos brillan por las lágrimas que solo Pam deja salir abiertamente. La enfermera entra, nos mira y vuelve a salir, dejando que el momento mágico dure un poco más.

GABRIELA

En la actualidad

Un año y una perpetua sensación de vivir en una montaña rusa. El juicio despertó en mí todas las pesadillas que había enterrado, pero el abogado que Dean contrató y los informes periciales consiguieron que la condena de Wilson dictaminara que fuera ingresado de por vida en un psiquiátrico. El día que supe el veredicto fue como si me fuera más fácil respirar y mi corazón pudiera comenzar a latir con el ritmo que yo anhelaba, libre del terror de los últimos tiempos.

Aunque fue muy duro, todos se volcaron conmigo. Mis padres repitieron lo que habían hecho por mí hace cinco años y tenerlos a mi lado sirvió para recordarme que lo había superado una vez y que tenía la fortaleza para hacerlo de nuevo. Sofía volvió de sus prácticas y se encargó de cuidar todas mis heridas; y Ethan cubrió con dos bellos tatuajes las cicatrices que quedaron en mis brazos. Brian sigue siendo mi mejor amigo y mi compañero de apartamento y, ahora que él y Dean están recomponiendo su amistad desde cero, Dean vive más en mi apartamento que en el suyo propio. Y también nos visita mucho Ethan, a veces creo que Sofía le gusta, aunque no se haya atrevido a dar ningún paso al respecto. No les he dicho nada a ninguno de los dos, si algo he aprendido es que todos necesitamos encontrar nuestro propio momento para estar con la pareja idónea.

Durante este tiempo, mi relación con Dean se ha afianzado. No ha sido perfecto, porque nada lo es, y lo prefiero así. Me gusta cuando nos amamos y cuando me transporta a las nubes con solo besarnos; y también cuando nos

discutimos y luego nos reconciamos. Disfruto de estudiar en la playa mientras él surfea y de las barbacoas familiares a las que se han sumado Sofia y Ethan. Agradezco cada minuto y lo vivo al máximo, porque he aprendido que me lo pueden arrebatat en cualquier momento.

Hoy Dean me ha pedido que le acompañe a la playa. Caminamos de la mano hasta llegar delante de una zona de apartamentos. Me señala uno de ellos. Parece sacado de una serie de televisión, con su decoración típicamente californiana. Suspiro, imagino lo que debe significar levantarse cada día con las vistas sobre el océano. Dean me pregunta:

—¿Te gusta?

—Es un lugar precioso.

—Bien, entremos a dar un vistazo.

—No podemos, es propiedad privada.

—Lo sé. Pero tiene excelentes vistas al océano. Te encantará.

Le miro sin comprender y él me toma de la mano y con la otra pone una llave en ella. Comienzo a temblar.

—¿Qué significa esto?

—Siempre que venimos a la playa dices que quieres vivir junto al océano. Y ahora que el juicio terminó, ganamos y me devolvieron el dinero de las costas puedo permitírmelo, aunque sea un pequeño apartamento.

Sacudo la cabeza, incrédula.

—Dean, no puedo...

—Una vez rechazaste vivir conmigo porque dijiste que solo lo hacía para protegerte —me interrumpe—. Ahora lo hago por un motivo muy diferente. Te amo y no quiero estar alternando noches entre tu apartamento y el mío, sino tener un lugar propio en el que construir nuestro futuro juntos.

Siento que me mareo de la emoción. ¿Dean quiere vivir conmigo? Es

demasiado bueno para ser verdad, e insisto:

—¿Estás seguro de que no es porque sigues asustado?

Sus ojos se clavan en los míos y están tan llenos de sentimientos que apenas necesita palabras para hacerse entender.

—Siempre estaré asustado de lo que te pasó. Y dolido. La mera idea de verte sufrir es aterradora. Pero he aprendido que hemos de dejar el pasado atrás y eso significa disfrutar del presente. Tardé mucho tiempo en darme cuenta que estaba enamorado de ti. Me alejé, tuve celos del chico equivocado, cometí muchos errores y lo he pagado estando sin ti demasiado tiempo. No quiero seguir perdiendo años. Quiero pasar mi vida contigo, el máximo tiempo posible. Voy a amarte, cuidarte y protegerte; y si sigues amándome como lo has hecho hasta ahora, todo estará bien.

Me quedo sin respiración. Tengo al chico del que siempre he estado enamorada declarándome su amor y pidiéndome que viva con él. Elige estar conmigo para siempre y eso hace que todos los miedos que haya podido tener sobre nosotros se esfumen como por arte de magia.

—Te amo, Dean, siempre lo he hecho y siempre lo haré. Y te prometo que haré lo que sea para que esto funcione. Yo también quiero recuperar el tiempo perdido.

Me envuelve entre sus brazos y posa sus labios sobre los míos sellando nuestras mutuas promesas de amor. Sus manos se ciñen en mi espalda y sonrío con picardía:

—Este sería un buen momento para que me enseñaras el interior del apartamento.

—Completamente de acuerdo. Pero lo haremos bien.

Arqueo una ceja y me lleva de la mano por las escaleras hasta llegar a la puerta del apartamento. Allí me toma en brazos, abre la puerta y entra conmigo. Espero que me deje en el suelo para mostrarme el apartamento,

pero susurra:

—Eso puede esperar.

Rio y me lleva hasta el dormitorio. Ha escogido preciosos tonos tierra para decorarlo, pero apenas tengo tiempo de fijarme porque se sienta en la cama y me mueve para que yo esté a horcajadas sobre mi regazo. Sonrío halagada y tiemblo de emoción.

—Esta habitación es preciosa. Y este lugar me encanta. Es la mejor sorpresa que he recibido jamás.

—Me hace muy feliz que digas eso. Luego te enseñaré el resto del apartamento. Ahora tengo una necesidad extrema de hacerte el amor.

—¿Extrema?

—Muy extrema.

—Bien, porque yo también. Es el mejor regalo que he recibido en mi vida, tú eres el mejor regalo y estoy deseando demostrarte lo que significa para mí que estemos en este lugar, en nuestra casa.

Mi boca se posa demandante sobre la suya, la conversación puede esperar para después. Cada beso y cada caricia fortalece en nuestros corazones un poco más nuestro vínculo, y puedo sentir la pasión tan fuerte que ardo. Le saco la camiseta con rapidez y él hace lo mismo con mi vestido. Lo mismo sucede con sus bermudas y mi ropa interior, que lanzamos al suelo a una velocidad de vértigo.

Nos besamos con tanta intensidad que nos falta el aliento y nos acariciamos con tanta pasión que ambos gemimos al unísono. Estoy tan emocionada que daría todo por eternizar este momento, haciendo el amor por primera vez en el primer hogar que compartiremos como pareja. Le amo, le deseo y no hay nada que anhele más que fundirme con él. Intuyo que Dean siente el momento de una forma tan especial como yo por su forma de moverse, lenta, dulce, entregándome su corazón tanto como su cuerpo. El

chico que una vez afirmó que no quería compromisos me ha pedido que viva con él en el lugar perfecto para nosotros. Su boca busca la mía, y luego mi piel, y yo hago lo mismo con la suya, entregándome por completo. El deseo martillea mi cuerpo tanto como el amor hace latir mi corazón. Cuando se adentra en mí me siento fuera de control y, al llegar a la cúspide del placer, es como si nos envolviera una nube de magia que nos une para siempre.

DEAN

En la actualidad

Ha dicho que sí. Gabriela ha dicho que sí y luego hemos hecho el amor con más intensidad que nunca. Soy tan feliz que no puedo creerlo. Ella está tumbada a mi lado, desnuda, relajada, en mis brazos. Podría tenerla así durante horas, pero estoy deseando enseñarle el resto del apartamento.

— ¿Te apetece que te enseñe nuestra casa?

Sus ojos brillan con tanta felicidad que tiemblo.

—Amo como esas palabras suenan en tu boca: “nuestra casa”.

—Yo también.

Sin cubrirnos, de la mano, recorreremos el apartamento.

—Es pequeño, pero creo que será perfecto para nosotros.

—Sí, desde luego. Y está muy bien decorado.

Me rio con fuerza al confesar:

—Tu madre me ayudó. Ella ponía las ideas y Ethan y yo la fuerza bruta. Es una decoradora increíble, yo no hubiera podido hacerlo igual.

Acaricia con suavidad mi mejilla.

—Te agradezco mucho que contaras con ella, le habrá hecho mucha ilusión.

—Sí, y me ha gustado el tiempo que hemos pasado juntos. Tengo que compensar unos cuantos años de indiferencia...

—Ella comprende por lo qué pasabas... —incido.

—Lo sé, porque es como tú. Pero, aun así, quiero compensarla.

—Te adoro.

Uno a mis palabras el darle un suave beso y él añade:

—Lo que me recuerda que mañana tenemos nuestra primera fiesta.

—¿Fiesta?

—Sí, he invitado a nuestros padres y amigos. Pensé que te gustaría inaugurar el apartamento con ellos.

—Estabas convencido de que te diría que sí...

Esbozo una mueca de orgullo, pero finjo con modestia:

—Al noventa por ciento.

—Yo diría que un cien por cien —bromea.

Reímos los dos y su mente práctica le hace decir:

—Si mañana van a venir, tenemos trabajo como comprar bebidas, la comida...

—No hay nada que hacer. Está todo preparado en mi apartamento. Mañana Brian y Sofía te ayudarán a traer tus pertenencias y yo iré con Ethan a por los víveres.

Arquea una ceja.

—¿Desde cuando eres tan eficiente?

La tomo por la cintura, lo cual teniendo en cuenta que estamos desnudos es muy excitante, y le explico.

—Desde que quiero que mi novia crea que soy perfecto.

—No quiero que seas perfecto. Me gustas tú. Rebelde, divertido, que comete errores y que me ama. La perfección es aburrida e irreal. Me enamoré de ti tal y como eres; igual que tú lo hiciste de mí. Como te dije la noche del hospital, eres mi perfecta imperfección y yo quiero ser lo mismo para ti.

—Lo eres, Gabriela, lo eres, y ahora mismo tengo que volver a llevarte al dormitorio.

—Y eso es algo por lo que no voy a protestar...

La tomo en brazos y la llevo a la cama, donde nuestros se cuerpos se

enredan de nuevo con la misma facilidad que lo hicieron desde que nos conocimos. Aunque hayamos tenido que pasar por muchos años y muchas situaciones, por fin los dos estamos seguros de que nuestros corazones y nuestras vidas están unidas para siempre por el mejor lazo: el del amor. Somos dos corazones enredados en uno, y eso me da la mayor felicidad que jamás pude imaginar.

Acerca de Judith Priay

Judith Priay nació en España. Está casada y es licenciada en Documentación y diplomada en Biblioteconomía y Documentación.

Lectora empedernida, empezó a escribir desde muy joven, y a día de hoy ya tiene publicadas numerosas novelas, con las que ha alcanzado los primeros puestos de las listas de los libros más vendidos en diversos países. Publica con Editorial Planeta y de forma independiente.

Su actividad literaria se extiende a los relatos, que ha publicado tanto en papel como en formato digital y con los que ha ganado varios premios; y a colaboraciones de radio con un espacio literario.

Se puede contactar con la autora y obtener toda la información sobre su actividad a través de:

—**Blog:** <http://judith-priay.blogspot.com.es/>

—**Instagram:** <https://instagram.com/judithpriay>

—**Twitter:** <https://twitter.com/JPriay>

—**Facebook:** <http://www.facebook.com/Judith.Priay>

—**Planeta de libros:** <http://www.planetadelibros.com/judith-priay-autor-000064426.html>